



Arístides Rojas

LEYENDAS HISTÓRICAS DE VENEZUELA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



200
BATALLA DE
CARABOBO

Arístides Rojas Naturalista, médico, historiador y periodista nacido en Caracas en 1826, es uno de los mayores divulgadores que he tenido Venezuela. Estudió filosofía y medicina en la UCV y completó su formación en Estados Unidos y Francia. Fue miembro fundador de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales. Desarrolló una amplia obra en el campo histórico, periodístico y científico. Murió en 1894. Sus restos reposan en el Panteón Nacional. De sus muchos libros destacan *El rayo azul en la naturaleza y en la historia*, *Capítulos de historia colonial venezolana*, *Crónica de Caracas* y *Estudios indígenas: contribución a la historia antigua de Venezuela*.

« Batalla de Carabobo (detalle).

Martín Tovar y Tovar 1888. Marouflage.

Plafón de la cúpula del Salón Elíptico del Palacio Federal Legislativo, Caracas.



Leyendas históricas de Venezuela

ARÍSTIDES ROJAS

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nández Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Leyendas históricas de Venezuela

ARÍSTIDES ROJAS



Índice

- 11 Introducción
- 29 La leyenda del Moriche
- 37 La primera taza de café en el valle de Caracas
- 51 Los quijotes de la libertad
- 63 Bolívar y la Santísima Trinidad. Crónica popular
- 75 Suazola. Silueta de la Guerra a Muerte
- 89 Abordaje inesperado
- 97 Una reina entre dos validos
- 111 Las convulsiones de Páez
- 119 El primer buque de vapor en las costas de Paria
- 127 Las primeras prisiones de Miranda
- 143 Los niños admirables. Silueta de la guerra a muerte
- 151 Un intendente escalador. Crónica popular
- 157 El Libertador y la Libertadora del Libertador
- 173 La santa reliquia de Maracaibo
- 183 Valencey
- 199 De como los franceses huyeron de Caracas sin saquearla
- 207 Las patricias vapuleadas. Silueta de la Guerra a Muerte
- 221 Más malo que Guardajumo. Crónica popular
- 231 Resolución de un mito bibliográfico

Introducción

“Dilatado el campo y rico de mieses encontramos el camino, a medida que avanzamos por las regiones no exploradas de nuestra historia patria.” Así escribimos ahora doce años al publicar nuestro libro titulado: Estudios Indígenas: Contribución para la historia antigua de Venezuela. Hoy, al comenzar otra publicación, recogemos patrios frutos que ofrecemos a nuestros compatriotas, y continuamos, que el terreno ha sido de nuevo arado, propicio se anuncia el tiempo y el ánimo está tranquilo. El espíritu para nutrirse y sostenerse exige trabajo constante; y si logramos aprender, lograremos enseñar. La enseñanza es una de las conquistas del progreso. ¿Por qué no aspirar a ella? Contribuyamos por una vez más, con nuevos granos de arena y con buena voluntad, al monumento que levante a la historia patria la juventud del porvenir. Al bajar la pendiente de la vida, la tolerancia nos acompaña en el estudio meditado, y el corazón se inclina al bien, porque ha podido emanciparse de esos fuegos fatuos, hijos del amor propio y de las vanidades sociales. Ni envidiosos ni envidiados.

Quisiéramos hacer preceder este primer volumen de nuestro nuevo trabajo, de una disertación acerca de la leyenda, sus orígenes, sus tendencias, su carácter vulgarizador, etc.,etc.; pero tal trabajo cuadraría mejor a aquellos de nuestros compatriotas que, ricos de erudición, poseen el bien decir, la atildada frase del idioma castellano; pero si en este tema no entramos, porque nos place

ser humildes, aceptemos otro, quizás más trascendental y en armonía con el espíritu y tendencias de esta obra: la literatura de la historia de Venezuela.

Muy someramente trataremos esta materia, lo suficiente para que nuestros lectores queden en capacidad de continuar en el estudio de tan variado tema. Indicaremos las fuentes principales de nuestra historia, desde sus orígenes: la conquista castellana. Acerca de los cronistas antiguos de Venezuela, disertaremos en este primer resumen, y así continuaremos después con los historiadores, narradores y compiladores americanos y europeos que, desde el comienzo de nuestra revolución de 1810, han dejado un acopio de obras, de documentos y de apreciaciones que constituyen la literatura de la historia de nuestra Independencia. Así podrán nuestros jóvenes lectores que quieran dedicarse al estudio de los anales patrios, inspirarse en puras fuentes, y poner de lado la maleza. Respecto de nuestro trabajo, nosotros no aspiramos al fallo sino tan luego como estén publicados los ciento cincuenta cuadros que constituyen la obra.

Remontarnos a los orígenes de nuestra historia, en cada una de sus grandes etapas; aplicar al estudio de los hechos la crítica filosófica; rectificar sucesos muy mal apreciados por ausencia de documentos y de estudio; sacar del olvido figuras históricas que traen a la memoria hechos gloriosos; estudiar las costumbres y tendencias de cada época; presentar, en suma, a la historia lo que sea digno de la historia, según la célebre frase de Voltaire: tales son los propósitos que nos guían en esta labor continuada hace ya algunos años.

Departamos

En estos días en que se publican los documentos de nuestros anales patrios, y la prensa nacional no desperdicia ocasión en que pueda ilustrarnos acerca de la historia de hechos consumados, es de toda necesidad dilucidar una cuestión de interés vital, porque la solución de ella echa por tierra opiniones inveteradas y sostenidas por la tradición durante siglos: es necesario despojar a nuestra historia de los mitos con que hasta hoy la han hermosado los pasados cronistas, restablecer

la verdad de los sucesos y fijar el verdadero punto de partida de los futuros historiadores de Venezuela. Reconstruyamos la historia: no, que esto sería excesiva presunción de nuestra parte: tratemos de despejar las incógnitas marcando rumbo seguro a los que nos sucedan. En materias históricas, más que en ninguna otra, todo aquello que no esté apoyado en documentos auténticos y narraciones fieles, debe despreciarse como una cantidad negativa, y toda aseveración que no haya sido inspirada por la verdad, basada en el estudio y la crítica, es de ningún valor.

Nuestra historia no ha sido todavía escrita, porque así lo han exigido el tiempo y los acontecimientos; pero hemos llegado ya a la época en que deben aglomerarse todos los datos, aclararse los puntos dudosos, rechazarse las fábulas, estudiarse los pormenores a la luz de la filosofía, cotejarse, restablecerse las épocas y descubrir el verdadero carácter, tendencias, influjo de cada uno. Siguiendo un orden metódico y sintético podremos reunir los materiales del edificio, y fijar la base sólida y levantar las columnas que llevarán por capiteles los trofeos gloriosos de nuestra emancipación política.

No son ni los dichos vulgares, ni las patrañas validas lo que deberá servir para el trabajo de reconstrucción de la historia patria, sino los escritos de más de tres siglos, las monografías, los documentos inéditos, las diversas apreciaciones de amigos y enemigos en la narración de los acontecimientos: el estudio acerca del influjo de las razas, de las costumbres y de las creencias, y hasta del carácter que ha debido imprimir a nuestra civilización la fecunda naturaleza que nos vivifica. La historia de Venezuela está conexcionada, no solo con la del pueblo primitivo que habitó nuestra zona, el hombre prehistórico, y después con la del pueblo que supo conquistarlo, sino también con la historia de las naciones europeas, durante los dos siglos que siguieron al descubrimiento de la América. Lo está igualmente con la época sangrienta de los filibusteros en el mar antillano y en todas las costas del continente, y con las guerras sostenidas por España desde el siglo XVI, contra las poderosas naciones del viejo mundo.

Cuando se estudia esta época que siguió al descubrimiento de América, resumen de más de dos siglos de lucha sangrienta, de incendio, de vejaciones,

de pillaje y de crímenes de todo género, parece un milagro el haber podido conservar España su conquista americana. Todos los odios estuvieron contra ella, en Europa y en América; y cuando no debía aguardar de sus propios hijos sino el apoyo, contra estos resistió en los primeros años de la conquista. No hay costa en los mares del Nuevo Mundo, no hay lugar en las regiones del continente, donde no empeñase el combate brazo a brazo contra el indígena o contra el extranjero: así pudo España conservar una obra que estaba reservada para sus descendientes; y no fue culpa de la intrépida leona el haberse adormecido sobre sus laureles, sino el haber amamantado a los cachorros, que debían despojarla de la corona de América, para guardar lo que aquella nos legaba: idioma, religión, costumbres y las virtudes de la familia.

¿Cuál es la primitiva fuente de la historia de Venezuela? He aquí una cuestión que necesita del más profundo estudio, porque su solución va a descifrar un enigma para muchos, y a disipar para otros la falsa opinión que tiene la actual juventud acerca del verdadero historiador de Venezuela.

Desde la introducción de la imprenta en Caracas, a principios del siglo actual, y muchos años antes, no ha habido escritor que refiriéndose a la época de nuestra conquista y a la historia de la colonia hasta 1600, no considere a Oviedo y Baños como el primero de nuestros historiadores antiguos, y el único a quien deberíamos apelar en los casos de duda y en el estudio de los sucesos. Pues bien: aquí estriba precisamente el error en que han incurrido los historiadores modernos, los compiladores, los publicistas, hace ya más de un siglo. Oviedo y Baños no es el historiador primitivo de Venezuela sino un compilador del verdadero, que es fray Pedro Simón. Oviedo y Baños para la elaboración de su historia no tuvo necesidad de apelar a los archivos, en los cuales nada podía hallar respecto a la conquista de Venezuela, sino a la lectura y estudio de su predecesor, tan rico en pormenores, tan minucioso en la narración de los incidentes. En el primer volumen de la "Historia de Venezuela" por Oviedo y Baños, el único que vio la luz pública, hay poco original. Su libro fue escrito con vista del hermoso trabajo de Simón a quien cita muy

pocas veces: de la historia de Nueva Granada por Piedrahita, y del libro de Gil González Dávila: Teatro eclesiástico de las iglesias en América, obra defectuosa y de escaso mérito. Solo tres puntos tiene la historia de Oviedo y Baños que no trata fray Simón: la conquista de los Caracas; la descripción de Caracas después de fundados sus templos (siglo XVII); noticias acerca de la provincia de Barcelona, y algunos pormenores referentes al Gobierno de Osorio a fines del siglo XVI. Por lo demás, puede considerarse su historia como un extracto parcial de la importante obra del cronista franciscano.

¿Quién fue fray Pedro Simón? Para conocer a este escritor es necesario conocer su origen, la época en que escribió y los recursos que tuvo a la mano para la elaboración de su historia. En este respecto nos servirá de guía el distinguido escritor colombiano Vergara y Vergara cuando escribe:

“Fray Pedro Simón, natural de las Parrillas en el obispado de Cuenca (España), nació por los años de 1574. Educose en el convento de Cartagena en España, de donde pasó a principios del siglo XVII (1604) a Santa Fe de Bogotá, con el objeto de establecer la enseñanza de teología y artes, que no existía aún, pero que se estableció también por aquel año en otros conventos. Cuando tuvo discípulos que le subrogaran en su cátedra, pasó al curato de Tota, cuya doctrina pertenecía a su convento. Acompañó en 1607 al presidente don Juan de Borja en la campaña y reducción de los Pijaos. Hizo en seguida viajes a Venezuela como visitador de los conventos de su orden, y dando la vuelta por las Antillas volvió a Santa Fe, visitando de paso a Santa Marta, Cartagena y Antioquía. Completó los materiales que había ido acopiando durante muchos años, y apoyado en el conocimiento práctico que de estas tierras y gentes había adquirido en sus viajes, aprovechó el primer descanso que tuvo en su agitada y útil vida, con motivo de haber sido electo provincial en 1623, para ocuparse en escribir la historia de esos reinos”.¹

[1]_ Vergara y Vergara. “Historia de la literatura en Nueva Granada”, Bogotá, 1 vol.

De la obra de fray Simón no se publicó sino la primera parte que tiene por título: “Primera parte de las noticias Historiales de las conquistas de Tierra firme en las Indias Occidentales”, compuesta por el padre fray Pedro Simón, provincial de la seráfica orden del San Francisco del Nuevo Reino de Granada, en las Indias, Lector jubilado en sacra teología y Calificador del Santo oficio, hijo de la Provincia de Cartagena en Castilla, natural de la Parrilla, obispado de Cuenca.

Esta primera parte está dedicada a Felipe IV, en 1 vol. en 4º de 708 páginas de dos columnas, publicado en Cuenca en 1625. Comprende la historia de Venezuela desde la conquista hasta el año de 1622. La segunda y tercera que se refieren a la historia antigua de Nueva Granada se hallan inéditas en el archivo de la Academia de la Historia, de Madrid, y en la biblioteca de Bogotá.²

Fray Simón debió haber escrito su historia en vista de los trabajos de Fernández de Oviedo y Valdés y de Antonio de Herrera, cronistas mayores de la conquista española. A lo menos, él cita a Herrera y a Acosta.

A fray Simón pertenece la historia de la conquista desde 1498 hasta 1622. Fray Simón fue, por lo tanto, el primero que registró y estudió los archivos de Caracas, y el primero que escribió de una manera metódica la historia de Venezuela. Su puesto de primer cronista de nuestra historia le pertenece, y los

[2]_ Dentro de poco la bibliografía de la historia de la conquista americana será enriquecida con la publicación de los memoriales de Pedro Simón (segunda y tercera parte de las “Noticias Historiales de Costa Firme”), que durante 264 años, se han conservado en la biblioteca de Bogotá. Debemos esta adquisición a las diligencias oportunas que cerca del presidente de Colombia, doctor don Rafael Núñez, acaba de hacer el notable americanista doctor A. Ernst, director del Museo Nacional y catedrático de Historia Natural, en la Universidad de Caracas. Al felicitar al doctor Ernst por este triunfo, en sus estudios americanos, presentamos muy respetuosamente al Gobierno colombiano, nuestros parabienes por el notable servicio que presta a la “Literatura de la historia de la conquista americana”, dando a la estampa los manuscritos de fray Pedro Simón, de los cuales solo se conservan hoy ligeros fragmentos. Véanse las cartas cruzadas entre el doctor Ernst y el presidente de Colombia, doctor Rafael Núñez, en “La América Ilustrada y Pintoresca”, N°40, 15 de mayo de 1890.

que hayan escrito después no han tenido necesidad sino de extractar las copiosas noticias en que abunda su trabajo.

Pero, al proclamar nosotros a fray Pedro Simón como el historiador primitivo de Venezuela, no debemos por esto olvidar a los cronistas de Indias, de nombramiento regio, y cuyas obras han servido y servirán siempre, en todo aquello que se refiera a la historia antigua de la América española. Queremos hablar de las célebres lucubraciones de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cronista mayor de Carlos V, y de Antonio de Herrera, cronista de Felipe II. La obra del primero, publicada en 1535, tiene por título: “Historia general y natural de las indias, islas y tierra firme del mar océano”, Sevilla, 1535. La Academia de la Historia de Madrid, poseedora de los manuscritos de Fernández de Oviedo, publicó de 1851 a 1855, una nueva edición de esta obra inmortal bajo la ilustrada dirección del conocido literato Amador de los Ríos, 4 volúmenes en 4º, en dos columnas, exornados con mapa y paisajes. La parte de esta obra que se conexiona con la historia de Venezuela, está en las últimas páginas del tomo I, y en una porción del II.

Una obra todavía más extensa, por lo que respecta a la historia antigua de Venezuela, es la de Antonio de Herrera, publicada en Madrid de 1601 a 1615, con el título de “Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano” (desde el año de 1492 hasta el de 1554), 8 décadas; 4 volúmenes en folio, ilustrados con mapas y figuras. No hay volumen de esta obra en el cual no hallemos algunos datos referentes a la conquista y colonización de Venezuela; y es de suponerse que tanto este cronista como su predecesor Fernández de Oviedo, servirían de base a fray Simón para la elaboración de su libro. No puede escribirse la historia antigua de Venezuela ni de las otras secciones de América, sin tener a la vista los inmortales trabajos de estos dos célebres cronistas, como también la obra inmortal de Fray Bartolomé de las Casas que lleva por título: “Historia general de las Indias”, etc., 5 volúmenes, en 8º, 1875. Fue tan notable varón uno de los actores y testigos de la conquista de Venezuela, y uno de los historiadores y cronistas más hon-

rados que puede servir de guía a los futuros historiadores de la antigua Nueva Andalucía.³

Después de las “Décadas” de Herrera y de los importantes trabajos de Las Casas, debemos mencionar una obra interesante, en la cual está descrita en verso la conquista española: “Las elegías de varones ilustres”, por Juan de Castellanos, publicadas en Madrid en 1589. La primera parte fue la única publicada en esta fecha; pero en 1847, el señor B.C. Aribau pudo conseguir los manuscritos inéditos del resto de la obra, y formar un volumen en 4^o, de dos columnas que agregó a la colección de autores españoles publicada por Rivadeneira (tomo V de la colección).

“Bajo el título de elegías de varones ilustres de Indias, se propuso cantar todos los grandes hechos de la conquista, dividiendo su obra en cuatro partes, cada parte en elegía y cada elegía en cantos. Lo que él llamaba elegías, y que no era tal cosa, constituía una historia pintoresca, animada y sumamente expresiva, de las hazañas que encabezó el héroe que canta, las que terminan con la muerte del protagonista.”⁴

Las elegías en que Castellanos se ocupa en la historia de Venezuela son: Muerte de Diego de Ordás; Conquista de la Isla de Trinidad; Muerte de Jerónimo de Ortal; Muerte de Antonio Sedeño; Elogio de la Isla de Cubagua; Elogio de la isla de Margarita; A la muerte de Micer Ambrosio; A la muerte de Gorge Espira; A la muerte de Felipe de Uten, y Relación de las cosas del cabo de la Vela.

[3]_ Al hablar de Las Casas, nos viene a la memoria el brillante estudio que, acerca de tan insigne apóstol, corre inserto en J. Quintana, “Vida de los españoles célebres”. 2 vol., cuya lectura recomendamos a nuestros lectores.

[4]_ Vergara y Vergara. Obra citada.

No obstante, la belleza y colorido en que abundan las descripciones de Castellanos, su obra adolece de errores capitales, ya en la narración de los sucesos, ya en las fechas cronológicas. Debe por lo tanto consultarse con cuidado.⁵

Entre los cronistas de que acabamos de hablar, unos se ocuparon en dejarnos la historia de casi toda la conquista castellana de Nuevo Mundo, como fueron Oviedo y Valdés, Herrera, Las Casas y algunos más⁶. Otros, como Castellanos y fray Pedro Simón, comprendieron en sus trabajos determinadas regiones. Así pudieron estos últimos dejar las historias de Venezuela y del antiguo Reino de Granada.

¿Qué papel desempeña entonces Oviedo y Baños en la historia de Venezuela, no siendo el primer cronista, cuya primacía solo pertenece a fray Pedro Simón? Debemos recordar a nuestros lectores que el área que ocupa actualmente la nación venezolana estuvo dividida, en los primeros tiempos de la conquista, en dos secciones o provincias: llamose a la oriental, Nueva Andalucía o Guayana, y a la occidental, Coro o Venezuela. Esta se extendía por el oriente hasta

[5]_ La parte que faltaba por publicar de las "Elegías" de Castellanos ha salido en Madrid, hace pocos años, con el siguiente título: "Historia del Nuevo Reino de Granada por Juan de Castellanos", 2 vol. en 8 menor, 1886. Edición publicada por la primera vez por don Antonio Paz y Melia. Y en 1889 salió igualmente en Madrid, una obra de Jiménez de la Espada, titulada: "Juan de Castellanos y su historia del Nuevo Reino de Granada", 1 vol. en 8°. Demasiado fuerte es la crítica que hace este escritor español de las crónicas de Castellanos, lo que nos parece injusto. Nosotros hemos cotejado alguna que otra de las "Elegías" de Castellanos, las referentes a la conquista de Venezuela, con escritos de los más notables cronistas de la conquista, y nada tenemos que desear. Castellanos puede adolecer de algunos errores, sobre todo, de cronología y geografía, pero tiene narraciones muy fieles. Este es el único cronista que habla del primer viaje de Nicolás Federmann, desconocido por completo de Oviedo y Valdés, Herrera, Las Casas, fray Pedro Simón, etc., etc. En los estudios inéditos que acerca de este viaje hemos hecho, tanto el doctor Ernst, como nosotros, al cotejar la crónica de Castellanos con el itinerario del viajero alemán, no hemos encontrado discrepancia alguna. Este solo hecho basta por sí solo, para conceder al cronista-soldado el mérito que supo conquistar.

[6]_ Nos referimos solamente en estas citas a los cronistas que contienen algo o mucho referente a Venezuela.

Maracapana, y después, por la conquista de Cobos a favor de la Nueva Andalucía, la línea divisoria fue el Uñare. Esta Venezuela, donde figuraron más tarde las renombradas provincias de Caracas, Carabobo, Coro, Maracaibo, Trujillo, Mérida, Barinas, Apure, es la Venezuela descrita en parte por Oviedo y Baños. De manera que este notable cronista no es sino historiador de una sección limitada de la antigua colonia de Venezuela, a la cual pertenecieron las provincias primitivas de Venezuela y de Nueva Andalucía. Y en este respecto, la obra del historiador es digna de todo elogio, a pesar de que no conoció los trabajos de Castellanos, los referentes al Gobierno de los Welser, ni los ingleses de la época de los filibusteros, etc., etc.⁷

Como complemento a las obras de que hemos hablado, recomendamos a nuestros lectores, primero: la del misionero Caulin, titulada: “Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía” que comprende la historia de la sección oriental de Venezuela (antiguas provincias de Cumaná, Barcelona y Guayana); y segundo: la del misionero Gumilla, titulada: “Historia natural, civil y geográfica de las naciones del río Orinoco”, que tantas noticias nos suministra acerca de las naciones indígenas de esta grande hoy. Los trabajos de los misioneros Cassani y Zamora acerca de las naciones indígenas, en los límites de la antigua Cundinamarca con Venezuela, y las diversas lucubraciones de los misioneros capuchinos, jesuitas y padres observantes que tanta luz han proporcionado a la historia de la patria venezolana, desde remotos tiempos, son trabajos que constituyen por sí solos una rica biblioteca de consulta. No debemos olvidar que una gran porción de los pueblos de Venezuela fue obra de los misioneros, durante dos siglos, y que a ellos se deben exclusivamente las

[7]_ Esta confusión de las dos Venezuelas, (provincia primitiva y después colonia venezolana, hoy República), ha sido la causa de la disputa referente a la época de la primera misa en Coro, en 1527, que suponían los corianos ser la primera en Venezuela, cuando este suceso se verificó en las costas de Cariaco y de Santa Fe, durante los primeros años del siglo XVI. (Véase nuestro estudio, titulado: “La primera misa en Venezuela”, publicado en 1884).

noticias que enriquecen hoy la ciencia antropológica, acerca de las lenguas y costumbres de nuestros aborígenes.⁸

Respecto de los coleccionistas españoles, la obra de Fernández de Navarrete, titulada: “Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XV”, publicada en 5 vols., 1825-1837, es uno de los más ricos trabajos de los tiempos modernos. Ella abre la serie de estas compilaciones que suministran ricos materiales a la historia de la conquista castellana en el Nuevo Mundo.⁹

Por otra parte, la colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, sacados de los archivos españoles bajo la dirección de Pacheco y Cárdenas, que sale en Madrid desde 1864, constituye el más brillante corolario de la obra de Fernández de Navarrete. Si esta nos suministra cuanto nos interesa respecto de los viajes de Colón y sus compañeros, la colección de Pacheco y

[8]_ Rojas. “Estudios indígenas”. Estudio intitulado: “Literatura de las lenguas indígenas de Venezuela”.

[9]_ La obra del coronel Antonio de Alcedo titulada: “Diccionario Geográfico-histórico de las Indias Occidentales, etc., etc.” Madrid 1786- 1787, 5 vols., en 8°, contiene muchos datos interesantes respecto de Venezuela; pero debe verse con cierta desconfianza la parte cronológica. Por haber seguido los cronologistas e historiadores de Venezuela fielmente a este autor aparece por todas partes inexacta la lista de los prelados y gobernadores de Venezuela. Nosotros no hemos conocido hasta hoy nada más satisfactorio respecto de esta materia, sino los apuntes manuscritos del doctor don Blas José Terrero que aún no han visto la luz pública. Este curioso trabajo, que es un resumen de las noticias que extractó el autor de los archivos de la Metropolitana y del antiguo ayuntamiento de Caracas, tiene el siguiente título: “Teatro de Venezuela y Caracas”. Dispónelo de varios instrumentos auténticos y concordantes dividido en dos eras; Eclesiástica y Política, el doctor don Blas José Terrero. Año de 1787.

En diferentes ocasiones hemos tenido la satisfacción de palpar la honradez con la cual obró el autor al valerse del estudio de los archivos que nos son tan conocidos. Creemos que el volumen manuscrito del señor Terrero que debía figurar en toda biblioteca, merece la protección que presta el Gobierno actual de Venezuela a producciones de este género. Y como hay en la narración cuadros que merecen ampliarse, desearíamos ver el trabajo de Terrero acompañado de notas ilustrativas y aún de documentos inéditos.

Cárdenas nos proporciona mucho material respecto de la historia antigua de Venezuela. Atravesamos, puede decirse, una época de gestación histórica, tanto en España como en América. Existe en la sociedad actual una necesidad de conocer el Nuevo Mundo, tanto en la historia de su naturaleza como en la de su conquista y desarrollo. No podremos sustraernos de este empuje civilizador.

Pero el estudio de los autores españoles y americanos, en lo que cada uno tiene de la conquista y colonización de Venezuela, no es lo único que constituye la historia de nuestra literatura histórica. En la conquista del Nuevo Mundo entraron igualmente, como elementos activos, diferentes nacionalidades que contribuyeron de por sí, cuando llegó el momento, al estudio de la conquista americana. En estas diversas nacionalidades figuraron la italiana, la francesa, la inglesa, la holandesa y también la alemana, que no puede separarse de nuestra conquista el papel que en ella tuvieron los Welser de Augsburgo, en los años que siguieron a la fundación de Nueva Cádiz y entrada de los primeros misioneros en las costas de Nueva Andalucía, antes de que surgiera la primitiva provincia de Venezuela. No debemos olvidar que entre los misioneros españoles figuraron también misioneros italianos y franceses.

Lo que forma hoy la biblioteca colombiana, en todos los idiomas, es lo que nosotros queremos llamar la espléndida constelación de la bibliografía americana. Al presentarse la cuarta centuria del descubridor de América, nada podrá celebrar la memoria de tan insigne varón de una manera más elocuente, que la sección de bibliografía americana, es decir: las producciones del espíritu humano, durante cuatro siglos, acerca de un mismo tema: el continente de Colón.

Después de cuanto se ha escrito en Italia acerca de Américo Vespucio, este compañero de Colón que visitó y comerció en nuestras costas, nosotros no hemos encontrado, como autores italianos que hayan contribuido a la historia de Venezuela, con sus observaciones personales, más que dos escritores, el uno es Girolamo Benzoni. “La historia del mundo nuevo”, publicada en Venecia en 1565, que es una historia de sus viajes a América y, sobre todo, a las costas

orientales de Venezuela, e islas de Margarita, Coche y Cubagua, esta primera colonia de Venezuela.¹⁰

La otra obra lleva por título: Salvatore Gilli. “*Saggio di storia americana*”, en 4 vols., en 8°, Roma, 1780. Comprende la obra del insigne jesuita italiano, la historia de los Tamanacos y otros pueblos antiguos del Orinoco. El autor nos ha dejado escrita, no solo la historia de estos pueblos, de sus costumbres, ritos, etc., etc., sino que ha enriquecido su trabajo con catálogos muy interesantes de infinitas lenguas americanas.

Acerca de los escritores ingleses, holandeses y franceses que nos proporcionan noticias importantes respecto de la época de los filibusteros, ya en otra ocasión hemos hablado; pero recordaremos a los lectores las obras de Charlevoix, Du Tertre, Reynal Labat; y las de Oexmelin, (Esquemeling), Hakluyt, etc., que nada dejan que desear respecto de la época de los filibusteros en la dilatada costa venezolana, lago de Coquibacoa, y aguas del Orinoco. Por cuanto se refiere al Dorado de Manoa, y expedición de Sir Walter Raleigh al Orinoco en 1595, recomendamos a los futuros historiadores de Venezuela el libro en inglés, que lleva por título: “Descubrimiento del extenso, rico y bello imperio de Guayana”, etc., etc., Londres, 1 vol. en 8°, de 176 páginas. La historia de El Dorado, es uno de los más interesantes capítulos de la historia antigua de Venezuela.

La contribución de los escritores alemanes a la historia antigua de la primitiva Venezuela, es materia que merece nuestras simpatías. En primer lugar figura la “Historia del primer viaje de Nicolás Federmann”, que fue publicada en alemán en 1557, y reimpressa en 1859. La traducción francesa salió en 1837, y hace parte de la colección de Ternaux, titulada: “Voyages, relations et

[10]_ Del interesante libro de Benzoni salieron en Italia dos ediciones. La obra fue vertida al latín (ocho ediciones); en francés dos ediciones y en alemán otras dos. Los holandeses conocen una, y los ingleses extractos. Solo en el idioma español no figura esta obra.

mémoires originaux pour servir a l'histoire et découverte de l'Amérique". Esta obra es de interés creciente.

Y no es solo la historia de este viaje el único contingente de Alemania a la literatura de la historia de Venezuela. El estudio de aquella narración ha proporcionado varias lucubraciones, entre otras las siguientes: "Participación de los alemanes en el descubrimiento de la América Meridional", "Los Welser de Augsburgo como poseedores de Venezuela y las expediciones de los alemanes que enviaron a ella".

A estos trabajos debemos agregar la publicación del manuscrito original de Felipe de Hutten, uno de los gobernadores de la antigua Venezuela, que lleva por título: "Historia de la India por el hidalgo Felipe de Hutten".

Por noticias que nos comunica el doctor Ernst, sabemos que una parte del archivo de los Welser pasó a la municipalidad de Augsburgo, y otra al archivo de la familia de Fugger, en la misma ciudad, y en el castillo de Babenhausen. Por cartas al doctor Ernst del doctor Dobel, archivero del castillo, sábese que en esta rica colección figuran muchos documentos desconocidos referentes a la historia de los Welser y conquista de la antigua Venezuela: ¿Cuándo llegará el día en que el Gobierno de la República patrocine la publicación de tanta riqueza histórica?

De manera que el estudio de los cronistas italianos, alemanes, ingleses, holandeses y franceses, nos trasporta a los primeros años del siglo XVI, a la época de los Welser, a las expediciones de los filibusteros ingleses, franceses y holandeses, desde mediados del mismo siglo hasta los primeros años del siglo XVIII.

De los historiadores venezolanos que han escrito acerca de la conquista de Venezuela, solo uno, Montenegro, conoció la obra de fray Pedro Simón, como se desprende por la cita que hace de aquel en la nota que corre al folio 32, tomo 4º, de la "Geografía general". Ni Yanes, ni Baralt en sus obras, ni los autores de la cronología venezolana y compendios de la historia de Venezuela, han conocido las "Noticias historiales" del fraile franciscano. Ya en varias de nuestras leyendas hemos llamado la atención acerca de este particular.

Los autores que Baralt tuvo a la vista para escribir la historia antigua de Venezuela, fueron los siguientes, como se desprende de la nota 21 en la página 414 de su libro: “Los autores que hemos consultado-dice-, para escribir la historia de la conquista venezolana son: Oviedo en primer lugar, Herrera; Feliciano Montenegro Colón, en sus estimables apuntes sobre la historia de Venezuela, Francisco Javier Yanes, en su reciente historia de la misma, Robertson, Humboldt, Depons y otros varios”.

Desconoció por completo al primer cronista de Venezuela fray Pedro Simón y tuvo más abundancia de compiladores que de historiadores primitivos.

También consultó al cronista Muñoz, en su “Historia del Nuevo Mundo”, y la famosa colección de Navarrete, obras que le suministraron muchas noticias respecto de Colón y de sus compañeros. A estas obras se agregan “Las vidas de españoles célebres” por Quintana, los “Viajes de Colón y de sus compañeros” por Washington Irving, y el primer viaje de Federmann.

De manera que sin haber conocido Baralt a Oviedo y Valdés, Las Casas, Castellanos, Benzoni, fray Simón, Cautín, etc., etc., ni los cronistas ingleses, holandeses y franceses de la época de los filibusteros, obras muchas de ellas de muy fácil adquisición en estos días, el trabajo de Baralt, acerca de la historia antigua de Venezuela, a pesar de sus lagunas, puede reputarse como brillante síntesis, tanto por la belleza y claridad del estilo cuanto por lo selecto de cada resumen histórico.

ARÍSTIDES ROJAS

CARACAS, 28 DE OCTUBRE DE 1890.

La leyenda del Moriche*

Los poetas de todos los tiempos, los viajeros que han visitado las fértiles campiñas de nuestro Continente, así como los pintores que han contemplado el paisaje tropical, están de acuerdo en conceder a la palmera el primer rango entre los diversos tipos del reino de Flora. El árbol de la palma ha sido llamado por dondequiera, *el príncipe del reino vegetal*; simbolizando el triunfo de

[*]_ Respecto de la etimología del nombre “moriche”, debemos a la bondad del doctor Ernst, Catedrático de Historia Natural de la Universidad de Caracas y director del Museo Nacional, la siguiente nota:

“El nombre genérico de *Mauritia* fue creado por el hijo de Linneo (en 1771), y viene del nombre del príncipe Mauricio de Nassau (muerto en 1665), que estuvo de gobernador del Brasil, cuando este país, perteneció a los holandeses (1624 a 1648).

“El nombre “moriche” es corrupción del tupi *muriti* y este se compone de *mbur* (alimento) e *iti* (árbol alto); de modo que significa “árbol del alimento” o “árbol de la vida”. “Pan de vida” lo llamó el misionero Gumilla.

“El género *Mauritia* tiene 6 ó 7 especies, siendo las más notables las *M. flexuosa*, *M. armata*, *M. vinífera*, *M. setigera* y *M. subinermis*.

“Existe en Venezuela un pájaro llamado “moriche”: es el *Icterus chrysocephalus*, que se encuentra en muchos puntos de la América meridional, v. g. Guayana, Alto Amazonas, Ucayale, Bogotá, y también en los alrededores de Caracas, donde obtuvo Goering un ejemplar adulto; yo mismo lo encontré una vez en Tócome, cerca de los Chorros. Es un pájaro de agradable canto y en cuyo plumaje figuran los colores amarillo y negro, a semejanza del llamado arrendajo”

la fuerza y de la belleza. Tal es su porte, tales sus atractivos, que, si el mundo antiguo hubiera conocido los más esbeltos tipos de esta familia, cuya aparición data del descubrimiento de América, de África y Oceanía, el arte escultural se hubiera enriquecido con nuevos modelos que aparecerían hoy en las ruinas de pasadas civilizaciones.

El día en que fue descubierta el Nuevo Mundo, la palma apareció en toda su belleza y majestad. Las islas que saludaron a Colón, el Continente que surgió más tarde, el África que acabaron de descubrir los portugueses, las costas que escucharon los cantos de Gama, aparecieron a la mirada del hombre europeo, exornadas de palmas. Saludaron estas a los nuevos conquistadores, como habían saludado a los primeros y los acompañaron hasta las nevadas cimas de los Andes, después de haber descubierta las costas, los oasis, los valles, las altiplanicies y las cimas encendidas del dorso del planeta. Complementado el relieve geográfico, de este apareció la zona de las palmas ciñendo el ecuador terrestre y vistiendo de verde follaje la fecunda zona que al “sol enamorado circunscribe”.

Si fuera posible contemplar desde el espacio semejante anfiteatro de verdura, nada habría más sorprendente que esta Zona Tórrida bañada por los grandes océanos y coronada por las inaccesibles nevadas y los volcanes del planeta. En ella figuran todas las alturas, todos los colores, todos los climas, todas las formas; la jerarquía vegetal y geológica, siempre ascendiendo hasta ocultarse bajo las eternas nieves. Ora es el templo, ora es la gruta, ya el pórtico, ya la columna solitaria: acá el bosque, las palmas apiñadas queriendo estrangular la roca secular de los Andes; allá en lontananza, el oasis con sus palmas solitarias a cuyos pies apaga la sed la caravana, y más allá las hoyas de los grandes ríos, las costas y los archipiélagos que hacen horizonte. Seguid y cavad en uno y otro mundo la tierra, penetrar en las cuencas carboníferas: en estas hallaréis las palmas que acompañaron en su cuna a los continentes, y a los archipiélagos en sus tumbas. En las viejas hulleras reposan ya carbonizadas y fósiles las palmas del mundo primitivo, cuando el hombre estaba muy lejos de aparecer sobre la costra terrestre.

He aquí la palma en el reino vegetal y en las entrañas de los continentes; buscadla ahora en la Historia y la hallaréis acompañando al hombre desde sus primitivos días. La esbelta palma es el vegetal que presencia el nacimiento de las primeras familias. Los pueblos bíblicos aparecieron en su cuna coronados de dátiles. Recuerda esta palma a Persia, a Arabia, a Egipto y las costas del Mediterráneo. Aceptaron los romanos la palma como símbolo y dio esta su nombre a Palmira. No puede hablarse del Lago de Genezaret, de la peregrinación de Jesús y de la entrada de Este a Jerusalén, sin recordar al pueblo que, llevando palmas, saludó al Salvador del Mundo. Tamariz llamaron los hebreos la palma, para recordar así la elegancia, majestad y belleza de aquella mujer del mismo nombre que cautivaba a cuantos la veían; y Jericó fue llamada igualmente la ciudad de las Palmas. El dátil de hoy es bella reminiscencia del de los tiempos bíblicos, cuando la sociedad antigua, desde la hoya del Mediterráneo, comenzó a establecerse y a poblar las regiones de Asia, de África, de Europa, y a navegar las costas del mar Indico.

La palma figura en las pagodas del pueblo de Buda, en los archipiélagos asiáticos, cuna de la civilización indostánica. Así, en los más antiguos pueblos de la tierra

como en los más modernos, la palma ha presenciado la historia del hombre, desde los pueblos bíblicos hasta la conquista de América, desde los mares de Grecia y de Egipto, de Persia y del Indostán, hasta las columnas de Hércules, desde las costas del Atlántico y del mar Indico, hasta las del dilatado océano de Balboa.

La palma dátil tiene su patria: a orillas del Mediterráneo, ella es la palma histórica por excelencia. La palma del coco tiene la suya en los archipiélagos asiáticos, de donde ha pasado a todas las costas de la Zona Tórrida. Representa ella los antiguos pueblos del Asia, cuyos descendientes yacen sumidos en la ignorancia. Simboliza la palma moriche la llegada de Colón a las costas de Paria, las bocas del Orinoco, patria de los Guaraúnos, el descubrimiento del Continente americano. No puede comprenderse el oasis en los desiertos de

África, sin la palma dátíl; no puede admirarse la pagoda del malayo, sin el cocotero; no puede recordarse la pampa venezolana, sin el moriche. A la sombra del moriche vive el hombre, porque el moriche es pan de vida, como lo llamaron los primeros misioneros castellanos, y a sus pies está el agua potable, la cabaña, la familia.

Refiere Schomburgk que los indios Macousí, en las regiones del Esequibo, creen que el único ser racional que sobrevivió a una inundación general, volvió a poblar la tierra cambiando las piedras en hombres. Este mito, añade Humboldt, fruto de la brillante imaginación de los Macousí y que recuerda a Deucalión y Pirra, se produce todavía bajo diferentes formas entre los Tamanacos del Orinoco.

Debemos la tradición de los Tamanacos, sobre la formación del mundo, después del diluvio, a un célebre misionero italiano, el padre Gilli, que vivió mucho tiempo en las regiones del Orinoco. Refiere este misionero que Amalivaca, el padre de los Tamanacos, es decir, el creador del género humano, llegó en cierto día, sobre una canoa, en los momentos de la gran inundación que se llama la *edad de las aguas*, cuando las olas del océano chocaban en el interior de las tierras, contra las montañas de la Encaramada. Cuando les preguntó el misionero a los Tamanacos cómo pudo sobrevivir el género humano después de semejante catástrofe, los indios le contestaron al instante: que todos los Tamanacos se ahogaron, con la excepción de un hombre y una mujer que se refugiaron en la cima de la elevada montaña de Tamacú, cerca de las orillas del río Asiverú, llamado por los españoles Cuchivero; que desde allí, ambos comenzaron a arrojar sobre sus cabezas y hacia atrás, los frutos de la palma moriche, y que de las semillas de esta salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra. Amalivaca, viajando en su embarcación grabó las figuras del sol y de la luna sobre la roca pintada (*Tépu-mereme*) que se encuentra cerca de la Encaramada.

En su viaje al Orinoco, Humboldt vio una gran piedra que le mostraron los indios en las llanuras de Maita, la cual era, según los indígenas, un instrumento de música, el *tambor de Amalivaca*.

La leyenda no queda, empero, reducida a esto, según refiere Gilli. Amalivaca tuvo un hermano, Vochi, quien le ayudó a dar a la superficie de la tierra su forma actual; y cuentan los Tamanacos, que los dos hermanos, en su sistema de perfectibilidad, quisieron desde luego arreglar el Orinoco, de tal manera, que pudiera siempre seguirse el curso de su corriente al descender o al remontar el río. Por este medio esperaban ahorrar a los hombres el uso del remo, al buscar el origen de las aguas y dar al Orinoco un doble declive; idea que no llegaron a realizar, a pesar de su poder regenerador, por lo cual se vieron entonces obligados a renunciar a semejante problema hidráulico.

Amalivaca tenía además dos hijas de decidido gusto por los viajes; y la tradición refiere, en sentido figurado, que el padre les fracturó las piernas para imposibilitarlas en su deseo de viajar, y poder de esta manera poblar la tierra de los Tamanacos.¹

Después de haber arreglado bien las cosas en la región anegada del Orinoco, Amalivaca se reembarcó y regresó a la opuesta orilla, al mismo lugar de donde había salido. Los indios no habían visto desde entonces llegar a sus tierras ningún hombre que les diera noticia de su regenerador, sino a los misioneros; e imaginándose que la otra orilla era la Europa, uno de los caciques Tamanacos preguntó inocentemente al padre Gilli: “Si había visto por allá al gran Amalivaca, el padre de los Tamanacos, que había cubierto las rocas de figuras simbólicas”.

No fue Amalivaca una creación mítica, sino un hombre histórico; el primer civilizador de Venezuela, que deja su nombre perpetuado en la memoria de millares de generaciones.

“Estas nociones de un gran cataclismo, dice Humboldt, estos dos entes libertados sobre la cima de una montaña, que llevan tras sí los frutos de la palma moriche, para poblar de nuevo el mundo; esta divinidad nacional, *Amalivaca*, que llega por agua de una tierra lejana, que prescribe leyes a la naturaleza y

[1]_ Gilli. “Saggio di Storia americana”

obliga a los pueblos a renunciar a sus emigraciones; y estos rasgos diversos de un sistema de creencia tan antiguo, son muy dignos de fijar nuestra atención. Cuanto se nos refiere en el día, de los Tamanacos y tribus que hablan lenguas análogas a la tamanaca, lo tienen, sin, duda, de otros pueblos que han habitado estas mismas regiones antes que ellos. El nombre de Amalivaca es conocido en un espacio de más de cinco mil leguas cuadradas, y vuelve a encontrarse como designando al *Padre de los hombres* (nuestro grande abuelo) hasta entre las naciones Caribes, cuyo idioma se parece tanto al Tamanaco, como el alemán y el griego, al persa y al sánscrito. *Amalivaca no es* primitivamente el *Grande espíritu* y el Viejo del cielo, ese ser invisible, cuyo culto nace del de la fuerza de la naturaleza, cuando los pueblos se elevan insensiblemente al sentimiento de la unidad; sino más bien un personaje de los tiempos heroicos, un hombre extranjero que ha vivido en la tierra de los Tamanacos y Caribes, donde dejó rasgos simbólicos en las rocas, para en seguida retornar más allá del Océano, a países que había antiguamente habitado. ²

Ningún pueblo de la tierra presenta a la imaginación del poeta leyenda tan bella: es la expresión sencilla y pintoresca de un pueblo inculto que se encontró poseedor del oasis americano, coronado de palmeras, de majestuosos ríos poblados de selvas seculares, de dilatada, inmensa pampa, imagen del Océano.

La palma moriche no solo recuerda la existencia de un pueblo que desapareció y nos dejó su nombre y la traza de sus conquistas, sino también aquellos misioneros que fundaron en la pampa venezolana el cristianismo a fuerza de constancia, de amor y de sacrificios. ¡Cómo viven en la memoria de estos pueblos aquellos ministros del Evangelio! En cada uno, palmeras de diferente porte, al mecer sus penachos a los caprichos del viento, parecen túmulos de verde follaje sobre extinguidos osarios. La palma Piritu recuerda a los padres observantes en la tierra Cumanagota, en las sabanas que bañan afluentes del Orinoco. Recuerda la palma corozo al pueblo Chaima, y a los padres capu-

[2]_ Humboldt. "Viajes al Orinoco". Rojas. "Estudios indígenas".

chinos, en las fértiles dehesas de Maturín. Chaguarama es el nombre de la palmera que, desde las costas cumanas, cautivó a los misioneros catalanes del Guárico: *Oreodoxa* la llaman los botánicos, nombre griego que significa *alegría del monte*. Temiche llaman los guaraúnos, en el Delta del Orinoco, a una de sus bellas palmas; nombre indígena que equivale a *pluma del sol*. Pero ninguna de ellas con más historia y atractivos que el moriche, la palma admirable de cuyo fruto nació el hombre venezolano; la palma que saludó a las naos de Colón, abrigó a los misioneros, dio alimento al conquistador fatigado y agua al herido que, después del sangriento combate, en los días de la guerra a muerte, sucumbía al pie de los palmares.

Tú tienes también tus palmas, tierra de Coquibacoa. Tu pórtico de verdura que saluda al viajero que visita las aguas de tu dilatado lago, está en “Punta de Palmas”, y son tus cocales, florones de penachos, cinta de esmeralda que circunda tus costas.

Cuando Amalivaca, el creador de la civilización venezolana, al efectuarse el último cataclismo geológico que levantara el suelo del Orinoco, se paseó sobre las llanuras dilatadas, para que brotaran hombres del fruto del moriche, ya el ramal andino de Hotos guardaba por el Oeste la tierra de Mara, en tanto que la cuenca de Coquibacoa, al llenarse con el agua de sus innumerables tributarios, se abría paso al mar, después de haberse coronado de palmeras que celebran las glorias de Amalivaca y de su esposa, fundadores de la gran nación Caribe-Tamanaca.

La primera taza de café en el valle de Caracas

Al doctor don Tomás Aguerrevere Pacanius.

Con el patronímico francés de Blandain o Blandín, se conocen en las cercanías de Caracas dos sitios; el uno es la quebrada y puente de este nombre, en la antigua carretera de Catia, lugar que atraviesa la locomotora de La Guaira; el otro, la bella plantación de café, al pie de la silla del Ávila, vecina del pueblo de Chacao. Recuerdan estos lugares a la antigua y culta familia franco-venezolana que figuró en esta ciudad, desde mediados del último siglo, ya en el desarrollo del arte musical, ya en el cultivo del café, en el valle de Caracas, y la cual dio a la iglesia venezolana un sacerdote ejemplar, un patricio a la revolución de 1810 y dos bellas y distinguidas señoritas, dechados de virtudes domésticas y sociales, origen de las conocidas familias de Argain, Echenique, Baez-Blandín, Aguerrevere, González-Alzualde, Rodríguez-Supervie, Ramella-Echenique, Martínez-Echenique, Marcano-Echenique, etc., etc.

Don Pedro Blandain, joven de bellas prendas, después de haber cursado en su país la profesión de farmacéutico, quiso visitar a Venezuela, y al llegar a Caracas, por los años de 1740 a 1741, juzgó que en esta podía fundarse un buen establecimiento de farmacia, que ninguno tenía la capital en aquel entonces. La primera botica en Caracas databa de cien años atrás, 1649, cuando por intervención del Ayuntamiento, formose un bolso entre los vecinos pudientes, para llevar a remate el pensamiento de tener una botica, la cual fue abierta

al público y puesta bajo la inspección de un señor Marcos Portero. Pero esta botica, sin estímulo, sin población que la favoreciera, sin médicos que la frecuentaran, pues era cosa muy rara en aquella época ver a un discípulo de Esculapio por las solitarias calles de Caracas, hubo de desaparecer, continuando el expendió de drogas en las tiendas y ventorrillos de la ciudad, como es de uso todavía en nuestros campos. El estudio de las ciencias médicas no comenzó en la Universidad de Caracas sino en 1763.

La primera botica francesa que tuvo Caracas, fundada por don Pedro Blandain, figuró cerca de la esquina del Cují, en la actual avenida Este, número 54, casa que hasta ahora pocos años, tuvo sobre el portón un balconcete.¹

A poco de haberse don Pedro instalado en Caracas, uniose en matrimonio con la graciosa caraqueña doña Mariana Blanco Valois, de la cual tuvo varios hijos: y como era hombre a quien gustaba vivir con holgura, hízose de nueva y hermosa casa que ensanchó, y fue esta la solariega de la familia Blandain. En los días de 1776 a 1778, la familia Blandain había perdido cuatro hijos, pero conservaba otros cuatro: Domingo, que acababa de recibir la tonsura y el grado de doctor en Teología, y figuró más tarde como doctoral en el Cabildo eclesiástico; Bartolomé, que después de viajar por Europa, tornaba a su patria para dedicarse a la agricultura y al cultivo del arte musical, que era su encanto; y las señoritas María de Jesús y Manuela, ornato de la sociedad caraqueña de aquella época. A poco esta familia, con sus entroncamientos de Argain, Echenique y Báez, constituyó por varios respectos, uno de los centros distinguidos de la sociedad caraqueña.

[1]_ Ya sea porque los límites al Este de Caracas, llegaban, en la época a que nos referimos, a la esquina del Cují, ya porque los sucesores de don Pedro quisieron vivir en un mismo vecindario, es lo cierto que las hermosas casas de las familias Blandain y de sus sucesores Blandain y Echenique, Blandain, Báez-Blandain, Aguerrevere, Alzualde, etc., etc., figuran en esta área de Caracas, conservándose aun las que resistieron el terremoto de 1812.

Esta casa destruida por el terremoto de 1812, bellamente reconstruida hace como cuarenta y cinco años, es la marcada con el número 47 de la misma avenida.

A estas familias, como a las de Aresteiguieta, Machillanda, Ustáriz y otras más que figuraron en los mismos días, se refieren las siguientes frases del Conde de Segur, cuando en 1784 hubo de conocer el estado social de la capital de Venezuela. “El gobernador —escribe— me presentó a las familias más distinguidas de la ciudad, donde tropezamos con hombres algo taciturnos y serios; pero en revancha, conocimos gran número de señoritas, tan notables por la belleza de sus rostros, la riqueza de sus trajes, la elegancia de sus modales y por su amor al baile y a la música, como también por la vivacidad de cierta coquetería que sabía unir muy bien la alegría a la decencia.” Y a estas mismas familias se refieren los conceptos de Humboldt que visitó a Caracas en 1799: “He encontrado en las familias de Caracas —escribe— decidido gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana y notable predilección por la música, que cultivan con éxito, y la cual, como toda bella arte, sirve de núcleo que acerca las diversas clases de la sociedad”. Todavía, treinta años más tarde, después de concluida la revolución que dio origen a la República de Venezuela, entre los diversos conceptos expresados por viajeros europeos, respecto de la sociedad de Caracas, en la época de Colombia, encontramos los siguientes del americano Duane, que visitó las arboledas de Blandain en 1823, y fue obsequiado por esta familia. Después de significar lo conocido que era de los viajeros el nombre de Blandain, así como era proverbial la hospitalidad de aquella, agrega: “el orden y felicidad de esta familia son envidiables, no porque ella sea inferior a sus méritos, sino porque sería de desearse que toda la humanidad participara de semejante dicha.”²

En la época en que el Conde de Segur visitó esta ciudad, el vecino y pintoresco pueblo de Chacao, en la región oriental de la Silla del Ávila, era sitio de recreo de algunas familias de la capital, que, dueñas de estancias frutales y de fértiles terrenos cultivados, pasaban en el campo cierta temporada del

[2]_ Conde de Segur. “Memoirs, Souvenirs, et Anecdotes” 3 vol. — Humboldt, “Viajes”.— Daune, “A visit to Colombia”. 1 vol. 1827.

año. Podemos llamar a tal época, época primaveral, porque fue durante ella, cuando se despertó el amor a la agricultura y al comercio, visitaron la capital los herborizadores alemanes que debían preceder a Humboldt, y se ejecutaron bajo las arboledas, al pie del Ávila, los primeros cuartetos de música clásica que iban a dar ensanche al arte musical en la ciudad de Lozada. En estos días, finalmente, vienen al mundo en Caracas dos ingenios destinados a llenar páginas inmortales en la historia de América: Bello, el cantor de la Zona Tórrida; Bolívar, el genio de la guerra, que debía conducir en triunfo sus legiones desde Caracas hasta las nevadas cumbres que circundan el dilatado Titicaca.

¿Cómo surgió el cultivo del café en el valle de Caracas? Desde 1728, época en que se estableció en esta capital la Compañía Güipuzcoana, no se cultivaba en el valle sino poco trigo, que fue lentamente abandonado a causa de la plaga; alguna caña, algodón, tabaco, productos que servían para el abasto de la población, y muchos frutos menores; desde entonces comenzó casi en todo Venezuela el movimiento agrícola, con el cultivo del añil y del cacao, que constituían los principales artículos de exportación. Mas la riqueza de Venezuela no estaba cifrada en el cacao, que ha ido decayendo, ni en el añil, casi abandonado, ni en el tabaco, que poco se exporta, ni en la caña, cuyos productos no pueden rivalizar con los de las Antillas, ni en el trigo, cuyo cultivo está limitado a los pueblos de la Cordillera, ni en el algodón, que no puede competir con el de los Estados Unidos, sino en el café, que se beneficia en una gran porción de la República.

Sábese que el arbusto del café, oriundo de Abisinia, fue traído de París a Guadalupe por Desclieux, en 1720. De aquí pasó a Cayena en 1725, y en seguida a Venezuela. Los primeros que introdujeron esta planta entre nosotros fueron los misioneros castellanos, por los años de 1730 a 1732, y el terreno donde primero prosperó fue a orillas del Orinoco. El Padre Gumilla nos dice, que él mismo lo sembró en sus Misiones, de donde se extendió por todas partes. El misionero italiano Gilli lo encontró frutal en tierra de los Tamanacos; entre el Guárico y el Apure, durante su residencia en estos lugares, a mediados

del último siglo. En el Brasil, la planta data de 1771, probablemente llevada de las Misiones de Venezuela.

La introducción y cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, remonta a los años de 1783 a 1784. En las estancias de Chacao, llamadas “Blandín,” “San Felipe” y “La Floresta,” que pertenecieron a Bartolomé Blandín y a los presbíteros Sojo y Mohedano, cura este último del pueblo de Chacao, crecía el célebre arbusto, más como planta de adorno exótica que como planta productiva. Los granos y arbolitos recibidos de las Antillas francesas, habían sido distribuidos entre estos agricultores, quienes se apresuraron a cuidarlos. Pero andando el tiempo, el padre Mohedano concibe en 1784 el proyecto de fundar un establecimiento formal, recoge los pies que puede, de las diversas huertas de Chacao, planta seis mil arbolitos, los cuales sucumben casi en totalidad. Reunidos entonces los tres agricultores mencionados, forman semilleros, según el método practicado en las Antillas, y lograron cincuenta mil arbustos, que rindieron copiosa cosecha.

Al hablar de la introducción del café en el valle de Caracas, viene a la memoria la del arte musical, durante una época en la cual los señores Blandín y Sojo desempeñaban importante papel en la filarmonía de la capital. Los recuerdos del arte musical y del cultivo del café son para el campo de Chacao, lo que para los viejos castillos feudales las leyendas de los trovadores: cada bosque, cada roca, la choza derruida, el árbol secular, por dondequiera, la memoria evoca recuerdos placenteros de generaciones que desaparecieron. Cuando se visitan los campos y jardines de “Blandín,” de “La Floresta” y de “San Felipe,” haciendas cercanas, como lo estuvieron sus primitivos dueños, unidos por la amistad, el sentimiento y la patria; cuando se contemplan los chorros de Tócome, la cascada de Sebucán,⁷ las aguas abundosas que serpean por las pendientes del Ávila; cuando el viajero posa sus miradas sobre las ruinas de Bello Monte, o solicita bajo las copas de los bucares floridos, cubiertos con mantos de escarlata, las arboledas de café coronadas de albos jazmines que embalsaman el aire: el pensamiento se trasporta a los días apacibles en que figuraban

Mohedano, Sojo y Blandín; época en que comenzaba a levantarse en el Viejo Mundo la gran figura de Miranda, y a orillas del Anauco y del Guaire, las de Bello y de Bolívar.

El padre Sojo y Bartolomé Blandín, acompañado este de sus hermanas María de Jesús y Manuela, llenas de talento musical, reunían en sus haciendas de Chacao a los aficionados de Caracas; y este lazo de unión que fortalecía el amor al arte, llegó a ser en la capital el verdadero núcleo de la música moderna. El padre Sojo, de la familia materna de Bolívar, espíritu altamente progresista, después de haber visitado a España y a Italia, y en esta muy especialmente a Roma, en los días, de Clemente XIV, regresó a Caracas con el objeto de concluir el convento de Neristas, que a sus esfuerzos levantara, y del cual fue Prepósito. El convento fue abierto en 1771.³

Las primeras reuniones musicales de Caracas se efectuaron en el local de esta institución, y en Chacao, bajo las arboledas de “Blandín” y de “La Floresta.” El primer cuarteto fue ejecutado a la sombra de los naranjeros, en los días en que sonreían sobre los terrenos de Chacao los primeros arbustos del café. A estas tertulias musicales asistían igualmente muchos caballeros de la capital.

En 1786 llegaron a Caracas dos naturalistas alemanes, los señores Bredmeyer y Schult, quienes comenzaron sus excursiones por el valle de Chacao y vertientes del Ávila. Al instante hicieron amistad con el padre Sojo, y la intimidad que entre todos llegó a formarse, fue de brillantes resultados para el adelantamiento del arte musical, pues agradecidos los viajeros, a su regreso a Europa en 1789, después de haber visitado otras regiones de Venezuela, remitieron al padre Sojo algunos instrumentos de música que se necesitaban en Caracas, y partituras de Pleyel, de Mozart y de Haydn. Esta fue la primera

[3]_ En el área que ocupó el convento y templo de Neristas, figura hoy el parque de Washington, en cuyo centro descuellla la estatua de este gran patricio. Nuevos árboles han sustituido a los añejos cipreses del antiguo patio, pero aún se conserva el nombre de “Esquina de los cipreses”, a la que lo lleva hace más de un siglo.

música clásica que vino a Caracas, y sirvió de modelo a los aficionados, que muy pronto admiraron el bello ingenio de aquellos autores.

Planteado el cultivo del café, como empresa industrial, los dueños de las haciendas mencionadas acordaron celebrar aquel triunfo de la civilización, es decir, el beneficio del arbusto sabeo en el valle de Caracas; y para llevar a término el pensamiento, señalaron en la huerta de Blandin los arbustos que debían proporcionar los granos necesarios para saborear la primera taza de café, en unión de algunas familias y caballeros de la capital, aficionados al arte musical.

A proporción que las plantaciones crecían a la sombra paternal de los bucares, con frecuencia eran visitadas por todos aquellos que, en pos de una esperanza, veían deslizarse los días y aguardaban la solución de una promesa. Por dos ocasiones, antes de florecer el café, los bucares perdieron sus hojas viose surgir de las peladas copas, florido manto de color de escarlata que las asemejaba a un dilatado mar de fuego. ¡Cuánta alegría se apoderó de los agricultores, cuando en cierta mañana, al cabo de dos años, brotaron los capullos que en las jóvenes ramas de los cafetales anunciaban la deseada flor! A poco, todos los árboles aparecieron materialmente cubiertos de jazmines blancos que embalsamaban el aire. El europeo que por la primera vez contempla una arboleda de café en flor, recibe una impresión que le acompaña para siempre. Le parece que sobre todos los árboles ha caído prolongada nevada, aunque el ambiente que lo rodea es tibio y agradable. Al instante, siente el aroma de las flores que le invita a penetrar en el bosque, tocar con sus manos los jazmines, llevarlos al olfato, para en seguida contemplarlos con emoción.

No es nevada, no es escarcha; es la diosa Flora, que tiende sobre los cafetales encajes de armiño, nuncios de la buena cosecha que va a dar vida a los campos y pan a la familia. Pero todavía es más profunda la emoción, cuando, al caer las flores, asoman los frutos, que al madurarse aparecen como macetitas de corales rojos que tachonan el monte sombreado por los bucares revestidos.

De antemano se había convenido, en que la primera taza de café sería tomada a la sombra de las arboledas frutales de Blandin, en día festivo, con

asistencia de aficionados a la música y de familias y personajes de Caracas. Esto pasaba a fines de 1786. Cuando llegó el día fijado, desde muy temprano, la familia Blandín y sus entroncamientos de Echenique, Argain y Báez, aguardaban a la selecta concurrencia, la cual fue llegando por grupos, unos en cabalgaduras, otros en carretas de bueyes, pues la calesa no había, para aquel entonces, hecho surco ni en las calles de la capital ni en el camino de Chacao. Por otra parte, era de lujo, tanto para caballeros, como para damas, manejar con gracia las riendas del fogoso corcel, que se presentaba ricamente enjaezado, según uso de la época.

La casa de Blandín y sus contornos ostentaban graciosos adornos campesinos, sobre todo, la sala improvisada bajo la arboleda, en cuyos extremos figuraban los sellos de armas de España y de Francia. En esta área estaba la mesa del almuerzo, en la cual sobresalían tres arbustos de café artísticamente colocados en floreros de porcelana. Por la primera vez iba a verificarse, al pie de la silla del Ávila, inmortalizada por Humboldt, una fiesta tan llena de novedad y de atractivos, pues que celebraba el cultivo del árbol del café en el valle de Caracas, fiesta a la cual contribuía lo más distinguido de la capital con sus personas, y los aficionados al arte musical, con las armonías de Mozart y de Beethoven. La música, el canto, la sonrisa de las gracias y el entusiasmo juvenil, iban a ser el alma de aquella tenida campestre.

Espléndido apareció a los convidados el poético recinto, donde las damas y caballeros de la familia Blandín hacían los honores de la fiesta, favorecidos de la gracia y gentileza que caracteriza a personas cultas, acostumbradas al trato social. Por todas partes sobresalían ricos muebles dorados o de caoba, forrados de damasco encarnado, espejos venecianos, cortinas de seda, y cuanto era del gusto de aquellos días, en los cuales el dorado y la seda tenían que sobresalir.

La fiesta da comienzo con un paseo por los cafetales, que estaban cargados de frutos rojos. Al regreso de la concurrencia, rompe la música de baile, y el entusiasmo se apodera de la juventud. Después de prolongadas horas de danza, comienzan los cuartetos musicales y el canto de las damas, el cual encontró

quizás eco entre las aves no acostumbradas a las dulces melodías del canto y a los acordes del clavecino.

A las doce del día comienza el almuerzo, y concluido este, toma el recinto otro aspecto. Todas las mesas desaparecieron menos una, la central, que tenía los arbustos de café, de que hemos hablado, y la cual fue al instante exornada de flores y cubierta de bandejas y platos del Japón y de China, llenos de confituras, y de salvillas de plata con preciosas tacitas de China. Y por ser tan numerosa la concurrencia, la familia Blandín se vio en la necesidad de conseguir las vajillas de sus relacionados, que de tono y buen gusto era en aquella época, dar fiestas en que figurasen los ricos platos de las familias notables de Caracas.

Cuando llega el momento de servir el café, cuya fragancia se derrama por el poético recinto, vese un grupo de tres sacerdotes, que precedidos del anfitrión de la fiesta, Bartolomé Blandín, se acercan a la mesa: eran estos, Mohedano, el padre Sojo y el padre doctor Domingo Blandín, que, desde 1775, había comenzado a figurar en el clero de Caracas.⁴ Llegan a la mesa en el momento en que la primera cafetera vacía su contenido en la trasparente taza de porcelana, la cual es presentada inmediatamente al virtuoso cura de Chacao. Un aplauso de entusiasmo acompaña a este incidente, al cual sucede momento de silencio. Allí no había nada preparado, en materia de discurso, porque todo era espontáneo, como era generoso el corazón de la concurrencia. Nadie había soñado con la oratoria ni con frases estudiadas; pero al fijarse todas las miradas sobre el padre Mohedano, que tenía en sus manos la taza de café que se le había presentado, algo esperaba la concurrencia. Mohedano, conmovido, lo comprende así, y dirigiendo su mirada al grupo más numeroso, dice:

“Bendiga Dios al hombre de los campos sostenido por la constancia y por la fe. Bendiga Dios el fruto fecundo, don de la sabia Naturaleza a los hombres de buena voluntad. Dice San Agustín que cuando el agricultor, al conducir el arado,

[4]_ El doctor Domingo Blandín, Racionero de la Catedral de Cuenca, en el Ecuador, tomó posesión de la misma dignidad, en la Catedral de Caracas, en 1807. El 25 de junio de este año, ascendió a la de doctoral, y el 6 de noviembre de 1814, a la de chantre.

confía la semilla al campo, no teme ni la lluvia que cae, ni el cierzo que sopla, porque los rigores de la estación desaparecen ante las esperanzas de la cosecha. Así nosotros, a pesar del invierno de esta vida mortal, debemos sembrar, acompañada de lágrimas, la semilla que Dios ama: la de nuestra voluntad y de nuestras obras, y pensar en las dichas que nos proporcionará abundante cosecha”.

Aplausos prolongados sucedieron a estas bellas frases del cura de Chacao, las cuales fueron continuadas por las siguientes del padre Sojo:

“Bendiga Dios el arte, rico don de la Providencia, siempre generosa y propicia al amor de los seres, cuando está sostenido por la fe, embellecido por la esperanza y fortalecido por la caridad.”⁵

El padre Domingo Blandín quiso igualmente hablar, y comenzando con la primera frase de sus predecesores, dijo:

“Bendiga Dios la familia que sabe conducir a sus hijos por la vía del deber y del amor a lo grande y a lo justo. Es así como el noble ejemplo se trasmite de padres a hijos y continúa como legado inagotable. Bendiga Dios esta concurrencia que ha venido a festejar con las armonías del arte musical y las gracias y virtudes del hogar, esta fiesta campestre, comienzo de una época que se inaugura bajo los auspicios de la fraternidad social.”

Al terminar, el joven sacerdote tomó una rosa de uno de los ramilletes que figuraban en la mesa, y se dirigió al grupo en que estaba su madre, a la cual le presentó la flor después de haberla besado con efusión. La concurrencia celebró tan bello incidente del amor íntimo, delicado, al cual sucedieron las expansiones sociales y la franqueza y libertad que proporciona el campo a las familias cultas.

[5]_ Hace más de cuarenta años que tuvimos el placer de escuchar a la señora Dolores Báez de Supervie, una gran parte de los pormenores que dejamos narrados. Todavía, después de cien años, se conservan muchos de estos, entre los numerosos descendientes de la familia Blandín. En las frases pronunciadas por el Padre Sojo, falta el último párrafo que no hemos podido descifrar en el apagado manuscrito con que fuimos favorecidos, lo mismo que las palabras de Bartolomé Blandín, borradas por completo.

Desde aquel momento la juventud se entregó a la danza, y el resto de la concurrencia se dividió en grupos. Mientras que aquella disfrutaba solamente del placer fugaz, los hombres serios se habían retirado al bosque que está a orillas del torrente que baña la plantación. Allí se departió acerca de los sucesos de la América del Norte y de los temores que anunciaban en Francia algún cambio de cosas. Y como en una reunión de tal carácter, cuyo tema obligado tenía que ser el cultivo del café y el porvenir agrícola que aguardaba a Venezuela, los anfitriones Mohedano, Sojo y Blandín, los primeros cultivadores del café en el valle de Caracas, hubieron de ser agasajados, no solo por sus méritos sociales y virtudes eximias, sino también por el espíritu civilizador, que fue siempre el norte de estos preclaros varones.

Ya hemos hablado anteriormente del padre Sojo y de don Bartolomé Blandín, aficionados al arte musical, que después de haber visitado el Viejo Mundo, trajeron a su patria gran contingente de progreso, del cual supo aprovecharse la sociedad caraqueña. En cuanto al padre Mohedano, cura de Chacao, nacido en la villa de Talarrubias (Extremadura), había pisado a Caracas en 1759, como familiar del Obispo Diez Madroñero. A poco recibe las sagradas órdenes y asciende a secretario del Obispado. En 1769, al crearse la parroquia de Chacao, Mohedano se opone al curato y lo obtiene. En 1798, Carlos IV le elige obispo de Guayana, nombramiento confirmado por Pío VII en 1800. Monseñor Ibarra le consagra en 1801, pero su apostolado fue de corta duración, pues murió en 1803. Según ha escrito uno de sus sabios apologistas, el obispo de Tricala, Mohedano fue uno de los mejores oradores sagrados de Caracas. “Su elocuencia, dice, era toda de sentimiento religioso, realzado por la modestia de su virtud. La sencillez y austeridad que se trasparentaban en su semblante, daban a su voz debilitada dulce influencia sobre los corazones.”⁶

Hablábase del porvenir del café, cuando Mohedano manifestó a sus amigos con quienes departía, que esperaba en lo sucesivo, buenas cosechas, pues su

[6]_ Obispo de Tricala, “Crónica Eclesiástica”.

producto lo tenía destinado para concluir el templo de Chacao, blanco de todas sus esperanzas. Morir después de haber levantado un templo y de haber sido útil a mis semejantes, será, dijo, mi más dulce recompensa.

Entonces alguien aseguró a Mohedano, que por sus virtudes excelsas, era digno del pontificado y que este sería el fin más glorioso de su vida.

—No, no, replicó el virtuoso pastor. Jamás he ambicionado tanta honra. Mi único deseo, mi anhelo es ver feliz a mi grey, para lo que aspiro a continuar siendo médico del alma y médico del cuerpo⁷. Rematar el templo de Chacao, ver desarrollado el cultivo del café y después morir en el seno de Dios y con el cariño de mi grey, he aquí mi única ambición.

Trascurridos catorce años del día en que se efectuó tan bella fiesta en el campo de Chacao, dos de estos hombres habían desaparecido: el padre Sojo, que murió a fines del siglo, después de haber extendido el cultivo del café por los campos de los Mariches y lugares limítrofes; y Mohedano, que luego de ejercer el episcopado a orillas del Orinoco, dejó el mundo en 1803. Solo a Blandin vino a solicitarlo la Revolución de 1810. Abraza desde un principio el movimiento del 19 de abril del mismo año, y su nombre figura con los de Roscio y Tovar en los bonos de la Revolución venezolana. Asiste a poco como suplente, al Constituyente de Venezuela de 1811, y cuando todo turbio corre, abandona el patrio suelo, para regresar con el triunfo de Bolívar en 1821.

Siete años después desapareció Bolívar, y cinco más tarde, en 1835, se extinguió, a la edad de noventa años, el único que quedaba de los tres fundadores del cultivo del café en el valle de Caracas. Con su muerte quedaba extinguido el patronímico Blandain.

Blandín es el sitio de Venezuela que ha sido más visitado por nacionales y extranjeros durante un siglo; y no hay celebridad europea o nacional que no le haya dedicado algunas líneas durante este lapso de tiempo. Segur, Humboldt,

[7]_ Aludía con estas frases a la asistencia y medicinas que facilitaba a los enfermos de Chacao y de sus alrededores.

Bonpland, Boussingault, Stephenson, y con estos Miranda, Bolívar y los magnates de la Revolución de 1810, todos estos hombres preclaros, visitaron el pintoresco sitio, dejando en el corazón de la distinguida familia que allí figuró, frases placenteras que son aplausos de diferentes nacionalidades a la virtud modesta coronada con los atributos del arte.

Un siglo ha pasado con sus conquistas, cataclismos, virtudes y crímenes, desde el día en que fueron sembrados en el campo de Chacao los primeros granos del arbusto sabeo, y aún no ha muerto en la memoria de los hombres el recuerdo de los tres varones insignes, orgullo del patrio suelo: Mohedano, Sojo y Blandín. Chacao fue destruido por el terremoto de 1812, pero nuevo templo surgió de las ruinas para bendecir la memoria de Mohedano, mientras que las arboledas de “San Felipe”, y las palmeras del Orinoco cantan hosanna al pastor que rindió la vida al peso de sus virtudes. Del padre Sojo hablan los anales del arte musical en Venezuela, las campiñas de “La Floresta” hoy propiedad de sus deudos, los cimientos graníticos de la fachada de Santa Teresa y los árboles frescos y lozanos que en el área del extinguido convento de Neristas circundan la estatua de Washington. El nombre de Blandín no ha muerto: lo llevan, el sitio al Oeste de Caracas, por donde pasa después de vencer alturas la locomotora de La Guaira; y la famosa posesión de café, que con orgullo conserva uno de los deudos de aquella notable familia. En este sitio célebre, siempre visitado, la memoria evoca cada día el recuerdo de sucesos inmortales, el nombre de varones ilustres y las virtudes de generaciones ya extinguidas, que supieron legar a su descendencia lo que habían heredado de sus antepasados: el buen ejemplo. El patronímico Blandín ha desaparecido; pero quedan los de sus sucesores Echenique, Baez, Aguerrevere, Rodríguez Supervie, Ramella-Echenique, Martínez-Echenique, Marcano-Echenique, etc., etc., que guardan las virtudes y galas sociales de sus progenitores.

Desapareció el primer clavecino que figuró entonces por los años de 1772 a 1773, y aún se conserva el primer piano clavecino que llegó más tarde, y las arpas francesas, instrumentos que figuraron en los conciertos de Chacao.

Sobresalgan en el museo de algún anticuario las pocas bandejas y platos del Japón y de China que han sobrevivido a ciento, treinta años de peripecias, así como los curiosos muebles abandonados como inútiles y restaurados hoy por el arte.

Los viejos árboles del Ávila aún viven, para recordar las voces argentinas de María de Jesús y de Manuela, en tanto que el torrente que se desprende de las altas cumbres, después de bañar con sus aguas murmurantes los troncos añosos y los jóvenes bucares, va a perderse en la corriente del lejano Guaire.

Los quijotes de la libertad

*A don Manuel Fombona Palacio,
de la Academia Venezolana de la Lengua.*

Quizá sea el vocablo español Quijote, nombre este del héroe de Cervantes en la inmortal novela que se conoce con el título de *Don Quijote de la Mancha*, el único que, tanto en español como en otras lenguas modernas, haya proporcionado mayor número de derivados; y aunque el vocablo Quijote, corrupción de *coxa*, era conocido en España antes de Cervantes, fue desde que este publicó su célebre libro, cuando comenzaron a figurar en español, en francés, en inglés, en italiano etc., los derivados de aquel nombre, como adquisiciones de los idiomas modernos.¹

Los derivados españoles del vocablo Quijote, a saber: *quijote*, *quijotería*, *quijotesco*, *quijotada*, *quijotesicamente*, sintetizan un grupo de acepciones que resumimos así: el hombre serio y grave, enjuto de carnes, de

[1]_ Don Roque Barcia, en su “Diccionario etimológico de la lengua castellana”, nos dice respecto de este nombre lo siguiente: “El origen de este vocablo, hoy apellido, es en latín “*coxa*” y en bajo latín “*coxa*”, el anca, nalga, cadera o parte saliente superior del muslo. De “*cox*”, “*coxa*”, el italiano “*coscio*”, el francés “*cuisse*”, el catalán “*cuixa*” o “*cuxa*”, y el castellano antiguo “*cuja*”, por lo cual tenemos hoy “muslo”. Y de “*cuja*” se formó “*cujote*”: quijote que significa la armadura que cubre y defiende la “*cuja*”, el muslo. Lo que el catalán llama “*cuxok*” de las calzas o de los pantalones, son los quijotes. “En los animales caballares, mulares y asnales la parte blanda que está encima de las nalgas y descansa sobre la extremidad posterior del hueso isquion”.

triste apariencia, a semejanza del héroe de Cervantes: el hombre ridículo en sus aspiraciones personales o sociales: el defensor de causas ajenas, *desfacedor de agravios*, extravagante, quimérico, romántico: el hombre presuntuoso, engreído, exagerado en sus sentimientos caballerescos, el hombre puntilloso.

En el idioma español, por lo tanto, el vocablo *quijote* y sus derivados tienden siempre a la idea de lo ridículo. Así, en España “el que no es Quijote es Sancho” dice un adagio vulgar; lo que indica cierta tendencia a las ideas románticas y quiméricas; y en muchos pueblos de la América española se dice que la cabeza de Don Quijote está sepultada en tal o cual localidad, como para significar que en ellas sobresalen los hombres ridículos y presuntuosos. En todos los países hispanoamericanos el vocablo *quijote* y sus derivados están siempre tomados en mala parte, y de ninguna manera sería aceptado como elogio el que de un espíritu esclarecido y civilizador se dijese que era “un ilustre o noble Don Quijote”. Quizá haya influido en esta acepción de *quijote* y sus derivados la terminación *ote*, *ota*, que indican el aumentativo de algunas voces; terminación grotesca y ridícula que despoja al vocablo primitivo de gracia y de ligereza. Cuando decimos Manuelote, mujerota, hombreote, gordota, negrote, cabezota, caballote, cuerpote, etc., etc., indicamos algo de exagerada forma; y aunque hay voces españolas que sin ser aumentativos, tienen desde su origen la terminación *ote*, *ota*, como padrote, monigote, zote, hotentote, tales voces carecen de gracia y de belleza.

No así en ciertas lenguas modernas, en las cuales el vocablo *quijote* y sus derivados, sin perder las acepciones que tienen en la lengua castellana, representan igualmente otras de carácter más elevado, como son: el defensor de un partido político, de una causa: el que a todo trance defiende la virtud y las buenas costumbres: el poseedor de sentimientos y propósitos nobles, el que procura el benéfico desarrollo de la sociedad.

Hechos de quijotesca galantería.

PRESCOTT

Con un buen corazón, espíritu justo y alma ardiente

Se ha hecho el defensor del género humano.

BESCHERELLE

Todo propósito noble, toda idea que se abre paso y triunfa, a pesar del tiempo y de los hombres, aparece en los primeros días como *quijotismo*; pero cuando el éxito corona la obra y todos los reveses se tornan en victorias, y surgen los grandes hombres, entonces el quijotismo es genio. Bolívar, por ejemplo, aparece en los primeros años de la magna lucha que trajo la emancipación de pueblos esclavos, como un Don Quijote, como un desatentado que hacía frente a lo imposible; pero en el día del triunfo es cuando sus antagonistas le admiran y la historia le confirma el título que había conquistado: el de LIBERTADOR.

Ciertos lexicógrafos de la moderna España conceden hoy al vocablo quijote y sus derivados, acepciones en consonancia con las ideas que acabamos de expresar. Así leemos en Serrano: “La monomanía de Don Quijote es la de todo reformador mal recibido por su siglo: él es el más sabio y virtuoso de los hombres, pasando por loco en medio de una sociedad viciosa y corrompida: un hombre de bien a quien indigna la injusticia, y entusiasmado con la naturaleza impresionable del poeta, sueña, se compadece del débil, es el amparo del oprimido, el terror del opresor y del malvado”.

Y hablando de la segunda parte de la obra de Cervantes, el mismo escritor dice: “En esta es donde se deja ver más al descubierto el verdadero pensamiento del autor. No es una parodia de las novelas caballerescas, sino un libro de filosofía práctica, una colección de máximas presentadas, las más de las veces, en forma de parábolas: una dulce y juiciosa sátira de la humanidad.”²

[2]_ Serrano. “Diccionario universal de la lengua”.

Ya veremos más adelante cómo juzgó Bolívar la obra de Cervantes, apellidándose, él mismo, uno de los Quijotes de la humanidad.

Un notable talento extranjero de nuestros días ha escrito con mucha propiedad: “En el Quijote, aunque escrito con intención satírica, predomina por completo el verdadero espíritu de la poesía. Con la universalidad que es timbre de los genios superiores, Cervantes supo unir cierto interés humano, universal, a la descripción de caracteres locales y pasajeros. No fue su intención ridiculizar a la antigua caballería errante española, que, como dice M. Ford, había muerto un siglo antes del nacimiento de Cervantes: su objeto fue más bien disipar los absurdos y afectados romances que eran entonces lectura a la moda, juzgados como pinturas verdaderas de la caballería. Otro objeto tuvo evidentemente en mira el autor del Quijote: el de mostrar que un carácter, cuanto más profundo, sincero y bondadoso, tanto más expuesto está en la vida práctica a ser víctima de la burla y del ridículo; pero al mismo tiempo nos enseña que un corazón sincero y un alma elevada, alcanzan un triunfo que ni los reveses ni los errores pueden empañar; porque el buen caballero, siempre desinteresado, siempre generoso, siempre levantado y benéfico, “aunque las dulces campanas de su inteligencia estén rotas”, según la expresión de Shakespeare, mantiene hasta lo último su sólida posesión en nuestro afecto y en nuestra estima. Carlos Lamb ha dicho con mucha verdad, que los lectores que no ven en el Quijote sino un cuento burlesco, no tienen de esta obra sino una apreciación vana.”

En un discurso que acerca del Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarlo, pronunció en la Real Academia española don Juan Valera, ahora veinte y más años, este ilustre literato no está muy distante de coincidir en parte con las ideas que dejamos enunciadas. Aunque el orador no considera la novela del Quijote sino como una crítica de las obras de caballería, una parodia del espíritu caballeresco de aquella época, concede, sin embargo, a la obra de Cervantes, el triunfo de la poesía española, poesía naciente entonces, caballeresca también, pero que se opuso a la fantástica, libertina y afectada poesía caballeresca de otros países. Sus héroes, sin dejar de ser extraordinarios e

ideales, tienen por raíz exacta la verdad. Hay en ellos algo de macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa. Don Quijote es una gran figura, y su locura tiene más de sublime que de ridículo; su monomanía no solo es discreta, elevada y moralmente hermosa, sino que es elocuente, porque sintetiza un noble espíritu, el ideal del caballero, es decir, las ideas caballerizas, el honor, la lealtad, la fidelidad, la gloria, la patria. Don Quijote es Cervantes, y el alma de este es el alma de Don Quijote, exclama el ilustre académico.³

Al traer estas diversas apreciaciones de los críticos del Quijote, es nuestro ánimo probar que en puridad de verdad, no es un reproche y sí elocuente elogio apellidar a ciertos tipos de la historia con el título de Quijotes, queriendo sintetizar con este nombre los esfuerzos, las conquistas que alcanzaron, los desengaños y desgracias que los llevaron a la tumba. El recuerdo de un grande hombre, San Ignacio de Loyola, dos veces noble Quijote, en la historia de su agitada vida, confirma nuestro parecer. Escuchemos lo que respecto de esta grandeza nos dice el insigne historiador Macaulay.

“En su juventud, San Ignacio de Loyola llegó a ser el prototipo del héroe de Cervantes, y tuvo por único estudio la lectura de los libros de caballería. Pasó su existencia cual sueño espléndido poblado de visiones que consistían en princesas redimidas y en infieles sometidos. De antemano había elegido a su Dulcinea, no condesa o duquesa (son sus palabras) sino mujer de más encumbrado linaje, y se lisonjaba con la esperanza de poner a sus pies, en cierto día, las llaves de algún castillo morisco o el rico turbante de asiático monarca. Engolfado estaba en medio de estas visiones de gloria marcial y de amor afortunado, cuando una herida grave le postra en el lecho del dolor; y a poco ya sentida su naturaleza, queda inválido para siempre. Se le ha escapado la palma del vigor y de la gracia, de la destreza en los ejercicios caballerescos, y ve disiparse

[3]_ Véase el discurso de Valera, en las “Memorias de la Real Academia Española”, -vol. 5°.

lentamente la esperanza que le animaba de derribar gigantescos sultanes o de hallar protección en los ojos de la hermosura. Pero nueva visión cruza por su mente y se confunde con sus antiguas ilusiones, fenómeno que solo pueden comprender los que conozcan la estrecha unión que entonces existía en España entre la religión y la caballería. Quiere ser aún soldado y caballero andante, pero soldado y caballero de la esposa de Cristo. Aplastará el Dragón rojo, será el campeón de la mujer vestida de sol, disipará el encantamiento bajo el cual falsos profetas tienen encadenado el espíritu humano. Su carácter inquieto le lleva a los desiertos de Siria, al templo del Santo Sepulcro. Regresa y asombra a los conventos de España y a las escuelas de Francia con sus vigiliias y penitencias. La misma imaginación ferviente que había soñado con innumerables batallas y con la belleza de fantásticas reinas, poblaba ahora de ángeles y santos la soledad de su vida. La Virgen descende a conversarle, y ve al Salvador faz a faz con los ojos de la carne; palpa la transubstanciación, durante la misa, y estando en oración en la escalera de Santo Domingo, se le aparecen la Trinidad y la Unidad, de tal manera, que llora de admiración y de alegría. Tal fue el célebre Ignacio de Loyola, aquel que en la grande reacción católica sostuvo la misma parte que Lutero en el gran movimiento protestante.”⁴

He aquí uno de los más ilustres Quijotes del progreso universal. Déjase fascinar por una idea, quizá degenera en manía: obstáculos insuperables le detienen y nuevas ideas se apoderan de su espíritu, con las cuales lucha, y triunfa para descollar en una de las más brillantes etapas de la historia de la humanidad.

Carlos XII de Suecia fue llamado por sus coetáneos, a causa de su carácter temerario y aventurero, el *Quijote del Norte*. Bolívar se llamó él mismo, *uno de los Quijotes de la humanidad*, y Napoleón bautizó a Miranda con el título de *Quijote de la libertad*.

Tratemos de investigar las causas de estos títulos, al parecer ridículos, pero que sintetizan grandes virtudes.

[4]_ Macaulay. “Ensayo sobre la historia de los Papas”.

¿Cuándo fue que Napoleón pudo sondear el alma ardiente y republicana de Miranda para colocarlo a la altura en que el historiador Macaulay ha puesto a Ignacio de Loyola?

Napoleón y Miranda no llegaron a conocerse y tratarse sino después del 9 *thermidor*, cuando desaparecieron los días del terror, y la revolución francesa dejó la vía dolorosa para continuar con sus triunfos y conquistas; y aunque Napoleón tenía quince años menos que Miranda, podemos considerarlos como contemporáneos. Miranda vivía entonces en la calle del Monte Blanco, en el Hotel Mirabeau, donde se holgaba a sus anchas y con todas las comodidades de un soberano. No amaba Miranda el lujo exterior, siempre chocante, que tiene su séquito de aduladores y también de envidiosos y malquerientes, sino el lujo interior donde el hombre es más libre y menos codiciado. En sus salas, lujosamente amuebladas, sobresalían muchos objetos de arte, regalos unos de potentados y hombres célebres de la época, y otros de cuanto Miranda había podido adquirir en sus variados viajes por Europa. Contemplado por lo más notable de la sociedad de París, no había sala, tertulia o círculo donde la simpática figura del ilustre y célebre girondino no representara importante papel. Bonaparte, (lugarteniente de Barras) no gozaba entonces de nombre, y solo se le conocía por la defensa de Tolón. En cierta noche, ambos militares tropezaron por la primera vez, en la calzada de *Antin*, en la casa de una célebre cortesana, Julia Segur, mujer del conocido trágico Taima, condiscípulo y amigo de Bonaparte. Al saber este que Miranda era el célebre general americano de quien había oído hablar, se hizo presentar a él y comenzaron a departir amigablemente acerca de multitud de temas de interés que entusiasmaron a Miranda, pero sin pasar nunca los límites de la etiqueta. Prolongada la tertulia después de la comida, ambos concluyeron por ofrecerse sus relaciones al despedirse de los esposos Taima.

En aquellos días, Miranda estaba lleno de desencantos. “Le parecían unos traidores todos aquellos que por cálculo o por temor, habían abandonado las banderas de Francia, causa esta que le hizo afiliarse en el círculo de los patriotas más definidos; mas entre estos, nuevas decepciones preocupaban su espíritu.

Pero cuál fue la sorpresa del ilustre girondino, cuando tropieza, después del 9 *thermidor*, con hombres tenidos hasta entonces por probos, ¡que abandonaban sus opiniones por temor a una muerte trágica que los hubiera hecho dignos de las antiguas épocas! Juzgando al vencedor en Tolón partidario, como lo era él mismo, de medidas enérgicas, únicas que podían salvar la Convención, y habiéndole visto por segunda vez y escuchado sus frases de odio contra Inglaterra, Miranda le invita a una comida en su vivienda del hotel Mirabeau. “El día en que Bonaparte, refiere Miranda, vino a comer conmigo, noté que se había impresionado al ver el lujo de mis salas. Para esta comida había reunido algunos de los caracteres más enérgicos, entre los restos de la Montaña, los cuales nos expresamos como hombres de convicciones y de idénticos pareceres. Con sorpresa observé que Bonaparte receloso, pensativo, movía la cabeza y pronunciaba monosílabos contra las opiniones que todos habíamos emitido acerca de la necesidad de desplegar cierta energía suprema.”

Era que para Napoleón estos heraldos de la libertad no eran sino idealistas soñadores que solicitaban resultados en armonía con la severidad de su doctrina: solicitaban libertad en el gobierno, en el pueblo, mientras que él la acariciaba, no como deidad, sino como medio que debía poner en juego para alcanzar la corona de los Cesares. En hombres del temple de Napoleón, el movimiento de cabeza y los monosílabos, como única contestación al raciocinio, revelan en la mayoría de los casos, grandes planes en gestación que necesitan para madurar, más de táctica, de disimulo y de previsión, que de los arranques de la pasión y de la elocuencia, virtudes de los espíritus esclarecidos que buscan la felicidad de los pueblos.

Poco después de concluida la comida, Bonaparte se despidió, y más tarde supo Miranda que de él había dicho: *Miranda no es un republicano sino un demagogo.*⁵

[5]_ Viars. “L’Aide de Camp”, “Souvenirs des Deux Mondes”. Obra atribuida al general Servier, que comenzó su carrera militar en Venezuela, al lado de Miranda, en 1812.

Cuando Napoleón con el transcurso del tiempo llegó a definirse, no como protector de la libertad de un gran pueblo, sino como conquistador de la Europa, no pudiendo ya contar con Miranda como uno de los conductores de su carro triunfal, emitió los siguientes conceptos acerca del girondino: “Este criollo ardoroso e inquebrantable es un Don Quijote que corre tras la quimera de la libertad universal, y en cuya alma arde inextinguiblemente un fuego sagrado”. Al copiar estas frases un distinguido escritor chileno, agrega: “Aquel proscrito formidable personificaba en sí la Revolución hispanoamericana.”⁶

Y cuando veinte y cinco años después de la muerte del mártir de la Carraca, un célebre historiador francés, Michelet, se encarga de defender a Miranda de los falsos cargos que le habían hecho Jomine y sus continuadores, ignorantes de la rica documentación en honra de Miranda, la cual nunca conocieron, apellida a este el *noble Don Quijote de la libertad*.⁷

He aquí este noble Quijote de la libertad, tan consecuente consigo mismo, tan recto en sus procedimientos. Cuando, después de la muerte de Robespierre, el Gobierno francés le ofrece el mando de un ejército, Miranda contesta con arrogancia: “He combatido de todo corazón por la causa de la libertad; pero me repugna ir a pelear para hacer conquistas.” Y cuando el Gobierno de Inglaterra le ofrece el mando en jefe de los ejércitos destinados a España en 1808, contra los franceses, Miranda contesta igualmente con arrogancia: “He servido en los ejércitos franceses y aunque Napoleón haya sido injusto respecto de mí, jamás usaré mi espada contra mis antiguos hermanos de armas: tampoco olvido que he sido oficial en el ejército de España. Yo he resuelto consagrar el resto de mi vida a un solo objeto: la emancipación de mi país natal. Es allá, únicamente allá, donde combatiré a los españoles.”

No menos elocuente fue Bolívar, este Quijote máximo de los tiempos modernos que alcanzó la cima histórica en las altas regiones del cóndor y de la

[6]_ Amunátegui. “Vida de don Andrés Bello”, 1882.

[7]_ Michelet. “Historia de la Revolución Francesa”.

tempestad, allá en el dorso del planeta, donde los volcanes andinos, coronados por el coloso Aconcagua, sirven de contrapeso, en la orilla opuesta del Grande Océano, a los colosos del Dhaulagiri coronados por el Everest. ¡Cuánta elocuencia y cuánta amargura llenan los últimos días de este grande hombre! Cuando llega a la quinta de San Pedro Alejandrino, con el alma transida de dolor, la hospitalidad española le ofrece tranquilo y dulce asilo. Al entrar en la modesta vivienda que iba a sustituir a los palacios de Bogotá y de la Magdalena, se dirige a la pequeña biblioteca que ve en la sala.

—¿Qué obras tiene Ud. aquí, señor Mier? —pregunta el Libertador a su protector.

—Mi biblioteca es muy pobre, mi General, contesta Mier.

Bolívar echa una hojeada a los anaqueles y exclama:

— ¡Cómo! Aquí tiene Ud. la historia de la humanidad: aquí está Gil Blas, el hombre tal cual es: aquí tiene Ud. el Quijote, el hombre como debería ser.

Y cuando, agobiado de pesar, bajo la sombra amiga del célebre tamarindo de San Pedro Alejandrino, aquella grandeza siente desmoronarse su parte física, exclama con dolor: *“Jesucristo, Don Quijote y yo hemos sido los más insignes majaderos de este mundo.”*⁸ Poniendo de lado la involuntaria impiedad que sobresale en esta sentencia, hija de un corazón lacerado, comprendemos lo que quiso significar el Libertador. Esta frase sintetiza la obra que perdura, no la personalidad que se destruye: es el espíritu universal en su lucha continuada de perfeccionamiento en sus ideales, en sus quimeras, en sus aspiraciones hacia la meta invisible que solicita, en armonía con las fuerzas misteriosas de la inteligencia. Jesucristo es la meta de luz por excelencia, la obra religiosa siempre en pie, en su constante batallar con los siglos. Bolívar es uno de los tipos del ideal político que, al coronar su obra, desciende al ocaso terrestre, arrastrado por el torbellino de las pasiones humanas. En este orden de cosas, está el ideal perfecto: Jesucristo; y el ideal humano, representado por Sócrates, Galileo,

[8]_ Samper. “El Libertador Bolívar”. Un cuaderno en 12°, 1878.

Colón, Miranda, Bolívar, etc. Los actores admirables desaparecen momentáneamente del drama de la humanidad, para surgir más tarde en el desarrollo de la obra. Esta es la historia del hombre, en todos los climas y en todos los tiempos. Entre estas sublimes figuras está Cervantes, el talento creador que ha sabido sintetizar en inmortales páginas la historia del hombre, no como es, sino como debiera ser, según la elocuente frase de Bolívar.

Para nosotros, estos apóstoles, en todos los estados de la vida humana: en el hogar, en la lucha social, política y religiosa, son los nobles Quijotes de la humanidad.

Bolívar y la Santísima Trinidad

Crónica popular

Las avenidas Norte y Sur constituyen la calle de Caracas que se extiende desde el pie del Ávila hasta las orillas del Guaire. En los días de Colombia, y hasta ahora pocos años, esta calle llevó el nombre glorioso de Carabobo, y en la época del obispo Diez Madroñera, de 1759 a 1769, el de “calle de la Santísima Trinidad”, sin duda para conmemorar el hermoso templo del mismo nombre, comenzado desde 1742 y concluido en 1783, época del nacimiento de Bolívar. Destruído por el terremoto de 1812, el cual no dejó sino los muros principales, a poco andar, levantose, a la izquierda de las ruinas, modesta capilla donde continuó hasta ahora veinticinco años el culto al misterio de la Trinidad, y de donde salía la procesión del Domingo de Ramos en pasadas épocas; pero reconstruido el primitivo edificio por la caridad pública, tornó el culto religioso al antiguo templo, hasta 1874, época en que el Gobierno de Venezuela ordenó terminar la fábrica, levantar la torre que faltaba y destinar el nuevo templo a Panteón Nacional. Este es el edificio de hermosa portada y torres góticas que descuella en el remate de la actual avenida Norte.

Para llegar al Panteón es necesario pasar por el puente de la Trinidad, sobre el río del Catuche. A la izquierda del puente véiase, hasta ahora pocos años, la derruida garita del cuartel de artillería que en este sitio tuvieron los españoles, el cual fue igualmente destruido por el terremoto de 1812; y a la derecha del

punteo descuella hermoso árbol de dilatada copa, como el patriarca del barranco que está a sus pies, cubierto de salvaje vegetación. Llamam a este árbol, de gloriosos recuerdos, el “Samán de la Trinidad”, y también el “árbol del Buen Pastor”, en memoria del virtuoso sacerdote Dr. José Cecilio de Ávila que lo salvó del hacha, en remota época. Tras del

Samán figura la pequeña capilla de la Santísima Trinidad, de reciente construcción.

Todo es elocuente en esta pequeña área de tierra, en la cual, ruinas, templos, puentes, barranco y árbol secular, nos refieren la historia de un siglo, en los anales de Caracas.

El culto al misterio de la Santísima, Trinidad data en esta capital desde los primeros años del último siglo, cuando el proveedor don Pedro Ponte Andrade Jaspe y Montenegro, natural de Galicia y Regidor de Caracas, como nos dice el historiador Oviedo y Baños, labró y dotó la capilla de la Trinidad en la Catedral de Caracas, lugar donde reposan los descendientes del suntuoso Regidor. ¹ Y como una hija de este casase con el teniente general don Juan de Bolívar Villegas, abuelo del Libertador, la familia Bolívar fue la única heredera que continuó el culto al sagrado misterio de la Trinidad en nuestra Metropolitana.

El arquitecto que construyó el antiguo templo de la Trinidad, hoy Panteón Nacional, llamose Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante. El templo comenzó a edificarse de 1742 a 1743, durante el obispado de monseñor Abadiano, y concluyó en 1783, año del nacimiento del Libertador Bolívar. Este recibió en la pila bautismal el nombre de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad. Días después llevaron al parvulito a visitar la capilla de la familia y más tarde el templo de la Santísima Trinidad. Los restos del Libertador entraron a Caracas en la tarde del 16 de diciembre de 1842, y pasaron la noche en la capilla de la Trinidad, a la izquierda de las ruinas del

[1]_ Oviedo y Baños. “Historia de la Conquista de Venezuela”

antiguo templo. Llegaban a aquel lugar a los cien años de haber comenzado la construcción del primitivo edificio. Cuarenta años más tarde, el Centenario de Bolívar, en 24 de julio de 1883, es celebrado en el templo de la Trinidad convertido en Panteón, a los cien años de haberse concluido aquella obra y de haber sido presentado ante el altar mayor el párvulo Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar.

De manera que Bolívar por el nombre que recibió en la pila de bautismo, por el culto de sus antepasados a la Santísima Trinidad, por el lugar donde reposa y demás coincidencias particulares, está íntimamente relacionado con el *Sublime Misterio*.

Departamos acerca de la construcción del célebre templo y de los pintorescos alrededores hermoseedos por el corpulento Samán.

En la época en que se pensó levantar un templo a la Santísima Trinidad, 1740 a 1742, la ciudad de Caracas no llegaba por el Norte sino a los barrancos del Catuche. La última casa que entonces remataba la actual avenida Norte, estaba situada cerca del barranco y pertenecía a Fernando Rodríguez, primer marqués del Toro. La plazuela actual de la Trinidad, era un erial, con una que otra choza pajiza y algunos solares. No existía por lo tanto el caserío que se extiende desde la plaza mencionada hacia el Este y Oeste, ni tampoco existían el actual cuartel de San Carlos, que fue obra de los doce últimos años del pasado siglo, ni el puente de la Trinidad, que precedió al cuartel por los años de 1775 a 1776.

Figuraba por aquel entonces en Caracas, como alarife entendido, Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad infante, hombre bueno, de todos amado y de nadie temido. Y tan entendido era, que cuando el fuerte sacudimiento de tierra, en octubre de 1766, deterioró todos los templos de Caracas, en la comisión de maestros alarifes que nombró el gobernador general Solano, para estudiar el modo de reparar daños que amenazaban ruina, figuraba nuestro buen Infante.

En los días a que nos referimos, 1740 a 1742, el espíritu religioso tomaba creces en Caracas. Habíase concluido la fábrica del templo de la Candelaria

y estaba al terminarse la iglesia de la Pastora. Las cofradías de blancos, y aún las de pardos, entre las cuales figuraban libres, libertos y también esclavos, se ensanchaban en las pequeñas parroquias de la ciudad; lo que daba a las fiestas y procesiones religiosas, cierto aspecto de carnaval por la variedad de colores y de insignias. Animado Infante de estas ideas, las acariciaba cuando se le ocurrió que podría levantar una ermita a la Santísima Trinidad, contando, para comenzar la obra, con el valor de cuatro casitas, único patrimonio del modesto alarife, y con la caridad pública, siempre propicia a este género de construcciones. En 1740 se presenta el artesano al Prelado y le comunica el pensamiento, que aplaudido por el obispo Abadiano, eleva al Rey la petición del pobre industrial. En 10 de agosto de 1741, el monarca pide informes al gobernador Zuloaga, quien apoya el pensamiento y lo recomienda. Estaba, por lo tanto, resuelta la primera parte del problema: la licencia de las autoridades civil y eclesiástica, con la venia del Rey. Con fecha 23 de julio de 1744, es concedida a Juan Domingo del Sacramento y de la Santísima Trinidad Infante, licencia en forma para levantar la ermita que deseaba.

Dase comienzo a la obra en 15 de agosto de 1744, con el producto de las cuatro casas de Infante y su personal trabajo. En 15 de marzo de 1745 Infante dirige una representación al Ayuntamiento, en la cual expone la licencia del monarca, e impetra del Cuerpo se le concedan, en beneficio de la fábrica, los solares vacíos, de los alrededores pertenecientes a los ejidos de la ciudad. En 23 del mismo mes, el Ayuntamiento cede los solares, al mismo tiempo que don Fernando Rodríguez, primer marqués del Toro, cedía al artesano ocho medios solares, que tenía en el mismo sitio de la fábrica. A poco pide Infante al Ayuntamiento le releve de los derechos de propios que pagaba a las rentas, por estos y otros medios solares que de varias personas había adquirido. ²*Esta será la limosna del Ayuntamiento*, dice; y el Ayuntamiento siempre dispuesto a favorecer al artesano, concede libres de toda contribución, los solares adquiridos,

[2]_ Actas del Ayuntamiento de Caracas, en el Archivo del Concejo Municipal.

según acta de 20 de diciembre de 1745. En 1747 Infante pide de nuevo al Ayuntamiento le conceda todas las tierras de la jurisdicción de la fábrica que estuvieren realengas, con el objeto de sufragar a las limosnas; y en 3 de julio del mismo año, el ayuntamiento accede con tal que no perjudicasen a tercero.

Estaba resuelta la segunda parte del problema: contábase con la munificencia y buena voluntad del municipio, y con la asistencia y protección de los ciudadanos.

Mas un factor misterioso había para esta fecha entrado en acción; factor necesario siempre que se trata de creencias populares, cualquiera que sea la religión. Este factor es el milagro que habla a la muchedumbre, la estimula, la hace partícipe de todo aquello que se relacione con el culto religioso. Al tratar de levantar un templo al misterio de la Santísima Trinidad, no debía faltar el número 3, y así sucedió; figurando en el incidente que vamos a referir, el tercer mes del año, la tercera semana del mes, tercer día de la semana, la hora de las tres de la tarde y la limosna de tres reales. Es el caso, que Infante refería a sus favorecedores, que desanimado y abatido se encontraba en cierta tarde del año de 1744, cuando recibió la limosna de tres reales de un desconocido que se le acercó y desapareció de súbito. Al pensar en lo misterioso de aquel incidente, el artesano comprendió que el número 3 figuraba, no solo en la limosna, sino igualmente en la hora, día, semana y mes, como dejamos dicho. He aquí el milagro que acompañó, según refiere la tradición popular, la construcción del que fue templo de la Trinidad en Caracas, hoy Panteón Nacional.

Infante vivía cerca del barranco del Catuche, entre la actual capilla de la Trinidad, y el sitio que ocupa el famoso Samán, el cual, como hemos dicho, ostenta su follaje al Este del puente. Contrariado pasaba los días el constante alarife, que al pensar en el fin de la obra, le abrumaba la enorme distancia que tenía que recorrer. Temía que la muerte le sorprendiera sin terminarla, aunque día por día alcanzaba nuevos triunfos. Al bajar del trabajo en una tarde del año de 1753, Infante tropieza con un tal Hipólito Blanco, arriero que frecuentaba el camino entre Caracas y los Valles de Aragua, quien traía para su amigo Juan

del Sacramento una estaca prendida del célebre Samán de Güere. El arriero contribuía a la fábrica del templo con un árbol, y deseaba al presentar la estaca retoñada, que fuese sembrada en aquellos sitios, tan queridos para él. Infante siembra el renuevo en el mismo lugar que ocupa hoy el Samán, que cuenta ya ciento treinta y siete años de edad.

Y en tanto que el hijo prospera en el barranco del Catuche, el anciano padre sucumbe en las fértiles campiñas que el Aragua baña. Por esto, el cantor de la Zona Tórrida, al verle enguido en los primeros años del siglo actual, le dice:

Di, ¿de tu gigante padre
que en otros campos se eleva,
testigos que el tiempo guarda
de mil historias funestas,
viste en el valle la copa
desafiando las tormentas?
¿Los caros nombres acaso
de los zagales conservas
que en siglos de paz dichosos
poblaron estas riberas,
y que la horrorosa muerte,
extendiendo el ala inmensa,
a las cabañas robara
que dejó su aliento yermas?
Contempló tu padre un día
las envidiables escenas:
violas en luto tornadas,
tintas en sangre las vegas:
desde entonces solitario
en sitio apartado reina,
de la laguna distante
que baña el pie de Valencia.
Agradábale en las aguas
ver flotar su sombra bella,
mientras besaba su planta

al jugar por las praderas.
 Del puro Catuche al margen,
 propicios los cielos quieran
 que, más felices, no escuches
 tristes lamentos de guerra;
 antes de alegres zagales
 las canciones placenteras,
 y cuando más sus suspiros
 y sus celosas querellas

Antes de que comenzara el obispado de Diez Madroñero, el cual favoreció la construcción del nuevo templo, ya Infante había conseguido del Ayuntamiento nuevos solares pertenecientes a los propios de la ciudad, según leemos en documentos oficiales. Todo lo vencían la buena fe del artesano y la buena voluntad de los caraqueños; y fácil se le presentaba la vía al alarife, cuando creyendo ya realizada la obra, se detiene ante la realidad; y era que el barranco del Catuche iba a impedirle el tránsito de los moradores de Caracas a la ermita, y que por lo tanto, esta iba a quedar aislada por completo. Levanta entonces dos muros a orillas del barranco, comienzo del puente, y aguarda.

“Alcanzaré protección segura, que todo en este mundo es comenzar”, se decía Infante. Y alcanzó protección, pues fue favorecido por el general Solano, gobernador y capitán general de Venezuela. Resuelve este distinguido mandatario, de grata memoria, edificar el puente de la Trinidad. En acta capitular de 27 de agosto de 1770, es aprobado el plano del ingeniero D. Manuel de Clemente y Francia, y la obra se pone en ejecución. Como las erogaciones debían hacerse lentamente, después de haber dejado el mando el general Solano, continuo el capitán general Agüero, quien vino a concluir el puente en 1776.

La protección dispensada a la obra de Infante por estas primeras autoridades de la colonia venezolana, recompensaba todos los desvelos del arquitecto. Expedida estaba la vía para que todos los moradores de Caracas visitaran diariamente

la fábrica. Al fin esta llegó a remate y el templo fue bendecido el 15 de julio de 1783, después de haberse empleado cuarenta y tres años en construirlo.

Satisfecho Infante de haber alcanzado la gloriosa meta de sus deseos y desvelos, firmose desde aquel día así: *Juan Domingo del Sacramento y de la Santísima Trinidad de las Mercedes Infante, fundador de la Iglesia de la Santísima Trinidad, coronación de María Santísima y los nueve coros de ángeles*, como leemos en papeles del antiguo Ayuntamiento.³

Ocho días después de haber sido bendecido el templo de la Santísima Trinidad, el 24 de julio de 1783, vino al mundo un párvulo, hijo del coronel don Juan Vicente Bolívar, el cual recibió en la pila de bautismo el siguiente nombre: *Simón José Antonio de la Santísima Trinidad*. A poco, sus padres le presentan ante el altar, en la capilla

de familia que existe todavía en la Metropolitana, y después ante el altar mayor del templo recién bendecido.⁴

Para esta fecha, el infatigable artesano llegó a lograr lo que todo el mundo juzgó un imposible, menos él, cuya fe inquebrantable no desmayó hasta el último trance de la vida. Desde 1781 Infante pensaba, y con razón, que aquel templo debía estar bajo los cuidados de una nueva orden, la de los Trinitarios, de la cual él debía ser el primer hermano. No se le ocultaban a Juan Domingo los inconvenientes con los cuales iba a luchar, mas contaba con la buena estrella

[3]_ Aludía en esto último a los estucos hechos de su mano que representaban la Trinidad coronando a María, y diversos grupos de ángeles, con los cuales exornó el altar mayor del templo.

[4]_ Respecto de la construcción del templo de la Trinidad y puente del mismo nombre, así como de la historia del artesano Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante, se ha escrito en varias épocas. Olegario Meneses publicó en “El Liceo Venezolano” de 1842, un estudio acerca del puente de la Trinidad. Nicanor Bolet Peraza dijo algo sobre el templo de la Trinidad y de su fundador, en el “Museo Venezolano” de 1865; artículo reproducido en “Las Tradiciones Populares” del doctor Teófilo Rodríguez, con notas de este. Últimamente, el doctor Diógenes A. Arrieta escribió tres artículos sobre los mismos temas con el título de “El Panteón Nacional”, en “La Opinión Nacional”, de 1886.

que hasta entonces le había acompañado. En la fecha indicada, el artesano ocurre al Rey en solicitud de sus deseos y pide las dispensas necesarias para recibir el hábito de la orden; pero ni el Ayuntamiento de Caracas, ni el gobernador, ni el monarca accedieron por el pronto. En repetidas reales cédulas los reyes de España habían concedido licencia para la creación de cofradías, en las que figuraban libres, libertos, y aún esclavos; mas como se trata de la creación de nueva orden religiosa, en la cual iba a chocarse con la tradición, con las preocupaciones y con necesidades políticas, el caso era más grave. A pesar de todo, el artesano hubo de insistir hasta vencer. Accede Carlos III a exigencia tan justa, y Juan del Sacramento de la Santísima Trinidad Infante viste, aunque por corto tiempo, el sayal de trinitario; después de su muerte fue enterrado al pie del altar mayor en el templo que había fabricado. *Labor omnia vincit*.

Refiere el historiador español Díaz, al hablar de los estragos del violento terremoto del 26 de marzo de 1812, que en este templo, y en el pilar de una capilla llamada de “Los Remedios”, destinada al servicio eclesiástico de los militares, estaba pintado el escudo de las reales armas de España: que el templo cayó sobre sus mismos fundamentos: que ni una pequeña piedra salió fuera de su área, y que solo un gran pedazo de uno de los pilares saltó con la violencia de la caída, rodó por la plaza, en dirección a la horca, tropezó con ella y la derribó. Solo quedó en pie el pilar de las armas que se descubrían desde todas partes por sobre aquel montón de ruinas.⁵

¡Cómo el tiempo condena y disipa todas estas fanfarrias de los partidos políticos, cuando estos se yerguen con la victoria! Para los españoles triunfantes en 1812, la salvación del escudo real que sobresalía en las ruinas, indicaba la justicia de Dios en beneficio de la realeza; y la roca que echó por tierra el suplicio de la horca, como castigo al Gobierno patriota que, un año antes, había mandado a ejecutar en el mismo sitio a unos pocos canarios revoltosos. Hoy el criterio es otro, y debemos aceptar que donde quedaban las armas españolas,

[5]_ Díaz. “Recuerdos sobre la rebelión de Caracas”.

era el sitio destinado para mausoleo de Bolívar; y donde figuró la horca, aquel en que debía levantarse noble y generosa la efigie de Miranda, ese mártir de la Carraca, victima, no de la noble nación española, sino del protervo Gobierno de 1812 que contra todas las leyes de la justicia y de la moral, aprobó y permitió la infame conducta del general Monteverde en Venezuela.

En la mañana de un domingo de junio de 1827, la Metropolitana de Caracas celebraba con solemne pompa la fiesta de la Santísima Trinidad, fiesta que patrocinaba la familia del Libertador, quien presidía la ceremonia acompañado de distinguido cortejo. Pontificaba Monseñor Méndez. El templo estaba repleto de adornos y animado por un concurso que llenaba todas las naves. Cuando el orador subió a la cátedra sagrada, hubo cierto movimiento de curiosidad y de satisfacción en la concurrencia. Era que un anciano venerable, de elocuente palabra, y de un espíritu tan ilustrado como era bueno su corazón, aparecía ante el público. Venía figurando desde mucho antes de la Revolución de 1810, ora como profesor, ora como rector del seminario, ora como orador de aliento que suspendía siempre al auditorio. Aquel anciano era el doctor don Alejandro Echezuria, cuyas virtudes no han olvidado todavía las generaciones que llegaron a conocerle.

Después de haber tratado del *misterio* del día, tema de la oración, el orador quiso dedicar algunas frases a la familia Bolívar, y dijo: “Esta fiesta solemne, a la cual asiste concurrencia tan selecta, ha sido costeadada por el Libertador. Este culto al misterio de la Santísima Trinidad, es prenda de inestimable valor, rico legado que tan preclaro varón heredó de sus antepasados. Así se trasmiten en el curso de los siglos las magnas virtudes del hogar, y pasan de padres a hijos para continuar en el espacio y en el tiempo. ¿Y qué extrañar, señores, que de Bolívar hable, cuando hablo del Santísimo Misterio de la Trinidad? El grande hombre está representado en esta, pues Bolívar es el *Padre de la Patria*, *El Hijo de la Gloria* y *El Espíritu de la Libertad*”. El orador iba a continuar en el desarrollo de esta proposición, cuando suena la campanilla en la mesa del solio pontifical. Al oírla el orador enmudece, dirige sus miradas al pontífice, después al Libertador: este endereza las suyas a la cátedra sagrada y al prelado,

y la muchedumbre, sin saber lo que pasa, mira hacia todos lados con solícita curiosidad. El orador, que comprende ser aquello un reproche y una orden, desciende lentamente de la cátedra sagrada.

Por la noche de este día fue público en Caracas que el prelado había amonestado con acritud al orador y le había suspendido de sus funciones durante dos meses, prohibiéndole la publicación del discurso.

Tres años más tarde, a orillas del mar antillano, el Libertador era lanzado ignominiosamente por sus compatriotas del suelo patrio. El hijo de la gloria confesaba públicamente que había arado en el mar, y pronosticaba que el último periodo de la América española sería el caos primitivo, en tanto que el espíritu de la libertad, apacible y luminoso, entraba en el seno de Dios.

¡Qué suceso tan elocuente!

Cuando Bolívar visita a Caracas en 1827, entra a su cuna natal como un potentado y a poco sale como un viandante. Todo el delirio y entusiasmo de la población caraqueña por el Libertador y creador de cinco repúblicas, se había disipado, apoderándose de los espíritus el más completo indiferentismo. Bolívar deja a Caracas, acompañado solamente de sus edecanes. Al pasar por el puente de la Trinidad, Bolívar llama la atención del coronel Ferguson, y le exclama:

—¿Recuerda usted, coronel, los primeros días de mi entrada a Caracas?

—Jamás había presenciado entusiasmo semejante, contesta el edecán.

—Hoy salimos como derrotados, repuso Bolívar, y agrega: “Todo es efímero en este mundo”.

El grupo siguió silencioso, y al encontrarse el Libertador frente a frente de las ruinas de la Trinidad, detiene el caballo y dice:

—Estas ruinas me traen recuerdos de mi niñez. El culto de mi familia al Misterio de la Trinidad, data de mis abuelos. ¡Cuántos años pasarán todavía antes que estos escombros vuelvan a su antiguo esplendor!⁶

[6]_ Estas frases de Bolívar al dejar a Caracas en 1827, las obtuvimos de uno de sus parientes cercanos, edecán del Libertador, quien nos las repitió en el mismo sitio de las ruinas, por los años de 1843 a 1844.

No pasó por la mente de Bolívar en aquel instante, que quince años más tarde, al siglo de haber comenzado la fábrica del templo, sus restos mortales pasarían la noche del 16 de diciembre en la capilla que había sustituido al derribado templo, para entrar triunfantes por las calles de Caracas, en la mañana del 17 de diciembre de 1842. No sospechó que el monumento que levantara el arte a su inmortal memoria, como homenaje de sus conciudadanos, figuraría en el centro de aquellas ruinas, donde sería festejado su primer centenario, en los mismos días en que se completaba una centuria de haber sido bendecido el templo de la Santísima Trinidad, convertido en Panteón Nacional.

El artesano y el Libertador, separados por un siglo, iban a encontrarse juntos a los cien años de haberse concluido el templo. El monumento de Tenerani que guarda los restos de Bolívar, reposa sobre una plataforma, tres metros más elevada que la base del antiguo altar. Al pie de este están los restos mortales del arquitecto del templo. Arriba, a la luz, está la gloria, magnificada por el arte y celebrada por los clarines de la fama: abajo, a la sombra, está la labor humilde, el industrial sufrido y contento confundido con su propia obra. Arriba esta José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar: abajo está Juan Domingo del Sacramento de la Santísima Trinidad de las Mercedes Infante.

Suazola

Siluetas de la Guerra a Muerte*

A don Pedro Mantel Larruscain

Redactor de "La América Ilustrada y Pintoresca"

Entre A y Z, estos extremos del alfabeto, como si dijéramos, entre el coronel Aldama y el comandante Zerberis, cabe la lista de aquella legión infernal de monstruos, actores y ejecutores de *la guerra a muerte*, que desde 1812 hasta 1824, talaron, incendiaron, destruyeron los pueblos venezolanos, en las costas, en los valles, en la dilatada pampa, en las alturas de los Andes, y llevaron su sed de sangre y exterminio hasta el seno de las familias y hasta las gradas del altar, donde fueron ejecutados los más horribles crímenes que guarda la memoria de los hombres.

[*]_ Bajo el nombre genérico de "Siluetas de la Guerra a Muerte", comprendemos en esta obra una serie de cuadros históricos referentes a los años aciagos, conocidos en nuestros anales con el nombre de "Guerra a Muerte": fue la época del Terror de nuestra magna revolución, la cual alcanzó su meta lúgubre de 1812 a 1815. Narraremos en estos cuadros, los variados e interesantes episodios de aquellos días de triste recordación, cuando ofuscada la razón en ambos beligerantes vióse a los pueblos de Venezuela y de casi toda la América española, envueltos por el torbellino de las pasiones humanas, devorarse en charcas de sangre, de fuego y de exterminio que ellos mismos rellenaron con los despojos de sus venganzas.

¿Quiénes fueron estos espectros del Averno, arpías en forma humana, engendros del chacal y de la hiena? Expósitos de la historia, sin familia y sin patria, ni hay nación que los reclame ni sociedad que los defienda; y solo la tradición se ha encargado de transmitir a la posteridad nombres que sintetizan todos y cada uno, aquella prolongada noche llena de crímenes, con sus piras, orgías y venganzas; con sus víctimas, bacanales, carnicería y algazara; con sus lágrimas, ayes lastimeros, hambre y sed y prolongadas agonías; y con sus cadáveres mutilados en las aldeas y valles desolados, a orillas de los ríos y hasta al pie de los altares, donde fue impotente la plegaria de los ministros de paz, al Dios de las misericordias.

Aldama, Antoñanzas, Boves, Ceballos, Calzada, Dato, Enrile, Fierro, Gabazo, García Luna, los López (1), Martínez (Pascual), Millet, Mollinet, Monteverde, Morales, Moxó, Pardo, Puy, Quijada, Rósete, Suazola, Tíscar, Urbietta, Urristieta, Nández, Zerberis, etc., etc., etc.; he aquí los actores y ejecutores de este sangriento y prolongado drama de sangre.

Con cinco de ellos, con Ceballos, Antoñanzas, Monteverde, Suazola y Boves, comienza la carnicería desde 1812; con Morales, que se ve en la necesidad de aceptar honrosa capitulación en las aguas del dilatado Coquibacoa en 1823, concluye la guerra en el occidente de Venezuela, mientras que un año más tarde, otro de ellos, Calzada, capitula también con honra en el Castillo de Puerto Cabello.

Muchos de ellos se retiraron oportunamente, y muchos fueron víctimas de la guerra, pero los más desaparecieron como sombras. Miranda, el precursor de la sangrienta revolución venezolana, es la más ilustre víctima de la *guerra a muerte*. Logra Bolívar salvarse de las hornallas del incendio, para continuar, después de Carabobo, la serie de victorias que le conducen hasta las alturas de Cuzco y Potosí. El ejército español, entre los muros de Puerto Cabello, recibe en tanto al vencedor, a Páez a quien le estaba reservado obtener los honores del grado que había sabido conquistar en presencia del pabellón histórico de Castilla. Más allá, en el dorso de los Andes, deparaba la suerte al Heraldo de

la causa americana recibir las llaves de las fortalezas y de las ciudades, las banderas de los ejércitos españoles y las que hacía tres siglos que habían clavado sobre las altas cumbres los tenientes de Pizarro y de Almagro.

No hay ya testigos que nos relaten los tristísimos episodios de la *guerra a muerte*. Desaparecieron los actores e igualmente las madres que supieron transmitir a sus nietos la historia de aquella época luctuosa. Tras de las víctimas cayeron en la fosa los victimarios, acá y allá; y todos descansan en la paz de los sepulcros, cubiertos de abrojos, sobre los cuales se asoma cruz derruida o la modesta flor de los campos, para la que guarda también la aurora luz y lágrimas, que no hay en el vasto campo de la naturaleza desheredados de la vida y del amor.

Cuanto pasó, está en la tradición de los pueblos, en las historias del hogar, en los boletines y gacetas de la magna guerra. Murieron todos los actores y testigos, y quedaron los templos derruidos, los árboles, los viejos campanarios, la vereda escabrosa, el valle, los ríos, la pampa dilatada. Espléndido aparece el paisaje por todas partes, y sin embargo, cada roca, cada risco, cada hilo de agua nos relata hechos conmovedores. Todavía el Manzanares y el Neverí llevan sus aguas tranquilas al mar antillano, y en las praderas de las Araguas orientales reverdece la yerba, después de haber sido la tierra abonada con sangre humana. Los morros de San Juan, orillas del antiguo mar geológico, se yerguen todavía y parece que maldicen las atrocidades de Antoñanzas, de Boves y de Suazola. Aún ve la imaginación en los campos de Bobare aquellos mutilados de piernas y brazos, bañados en su propia sangre, y contempla la piedad a los desgraciados de Araure y de Guanare coronados por la palma del martirio. Todavía blanquean los osarios de Ocumare, de Güere, de Ospino...

¿Qué pluma podrá describir las orgías de Boves y de Morales, los degüellos de Santa Ana, aquellas saturnales de la muerte en que desaparecían a un tiempo el último de los danzantes y el último de los músicos? Tras la noche poblada de sombras se asomaba la aurora con luces indecisas, veladas, como si se avergonzara de presenciar tantos crímenes.

La muerte, es decir, la desaparición de los seres, no es lo que constituye lo horrible de este drama de sangre y de exterminio en la historia de Venezuela. Comprendemos la muerte por asfixia en las prisiones, a causa de la falta de aire vital en estrecho recinto; comprendemos la horca, el banquillo, el garrote vil, la guillotina y aun los castigos de los pueblos bárbaros, porque todos ellos están apoyados por legislaciones especiales, hábitos y costumbres de cada nación. Pero no comprendemos en la guerra, la tortura, la mutilación, los atroces sacrificios dictados por el odio, la envidia, la venganza, en una palabra, el crimen con todos sus horrores y con todas sus voluptuosidades. Lo que pasma y detiene la pluma del historiador al narrar tan monstruosos hechos es la variante de la maldad llevada al refinamiento y acompañada de la burla, del escarnio, de la orgía. En esta historia las personalidades casi desaparecen para dar puesto a las agrupaciones infernales de los *azotadores*, de los *desorejadores*, de los *degolladores*, de los *descuartizadores*, de los *desolladores*, de los *herradores*, de los *incendiaros* y de los caníbales, que no perdonaron las gracias de la edad, ni las flores del pudor, ni la santidad de los templos, para llevar a término los más abominables crímenes de que es capaz el hombre monstruo.

Hijos del mal, anduvieron siempre armados de los instrumentos del crimen: el látigo, el puñal, la cuchilla, el garrote, la aguja, la soga y la marca P. ó R., hierro candente que dejaba surco fatal en el rostro de la víctima. En estas orgías de *la guerra a muerte*, no realizaba la lobreguez del cuadro, el amontonamiento de cadáveres mutilados, cosidos por las espaldas, que llenaban los campos, aldeas y hasta los altares de los templos: era el deleite de los asesinos, la voluptuosidad del crimen, la insaciable gula de sangre, y la algazara, la burla, la bacanal como corolarios infernales de las tempestades humanas. Así, la atmósfera del dolor, representado por la desesperación de las madres, la súplica de los padres, el llanto de los hijos: el pavor de las familias, por los ayes y gesticulaciones de los moribundos: las palpitaciones del feto, en fin, en su lucha por la vida al sentir la ausencia del calor materno, contrastaban con

la atmósfera de gritos y amenazas, de imprecaciones, de carcajadas y de burlas sangrientas de aquellos monstruos del Averno.

Entre las diversas agrupaciones de caníbales, cuyos nombres dejamos consignados en estas páginas, descuella en primera línea Suazola. He aquí el monstruo por excelencia que sintetiza todos los horrores de *la guerra a muerte*, y la ausencia completa de todo sentimiento generoso, de toda virtud. *Fue Suazola uno de esos delirios o frenesís sanguinarios que solo una o dos veces han degradado a la humanidad*. Así lo definió Bolívar, y así pasará a la posteridad la memoria de este aborto de la naturaleza.¹

Antonio Suazola, de origen vascongado, fue uno de esos oficiales improvisados del general Monteverde, en su incursión desde Coro hasta Caracas en 1812. Cuando el segundo de este, Eusebio Antoñanzas se separó de su jefe para invadir los pueblos del Guárico, con él iba Suazola que, según parece, hacía poco que estaba en Venezuela. En la toma de Calabozo, Antoñanzas y Suazola, perfectamente unidos, tropezaron con Boves, y al frente de un cuerpo de bandoleros, cometen todo género de atrocidades en el pueblo de San Juan de los Morros. El triunfo de Monteverde lo anunciaban tres acontecimientos imprevistos: el terremoto del 26 de marzo, la desmoralización del Gobierno patriota y las pandillas de asesinos que a nombre de España y de su rey, comenzaban a infundir espanto y a talar y destruir pueblos indefensos. La marcha de Monteverde tenía todos los caracteres de un paseo fúnebre.

Después del triste tratado de La Victoria, firmado en 26 de julio de 1812, partidas del ejército republicano se pasaron al ejército español presentándose a Monteverde, en su cuartel general de Valencia. A cuarenta de aquellos acogió el invasor con bondad, accediendo al deseo que tenían de servir al Rey en Caracas; y para que su oferta tuviera cumplido efecto, Monteverde nombra

[1]_ Contestaciones del General en Jefe del Ejército Libertador de Venezuela al Gobernador de Curazao. Caracas, 1 folleto en 8° de 12 páginas, 1813.

al comandante Suazola a fin de que acompañado de una escolta, condujera a Caracas a los cuarenta patriotas, en calidad de soldados.

Propicia se le presentó a Suazola aquella ocasión para desplegar sus instintos de hiena y servir a su patria y a su jefe. Es el caso que, armado de saña, Suazola se hace de una escolta en la cual no tenía sino obediencia ciega, y con ella sale para Caracas, llevando su buena presa. No pasaron muchas horas sin que las tropas hicieran alto en un lugar cercano a Valencia, donde fueron sacrificados sin compasión los cuarenta patriotas. A poco estaba de regreso en Valencia.

—¿Y cómo fue ese regreso tan rápido? —pregunta Monteverde a Suazola, al verle de nuevo.

— ¡Oh! mi General, contesta el monstruo, lleno de sonrisa. Encontré un medio excelente de acortar mi viaje dando a comprender a Monteverde, por reticencias oportunas, que había degollado a los soldados.

—¡Oh! muy bien, muy bien, responde Monteverde; pero yo ignoraba esto, que ha sido admirablemente dispuesto. ²

Monteverde y Suazola acababan de definirse; pero no era el sacrificio de cuarenta hombres que se ofrecían espontáneamente al servicio militar, lo que iba a realzar a los ojos de Monteverde el mérito singular de su famoso teniente. Sucesos más trascendentales, el sacrificio de poblaciones indefensas, el incendio de los campos, la muerte de ancianos, de niños y de mujeres en camino de maternidad, escenas hasta entonces desconocidas en Venezuela, nos aguardan.

Cuando Monteverde, en su furor de exterminio, envió a Cumaná al famoso comandante Zerberis y tras este a Antoñanzas, para sustituir al coronel Ureña, distinguido oficial español, tan caballeroso y recto como humano, que obraba con la conciencia del hombre de criterio sano, hízose necesario, para que la hoguera de la *guerra a muerte* prendiera en la sección oriental de Venezuela,

[2]_ Ducuodray-Holstein. "Memoirs of Simón Bolívar, etc. etc.", 1 vol. en 8°, Boston 1829. "Historia de Bolívar", etc. etc., traducción francesa continuada por Viollet 2 vols. en 8°, París, 1831. La historia de este suceso la tenemos de testigos de los hechos de Monteverde en 1812.

la presencia de un hombre como Suazola. Así sucedió, y cuando Antoñanzas lo juzgó oportuno, apareció en Cumaná Suazola al frente de 300 soldados, dispuesto a poner por obra todo género de crímenes. No había ya ejércitos que combatir, pero sí pueblos indefensos qué sacrificar; no había victorias que alcanzar, pero sin embargo, las torres de los pueblos echarían a vuelo sus campanas, en tanto que en las gradas del altar sacerdotes impíos elevarían sus preces al Dios de los ejércitos por los triunfos del asesinato. Tal fue *la guerra a muerte* que creó Monteverde e ilustraron los seides de este mandatario.

Allá va Atila montado en el caballo de Nerón, en camino de la Aragua de Maturín. Trescientos caníbales le acompañan animados de promesas y sedientos de sangre y oro. Apenas deja las costas cumanas, cuando las chozas, los graneros de pobres campesinos son presa del incendio, y la muerte comienza a lanzar a la fosa centenares de víctimas. ¡Atila ha trazado un surco de fuego y de sangre!

La variante en el crimen, el *modus operandi*, era lo que caracterizaba y distinguía a Suazola de sus connilitones. Siempre gozoso y satisfecho del deleite que le proporcionaba la presencia de sus víctimas, el delirio de la voluptuosidad recibía su complemento al ser testigo de cierta tortura que él prefería a otras, quizá porque ella le proporcionaba un placer más prolongado: era el desorejamiento de los pacíficos moradores de un pueblo: sentar en el banquillo víctima tras víctima, hasta que desapareciera la última; mofarse de cada una, apostrofarla, para en seguida hacerle cortar las orejas, y con estas en las manos hacerlas sufrir nuevos escarnios, mandarlas al fin hasta decapitar, tal procedimiento era para Suazola placer indecible. Con falsas promesas, con esperanzas de perdón, con insana perfidia, Suazola reúne a los pacíficos habitantes de los campos de Aragua de Maturín, y al verlos en sus manos, todos son sacrificados.³

[3]_ Véase el manifiesto del Brigadier Marino acerca de sus operaciones en la Restauración de las Provincias de Cumaná, Margarita y Barcelona.— 1 folleto en 8°, 1813. Este manifiesto fue traducido al francés en la misma época.

Desde que las tropas dejaron a Cumaná, Suazola había ofrecido a cada soldado pagarle un peso fuerte por cada oreja de insurgente que le presentasen. Debe suponerse, en virtud de tal oferta, cuál sería el número de orejas cortadas, pues la codicia no tiene conciencia. Antoñanzas, gobernador de Cumaná, recibía, después de la carnicería de Aragua, cajones llenos de aquellas, que le sirvieron de cucardas, en tanto que ciertos catalanes de Cumaná las compraban para adornar con ellas los frentes de sus casas, regalarse con su vista, y acostumar sus esposas e hijas a la rabia de sus sentimientos, como con tanta verdad escribió entonces Muñoz Tébar.⁴

Refieren los historiadores de la revolución francesa que los soldados de la Vendea regresaban después de cada victoria, con sus fusiles llenos de sartas de orejas cortadas a los muertos. Suazola fue más allá, pues todos los desorejados presenciaron la operación para después, ser decapitados. Leemos en la Biblia que Herodías pidió a su padre la cabeza del Bautista y que se recreaba punzándole con un alfiler la lengua. Esto se comprende como vil venganza de aquella mujer liviana, ejercida contra dicho mártir. Y en los tiempos modernos, la hija del famoso Rosas, pidió a su padre las orejas de uno de sus enemigos, las cuales figuraron en el tocador de Manuelita. El corazón humano es y será siempre ruin.

Cuando Suazola quedaba satisfecho del desorejamiento de sus víctimas, variaba de capricho y escogía a su arbitrio el modo de sacrificar a cuantos tenía presos en oscura mazmorra. A unos mandaba desollar en su presencia, y si no morían, los hacía llevar a una laguneta vecina de Aragua, donde les cortaban la cabeza antes de arrojarlos al agua; a otros les despalmaban las plantas de los pies y los hacían correr sobre terreno pedregoso. A estos les cortaban los cachetes con la barba y los obligaban a que los tuvieran en las manos antes

[4]_ Manifiesto que hace el Secretario de Estado, coronel Muñoz Tébar, por orden de S. E. el Libertador de Venezuela. 1 folleto en 8°, Caracas, 1814.

En el proceso levantado acerca de estos atentados por la Audiencia, que ninguno de los soldados recibió la recompensa ofrecida, de Caracas aparece, según lo describe el historiador español Urquinaona.

de sacrificarlos; a aquellos los unían por la espalda traspasando las carnes con puntas de hierro y cosiéndolas con un látigo, como dicen las crónicas de aquellos días. Llevaban a dos más al cepo para tenerlos de pie o de cabeza, pero después de haberlos mutilado. Para todos estaba listo el látigo, la befa, el golpe, y si alguno resistía le desollaban el pecho hasta el estómago y a vista de la víctima le clavaban el colgajo en una de las paredes de la prisión.

¿Cuál era la fosa común que debía recibir tantas víctimas? La laguna vecina, esta Estigia de aguas ensangrentadas, sobre las cuales flotaban millares de despojos humanos. El Tártaro de los griegos fue el lugar donde Júpiter precipitó a los titanes, escaladores del Olimpo. En el Tártaro venezolano reposan las víctimas mutiladas por Suazola.

Pero no para todo en esto: la sed de sangre exige las variantes del sacrificio. Si Suazola no respetaba jóvenes, ancianos y niños; si para él las madres no tenían fueros, la mujer, en camino de maternidad, era igualmente tema de escarnio y víctima de su ira. Hable por nosotros Muñoz Tébar, el ministro de Bolívar, al relatar los principales episodios de la guerra a muerte de 1813 a 1814. “Jamás se efectuó carnicería más espantosa que la de Aragua de Maturín. El feto en el vientre de la madre irritaba aún a los frenéticos: lo destrozaban con más impaciencia que el tigre devora su presa... El feto encerrado en el seno maternal era tan delincuente al juicio de Suazola y sus compañeros, como las mujeres, los ancianos y los demás habitantes de Aragua... Romper el vientre que lleva el germen de un nuevo ser, dar martirios inauditos a infantes, a vírgenes, solo estaba reservado a estos hombres.”⁵

Suponed después de tan horribles escenas, abierto el templo del Señor y a los victimarios que lo llenan. Adentro está el sacerdote que celebra el triunfo de los ejércitos españoles; pero afuera están la orfandad, los mutilados, las cenizas aún ardientes, y las madres escapadas de la muerte que elevan sus plegarias al Dios de las misericordias.

[5]_ Muñoz Tébar. Manifiesto citado.

Tales fueron las causales de aquel decreto de la *guerra a muerte* firmado por Bolívar en Trujillo a 15 de junio de 1813.

A los pocos meses de haberse verificado estas carnicerías, Bolívar, vencedor, entraba a Caracas en agosto del mismo año. Uno de sus primeros deseos al volver a la capital fue poner sitio a Puerto Cabello, donde se había refugiado Monteverde, después de repetidas derrotas. Con Monteverde estaba el famoso Suazola, que mandaba el mirador de Solano. Tomada por los patriotas esta avanzada del Castillo, entre los prisioneros fugitivos aparece Suazola que, conducido a presencia de Bolívar, tiene el cinismo de proponer a este que le canjeara por el coronel Jalón, que estaba preso en el Castillo.

Con rara extrañeza escucha Bolívar semejante “proposición hecha por un hombre de tan bajas condiciones como Suazola; pero ante la desgracia de Jalón, la necesidad se hacía deber y Bolívar ordena a su mayor general Urdaneta entablar la correspondencia con el jefe del Castillo, a fin de obtener la libertad del coronel patriota. Con fecha de 3 de setiembre, Urdaneta remite al general Monteverde el siguiente oficio:

“A las cuatro de la tarde del día de ayer, ha sido hecho prisionero, por las tropas de la Unión el atroz Suazola, cuyo nombre puede apenas pronunciarse sin horror. Este hombre o monstruo degolló innumerables personas de ambos sexos en el pacífico pueblo de Aragua, de la provincia de Cumaná: tuvo la brutal complacencia de cortar las orejas a varios prisioneros, y remitirlas como presente al jefe de la división de que dependía: atormentaba del modo más bárbaro a los desgraciados presos que gemían en las mazmorras de La Guaira; de modo que por todas razones debió ser pasado por las armas en el acto de su prisión, mucho más cuando sus hechos forman una parte de los motivos que hemos tenido para declarar la guerra a muerte; pero la humanidad que nos caracteriza mueve al General en Jefe a acceder a la proposición que acaba de hacerle el referido Suazola, y es, que sea canjeado por el C. Coronel Diego Jalón, a pesar de la diversidad de graduación, principios y circunstancias que distinguen incomparablemente uno de otro.

“También propone y acepta el General, canje de cuatro españoles más por otros tantos prisioneros; pues nunca el Jefe de la Republica retendrá en prisión a los americanos, como supone Suazola, cuando aquellos, sean cuales fuesen sus extravíos, son recibidos por nosotros con las demostraciones de amistad y unión que hemos proclamado.

“Se espera la contestación definitiva en el término de tres horas, pasadas las cuales no tendrá lugar el canje propuesto por los prisioneros y admitido por la bondad del Jefe de las armas de la Unión, como advertirá US. por los oficios que incluyo.

“Todo lo que tengo el honor de decir a US. de orden del mismo General en Jefe.

“Cuartel General de Puerto Cabello, 3 de setiembre de 1813, tercero de la Independencia y primero de la guerra a muerte.— *Rafael de Urdaneta*, Mayor General.

“Señor D. Domingo Monteverde, comandante de las fuerzas españolas de este Puerto.”

No se hizo aguardar la contestación de Monteverde, que dice:

“El señor Capitán General, cuya humanidad ha sido bien conocida en Venezuela, se halla horrorizado de las crueldades cometidas contra los europeos por D. Simón Bolívar: por tanto se ve en la dura necesidad de valerse de la reciproca, y ha resuelto que por cada uno que en lo sucesivo sea sacrificado ahí, lo hará con dos de los que se hallan en estas prisiones; y por ningún caso accede a dar a Jalón por Suazola y sí cambiar persona por persona de igual carácter. Todo lo que de su orden hago presente a U. en contestación de su oficio de este día. Dios guarde a U. muchos años.— Puerto Cabello: 3 de setiembre de 1813.— *Juan Nepomuceno Quero*, Mayor General.

“Señor D. Rafael de Urdaneta.”

A un oficio tan amenazante, Bolívar contestó por medio de su Mayor General, la siguiente nota:

“Horrorizado el C. General del Ejército Libertador de Venezuela de las perfidias, traiciones, crueldades, robos y toda especie de crímenes cometidos por Domingo Monteverde, ex gobernador de Caracas, ha decretado la guerra a muerte

para tomar en parte la represalia a que el derecho de la guerra lo autoriza, cuando el de gentes ha sido violado tan escandalosamente. Si el intruso ex gobernador Monteverde está pronto a sacrificar dos americanos por cada español o canario, el Libertador de Venezuela está pronto a sacrificar seis mil españoles y canarios que tiene en su poder por la primera víctima americana. En cuanto a la desproporción que existe entre el ilustre y benemérito Jalón y el infame asesino Suazola, a nadie es desconocida; y sin duda el mártir de la libertad C. Diego Jalón preferirá primero perecer en las aras del despotismo de Monteverde, a ser canjeado tan vilipendiosamente por un monstruo. Dios guarde a U. muchos años. Cuartel General de Puerto Cabello, 3 de setiembre de 1813, tercero de la independencia y primero de la guerra a muerte.— *Rafael de Urdaneta*, Mayor General.

“Señor Mayor General de las tropas españolas en la Plaza de Puerto Cabello.”

Inmediatamente Bolívar dispone que Suazola sea ahorcado, ejecución que tiene efecto a extramuros del poblado y frente al ejército de Monteverde, quien contestó fusilando a cuatro prisioneros patriotas poco conocidos. Llamábanse estos Pellín, Osorio, Pulido y Pointet”.

Así desapareció este monstruo, azote de la humanidad. En cuanto a Monteverde, meses más tarde (en diciembre de 1813) concluyó tristemente su papel, pues fue depuesto por sus compañeros y lanzado del castillo. Un historiador español de sano criterio, al hablar del propósito que llegó a abrigar el Consejo de Estado de España, en 1814, cuando fijó en tales carnicerías el trastorno y obstinación de la provincia venezolana, y pidió en vano al Rey el castigo de los caníbales que la azotaron, agrega: “aunque el Gobierno jamás llegó a ejecutarlo, la Divina Providencia no ha permitido por más tiempo la existencia de estos monstruos que se alimentaron con sangre humana. Suazola murió ahorcado extramuros de Puerto Cabello, a la vista de Monteverde y de sus parciales, que muy bien pudieron salvarle, aceptando el canje de prisioneros que fue propuesto por los emisarios de Bolívar, en agosto de 1812.”⁶

[6]_ Urquinaona. obra citada.

Y los excelentes españoles comisarios de Bolívar, aunque enemigos políticos, el padre García Ortigosa y doctor Francisco González Linares, en su manifiesto publicado respecto del encargo noble que se les había confiado, dijeron con referencia a Suazola lo siguiente: “El oficial Suazola fugitivo por las montañas, después de haber abandonado la fortaleza de Solano, fue aprehendido con otros por las partidas que destacaron (los insurgentes) con este objeto. Este miserable, que *después de lo que publicó la fama de su atroz conducta, no debía esperar en su desgracia que Bolívar consintiese en su canje*, halló sin embargo en él todas las facilidades para conseguirlo. Vio empero con asombro en los últimos períodos de su vida *la fría y criminal indiferencia* con que le miraban subir al patíbulo los mismos que tan vilmente le comprometieron, negándose contra todos los principios de humanidad al canje propuesto; y llevó al sepulcro el hartado desengaño de que *en la vida social la conducta del hombre es quien decide de su destino.*”⁷

[7]_ “Nueva misión y manifiesto de la conducta del general Monteverde y sus secuaces, en el sitio de Puerto Cabello”, 1 cuaderno en 8°, 1813, publicado por el padre García de Ortigosa y doctor Francisco González de Linares.

Abordaje inesperado

Era la época en que tomada por los ingleses la isla española de la Trinidad, sirvió esta de foco a la revolución política que se tramaba en Caracas y La Guaira. Durante los últimos días del mes de mayo y primeros de junio de 1796, cuando los revolucionarios fraguaban la manera de poner en libertad a los reos de Estado que, traídos de España hacía tiempo, cumplían su condena en las fortalezas de La Guaira, dos fragatas inglesas cruzaban las aguas e impedían la comunicación entre dicha rada y Puerto Cabello; pero este bloqueo, que duró pocos días, contribuyó indirectamente a la fuga de los reos. Dos de estos debían ser trasladados a Puerto Cabello, y por temor a las fragatas bloqueadoras, no había podido salir de aquel lugar la lancha que debía conducirlos. Cuando desaparecieron los temores, siguió para su destino el preso Lax, lo que obligó a los revolucionarios a poner en libertad, en la noche del mismo día, a los compañeros Cortés, Campomanes, Picornell y Andrés. Así comienza la revolución que días más tarde debía ser descubierta.

Una de las fragatas inglesas que bloqueaban La Guaira, la *Hermione*, mandada por el capitán Hugo Pigot, hubo de ser poco tiempo después del bloqueo, el teatro de una gran carnicería. Por causas que no hemos podido averiguar, las dos fragatas inglesas, después de abandonar las aguas de La Guaira, se separaron, obedeciendo cada una a órdenes superiores. En cierto día del mes

de julio, estando la *Hermione* en alta mar, un motín revienta a bordo, y son asesinados todos los oficiales, excepto el cirujano, el contramaestre y algunos marineros, llegando el número de las víctimas a cuarenta. Pero lo que da a esta revolución un carácter feroz, es que al capitán Pigot le cortó la cabeza, mientras dormía, al segundo de la fragata, que hacía cuatro años le acompañaba, y que fue el autor principal de aquella infernal rebelión. Perdidos los rebeldes, sin triunfo posible, sin horizonte adonde dirigir sus miradas, acosados por el temor de ser apresados por cualquiera embarcación inglesa, y sentenciados por su propia conciencia; después de vagar por muchos días sin rumbo fijo, conciben el proyecto de entregarse a las autoridades españolas de Venezuela. El 22 de agosto preséntase la *Hermione* con doscientos tripulantes en las aguas de La Guaira, y al entregarse lo hacen manifestando que, cansados de la tiranía inglesa, querían servir bajo la bandera española y que hacían entrega de la fragata y de sus personas.¹

Por de contado que los traidores, después de ser bien recompensados, fletaron un buque en el cual zarparon para los Estados Unidos de Norte América, tocando en Curazao. Al tener los ingleses noticias del suceso, el Almirante Parker condenó a muerte a los desertores y ofreció un premio al que apresara la *Hermione*.

Por el pronto, el gobernador Mariscal Carbonell no pudo darse razón de lo que aquello significaba; pero como hombre sagaz, hubo de ver en los tripulantes de la fragata individuos protervos y desertores de mala ley. Si la causa

[1]_ En un libro manuscrito de los antiguos franciscanos de Caracas, cuyo título es “Arca de Letras y Teatro Universal”, por fray Juan Antonio Navarrete, en el folio 274 vuelto, número 14, leemos: “Por el mes de octubre de 1797, se presentó en el puerto de La Guaira una fragata de guerra inglesa, acogíendose a las banderas españolas y sacudiendo el yugo de la misma nación inglesa, por su mal trato, y pidiendo estar bajo el servicio de España, sobre unos doscientos hombres”.

Este hecho está igualmente consignado en actas del Ayuntamiento de Caracas de esta misma época, en las cuales se ordena conducir ganado a La Guaira para la tripulación de la fragata inglesa.

española poco ganaba con semejantes hombres, las autoridades de Venezuela tenían por lo menos la satisfacción de echarle en cara a Mr. Picton, el Gobernador de la Trinidad, y a los agitadores políticos de esta colonia, deserción tan vergonzosa y al mismo tiempo tan criminal. En aguas de La Guaira permaneció la *Hermione* por algunos días, y luego siguió a Puerto Cabello, donde el buque fue desmantelado y puesto bajo la custodia de la fortaleza. Bien comprendió el gobernador de Caracas que, tarde o temprano, cuando se firmase la paz entre España y la Gran Bretaña, aquel buque sería reclamado.

No teniendo el Capitán General de Venezuela, dice Van de Walle, hombres para custodiar la *Hermione*, propuso al gobernador de Curazao, Mr. Lauffer, pasar a esta fragata la tripulación de los buques de guerra *Media* y *Ceres* que se encontraban desmantelados en aguas de aquella isla. Convino en ello el gobernador, con la condición de que la *Hermione* llevase bandera holandesa y fuera mandada por el capitán Kikkert, y puesta al servicio de España y de Holanda. Aceptada al principio esta proposición fue rechazada después con la llegada del comandante Juan de Meza, quien trasbordó algunos de sus marineros a la *Hermione*. ²(1)

Al comenzar el año de 1798, el general Picton y los ingleses de la Trinidad se habían ya hecho odiosos y temibles a las autoridades españolas de Venezuela, sobre todo en las costas orientales. Predicábase la deserción, la desobediencia: lanzábanse a los puertos papeles incendiarios e invitábase públicamente a los venezolanos a sacudir el yugo español. Al mismo tiempo, buques de guerra ingleses, al mando del capitán Dickinson, molestaban los puertos de Río Caribe y Carúpano y las costas de la Margarita, teniendo en constante alarma estos lugares. Ante un enemigo tan constante, las autoridades españolas de Cumaná creyeron que debían emplear las mismas armas de seducción y deserción, y con fecha 28 de enero de 1798, publícase en todas las costas venezolanas el

[2]_ H. A. Van de Walle. "Reseña histórica de Curazao". 1 vol., Curazao, 1881

siguiente edicto, que podemos considerar como uno de los documentos más característicos de aquella época:

“Don José Antolino del Campo, escribano de los del número del Gobierno y cabildo en esta isla de Margarita, y en ella escribano de Real Hacienda.

“Aviso al público: que habiendo dirigido el señor gobernador de Cumaná una representación a la Capitanía General de este departamento, acompañando copia de la Junta de guerra que tuvo a bien celebrar, con noticia que hubo de que la expedición que se preparaba en la isla de Martinica era con destino de ir contra su provincia; y de otras celebradas en Caracas con el fin de disminuir en lo posible las fuerzas enemigas y aumentar el descontento que se advertía en las tropas al servicio de Inglaterra, de alemanes, emigrados franceses, y aun los mismos ingleses, que son estos:

“A todo soldado que se deserte trayendo sus armas, se le darán 25 pesos fuertes: por cada fusil más que conduzca, 8 pesos; y a proporción por cualquier arma supernumeraria. Al que deserte sin armas, 16 pesos fuertes. A los marineros que contribuyan a la deserción conduciendo los desertores, sean españoles, alemanes, ingleses o de cualquiera otra nación, se les gratificará a proporción del número de desertores que trajeren, y a los dichos desertores se les dará todo auxilio y protección, y se admitirán al servicio de España los que sean a propósito.

“Cien pesos a la persona o personas que justificaren haber aprehendido por fuerza, y presentado ante el gobernador de Cumaná a cualquier cabo de escuadra. Trescientos por un sargento. Dos mil por un subteniente o teniente. Cinco mil por un teniente coronel o coronel. Ocho mil por un brigadier o mariscal de campo. 12.000 por *un general en jefe* y 20.000 por *el gobernador de Trinidad don Tomás Picton*. Con advertencia de que estas cantidades se multiplicarán, según el número de las clases de los sujetos que fueren aprehendidos y presentados al gobernador de Cumaná, y con la que se darán puntualmente estos premios al aprehensor o aprehensores, sean naturales o extranjeros; y se advierte que si fueren indios, además de los premios referidos, tendrán, si se

les ofrece en el real nombre de S. M., excepción perpetua de tributo personal para ellos y sus descendientes legítimos y trescientos pesos de gratificación; y si los aprehensores fueren esclavos, se les dará su libertad, y la misma libertad se concede a los esclavos de los ingleses que se presentaren al dominio español. Que todos los españoles que se hallen al servicio de las tropas de mar y tierra de la Inglaterra, que se pasen y restituyan a nosotros, serán indultados del delito de deserción.

“Ciudad de Margarita y enero 28 de 1799.”³

Así pasaban los meses, y el asunto de la *Hermione* llegó a cumplir un año, sin que por parte de las autoridades inglesas se transparentase ninguna resolución respecto del suceso, y a pesar de que el almirante de la estación naval de las Antillas lo había comunicado a los capitanes que estaban estacionados en diversos lugares, y aun había ofrecido recompensa al que apresase la fragata *Hermione*.

Para fines del 1799, el general Vasconcellos, que había sucedido al mariscal Carbonell en la Gobernación de Caracas, viendo que habían pasado ya dos años de la entrega de los ingleses, creyó que el hecho había ya quedado sin correctivo en las páginas de la historia, y que podía disponerse de la *Hermione* como de una embarcación española. Dio, por tanto, las órdenes para que aquella fuese armada con cuarenta y cuatro cañones y tripulada con cuatrocientos hombres, entre marineros, soldados, artilleros y oficiales, con el objeto de lanzarla al mar con bandera española.

Esto se sabía ya en Puerto Cabello, en cuyas aguas estaba anclada la *Hermione*, bajo los fuegos del castillo, cuando uno de los caracteres más resueltos de la marina inglesa en aquellos días, el capitán E. Hamilton, de la fragata *Surprize*, concibe el pensamiento de arrebatarse a los españoles aquella presa que sin gloria ni esfuerzos habían adquirido. El hábil marino, después de haber estudiado a

[3]_ Antepara. “Documenta, historical and explanatory. Schewing the Designs which have been in progress and the exertions made by general Miranda for the South American Emancipation, during the last twenty-five years”, 1 vol., London, 1810.

distancia las costas de Puerto Cabello, durante los días 22 y 23 de octubre de 1799, que estaba defendida por doscientos cañones; y después de haberse cerciorado de que la *Hermione* estaba custodiada por guardias españolas, resuelve apresar la fragata. Hamilton comunica la idea a sus oficiales y marinos y lo que pensaba hacer a la cabeza de cien hombres. La tripulación contesta con hurras entusiastas, y Hamilton, les agrega: “mañana es el día de nuestra gloria: de la prontitud de la ejecución de mis órdenes, dependerá el éxito de esta empresa: nuestro único norte debe ser recuperar la *Hermione*, arrancarla del poder de nuestros enemigos, y salvar así la honra de la marina inglesa. Os advierto que seremos atacados por todas partes y que aquella será defendida, no solo por las tropas, sino por 200 cánones que guarnecen la fortaleza de Puerto Cabello. Obremos compactos, serenos y sin desmayar, que cuando se trata de nuestra patria la victoria nos alienta y el deber coronará el éxito”. Un prolongado hurra contesta estas frases de Hamilton; y al amanecer del día 24 las órdenes del capitán comienzan a ponerse por obra. Cerca del medio día era cuando se desprenden de la *Surprize* tres grandes lanchas que contenían cien tripulantes armados, bajo las órdenes del capitán Hamilton. Llevaban todo lo necesario para el abordaje que iba a verificarse, no en alta mar, sino al pie de un castillo guarnecido, y en presencia de una población resuelta a defender su bandera.

Cuando desde tierra, los españoles, en constante observación, ven que las tres lanchas repletas de hombres bogaban con gran rapidez hacia el castillo, tocan alarma, y con celeridad extraordinaria se aprestan soldados, zapadores y oficiales en gran número y suben a bordo de la *Hermione*, mientras que una lancha armada de un cañón de 44, con 20 hombres de tripulación, sale para ayudar a los defensores españoles de la fragata. Las primeras balas lanzadas por los cañones del castillo rompen las olas, a distancia, y a proporción que avanzan los invasores, truena la artillería: los curiosos del puerto buscan con la vista por todas partes cuál es la armada invasora y solo divisan a la *Surprize*, impasible en el horizonte lejano, mientras que las lanchas enemigas bogaban tocando apenas las olas y se aproximaban como monstruos marinos, con dirección al

puerto. Inmutables los ingleses en medio de aquella lluvia de fuego que parecía arroparlos, llegan a las aguas del castillo en los momentos en que toda la población, apiñada en los muelles, balcones y azoteas, entre el temor y la duda, presenciaba aquel duelo a muerte. El primer choque entre ingleses y españoles iba a efectuarse, cuando los veinte tripulantes de la lancha cañonera se tiran al agua y abandonan la embarcación al enemigo. Sin pérdida de tiempo Hamilton da principio por la proa al abordaje de la *Hermione*, y con ímpetu indecible llega a la cubierta. Entonces comienza la carnicería y escúchanse los gritos del combate, y los golpes de las armas, y los ayes de los moribundos; y se ve a los combatientes en todas direcciones sobre aquel campo de batalla que se disputan cuatrocientos héroes. Después de una hora logran los ingleses cortar las amarras de la fragata, y ya libre, comienza esta a ser remolcada por dos de las lanchas inglesas. A la sazón la pelea se había hecho general, y en todas partes se chocaban hombres y cosas, y se herían, y se mataban, sin saberse cuál de los dos bandos sobresalía en arrojo ni a cuál sonreiría la victoria. Entre tanto era imposible al castillo tirar sobre los españoles que defendían la *Hermione*, aunque al ser apresada y salir del puerto, le lanzaron muchos cañonazos.

Cuando los españoles de a bordo de la fragata sienten que esta se mueve y se retira del puerto, redoblan los esfuerzos: pero todo inútilmente. Estaba ganada la batalla por los invasores y solo en la popa se luchaba todavía con valor indecible. El último pelotón se rinde al fin en vista de tantos muertos y heridos; y un hurra atronador llena los aires, y el pabellón de la Gran Bretaña es izado en la *Hermione* y esta, libre de aquellos compatriotas sanguinarios, sigue orgullosa hacia el Norte donde aguardaba la *Surprize*. Por todas partes de la *Hermione* se veían armas, fusiles, carabinas y los mortíferos instrumentos de aquel abordaje que duró dos horas. En vista de los heridos, prisioneros y muertos españoles que llenaban la *Hermione*, Hamilton promete al capitán Chala, su prisionero, permitirle regresar a Puerto Cabello, tan pronto como pisase la *Surprize*.

Tan luego como el jefe inglés llegó a bordo de su fragata, es recibido con un saludo prolongado por sus camaradas que, durante dos horas, habían presenciado

la pelea. Hamilton estaba lleno de contusiones, heridas y había perdido un dedo. Entonces hace entrega al capitán Chala de 228 prisioneros españoles, entre los cuales había 117, heridos gravemente. De los combatientes, 35 se habían arrojado al agua, incluyendo los tripulantes de la lancha cañonera; 3 quedaban prisioneros a bordo, y 7 habían seguido al puerto, en tanto que 119 muertos yacían tendidos sobre la *Hermione*. De los ingleses no se dice el número de muertos, pero por lo menos debió sucumbir la tercera parte. En este abordaje singular entraron 400 combatientes.⁴

Poco hechos de armas, en la historia de la marina inglesa, pueden igualar a este combate de gladiadores, al pie de una fortaleza guarnecida de 200 cañones, y en presencia de un pueblo que, lleno de emociones, presencié durante dos horas todos los esfuerzos del valor humano, estimulado por el orgullo de dos naciones que llegaron a disputarse hasta el exterminio, como punto de honra, la posesión de un leño flotante.

[4]_ Véase la carta de Hamilton al Almirante, fechada en Jamaica a 19 de noviembre de 1799 en Southey, "Chronological History of the West Indies". vol. III, pág. 160.

Una reina entre dos validos

En los postreros años del último siglo figuraron, en dos capitales de Europa, dos caraqueños, como validos de dos soberanas célebres: Miranda, que lo fue de Catalina II, Emperatriz de las Rusias, y Manuel Mallo, oficial de secretaría en Madrid, que durante mucho tiempo hizo gala de sus amores escandalosos con María Luisa, esposa de Carlos IV. En la historia de Miranda, son incidentes notables su viaje a Rusia, su presentación a la Czarina, las atenciones y confianzas que recibió de aquella soberana. Hay hechos, sin embargo, que no podemos explicarnos, como el uso que hizo Miranda, aunque por cortos días, del título de conde, con que le obsequiara la emperatriz, error imperdonable en un espíritu que había ya comenzado su gloriosa carrera en defensa de la libertad de América; pero si esto aparece contradictorio con sus ideas de repúblico, sorprende de una manera muy satisfactoria el que Miranda, al abandonar el suelo moscovita, no hiciera uso de las libranzas que le había dado la Czarina para los numerosos agentes del Gobierno ruso, en las diversas capitales de Europa. En los papeles del noble girondino se encontraron estos giros, de los cuales nunca quiso aprovecharse.

Pero si en la historia de Miranda, los amores de este con Catalina aparecen como un incidente, en la vida de Mallo, su empleo en el Gobierno español, sus entrevistas con María Luisa y amores escandalosos, el nombre e influencias

que alcanza el valido, las intrigas de su poderoso rival Manuel Godoy, príncipe de la paz, los escándalos que este provoca, y finalmente, el triunfo que consigue, son acontecimientos que constituyen la historia completa del desgraciado Mallo.

La familia de este nombre era muy conocida en Caracas, desde mediados del siglo último.

Manuel Mallo era no solo un joven hermoso y elegante, sino un talento lleno de gracia. Esto último contribuyó a que el ministro Godoy le empleara cerca de su persona, como uno de sus secretarios. Así comenzó la intimidad de Godoy con el joven americano en la coronada villa, a fines del último siglo.¹

No solo por su claro entendimiento, sino también por sus modales y cultura social, Mallo llegó a ser un personaje necesario por su influencia en la corte. Llegó a tener círculo de amigos y de aduladores, pues no desperdiciaba la ocasión de favorecer a cuantos ahijados quisieron alcanzar pitanzas, empleos o favores. Entre la colonia venezolana que figuraba en aquella época en Madrid, Mallo era tenido como el alma de sus compatriotas.

Desde 1780 figuraba en Caracas, como administrador de ‘rentas, don Antonio Mallo, casado con doña Benedicta Quintana. Poseía don Antonio un carácter algo fuerte, con la monomanía de ser celoso, lo que hacía que de vez en cuando la paz doméstica fuese nublada por una de tantas sombras chinescas que llegan a ofuscar la razón de los esposos, cuando estos son de constitución anémica y se enfurecen para en seguida humillarse y se gritan y se amenazan, para después pedirse perdón, llorar como niños y asegurar el propósito de la enmienda. En cierto día del año de gracia de 1782, reyerta hubo entre los esposos, según se desprende de los documentos públicos que hemos leído.

[1]_ Asegura el general Mosquera en sus “Memorias Históricas” que la familia de Mallo era natural de Popayán, y quizá sea esto cierto, si el historiador se refiere a los fundadores de la familia. Pero Manuel Mallo, el valido de María Luisa, podemos asegurar que era caraqueño. “El caraqueño Mallo”, era como llamaban al valido en todos los círculos de Madrid.

Abandonó doña Benedicta la casa conyugal, llevándose a sus hijas, que asilo encontraron en amiga compañía, mientras que don Antonio abandonaba a Caracas. Intervinieron el provisor y la justicia en la reyerta doméstica, y conocidas del público fueron las cosas, cuando todo concluyó, remitiéndose el expediente a conocimiento del monarca, quien después de haber escuchado el voto del Consejo ordenó lo siguiente, que firmó el ministro don José de Galbes: “Que se llame a don Antonio Mallo para que conteste la demanda que le hace su esposa, reclamando divorcio: que viva esta con sus hijas en el convento de las monjas concepciones; y aunque existe una real cédula que prohíbe la entrada en el convento a mujeres casadas, caduca por esta vez la real orden: que se ponga a Mallo en el ejercicio de su empleo; que se abonen a don Antonio los meses que haya pasado ausente y que de esta suma se saque lo necesario para la mantención de la familia.”

Y después asimismo excita al obispo para que arregle este negocio y pruebe a don Antonio que no tiene motivo justo para abandonar a su esposa e hijas. Luego el mismo ministro, con fecha 2 de octubre de 1784, dice al obispo: “que una a los esposos, por no haber habido justa causa para quebrantar la paz y buena armonía en que habían vivido”. ‘

Del contexto de estas sentencias se desprenden las consideraciones que gozaba la familia Mallo de Caracas en el Gobierno de Carlos III.

En efecto, Don Antonio regresó a Caracas, recibió los sueldos atrasados, y tornó a empatar la cuerda del matrimonio, rota en momentos de disturbio. Así continuaron viviendo y educando a sus hijos estos consortes, ya domesticados, porque sentían en los lomos el peso de los años, que de mucho sirven en todos los percances domésticos, dimes y diretes de la vida conyugal; fútiles incidentes de todo hogar, que desaparecen sin dejar huella en la paz de la familia.

Y muy corregidos y aumentados, como cuarta o quinta edición de una obra impresa, debieron quedar los esposos, cuando catorce años más tarde, tropezamos con cierta orden de don Gaspar de Jovellanos, ministro de Carlos IV,

dirigida al obispo de Caracas, escrita en el tenor siguiente: “En atención al mérito y servicios del tesorero de ejército don Antonio Mallo, y en consideración también al lustre de su pobre y dilatada familia, ha venido el Rey en concederle la pensión vitalicia de seiscientos pesos fuertes anuales sobre las rentas de esa mitra, con la calidad de que si falleciere antes que su mujer, doña Benedicta Quintana, haya de pasar esta gracia a la referida.

“Igualmente se ha servido conceder sobre la misma mitra la pensión vitalicia de doscientos cincuenta pesos fuertes anuales a cada una de sus cuatro hijas, doña Rosa, doña María Antonia, doña Josefa y doña Agustina Mallo y Quintana; y otra de cuatrocientos pesos anuales a su hijo menor don José Mallo y Quintana, de cuyas gracias ha mandado expedir S. M., por separado, con esta propia fecha, las reales cédulas correspondientes dirigidas a los ministros de Real Hacienda de esas cajas. De real orden lo participo a Us. para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca. Dios guarde a Us. muchos años. San Ildefonso, a 9 de agosto de 1798. — *Gaspar de Jovellanos.*”

Poco tiempo más tarde, se concede por el Rey al señor don Antonio Mallo, teniente de Ejército, y a su familia, poderse trasladar a México, con el objeto de servir la Superintendencia de la casa de moneda. En este oficio, firmado por José Antonio Caballero, con fecha de 8 de julio de 1799, en Madrid, se dice al obispo que las pensiones de que gozaba esta familia se dejasen de pagar en Caracas.²

De manera que hasta fines del último siglo, y durante algunos años, la familia Mallo fue favorecida, como pocas, por los Gobiernos de Carlos III y Carlos IV. Ignoramos si en México existe alguno de los descendientes de don Antonio Mallo.

Había en la familia Mallo un joven de nombre Manuel, no sabemos si hermano o sobrino de Don Antonio, bastante acomodado. Quiso pasar a Madrid en la época de Carlos IV, para gozar de los placeres que proporcionaba aquella

[2]_ Véanse las reales cédulas del archivo de la Obispalía

vida. De tono había sido siempre en Caracas, a ciertas familias ricas, enviar a Madrid alguno de sus hijos con preferencia a cualquiera otra de las capitales europeas. Manuel se había instalado en la capital española, en los primeros días del reinado de Carlos IV; y ya porque perdiera su fortuna o por alguna causa misteriosa, es lo cierto que fue favorecido, primero, con el empleo en palacio de guardia de corps, y más tarde con el de director de una mesa en uno de los ministerios. Puede asegurarse, por lo que nos enseña la historia de España, que en el servicio del palacio, como guardia de corps, fue donde la esposa de Carlos IV se enamoró del esbelto joven caraqueño.

El valido de María Luisa, en aquellos días, era un joven de veinticinco años llamado Manuel Godoy Alvarez de Taría. Nunca la fortuna, sostenida por el cariño de una Soberana, había acariciado con más éxito a un hombre de talento y de trastienda. Entrar a palacio como guardia de corps, y ser favorecido por la reina, obra fue de pocos días para un espíritu como Godoy. De etapa en etapa llega este al último grado de la milicia y tras esto a Grande de España, Duque de Alcudia, secretario del despacho de Estado y últimamente Príncipe de la Paz. Ninguno de sus compatriotas llegó a ejercer tanta influencia sobre el carácter menguado de Carlos IV como este ministro, que, en hora menguada, entregó su patria, su rey y su honra al extranjero invasor de España, en 1808. Afortunadamente, en la ley de las compensaciones hay siempre cierta nobleza que levanta el espíritu de los pueblos sorprendidos por la fuerza, y los hace sublimes o inmortales en la defensa. Si mengua es para la memoria de Godoy su conducta infame en 1808, gloria y gloria inmarcesible será siempre para España haber quebrantado la cabeza del coloso de Europa y arrojándole más allá del Pirineo.

Dice un antiguo refrán, que en la variedad está el gusto, y que amantes a su antojo solo es permitido a las Soberanas del mundo. María Luisa, cansada quizá de Manuel Godoy, quiso entregarse en cierto día en cuerpo y alma al caraqueño Manuel Mallo. Era el primero un poderoso político: era el otro un arrogante varón, y tenían solo de común el nombre. ¿Cuál de los dos Manueles

vencerá en este torneo amoroso? Sin duda el más galante, el más seductor, el de esbelta gracia y bello porte. Godoy era de pequeña estatura, y aunque astuto y dominante en política, era poco flexible. La ductilidad es para las mujeres enamoradas una fuerza que ellas saben explotar. María Luisa, entre los dos validos, se decidió por el Manuel caraqueño.

No conocemos la época en que Mallo comenzó a ser el valido predilecto de la reina, pero sí sabemos que vivía en casa contigua al palacio real; y que María Luisa le visitaba cuando quería, llegando a la vivienda del valido por medio de pasadizos ocultos que ella conocía, sobre todo a la hora de la comida, en que María venía a cerciorarse de si sus órdenes habían sido cumplidas, pues Mallo comía de la cocina real. En aquella época el palacio real de Madrid no era lo que hoy, un edificio aislado; sino que contiguo a casas vecinas, fácil fue abrir con él una comunicación secreta, aislada y segura. Esta facilitaba a Mallo entrar sin penetrar en palacio y a la reina llegar a la vivienda de Mallo, sin atravesar la calle.

La habitación del valido estaba lujosamente arreglada, y nada le faltaba. Podía reputársele como un ministro sin cartera, que solía alcanzar lo que no podían hacer los ministros del Consejo Real. Mallo era constantemente solicitado por multitud de aspirantes a empleos y a gracias, y como el público conocía las influencias del valido, sucedía que era respetado de todo el mundo. Y sin duda alguna las gracias que concedió Carlos IV a la familia Mallo de Caracas, no pudieron tener otro origen que la valiosa influencia del afortunado valido. En los paseos públicos, en las tertulias, por todas partes, Mallo se hacía notar porque iba acompañado de sus compatriotas o de españoles que le dispensaban cariño y honores. Había llegado al Capitolio, desconociendo por completo el sitio de la Roca tarpeya, adonde muy pronto debía conducirle su destino.

La colonia venezolana en Madrid no era a la sazón numerosa, pero sí de buenos quilates. Figuraban en ella el coronel Freytes, establecido en la capital hacía años, don Esteban Palacios, tío del Libertador, el guardia de corps Mariano

Montilla, después notable general de Colombia, y los jóvenes Luis Eraso, Simón Bolívar, y Esteban Escobar: estos dos últimos llegaron a Madrid en 1798. Mas, antes de seguir adelante, hablemos acerca de estos compatriotas, sobre todo de los más jóvenes, que fueron muy obsequiados por el valido Mallo.

Freytes, entroncado con la familia caraqueña Elizondo, era un oficial distinguido, siempre servicial y caballeroso. Consistía una de sus manías, y quizás entraba en la condición de su organismo, el ser presumido, no admitiendo en su vestido la más insignificante arruga, debilidad más digna de elogio que de censura, porque está en la índole de muchos hombres sociales. Freytes era un hombre de carácter recto, que le hacía defender la causa de los débiles, a cuyo lado siempre aparecía como un protector improvisado.

Atender a sus compatriotas, servirles, interesarse en que todos fueran felices, fue siempre para Freytes un deber sagrado. En cierta mañana en que el coronel salió a pasear las calles de Madrid con sus compatriotas los jóvenes Simón Bolívar y Luis Eraso, los tres hubieron de detenerse frente a una venta de mercancías donde comenzaba una disputa entre el comprador y el dueño de la tienda: amenazaba este a un pobre campesino por haberle molestado haciéndolo bajar la mercancía de los tramos, sin comprarle cosa alguna. Enterado Freytes de lo que pasaba, se abalanza sobre el tendero y le manifiesta que no tiene razón alguna para amenazar al comprador. En esto el catalán, dueño de la casa, salta por sobre el mostrador, amenaza a Freytes, y nueva reyerta llama la atención de los transeúntes; pero Freytes le recibe con una bofetada y le echa por tierra. Los dos jóvenes Simón y Luis, no queriendo ser víctimas del catalán, apuran el paso y se retiran de la escena, para presenciar la batalla desde lejos. A poco los alcanza Freytes que cantaba victoria: de haber salvado a un pobre hombre de las garras de un avaro catalán.

No fue menos curiosa la escena de que fueron testigos los mismos jóvenes, al visitar al coronel en su casa de habitación, días después. La puerta interior de la casa estaba cerrada, cuando la entreabren los visitantes; pero cuál fue la sorpresa de estos cuando ven que del interior sale precipitadamente un hombre

como si tratara de escaparse y gana la calle. Tras el fugitivo venía el coronel Freytes que le llenaba de vituperios, diciéndole: “Pícaro, canalla, he de castigarte”, y otras frases más o menos parecidas, lo que indicaba, por lo menos, cierta contrariedad que había ocasionado el fugitivo. Al indagarse la causa de aquella escena tan inesperada, vinieron los visitantes en cuenta de que Freytes tenía como arrestado a su sastre por haberle este cortado una pieza de ropa llena de arrugas, que no cuadraban al gusto estético del coronel.

Respecto de la estadía de Mariano Montilla en Madrid, solo sabemos que acompañó a Godoy, como oficial en el cuerpo de guardias reales de corps, en la guerra de España contra Portugal, en 1799, habiendo sido herido en el sitio de Olivenza, y es de sentirse que nada sepamos acerca de este célebre general, pues él perteneció a una familia en la cual todos los hermanos, varones y hembras, sobresalían por el talento epigramático, el chiste sociable, siempre gracioso, agudo, ingenioso y oportuno: lo que caracterizan los franceses con la palabra *esprit*.

Luis de Eraso, después de concluir estudios filosóficos en la Universidad de Caracas y de haber recibido el grado de bachiller, visitó a Madrid, muy joven. Una visita al palacio real, al cual le llevó Mallo, le deslumbra de tal manera que desea ser empleado de este alcázar de los reyes de España. Mallo le consigue el empleo de guardia valona y Luis de Eraso entra al servicio. Este cuerpo que gozaba de muchas distinciones, hacía la guardia en palacio. Refiere Eraso que en muchos días le tocó estar de guardia en el comedor del rey. Este se sentaba a la mesa solo, y un grande de España le debía servir semanalmente la copa de agua, al terminar la comida o el almuerzo. En uno de los días en que el joven guardia presenció la comida del rey, al concluir esta, se presenta el duque de Medinacelli y arrodillándose delante del monarca, le presenta la copa de agua. Medinacelli era de pequeña estatura, por lo que en el momento de pararse, después de servir al monarca, llamó la atención de este.

— ¡Qué chiquito eres Medinacelli! dice Carlos IV al grande de España.

— Sí Sir, aquí soy muy chiquito, muy chiquito; pero en mi casa soy muy grande, contesta el duque, con cierto orgullo herido.

—Anoche mis guardías valonas parece que se divirtieron mucho, dice otro día Carlos IV a uno de ellos. En efecto, se divertían con frecuencia, pues por un arreglo que tenían estipulado con el cocinero de palacio, la mesa de Carlos IV, siempre abundosa, aunque destinada para los hospitales, servía a aquellos para darse gusto en determinadas noches. Cuando estalla la revolución de Gual y España, en 1796, el joven Eraso, que era sobrino carnal de Gual, hubo de soportar las chanzonetas de sus compañeros que no podían comprender cómo el sobrino servía en palacio, y cómo el tío revolucionaba la colonia. Eraso deja a Madrid, con licencia, antes de 1800, para regresar a Caracas, después de la muerte de su madre. Retorna a España con Bolívar en 1803. Cuando los sucesos de 1808 se escapa a Francia, donde es cogido prisionero como oficial español. En la prisión de *La Force* es sepultado por pocos días, de donde pudo salir por la intervención de un ministro extranjero. En esta prisión había estado uno de sus compatriotas, el ilustre Miranda, en 1794. De París regresa a San Sebastián, donde es aprehendido por agentes de Napoleón. Libre, se dirige a Cádiz, que encuentra bloqueado; sigue a La Guaira cuando comenzaba la emigración de 1814; va luego a Puerto Rico, y allí aguarda la llegada de Morillo a Venezuela en 1815. Este amigo íntimo de Bolívar, con quien tuvo correspondencia epistolar, la cual desapareció en el naufragio del historiador Larrazábal, murió en Caracas, en 1842. Fue el jefe de una de las más distinguidas familias de la capital.

Tornemos a ocuparnos en la historia del valido, para seguir con los demás individuos de la colonia venezolana. Ya hemos dicho que Mallo no perdía la ocasión de ser útil a sus compatriotas. Fue él quien presentó en la corte a don Esteban Palacios y el que más tarde proporcionara al joven Bolívar la ocasión de jugar volante con el príncipe de Asturias, más tarde Fernando VII Bolívar había llegado a Madrid acompañado de otro joven venezolano distinguido, don Esteban Escobar, jefe de la honorable familia de este nombre. Desde que pisaron la coronada villa, Mallo los llevó a su casa, donde con frecuencia pasaban largos ratos. A pocos los compatriotas de Mallo se acostumbraron a ver

entrar con frecuencia la reina en la sala de este. En cierta mañana el valido invitó a sus jóvenes amigos a que le acompañarán a cenar en la noche del mismo día. Llegan a la hora indicada, y Mallo les pide que aguarden un tercer convidado, que no debía dilatar. Así pasaron algunos instantes cuando Mallo, lleno de impaciencia exclama: vamos a la mesa, que alguna causa ha impedido venir al amigo que aguardaba. Ya estaban sentados, cuando de repente ábrese la puerta de la vivienda que comunica con el palacio real, y aparece un capuchino. Abandona Mallo su puesto y acude a recibir al convidado, quien echándose hacia atrás la capucha deja ver un hermoso rostro de mujer: era María Luisa que venía a cenar con el valido y los jóvenes compatriotas de este, Bolívar y Escobar.³

Al concluir la cena, la reina no quiso regresar a su mansión por la vía secreta y prefirió hacerlo por la calle. Acompañada del joven Bolívar, por indicaciones de Mallo, siguió al palacio. Este acto de cortesía, fue lo suficiente para que María Luisa ofreciera a su joven acompañante la tertulia de los reyes. “La casualidad, —dice Mosquera,—proporcionó al joven Bolívar hallarse una noche en una casa a donde había salido disfrazada la reina María Luisa, y la acompañó en su regreso a la corte; circunstancia que influyó mucho en el aprecio que hacía la reina de él, y le proporcionó estar en los sitios reales con bastante confianza. El príncipe de Asturias, Fernando, le invitó una tarde en Aranjuez a jugar a la raqueta y dióle al príncipe con el volante en la cabeza, por cuya razón se molestó; pero su madre, que estaba presente, le obligó a continuar el

[3]_ Respecto de este incidente, O’Leary escribe en su “Narración” los siguientes conceptos: “Solía Bolívar acompañar a Mallo, pero siempre con repugnancia, a la corte y a los sitios reales en las cercanías de Madrid. En alguna de estas ocasiones fue testigo involuntario de la depravación de María Luisa. Ella hacía con liberalidad los gastos de su favorito, cuya mesa era servida de las cocinas reales; si algún plato agradaba a la reina lo mandaba de su propia mesa a la de Mallo, y con frecuencia entraba en los aposentos de aquel cuando Bolívar se encontraba en ellos...”.

juego, porque desde que convidó a un joven caballero para distraerse se había igualado con él.⁴

Así pasaba el tiempo, y los dos Manueles, aunque disfrutando de las liviandades de la reina, se odiaban cordialmente. Si Mallo contaba con la influencia de María Luisa, Godoy podía disponer del Rey, a quien manejaba como un títere. En cuanto a intrigas, los dos favoritos eran hábiles; pero más astuto que Mallo aparecía Godoy, hombre político, de alta posición, a quien pertenecía de hecho y de derecho la pareja real.

Luchaba Godoy por encontrar un medio que le proporcionara deshacerse de su rival, y María Luisa, inconscientemente, hubo de proporcionárselo. En cierta mañana de la bella época de Madrid, desde uno de los balcones del palacio veían pasar a los transeúntes, María Luisa, Carlos IV y al lado de este el famoso Godoy, cuando de improviso cruza frente a ellos un esbelto mancebo que conducía elegante calesa tirada por dos hermosos caballos. Al saludo distinguido que recibieron los monarcas, fija Carlos IV la atención y pregunta:

—¿Quién es este mozo que gasta equipaje tan lujoso?

[4]_ Mosquera. "Memorias sobre la vida de Simón Bolívar", 1 vol., Nueva York 1853.— Uno de los descendientes de Bolívar refiere este incidente así: "Un día jugaba con el Príncipe de Asturias, después Fernando Vil, de funesta memoria, y en uno de los saltos de volante, arrojó la pelota con tan poca destreza, que en lugar de formar la curva natural, fue en línea recta a la cabeza del príncipe, despojándole de su gorra.

Confusos los jóvenes cortesanos del suceso, esperaban el castigo para el niño Bolívar y le aconsejaron que se escondiese; pero contestó con mucha sangre fría:

—Pues no lo hice a mal hacer y Su Alteza nos hace el honor de, jugar con nosotros al volante: nada tengo de qué arrepentirme.

Supo el Rey el suceso a la vez que la respuesta de Bolívar, y exclamó lleno de bondad:

—Tiene razón el rapaz, y no hay motivo para castigarle; y pues el príncipe se entrega con ellos a juegos infantiles, decidle que en otra ocasión se ajuste mejor la gorra para jugar con esos chicos tan traviosos.

"Recuerdos de antaño", por Terepaima, "Correo de Caracas" de 1850.— Rodríguez. Tradiciones populares, 1 vol. en 8°, Caracas, 1885.

—Es un mozo que está sostenido en la corte por una vieja rica, contesto Godoy, con sardónica sonrisa.

Si el Rey poco caso hizo de la respuesta, no sucedió lo mismo con la Reina, que por más que quiso disimular las iras que en aquel instante comprimían su pecho, hubo de transparentar en su semblante, si no temores, por lo menos contrariedades. En este mismo día hubo entre María Luisa y Godoy cierta explicación que fue coronada con la más violenta amenaza de la reina. Refería Mallo a sus compatriotas Bolívar y Escobar, que María Luisa le había referido el incidente y su entrevista con Godoy, la cual no fue muy amigable. “Si esto continúa así, agregó la reina a Mallo, enviaré a Godoy a un país donde no volverá a ver el Sol”: temible frase que transparentada por Mallo, alentó a este durante algún tiempo, pero de la cual supo aprovecharse Godoy para vencer a su contendor.

Continuaban después de este incidente las liviandades de María Luisa y aparecía Mallo ante el público matritense como el único poseedor del corazón de la reina, cuando nuevos incidentes proporcionaron a Godoy los medios para concluir con su temido rival. Fue el caso que los celos se apoderaron de María Luisa, y en posesión de esta fuerza hubo de dar rienda a sus pesquisas, aumentar el escándalo, ejecutar imprudencias y comprometer a todo el mundo, juzgándolo como actor en intrigas imaginarias. El joven Bolívar y don Esteban su tío, que muy lejos estaban de patrocinar los escándalos de palacio, tenían que aparecer a los ojos de la reina como confidentes de Mallo en los amores supuestos que le había fraguado la Soberana. Para investigar cuanto le sugería la imaginación exaltada, María hubo de apelar a ciertos empleados del gobierno que debían obrar, no con los deberes que impone la decencia, sino como alcahuetes oficiales de que se valen las reinas corrompidas para satisfacer sus relaciones ilícitas.

Escuchemos el relato que nos hace O’Leary del percance que tuvo Bolívar, cerca de la Puerta de Toledo.

“A poco de la partida de la familia Toro, a fines del año de 1801, sobrevino a Bolívar un acontecimiento que, aparte del gran disgusto que produjo, le

obligó a salir también de la capital. Paseando un día a caballo por la Puerta de Toledo, fue detenido y registrado en virtud de orden del ministro de Hacienda, que alegaba como pretexto de semejante desafuero la infracción de la ordenanza que prohibía usar gran cantidad de diamantes sin permiso; pero fue el verdadero motivo que la reina, acosada por los celos y conociendo la intimidad del joven americano con Mallo, creyó poder hallar en los papeles de Bolívar los indicios de alguna intriga amorosa de su

favorito. Lleno de indignación por el ultraje que se le hacía, rehusó someterse a la pesquisa y desenvainando la espada, amenazó castigar al primero que se le acercase. Algunos de sus amigos, que por aquel sitio atinaron a pasar, intervinieron en el asunto que al fin quedó arreglado: después de esto nada pudo inducirle a permanecer por más tiempo en Madrid”.⁵

A este triste incidente siguió la prisión de don Esteban Palacios, víctima inocente de tan escandalosa intriga, y el cual fue a parar al Castillo de Monserat, en Cataluña. Encerrado estuvo don Esteban por largos meses, hasta que comprobada su ninguna intervención en los escándalos de palacio, recuperó su libertad.

Así corrían días y semanas cuando llegó a Mallo la hora fatal. Aprovechándose de tantos escándalos, Godoy supo obrar contra su rival, a quien prendieron sin que pudiera sospecharlo. En cierta noche, cerca de la Puerta del Sol, saca su reloj, ve la hora y exclama: “ha llegado el momento de la cita”, cuando es cogido y reducido a prisión: sus imprudencias, su vanidad exagerada y el no haber obrado con la circunspección que se necesita en tan vidriosas intrigas, fueron las únicas causas de su infortunio. Salió de Madrid sin que nadie pudiera sospechar el rumbo de su destino. Dijeron unos que lo habían deportado a Filipinas, otros que iba en comisión palaciega a regiones distantes. Lo único que se supo más tarde, pues que en asuntos de este género las sociedades poseen los cien ojos de Argos, fue que Manuel Mallo, con un linguete al pie,

[5]_ O’Leary. “Memorias”, tomo I de la “Narración”.

había sido, arrojado al agua en alta mar. Así quedó cumplida aquella amenaza de María Luisa contra Godoy: “Le enviaré a un país donde no volverá a ver el Sol”. Los destinos se habían trocado: el valido español había triunfado del valido caraqueño.

Las convulsiones de Páez

Es un hecho reconocido por las generaciones que se han sucedido desde la guerra de independencia de Venezuela, que Páez sufría, con más o menos frecuencia, de ataques nerviosos de forma epiléptica, en una que otra ocasión, al comienzo o fin de los choques terribles que contra las caballerías de López, de Morales, de La Torre y de Morillo, libró en la pampa venezolana. Así, al entrar en acción en Chire y el Yagual, en la persecución del enemigo en los campos de Gamarra y Ortiz, y últimamente en Carabobo, después de espléndido triunfo, Páez fue por instantes víctima de esas horribles convulsiones que le privaban del uso de la razón, pero que al cesar, hacían aparecer al guerrero con tales bríos y con tal coraje sobre las fuerzas enemigas, que la presencia de aquel hombre portentoso era siempre indicio de la victoria. Afortunadamente para Páez y para Venezuela, aquel no llegó a ser presa de tan terrible mal en esos grandes hechos de armas que conoce la historia con los nombres de Mata de la Miel, Queseras del Medio, Cojedes, etc. etc., pues desgracia irreparable hubiera sido la muerte del sublime Aquiles, en la homérica lucha que presentó por tantos años la pampa venezolana.

¿Qué causa producía tan triste dolencia en un hombre de fuerzas hercúleas, de espíritu inteligente y sagaz, de voluntad inquebrantable, dominado por el solo sentimiento de la patria, que le hacía sufrido, constante, invencible?

Refieren las crónicas de familia, que Páez, en sus tiernos años, fue mordido, primero, por un perro hidrófobo, y meses más tarde, por una serpiente venenosa, sin que nadie hubiera podido sospechar que en un mozo acostumbrado al ejercicio corporal, hubieran quedado manifestaciones ocultas, a consecuencia de las heridas que recibiera, y que los años corrieran sin que ningún síntoma se presentara en la constitución sana y robusta del joven llanero, hasta que fue presa de cruel idiosincrasia que le acompañó hasta el fin de la vida. Consistía esta en el espanto y horror que la causaba la vista de una culebra, ante la cual tenía que huir o ser víctima de prolongada convulsión. A este hecho se agregaba una manía: la falsa idea de creer que la carne de pescado, al ingerirla en el estómago, se convertía en carne de culebra. Había por lo tanto en la constitución del mancebo, una perversión nerviosa de variados accidentes, la cual acompañó al guerrero hasta su avanzada edad, no obstante haber hecho esfuerzos de todo género por librarse de tan cruel dolencia.

“Al principio de todo combate, escribe Páez en su *Autobiografía*, cuando sonaban los primeros tiros, apoderábase de mí una intensa excitación nerviosa, que me impelía a lanzarme contra el enemigo para recibir los primeros golpes; lo que habría hecho siempre si mis compañeros, con grandes esfuerzos, no me hubiesen retenido”. Y un escritor inglés de los que militaron en la pampa venezolana, dice: “El general Páez padece de ataques epilépticos cuando se excita su sistema nervioso, y entonces sus soldados le sujetan durante el combate o inmediatamente después de él”.

Resumamos estos diversos episodios de la vida militar y civil de Páez, exornándolos con datos que no figuran ni en la *Autobiografía* ni en las historias de Venezuela. Y como al narrar estos hechos es lógico investigar la causa que los engendraba, veremos en el curso de esta leyenda que las convulsiones de Páez obedecían en muchas ocasiones a la excitación del guerrero, al sentimiento patrio; y eran engendradas en otras por agentes misteriosos del organismo, o cierta idiosincrasia que acompaña a muchos hombres, sin que la ciencia haya podido hasta hoy llegar a explicarla.

En el choque de Chire (1815) Páez había recibido la orden de embestir a las tropas de Calzada, pero al comenzar la pelea, entra repentinamente en convulsiones. La causa inmediata de ese percance fue la siguiente: estaba Páez listo, cuando se le ocurre enviar uno de sus ayudantes a retaguardia de su cuerpo, con cierta orden. Al regreso del ayudante, que fue rápido, tropieza este en la sabana con enorme culebra cazadora, a la cual pincha por la cabeza. Al instante el animal se enrosca en el asta de la lanza y la abraza por completo. Quiere el jinete deshacerse del animal, mas como no puede, con él llega a la vanguardia, en los momentos en que iba a librarse el célebre hecho de armas que se conoce con el nombre de Chire. El ayudante da a Páez cuenta de su cometido y agrega: “Aquí está, mi jefe, el primer enemigo aprisionado en el campo de batalla” señalándole la culebra que contorneaba el asta. Páez torna la mirada hacia el arma del jinete y al instante es víctima del mal. Por el momento, el jefe no puede continuar, pero ayudado de sus soldados que le echan agua sobre el rostro, se repone y al escuchar la primera descarga monta a caballo. En derrota venían los suyos cuando a la voz de “frente y carguen”, los jinetes tornan grupas, recomienzan la pelea y triunfan. ¡Y cosa singular! mientras que los vencedores se ocupan en coger el rico botín, Páez sigue solo al campo contrario, ya abandonado, en solicitud de enemigos, y en este pasa todo el día, en un estado casi de sonambulismo. Al llegar la noche, el guerrero divisa una fogata, juzga que es la de su campamento, se dirige hacia ella, y al llegar es victoreado por los suyos que le creían muerto o perdido.

En aquellos días, a la margen derecha del Apure, Páez ve a su valiente Peña en inminente peligro, en la opuesta orilla, en los momentos en que cumplía con la orden que le había dado. Quiere atravesar el río y salvar a su compañero: pide un caballo, pero no había ninguno, porque las madrinas pastaban a distancia. Consíguese a duras penas una yegua que le traen y en ella se arroja al río, armado de lanza. Como la yegua tenía larga rienda, de esto se aprovechan los llaneros para no abandonar a su jefe, pronto a entrar en convulsión. Al comenzar a nadar, Páez se despeja, las convulsiones no se presentan, y los llaneros,

que habían alargado la soga hasta el remate de esta, fueron lentamente recogéndola hasta lograr que el animal tornara a la orilla de donde había salido. El estado de excitación había cesado bajo el influjo del agua.

Cuando llega el momento de la célebre acción del Yagual, (1816) en la cual figura Páez como jefe supremo, el general Urdaneta estaba a su lado en el momento de comenzar la batalla, cuando Páez es víctima de fuertes convulsiones. No había más agua sino la que contenía un barril pequeño, la cual estaba destinada para enfriar el único cañoncito que tenían los patriotas. Al saber Urdaneta por los compañeros de Páez que el ataque desaparecía con el uso del agua, solicita envase para tomarla, y como no encontrara, se vale de su tricornio, con el cual comienza a bañar la cabeza del guerrero. Pocos instantes después estaba Páez a caballo, animado del fuego sagrado de la patria y saludado como vencedor en el glorioso campo de batalla. Aquella exageración nerviosa parecía servir de estímulo a la fuerza física, de aliento al espíritu que triunfaba de las más difíciles situaciones.

Cuando en la batalla de Ortiz, en 1818, casi toda la infantería a las órdenes de Bolívar es destruida por los españoles, pudo salvarse el resto, por la intrepidez de Páez, que cubría la retirada. Después de repetidas cargas de caballería, Páez, al sentirse mal, se desmonta y se recuesta de un árbol.

El coronel inglés English, que por allí pasaba, al ver a Páez en convulsión y con la boca llena de espuma, se acerca al enfermo, aunque los oficiales le decían que dejase solo al General. “Ninguno de nosotros se atreve a tocarlo cuando él es víctima de este mal que dura poco tiempo”, agregaron los centauros. A pesar de esta observación respetuosa, el coronel inglés se acerca a Páez, le lava con agua el rostro y aun le hace tragar algunas gotas. Páez recupera el sentido, reconoce al coronel English, le extiende la mano y le da las gracias más cordiales. “Me hallaba tan cansado por las fatigas de la batalla, le dice, y ya había dado muerte a treinta y nueve de los enemigos, cuando al traspasar con mi lanza uno más, me sentí indispuerto”. A su lado, dice el historiador inglés, estaba la lanza ensangrentada, la cual tomó Páez y la presentó al coronel

English, como un testimonio de la amistad que le profesaba. Páez monta al instante a caballo, se pone al frente de su legión de centauros y cuando llega el momento en que el legionario británico se despide, le obsequia con tres bellos y hermosos caballos.¹

En la derrota del trapiche de Gamarra, en 1819, donde los batallones de Bolívar fueron destruidos, Páez obró prodigios con su caballería, a pesar de lo accidentado del terreno; prodigios, según confesión de los historiadores españoles. En uno de los choques, le ataca la convulsión y sus compañeros tienen que sacarlo del campo. Días de contrariedad le proporcionó esta derrota; mas ella fue el origen de las Queseras del Medio.

“¡Mi lanza! ¿dónde está mi lanza! ¡Venga mi caballo!” tales eran las primeras palabras de Páez, después de pasar uno de los violentos ataques convulsivos; es decir, cuando recuperaba el uso de la razón. Estas mismas frases las repetía el General, cuando a poco de haberse roto una pierna en Nueva York, en 1858, fue acometido de convulsiones: “¿Dónde está mi caballo? ¿Mi lanza dónde está?”, preguntaba.

Últimamente, Páez es acometido de su mal crónico después del brillante triunfo de Carabobo. El vencedor continuaba la persecución, cuando es presa del mal, y se hace recostar al pie de un hermoso cañafístolo, en la sabana de Carabobo. Al restablecerse, al abrir los ojos, se encuentra con Bolívar que viene a abrazarle a nombre de Colombia y a ofrecerle el mayor grado de la milicia.

Ni el tiempo, ni los viajes, ni los esfuerzos de la voluntad más firme, lograron extinguir en Páez, el mal convulsivo que se apoderó de su organismo desde los días de su fogosa juventud. Durante su permanencia en Nueva York, por repetidas instancias de una familia compatriota, se aventuró a gustar de ensalada de pescado, en dos ocasiones, y en ambas fue víctima de horrible

[1]_ Hippisley Esq. “A narrative of the expedition to the rivers Orinoco and Apure, etc., etc., in 1817”. London 1819.

malestar, al cual sucedieron violentas convulsiones. La manía que le dominó en la infancia, no le abandonó en la vejez.

Superior a estos incidentes es la escena que, años más tarde, tuvo Páez, ya a los ochenta años de edad, por haber asistido a la exhibición de enormes boas en el museo de Barnum. Uno de sus amigos, creyendo obsequiar al General, le invitó en cierta tarde a que le acompañara al museo, donde iba a sorprenderlo con algo interesante. Páez, al ver los animales, se siente indispuerto y se retira; llega a su casa, y a la hora de comer, se sienta a la mesa, cuando al acto pide que le conduzcan a su dormitorio. Como nunca, se presentan las convulsiones, y de una manera tan alarmante, que el doctor Beales, célebre médico de Nueva York, amigo de Páez, es llamado al instante. Sin perder el uso de la razón, Páez aseguraba que muchas serpientes le estrangulaban el cuello. A poco siente que bajan y le comprimen los pulmones y el corazón y en seguida la región abdominal. Y a medida que la imaginación creía sentir los animales en su descenso de la cabeza hasta los pies, las convulsiones se sucedían sin interrupción. El doctor Beales quedó mudo ante aquella escena y no podía comprender como una monomanía podía desarrollar en el sistema nervioso tal intensidad de síntomas. Páez que había revelado los diversos síntomas que experimentaba, a proporción que los animales imaginarios pasaban de una a otra región, pedía a gritos que le salvaran en tan horrible trance. El doctor habla y hace varias preguntas al paciente y este le responde con lucidez.

—General, le dice el doctor ¿me conoce usted? ¿quién soy?

—Sí, usted es el doctor Beales, uno de mis buenos amigos.

—Pues bien, como tal, le aseguro a usted que no hay ninguna culebra en su cuerpo.

No había acabado de pronunciar la última palabra cuando las convulsiones toman creces, llenando de espanto a los espectadores. El médico se había olvidado de que en casos semejantes, cuando un paciente es víctima de una monomanía, lo más certero es obrar sin contrariar la idea dominante y aun

apoyarla si es necesario, para poder obtener mejor éxito sobre la imaginación exaltada. A poco todo desapareció, y Páez continuó en perfecta salud. Si esta idiosincrasia de Páez hubiera sido conocida de los españoles, por de contado que lo hubieran vencido arrojando sobre el vasijas repletas de culebras, como en la antigüedad griega lo había hecho Aníbal (el almirante) contra las embarcaciones de sus contrarios.

¡Cuán variadas aparecen las idiosincrasias en los personajes históricos de todos los tiempos! Hace más de cuarenta años que en cierta noche, en el pueblo de Maracay, estaban reunidos tres veteranos de la Independencia: eran Páez, Soubllette y Piñango, que departían amigablemente en un dormitorio de la casa del primero. Después de haber departido sobre varios temas y tras un momento de silencio, Soubllette se incorpora en la hamaca en que estaba acostado y dice, dirigiéndose a Páez:

—Mi general, ¿hay algo que le haya infundido a usted en la vida miedo, temor o espanto?

—Sí, contesta Páez, poniéndose en pie. Hay algo que me produce, no solo miedo sino que me aterroriza de tal modo, que tengo que ser víctima: es la vista y presencia de una culebra.

Entonces pregunta Piñango a Soubllette.

—Y usted general ¿qué es lo que más teme?

—Yo no temo a la culebra, dijo Soubllette, pero sí al toro. Cuando militaba en los llanos, me llenaba de terror al pasar delante de estos animales, sobre todo si fijaban en mí las miradas.

—A mí, dijo Piñango, cuando los compañeros a tiempo le hicieron la misma pregunta: a mí no me asusta la presencia de la culebra, aunque esté armada, ni me preocupan las astas del toro. Yo no temo sino a las seguidillas del poeta Arvelo.

Y en efecto, el poeta lo había vapuleado en aquellos días, 1846 a 1847.

He aquí una de tantas idiosincrasias de los hombres preclaros. ¿Quién en este mundo está libre de estas imposiciones del organismo?

Que la ciencia llame estos variados fenómenos *histerismo, sonambulismo, excitación nerviosa*, etc., poco importa; si en unos es el miedo que domina, en otros el exceso de valor; en estos la monomanía, en aquellos la contrariedad; en unos la plétora, en otros la anemia.

Si en Páez obraba el miedo a la presencia de una culebra u otro animal, puede asegurarse que en la pelea él obedecía al sentimiento generoso de la patria libre, a la ambición de vencer a sus contrarios, al ímpetu guerrero, al éxito feliz de sus inspiraciones, al valor sublimado, a la gloria, de quien podía llamarse hijo predilecto.

El primer buque de vapor en las costas de Paria

Ninguna región tan espléndida en la historia de América, ninguna más digna de recibir en sus costas la primera nave de vapor en los mares antillanos, que la célebre de Paria. Uno de los majestuosos ríos del Nuevo Mundo, el Orinoco, que se abre paso por entre numerosas bocas, y vacía sus aguas en el Atlántico, cuyas olas huyen a gran distancia de la costa americana, lejos del hermoso delta, coronado de islas y de palmeras, y del dilatado golfo, ya manso, ya temido, desde cuyas costas saludaron los parias a las carabelas de Colón, en 1498; la brisa que embalsama los montes, la perla que ocultan los escollos de las islas, los manglares, entre cuyas raíces aéreas se rompe la ola que lame las orillas; ruinas seculares que nos recuerdan la lucha sangrienta entre dos razas, y el sepulcro de los primeros mártires en las costas del Nuevo Mundo; la colina siempre verde, porque la acaricia primavera eterna; las rocas, los árboles, los ríos, las grutas y, últimamente, los descendientes de aquellos parias vencidos por la fuerza, hoy vencedores, después de sangrienta lucha: he aquí los factores de esta sublime región de Paria, en cuyo golfo la imaginación de Colón Creyó ver el Paraíso terrenal.

La península de Paria, limitada al este por el golfo del mismo nombre, lo está al oeste por el de Cariaco, cuna y tumba de los primeros misioneros cristianos, sacrificados por la humana codicia. En toda la costa, entre uno y otro

golfo, están los sitios de Maracapana, Cariaco, Cumaná, Río Caribe, Carúpano, Güiría y otros más, todos célebres en los días de la conquista castellana, más célebres aun cuando la guerra a muerte hizo de cada hombre un centauro y de cada roca un baluarte. Hermosas islas descubiertas por Colón, coronan la costa del norte, en tanto que la isla inglesa de Trinidad cierra el Golfo de Paria por el este. Al Sud está el pintoresco delta; después, el Orinoco, con sus numerosos tributarios, y la tierra que se prolonga hacia el austro. Ya hemos dicho en otro escrito, que Paria es el pórtico oriental del Nuevo Mundo.

Desde el cabo Galera, hoy Galeote, al Sudeste de la graciosa Trinidad, contempló Colón el dilatado Delta del Orinoco, en la mañana del 31 de julio de 1498. El 2 de agosto siguen sus carabelas a la punta del Arenal, hoy Icacos, hacia el sudoeste, donde anclan. Al instante puede conocer a los moradores de la comarca, que, en gran canoa, se adelantan a contemplar las carabelas: eran esbeltos, simpáticos, más blancos que cuantos indios se habían conocido hasta entonces, y de ademanes cultos y graciosos. Cargaban escudos, y en la cabeza pañuelos de algodón llenos de labores, por lo que juzgó Colón que eran más civilizados que los indios de las Antillas. Manda el Almirante a los marinos castellanos que dancen al son de la música; pero los parias, tomando esto por comienzo de hostilidades, retroceden a la costa, después de lanzar sobre las carabelas abundantes flechas. Eran dos civilizaciones que al acercarse, no podían de pronto comprenderse.

Tranquilo estaba Colón en su carabela, cuando durante la noche del 2 de agosto escúchase hacia el austro ruido espantoso. El Almirante sube a la cubierta y ve elevada montaña de agua que se precipita sobre el bajel. Por instantes, la embarcación, zozobranante, queda suspendida sobre la espantosa ola, y Colón se cree perdido; pero al momento todo vuelve a la calma: era la corriente impetuosa de uno de los caños del delta que buscaba salida por la boca situada al sud del golfo. Esta impresión de un peligro inesperado, así como las contorsiones del agua, entre numerosos arrecifes, dio motivo para que Colón bautizara aquel estrecho con el nombre de *Boca de la Sierpe*.

Al nacer la aurora del 3, y favorecido por la brisa, sigue Colón hacia el oeste, donde aparece a sus miradas mar tranquila de agua dulce, con sus bellas costas exornadas de palmas: era el célebre Golfo de Paria que saludaba al hombre europeo. Desde aquel momento estudia Colón la topografía de la localidad, da nombre a los cabos, a las islas y a las puntas; descubre la salida al norte del golfo, y hace que uno de sus tenientes, acompañado de tropas, tome posesión de aquella tierra, en el puerto de Amacuro, cerca de Irapa. ¹Armados de penachos, los indios Parias de las costas occidentales del golfo, salen en canoas y se dirigen hacia la carabela de Colón. Cogidos por sorpresa algunos de ellos y conducidos a presencia del Almirante, este los agasaja y después de adquirir noticias de la localidad, deja cuatro a bordo y despide a los restantes: acababan de entenderse las dos civilizaciones que momentos antes no habían podido avenirse. A poco comienzan los obsequios por ambas partes. Regálalos el Almirante, y son por los caciques de Paria festejados los marineros, después de saborear los frutos y vinos de la costa de Irapa. Agasájanlos igualmente las mujeres parias con graciosas sargas de perlas procedentes de la isla de Cubagua. Colón, en presencia de la belleza de aquella costa, la bautizó con el nombre de Los jardines.

Después de dar nombre a muchos sitios y de contemplar los manglares de Paria con sus raíces aéreas, entre las cuales se crían perlas, las carabelas siguen al norte del golfo buscando salida. Al presenciar el choque de la corriente contra los arrecifes, el Almirante duda si debe seguir; pero marino experto, lánzase resuelto, cuando de repente cesa el viento. Ya van las carabelas a precipitarse sobre los escollos, pero la corriente de agua dulce que viene del oeste, las levanta y las conduce victoriosas al mar Caribe. El temor que le infundiera tan inesperado

[1]_ Lamartine, en su "Vida de Colón", asegura que este durmió una noche en la costa de Paria, al abrigo de una tienda de campaña. Esta es una mentira, hija de la inspiración de este gran poeta. Mal podía Colón, enfermizo como estaba, dejar las comodidades de que gozaba a bordo, para dormir en una playa húmeda y poblada de hombres desconocidos. Colón no pisó jamás el Continente.

peligro, causa fue de que bautizara el estrecho al norte de golfo con el nombre de Boca *de Dragón*. Se había salvado de Escila para vencer a Caribdis.

Al llegar a la mar libre, Colón tropieza con las diversas islas que coronan la costa oriental de Venezuela. Detiéndose en la de Cubagua, se pone al habla con los indios, regálales platos de Valencia, y las mujeres, agradecidas, obsequian a los marineros con abundantes sartas del aljófaro que llevaban al cuello. Colón acababa de descubrir la existencia de la perla en las costas de Cubagua y de otra isla, a la cual dio el justo nombre de Margarita. He aquí el punto de partida de los más horrosos crímenes y de la más escandalosa irrupción de aventureros que surgieron en los primeros años de la conquista castellana.

Y dejando aquellas islas y la dilatada costa de la península de Paria, comienzo de la porción sud del continente americano, parte Colón para no volverlas a ver más.

Vieron los parias partir las carabelas que pronto iban a retornar a aquellas regiones con hombres feroces, los cuales debían exterminar una gran porción de la raza indiana, incendiar los poblados, talar los campos y dejar, como recuerdo de victoria, el suelo empapado en sangre y sembrado de cadáveres.

Pero de aquí montón de ruinas debía surgir el cisne de la fábula. El paria, que no había conocido por embarcaciones sino el cayuco y la curiara, llegó a contemplar la carabela que le anunciaba el progreso de la náutica. Años más tarde, conoce la goleta y luego el bergantín. A poco, aparece en los mares de Paria el navío y tras este la fragata. Asiste el indio a la lucha del castellano contra filibusteros franceses, ingleses, holandeses: feroces buitres que se disputan la presa americana. Contempla el indio a sus antiguos perseguidores en la defensa del suelo patrio, y tórnanse su odio en admiración. Así continúan los parias, y con estos sus hermanos los Chaimas, Cumanagotos y Guayqueries, hasta el día en que de las mismas cenizas de razas mezcladas debía renacer, por segunda vez, el cisne de la fábula. Cuando llega esta época, ármanse todos ellos en defensa del patrio suelo, y a los clarines bélicos de Margarita, de Cumaná, de toda la región de Paria, asisten a la pelea, vencen, luchan, mueren y renacen

para asistir de nuevo a la lid. Presencian la carnicería de la guerra a muerte, afilianse en los batallones de Mariño, Bermúdez, Gómez y Arismendi, e impasibles ven llegar la bella escuadra de Morillo, para ser a poco testigos del incendio del navío San Pedro, en las aguas de Coche. Habían luchado contra la naturaleza y contra los hombres, y nada les había arredrado, porque ignoraban el progreso de la ciencia y no habían conocido los prodigios de la náutica; es a saber, el monstruo marino, la máquina que rueda sobre las olas embravecidas y deja tras sí blanca cabellera de espuma, y avanza y se aleja, o se acerca; brama, ronca, muge, silba, lanza a los aires sus bocanadas de humo, tachonadas de chispas, y celebra ella misma sus triunfos sobre el salado elemento. Lo que habían hecho sus antecesores hacia tres siglos, huir delante de la carabela de Colón, debían hacerlo sus descendientes en presencia de la obra de Fulton, cuando por la primera vez visitó esta las costas de la América del Sud. En una y otra época eran dos civilizaciones que de pronto no podían comprenderse.

Corrían los días en que Bolívar, después de prolongados años de sacrificios y de desventuras por la emancipación de Venezuela, alcanzaba triunfos brillantes en las pampas del Apure y del Arauca. En este entonces, fines de 1818, llega a las costas de la isla inglesa de Trinidad, frente al Golfo de Paria, el primer bote de vapor que iba a recibir los saludos del Continente americano, en las costas orientales de Venezuela. El primer ensayo de Fulton en las costas de la América española no podía efectuarse sino en el Delta del Orinoco, en el célebre golfo que vio zozobrar la carabela de Colón, y donde tierras y aguas, y pampas y cordilleras, soles y estrellas, cantaron, *hosanna* al descubridor del Nuevo Mundo.

El gobierno revolucionario de Angostura se ofreció a secundar esta primera empresa de comunicación rápida entre el Orinoco y las costas de Trinidad; empresa que por el pronto solo exigía veinte novillos gordos y baratos, como carga, y el combustible necesario para alimento de la máquina. El bote caminaba 6^{1/5} millas por hora, salvando en tres la distancia que antes exigía nueve; suceso que hubo de llamar la atención de toda la comarca. Refiérese a esta

época el hecho de que cuando el gobernador de la Trinidad, señor Wooffor, paseaba en el bote de vapor las aguas de Paria, y salía de Río Caribe una goleta con pasajeros que iban a la vecina isla, Iqs tripulantes, al encontrarse, con el *monstruo flotante*, como llamaron los guayqueríos y parias al bote, y ver las ruedas que cortaban las olas, y la chimenea de la cual salían en confusión espesas bocanadas de humo, gritan, se desesperan, claman misericordia. Los unos acuden, en su dolor, a la Virgen de su devoción, otros a los penates protectores de los marinos, y creyéndose perdidos, se lanzan al agua, y con rapidez, ganan a nado la costa, no dejando a bordo sino un pobre cojo que, por no poder huir, se resigna a ser víctima del *monstruo marino*.² El Gobernador Wooffor, testigo de suceso tan imprevisto, viendo abandonada la goleta, la hace remolcar por el bote y la conduce a la casa consignataria de Trinidad. Refería el cojo que cuando la tripulación de la goleta vio de cerca el monstruo, fue tanto el pavor que este le infundiera, que él mismo olvidándose de su cojera, iba a lanzarse al agua, cuando cayó y no pudo levantarse; tal fue la impresión que entre los descendientes de los primitivos parias produjera el primer bote de vapor en las costas de la América del Sud.

En 1822, los señores Alfredo Seton y Juan Bautista Dallacosta, de Angostura, (Ciudad Bolívar) solicitan privilegio del Poder Ejecutivo de Colombia, por ocho años, para navegar en aguas del Orinoco en un bote a vapor. El Gobierno, no encontrándose con autoridad suficiente para firmar el contrato, manifestó a los interesados que la concesión del privilegio competía solamente al Congreso de la República.

En 1823, el coronel James Hamilton obtiene del Congreso de Colombia privilegio para navegar el Orinoco y otros ríos, en buques de vapor, a cuyo efecto se comprometía a pagar la suma de veinte mil pesos si al cumplirse el plazo de un año no había dado comienzo a los trabajos. Llegado el plazo fijado,

[2]_ La noticia de este suceso corre inserta en "El Correo del Orinoco", Angostura, 1818-1819.

el Ejecutivo de Colombia quiso cobrar la multa a Hamilton, por no haber llenado los requisitos del contrato, pero el contratista probó lo contrario, esto es, que había dado cima al proyecto antes de vencerse la fecha fijada.

En 1849 es cuando llega a Angostura el primer buque de vapor que saludaba de antemano a la ciudad histórica que debía tener y tiene el nombre glorioso de Bolívar. Este primer vapor fue llamado *Venezuela*: su capitán E. A. Trupin.

En la misma época en que nacía en las aguas del Orinoco la navegación por vapor, fracasaba en la región opuesta, en las aguas del dilatado lago del Coquivacoa. Leemos en *El Zulia Ilustrado*, notable revista mensual de Maracaibo, lo siguiente:

“Diez y nueve años después de haber botado Fulton a la corriente del Hudson su primer buque de vapor, los habitantes de nuestras poblaciones ribereñas contemplaron maravillados una de aquellas misteriosas máquinas azotando con sus aspas la tranquila superficie de nuestro hermoso lago.

“El *Steamboat*, buque de ruedas traído en 1826 por el norteamericano Samuel Glover, fue destinado a la navegación del río Zulia, y lo mandaba el teniente de fragata de la armada colombiana don Tomás Vega. El Libertador bajó el río en este vapor, cuando vino de Cúcuta, en diciembre de aquel año. Se perdió en la Ceiba el año de 1828. Hacía viajes al puerto de la Horqueta y a El Pilar.

“A ese primer *steamboat* lo llamaba el pueblo en un inglés sui-géneris *el estimbote*”.

Trascurridos algunos años, el 30 de noviembre de 1841, anclaba en aguas de La Guaira, el *Flamer*, primer paquete de vapor que abría el tráfico entre Europa y los países de la América del Sud.

Ninguna región más célebre y meritoria para saludar la ciencia de Fulton en Sud-América que aquella de Paria, donde está el célebre golfo que saludó a Colón, la primera tierra que contemplaron sus miradas en 1498, y donde tres siglos después creó Bolívar la primera Asamblea de Colombia. La ciencia de Fulton saludó a Colón en las aguas de Paria en 1818: seis años más tarde,

la primera idea de una locomotora al través de los Andes, debía surgir en el espíritu de Stephenson, en presencia del pico de Naiguatá, y en la cuna de Bolívar, en los días en que el triunfo de Ayacucho coronaba la libertad del Continente en 1824. Así, los grandes sucesos en el mundo político, coinciden con los fecundos descubrimientos del mundo científico. Bolívar, Fulton y Stephenson no podían ser sino contemporáneos. Sí: a proporción que los pueblos se emancipan, el espíritu de la ciencia viene al encuentro de las nuevas nacionalidades, como para probar que la libertad del hombre y la luz de la ciencia son emanaciones de Dios.

Las primeras prisiones de Miranda

Entre los varones esclarecidos de la historia, aquellos que en toda época han dedicado sus esfuerzos y aun la vida a la realización de nobles ideas en beneficio de la humanidad, pocos, muy pocos, son los que, como Miranda, han sido sostenidos por heroica constancia y sufrido tantas y tan hondas amarguras. La vida de este apóstol de la idea de la patria y de la libertad, constituye prolongado sufrimiento; con razón dijo de él Michelet: “que tenía el trágico aspecto de un hombre predestinado más bien al martirio que a la gloria, que había nacido desgraciado”.

Apenas deja el servicio militar, después de figurar en las filas españolas, auxiliares de la emancipación norteamericana, cuando se ve en la necesidad de huir de Cuba, y sustraerse así de los odios y persecuciones de espíritus vulgares que obran contra él y contra su jefe el general Cajigal; y necesario fue que corrieran diez y ocho años de continuo batallar contra la calumnia, para que la justicia, la justicia de los hombres, absolviera a estos personajes y reconociera en ellos lo que nunca pudieron arrancarle sus gratuitos perseguidores, la honra y el buen nombre. Recorre a Europa, y si por todas partes Miranda es celebrado, por todas partes sabe que le espía algún agente secreto del Gobierno español; y hasta en la corte de Catalina de Rusia, el ministro español Macanas le interpela acerca del grado de coronel que entonces llevaba; pero

Miranda, más levantado que nunca, supo contestar con arrogancia al intruso diplomático. Brilla a poco en la Revolución francesa, y desde entonces queda Miranda sentenciado a vivir de prisión en prisión; y aunque en Francia siempre fue absuelto, fue igualmente, perseguido hasta ser expulsado del territorio. Si abandona a Europa es para alcanzar de nuevo glorias en América, y también persecuciones y tropelías. Así pasa sus últimos años, de prisión en prisión, hasta que de nuevo cruza el Atlántico para ir a morir en las mazmorras de Cádiz, después de haber prestado desinteresados servicios a la libertad de ambos mundos, durante el espacio de cuarenta años.

Seis prisiones soportó Miranda: seis cárceles le tuvieron por huésped ilustre, allende y aquende el Atlántico: la Conserjería y *La Force*, en París; las fortalezas de La Guaira y Puerto Cabello, en Venezuela; la fortaleza del Morro, en la Antilla española de Puerto Rico; y, por último, la prisión de la Carraca, en España. Digno, sereno, generoso, siempre grande, a la altura de sus méritos, aparece Miranda en todas estas mazmorras. Sus defensas por escrito y de palabra, arranques generosos de su alma; su conversación siempre ilustrada y luminosa; la pureza de sus intenciones templada por el infortunio; aquel carácter altanero y tenaz en el cumplimiento del deber: suave, sociable y magnánimo en el trato familiar; todo esto levantó a Miranda a cierta altura, a la cual es muy difícil llegar a la mayoría de los hombres, cuando suena para ellos la hora de la desgracia. Por todas partes le rodean perseguidores armados de pasión y siempre sabe mantenerse por sobre todos los infortunios. En ciertas ocasiones tropieza con espíritus ilustrados, que ven en él un Mecenas, y entonces aparece la fraternidad que acerca los corazones. En otras, la soledad lo rodea, y el espíritu del preso tiene que reconcentrarse: la conciencia es entonces la confidente del infortunio. En otras, finalmente, cuando suenan las cadenas, y gritos desenfrenados de la soldadesca llenan los aires; cuando el hombre teme más por su dignidad que por su vida, el cautivo, armado de la honra, sabe desarmar los más temidos adversarios. En cualquiera de las prisiones que presenciaron los infortunios de Miranda, buscad al hombre digno y lo hallaréis. Por esto, es en

la prolongada noche de la desgracia donde deben estudiarse ciertas grandezas de la historia. En la desgracia está para ellos la última cumbre, que es la cumbre luminosa que alcanzan, no con el éxito, sino con el dolor, con el amor, con la dignidad y con el carácter.

La primera prisión de Miranda fue la Conserjería, si no estamos equivocados, cuando acusado de traidor por Dumouriez, fue llamado por la Convención y entregado al tribunal revolucionario. El pueblo de París que pidió la cabeza del prisionero, al comenzar el proceso, lo condujo en triunfo el día de la absolución. Los sinsabores de esta primera prisión desaparecieron ante el triunfo de la inocencia. ¡Hecho admirable! Miranda había vencido y salía ileso, cuando el partido político a que pertenecía estaba caído, y ninguno de sus corifeos podía abogar por aquel. En pocas ocasiones, dados antecedentes semejantes, es posible triunfar de las pasiones humanas de manera tan elocuente. El traidor no era ya el acusado sino el acusador, y Francia absolvió al extranjero, en tanto que el criminal, juzgado por sí mismo, huía lejos del patrio suelo.

Al entrar de nuevo en la escena pública, no como agente activo, sino como espíritu pensador, las condiciones personales de Miranda, su amor a la república, sus gloriosos antecedentes, servían de obstáculos a todos aquellos que no podían avenirse con carácter tan independiente. Era necesario perseguirle de nuevo, y nuevas calumnias cayendo sobre Miranda le proporcionaron nueva prisión. En las sociedades corrompidas, donde dominan las medianías, los espíritus verdaderamente ilustres tienen que desaparecer. No es el crimen lo que aquellas persiguen en estos, sino la probidad, la conciencia serena, el carácter sostenido.

Por sospechas, Miranda fue conducido a la prisión de *La Force* a mediados de 1793. En este nuevo retiro Miranda tropieza con dos de los girondinos, sus compañeros y amigos Vergniaud y Valazé, con el joven general Duchatelet, herido en la toma de Gandi; con el Convencional Chastelain, con el grave historiador Daunou y otros más, todos ellos hombres notables de la época. A

poco fue conducido a la prisión el amigo de Madame Roland, Champagneux, secretario del ministro Garat. Por una de tantas casualidades le cupo a este ser vecino de Miranda, lo que contribuyó al desarrollo de cierta intimidad, que a entrambos proporcionó sabrosas horas de amena e ilustrada conversación.¹

Elocuente es la opinión que acerca de Miranda nos ha dejado su compañero de prisión Champagneux, quien coincide en ello con cuanto se había escrito antes y después, por los hombres más competentes de ambos mundos. Y de igual manera juzgaban a Miranda sus compañeros de prisión, entre los cuales descollaban tantas celebridades de aquellos días.

Había un grupo, entre los presos de *La Force* que parecía inseparable. Componíase de Miranda, Champagneux, Aquiles Duchatelet, Chastelain, Daunou, y entre otros, los girondinos Valazé y Vergniaud. Las inteligencias ilustradas, los caracteres independientes se encuentran casi siempre sin solicitarse. Era imposible que tales hombres, escritores, oradores, historiadores, no se reunieran en torno a Miranda, la espada favorita de la Gironda, como con tanta verdad lo llama el historiador Luis Blanc. Los acercaba la fuerza moral, los afianzaba la fraternidad, los fortalecía el deber. Así, si Duchatelet sufría a consecuencia de las heridas que había recibido, sus compañeros se sucedían en el deber de curarlo cada día, y de distraerlo: si uno faltaba a la reunión, la inquietud se trasparentaba en el rostro de sus compañeros. El amor a la libertad era para todos lazo de unión, y la nobleza de sentimientos fuente perenne de comunes consuelos.

Uno de los historiadores de las prisiones francesas, nos pinta a lo vivo una de estas escenas en la cual los presos se entretenían jugando partidas de boston.

“Sería el 0 de octubre de 1793, cuando reunidos ya Miranda, Champagneux, Daunou y Chastelain, aguardaban a Vergniaud, quien de antemano había sido invitado.

[1]_ Champagneux. Introducción a las “Memorias de Madame Roland”.

—No llega, dice Miranda con impaciencia, y el tiempo corre. Ya habríamos jugado muchas partidas.

—Paciencia, respondió Daunou. Sabéis que Vergniaud nunca se levanta antes de las 11 de la mañana.

—Hemos comisionado a Valazé para que lo traiga, dice a su turno Champagneux. Nos hemos equivocado: estoy seguro de que ellos se ocupan en hablar acerca de algo importante.

—¿De qué queréis que ellos hablen? preguntó Chastelain.

—Vaya, de su negocio, respondió Champagneux.

—¿De su negocio? Ellos no tienen tiempo que perder, replicó Chastelain.

—Sin embargo, Valazé me ha prometido, contesta Champagneux, conseguir en definitiva de Vergniaud que entable su defensa o publique una memoria. Este es el único medio que tiene de salvarse.

—Sin duda, agrega Miranda; pero Vergniaud pensará en ello, cuando esté en el cadalso.

En esto se presenta Valazé acompañado de Duchatelet. Cuando los presos ven a este, todos se levantan y salen al encuentro del distinguido herido para saludarle con efusión y cerciorarse de cómo estaba.

—Estoy mejor, les dice, y como no puedo resistir al deseo que me anima de jugar una partida de boston con amigos y compañeros, aquí vengo a ocupar el asiento de Vergniaud.

—Nunca está a la hora señalada, dice Miranda.

—Escusadlo, por ahora, dice Valazé, pues acaba de comenzar a escribir su memoria.

—Así sea, contesta Champagneux; dejémosle trabajar, con tal que la lleve a remate.

—Temo que no sea así, contesta Valazé.

—En tal caso no le interrumpiremos, agrega Miranda. Vamos, henos aquí en la mesa de juego: sentémonos.

Champagneux, Valazé, Duchatelet y Chastelain se colocaron en la mesa, unos frente a otros. Miranda se colocó tras de Duchatelet para ayudarlo, pues no tenía libre el movimiento de una mano, mientras que Daunou, sacando de su bolsillo un pequeño ejemplar de Tácito, se entregó a la lectura”.²

La conversación se animaba a proporción que el juego seguía. Variados fueron los temas hasta que llegó a tratarse de la diosa libertad. “Para todos apareció esta como coqueta que cuenta con millares de amantes, y cuyos caprichos son tan funestos, como mortales sus caricias... Ella hiere, mata, devora: todo esto es cierto; pero no engaña, jamás se prostituye”.

—“Ciudadanos, nada de política, lo suplico, dice Miranda, al sentir que la conversación chispeaba en sentido picante y metafórico.

Poco a poco el interés del boston fue haciendo enmudecer a los jugadores, y solo se percibía una que otra frase aislada, cuando de súbito aparece Vergniaud, loco de contento, y dice al grupo, mostrándole una paloma blanca, a la cual acariciaba:

—Hela aquí, hela aquí. El acaba de cederme la tórtola.

—¿Qué es eso? preguntó Valazé.

—¿No la ves? contestó Vergniaud: es la tórtola que acaba de venderme el portero.

—¿Y esto te hace abandonar el trabajo? pregunta Valazé.

—¿Qué quieres tú? ¡Amo tanto a esta avecilla!

—Pero sabéis cuán importante y necesaria es la memoria que habéis comenzado a escribir, replica Champagneux.

—Mañana la continuaré, responde Vergniaud. Dejadme hoy entregado a los dulces pensamientos que me inspira esta blanca paloma.

—¿Y si mañana es tarde?

—De nada tendré que arrepentirme. Habré recibido algunas caricias más de mi bella tórtola.

[2]_ Alboize et Maquet, “Les Prisons de l’Europe”, 4 vols., París, 1845.

Y sentándose en el suelo se puso a jugar con la paloma, como si fuera un niño.”³

¿Y cómo extrañar que aquel corazón que palpitaba al fuego de la libertad y se llenaba de entusiasmo con la elocuencia de la tribuna, jugase con tímida paloma en los momentos de salir para el cadalso? ¿No nutría a aquellos seres una misma savia, no respiraban un mismo aire, no los sostenía una misma fuerza? En aquellos días, apoteosis del terror, a proporción que la ignominia confundía al hombre feroz con la bestia, levantábanse sobre el odre social los espíritus fuertes, para ascender en pos de solemnes y misteriosos destinos. Por esto fraternizaban para aparecer todos en conjunto, sublimes en lo que tiene el espíritu de celeste: la probidad, el amor, la dignidad, el sentimiento, la fe sostenida por la conciencia pura, lo etéreo, lo inmortal.

En aquellos mismos días, Latreille se recreaba en su calabozo, estudiando cierto insecto que había venido a posarse sobre la ventana de su prisión. A este huésped alado le debió la libertad el célebre entomólogo, y la ciencia agradecida, al bautizar el coleóptero con el nombre de *Salus Latreille*, quiso conmemorar al insecto que dio la vida al prisionero, y al sabio que dio su nombre a su salvador. Antes de dejar la prisión para subir las gradas del cadalso, el poeta Chenier escribe sobre los ennegrecidos muros, aquellos versos inmortales que comienzan así:

Cual rayo postrero,
 Cual aura que anima
 El último instante
 De un hermoso día,
 Al pie del cadalso
 Ensayo mi lira ⁴

[3]_ Alboize et Maquet, obra citada.

[4]_ Traducción de don Andrés Bello.

Y días antes de correr igual suerte, el poeta Roucher escribía en las paredes de La Force estas tristísimas estrofas, como adioses a la vida:

Vestir no veré más nuevo atavío
A los castaños ricos en follaje,
Ni cogeré otra vez del soto umbrío
Ya las flores amantes del bosque.

No, para mí, del céfiro las alas
Oro, púrpura, azul darán al blando
Césped de la ribera, a quien dio galas
La onda rumorosa suspirando.

Amigos, perdonadme los colores
Que los cuadros enlutan de mis cantos;
No quiero, no me deis alegres flores
En medio de los públicos quebrantos.

A vivir me enseñó mi hogar querido,
Y a morir con honor aquí he aprendido.⁵

La actividad intelectual tenía que ser el alma de los presos. Si Lavoisier se empeñaba en resolver un cálculo y para ello pedía plazo breve antes de subir al cadalso, Chastelain se entretenía diariamente en estudiar la fisiología de las hojas, y el usado cortaplumas de algunos servía a otros de cincel para esculpir figurillas de madera; pero el grupo de los filósofos y hombres letrados era quizá el más feliz. Aquiles Duchatelet había logrado que se le permitiera traer a su prisión lo principal de su rica biblioteca de clásicos antiguos, y esto fue para ciertos espíritus ilustrados un gran triunfo. En derredor de estos libros se reunían Miranda, Duchatelet, Daunou, Champagneux y otros más; y cuando el concurso exigía que alguno leyera en voz alta, generalmente los lectores eran Daunou y Miranda.

[5]_ Traducción de don Heraclio Martín de la Guardia.

Cuando el conde de Charney, últimamente, fue encerrado en la prisión italiana de Fenestrella, en los días del imperio, un arbustillo de alélí que a la ventura medraba en el patio de la fortaleza, fue lentamente llamando la atención del ilustre prisionero, hasta que logró cautivarlo por completo, contribuyendo a su libertad. Un literato francés de grande aliento nos ha dejado en capítulos admirables la historia de esta planta de Fenestrella que proporcionó la libertad a Charney.⁶

Volvamos a Vergniaud, que engolfado en sus caricias a la blanca tórtola, la llama con el nombre de *roucou*, roucou, cuando de repente un gendarme avanza hacia el grupo de jugadores y dice:

—Ciudadano Valazé, te llaman de la Notaría.

—Un momento, ya voy, responde Valazé.

—Pero esto urge, es para ir al tribunal revolucionario.

Razón demás, contesta el girondino. Puesto que es esta la última jugada de mi vida, dejádmela ganar en paz, replica Valazé, y continuó jugando.

—A ti te llaman igualmente, dice el gendarme, dirigiéndose a Vergniaud.

—Sin duda por igual causa, dice este, sin abandonar la bella tórtola.

—Bien, muy bien, contesta Vergniaud, dirigiéndose al gendarme. Ya que concedes a Valazé el tiempo necesario para terminar la partida, concédemelo igualmente para dar mis adioses a mi blanca paloma.

—De repente, sin que nadie lo previera, he perdido, exclamó Valazé.

—Partamos, agrega el gendarme.

—Un instante más, contesta Valazé. No sé si regresaré, pero debo pagar: las deudas de juego son sagradas. Quiero arreglar mis cuentas en este mundo y partir sin deber a nadie.

Y al concluir esta frase, paga con la mayor sangre fría a sus compañeros, cuenta el dinero de su bolsillo, y exclama: está completo, ni pierdo ni gano.

[6]_ X.B.Saintine. Picciola.

Puedo por tanto dejar el juego, y hacerme reemplazar como si de nada se tratase.

—Para eso estoy aquí, dice Daunou, que se había levantado, y toma asiento a la invitación del girondino. Valazé examina su bolsillo, siente que está en este el puñal que cargaba, y sonriéndose se dirige a Vergniaud y le dice:

— ¿Vienes?

—Es necesario, contesta Vergniaud, levantándose. ¡Qué lástima, añade, el primer día en que poseía esta tortolilla!

—Sin adioses, señores, dice Duchatelet, desde su asiento. Espero que nos volvamos a ver.

—Si nos permiten hablar, contesta Vergniaud: si no, adiós para siempre.

—*Roucou, roucou*, agrega Vergniaud, acariciando de nuevo la blanca paloma. Vamos a separarnos mi bella; pero voy a pensar mucho en ti: adiós.

Y acompañado de Valazé sigue Vergniaud al gendarme. Los pasos y las palabras fueron desvaneciéndose, a proporción que se alejaban. A poco no se escuchaba sino la conversación de los jugadores.

¡Qué hombres aquellos! La idea de la muerte no los atormentaba. Despedíanse como si fueran a dormir, a pesar de que todos ellos tenían la mirada fija en el cadalso. Con la idea de la muerte estaba la idea de la inmortalidad.

A poco de haber partido los girondinos, Duchatelet deja su asiento a Miranda, y otro de los presos ocupa el de Champagneux. Estos, llenos de tristes presentimientos, comprendieron que Valazé iba a suicidarse antes de llegar al cadalso. La idea del suicidio era para todos ellos necesidad moral, y por esto cargaban unos el veneno y otros el instrumento mortífero, que debían servirle para quitarse la vida. Miranda llevaba consigo buena dosis de opio; Duchatelet llegó a compartir la suya con Champagneux, y así los demás. Lo que ellos temían no era la muerte sino la dignidad ultrajada, los gritos y rechiflas de la muchedumbre, y abandonar el mundo a los lúgubres reflejos de horrible bacanal.

Al siguiente día de la partida de Vergniaud y Valazé, los presos conocieron los pormenores de la triste suerte que cupo a los veinte y un girondinos

sacrificados por la Revolución. Valazé se había suicidado, con estoico valor, en el tribunal revolucionario, rodeado de sus compañeros; y su cadáver conducido a la Conserjería debía aguardar en esta la hora en que salieran al cadalso sus compañeros. Conocida es aquella frase, en que cada uno de los veinte restantes, tomando la mano yerta del compañero, le dice: *hasta mañana*.

Lamartine nos ha dejado escrito el cuadro inmortal que conoce el mundo con el nombre de la *Ultima Cena de los Girondinos*. La elocuencia de Vergniaud levanta en aquella sublime noche los corazones abatidos al recuerdo de las madres, de las esposas, de los hijos; y el alma de los que van a morir toma vuelo antes de abandonar la tierra. La muerte viste el manto de la aurora, porque la aurora del último día es como la sonrisa del cielo a la llegada del justo. La elocuencia de Vergniaud llegaba a su apoteosis, a proporción que la elocuencia sostenida por la fe, le conducía a las regiones de la verdad. El niño amoroso atraído por los arrullos de una tórtola horas antes, se había sublimado sobre todas las ruinas y sobre todas las miserias, y había llamado a las puertas luminosas que no ve la muchedumbre automática, pero que presiente el alma justa y creyente.

Al salir en pos de la muerte todos los girondinos se despiden de nuevo del cadáver de Valazé, entonan en coro la *Marsellesa*, y serenos suben las gradas del cadalso. El canto de gloria y de muerte continua a proporción que la cuchilla corta la cabeza de cada uno; y cuando llega el turno al último, a Vergniaud, este entona de nuevo el canto de la patria y muere. La tórtola, la blanca paloma del preso, había perdido su amo.

Miranda, Daunou, Champagneux, Chastelain, Duchatelet, hicieron el más cumplido elogio de aquellas víctimas del terror. La imagen de Brissot no se apartaba un momento de la memoria de Miranda, y tamaña desgracia le hacía pensar en otro amigo igualmente querido, Pétion, destinado a ser víctima, en aquellos días, no del cadalso, sino de lobos hambrientos en las campiñas bordelesas.

Habían desaparecido las eminencias del partido girondino; pero quedaba “la espada favorita de la Gironda”: quedaba Miranda.

Después de la triste suerte que cupo a los girondinos, tema de conversación entre los presos de La Force, durante muchos días, escenas de otro género ocuparon la atención del grupo en que sobresalía Miranda. Con estos estaba un joven extranjero, Adam Lux, diputado que había sido enviado a la Convención por la ciudad de Mayensa, cuando esta quiso anexarse a la República Francesa. Por su talento, por su amor a la libertad y sus esfuerzos por sostenerla, Adam era querido de los franceses, y sobre todo de los girondinos que acababan de morir. Puede decirse que este joven había nacido destinado al cadalso, pues conociendo que la muerte debía ser la recompensa de sus nobles afanes, ni la temía ni la evitaba, y antes bien, noble idea le hacía pensar en ella, como necesidad de su alma enamorada.

Es lo cierto que Lux había concebido loca pasión: el amor inspirado por el infortunio, lo ideal y lo material al borde de la tumba, le hacían feliz, y su felicidad irradiaba en su semblante y en sus frases, en sus aspiraciones y hasta en la idea del sacrificio, como complemento de la pasión que sublimaba aquel corazón entusiasta. Había concebido cierto amor de circunstancias por Carlota Corday, cuando por primera vez la contemplara en el tribunal revolucionario, manchada con la sangre de Marat; y hora tras hora, día tras día, aquella pasión fue exagerándose hasta que hubo de contemplar al objeto amado, a Carlota, por la segunda y última vez, sobre la carreta que la conducía a la guillotina. El amante sigue a la víctima, la acompaña, la ve subir las gradas del cadalso, la ve colocada sobre la tabla fatal, y enseguida se estremece, al ver caer la cuchilla que corta el cuello de la heroína. Lágrimas silenciosas bañan el rostro de Lux, pero a poco su semblante está plácido. El corazón enamorado ha seguido a aquella atracción misteriosa que le llama desde el sepulcro. Cuando el ser material desaparece queda el ser ideal en la sombra, como luz fosfórica en lontananza.

Lux se entusiasma y canta la libertad: el hombre público habla y maldice a los verdugos de la heroína. Ha desafiado a los victimarios, y la fuerza le ha reducido a prisión. En las noches solitarias Adam Lux se deja arrastrar por

dulces sueños. Su espíritu cree remontarse a los espacios, una imagen plácida le atrae, a ella se dirige, la llama con nombres queridos, le extiende los brazos y solo encuentra el vacío; y así pasan días y noches, y la pasión del joven no se extingue.

El amor exige la confidencia. Lux y Champagneux se han ligado en la prisión como dos hermanos: Champagneux ha soñado con cierto drama que desea escribir, y Lux le ha dado el tema: Carlota Corday. Está aceptado, y aquellos dos espíritus, sin perder tiempo, van a realizar la obra. ¿Qué falta? El desenlace. Almorzaba Lux con su amigo, en cierta mañana, cuando de improviso aparece un gendarme, y llama a Lux, de parte del tribunal revolucionario.

—He aquí el desenlace del drama, exclama Lux, dirigiéndose a su confidente. Llevo la esperanza de que lo acabaréis.

Y aquellos dos hombres se estrechan fuertemente y por largo tiempo: el uno lleno de dolor, mudo: el otro sonreído, satisfecho, radiante.

A poco Adam Lux subía contento las gradas del cadalso. Ninguna de las víctimas de la revolución había llegado a la guillotina con más resolución y garbo que aquella. “Miserables, dice a los verdugos, pido a Dios por la felicidad de esta Francia que me es querida, y le pido que en este mismo lugar recibáis el merecido castigo de tantos crímenes.”. Y así sucedió en efecto: tras de las víctimas fueron los victimarios.

El ideal había alcanzado la meta invisible, del amor.

El mito griego nos ha trasmitido la muerte de Hero en presencia del cadáver de Leandro. En la última noche en que el amor pasión cree vencer la ola encrespada del Helesponto, es vencido. En las orillas de Abidos, Hero, al ver exánime a su amante, se inmola.

En el cuadro de Carlota hay algo más elocuente. El amor no ha tenido crepúsculo, los corazones no han podido acercarse: al uno solamente lo alimenta la llama: su confidencia es con la sombra; el otro está en la muerte. Pero el ideal persigue la sombra, tras ella va con las alas del pensamiento y poco le importa la muerte. Adam aspira a estar tendido en la misma tabla que recibió

el cuerpo de Carlota, y se deleita al ver la cuchilla que va a cortar su cuello, porque es la misma que tronchó el cuello de su amada. La guillotina debía ser a un tiempo lecho nupcial y tumba de tan romántica pasión.

Tras de la muerte de Lux, amante de un ser incorpóreo, espíritu que revoloteó en derredor de la guillotina, como la mariposa en derredor de la llama, vino la de Duchatelet, alma que se agostaba como la fuente, como la flor abandonada por la onda sonora de la vida. Ni los cuidados de Miranda su íntimo amigo, ni los de Champagneux y demás compañeros, bastaban para levantar aquel ánimo abatido, no por falta de entereza sino por exceso de amor. En cierta mañana, 20 de mayo de 1794, Chastelain que había pasado la noche en vigilia cerca del ilustre paciente, sale en solicitud de Miranda y de Champagneux, y les comunica los presentimientos que en aquel momento le preocupaban. Juntos se dirigen entonces al lecho de Duchatelet, a quien llaman con las frases más amorosas; pero el esbelto joven no responde. Entonces le tocan, le examinan con interés, le llaman de nuevo; el corazón late aún, pero el silencio reina por completo. Duchatelet se había envenenado: a su lado estaba el vaso que había contenido la elevada dosis de opio que guardaba. Poco a poco fue cesando el ritmo de aquel corazón de treinta y tres años, que vivió poco para el amor y mucho para la gloria. En su testamento dejaba a Miranda su rica biblioteca y sus muebles.

Meses más tarde Miranda recobra la libertad por orden de la Asamblea Nacional. ¿Quién le hubiera dicho entonces que cuando llegaran los días del Directorio, este mismo Champagneux, que tanta amistad le había tributado en los prolongados meses de prisión, le comunicaría la orden del ministro de lo Interior, para que abandonase el suelo de Francia?

De los hombres que constituyeron el grupo de los presos a cuya cabeza figuraba Miranda, dos se habían suicidado: Valazé y Duchatelet. Dos habían ascendido con valor singular las gradas del cadalso: Vergniaud y Adam Lux. A Daunou le aguardaban días de triunfo en las letras; a Champagneux, amargas decepciones; a Chastelain, la pobreza y el abandono; a Miranda la lucha,

nueva lucha aquende el Atlántico, y nuevas prisiones, para en seguida llegar a la última, a orillas del mar gaditano, donde le destinaba el hado a contar unas tras otras las horas del más grande de los pesares, en ese flujo y reflujo de la vida que se llama infortunio.

Los niños admirables

Siluetas de la guerra a muerte

En los días bíblicos el hombre a los veinte años, era reputado como niño; así, David, al derribar al famoso Goliath, gigante de los filisteos, apareció ante la historia, como el niño salvador del pueblo de Israel. De la misma edad debió ser en los tiempos antiguos de Grecia y Roma, aquel hijo de Cresus, mudo de nacimiento, que recobra la palabra, al ver a su padre en peligro, próximo a ser víctima de un asesino, y que, sostenido e inspirado por el amor filial exclama: “soldado, no mates a Cresus”: frase admirable que salvó al padre y que inmortalizó al hijo.

No hay región del globo, no hay pueblo, cualquiera que haya sido su origen, donde algún niño no se haya inmolado a nombre de la familia o de la patria. La causa de la libertad, como la del Cristianismo, tuvo siempre sus mártires jóvenes: ahí está la historia. No son solamente los adalides que surgen de cada revolución civilizadora que se lanzan al campo de batalla, o que llenos de valor cívico, se inmolan en aras del deber, los únicos que proclaman la causa de la historia como heraldos del triunfo o mártires de toda conquista: también las madres han sabido inmolarse por sus hijos en toda época, y también los niños, poseídos de sublime entusiasmo, y armados de esa fuerza que guía al corazón infantil en sus aspiraciones ideales, han sabido armarse

con los arreos de Marte, para batallar con la constancia de los espartanos y sufrir y caer con la fe de los misioneros del Evangelio.

En los anales de la revolución francesa figuran hechos admirables de niños célebres, poseídos del fuego sagrado de la patria. Refiérese en las crónicas de aquellos días, que Alari, niño que apenas alcanzaba quince años, figuró con brillo en los ejércitos de la República, contra los realistas de la Vendea en 1793. Cuando el porta estandarte de su regimiento cae herido, Alari recupera la bandera que había sido tomada por los realistas. De nuevo la pierde y por segunda vez la recupera. Años más tarde, inspirado por las desgracias del patrio suelo, resuelto, intrépido, vence las olas a nado, para llegar al campo patriota e imponer a los suyos de lo que pasaba en la lejana costa. A poco estaban salvos los trescientos marinos franceses que precipitados por una tempestad y perseguidos en las costas inglesas, no tenían por única perspectiva sino la muerte.

No menos admirable es José Víaia, niño de cortos años, que después de salvar a los suyos en terrible trance, en aguas del Durance, en 1793, cae herido al cantar victoria. Antes de morir, grita con entusiasmo: “¡muero contento, viva la libertad, viva la República!”.

Grita, “Viva el Rey”, le dice al joven tambor José Barra, niño de doce años, al servicio de la República francesa, en 1792, uno de los jefes que le rodea, cuando aquel es hecho prisionero. “Viva la República”, contesta con todas sus fuerzas el valeroso tambor. Al instante rueda por tierra, derribada de un sablazo la cabeza del joven repúblico. Entre las admirables creaciones de David (de Angers) figura la estatua de este imberbe gladiador. El amor a la patria le sublimó en la muerte: el arte lo ha inmortalizado. Y ¿dónde están todos aquellos niños, descendientes de Pelayo, que acompañan a sus madres y se inmolan, desde 1808 a 1814, en los días de la magna lucha, cuando después de cruentos sacrificios que hacen surgir héroes, soldados, ingenieros, tácticos, eminencias del patrio suelo, la venganza, la noble venganza, apoderándose de un pueblo altivo, arroja más allá del suelo íbero a las huestes del nuevo Breno y sus galos?

En la prolongada guerra que ocasionó la independencia política de Venezuela, y la creación de algunas de las repúblicas sudamericanas, después de sacrificios sin cuento, jóvenes imberbes, de doce a catorce años, formaban las legiones de Miranda, de Ribas, de Bolívar. Una gran porción de la juventud estudiosa de Caracas, sacada de las aulas, es sacrificada en los campos de Ocumare y de Aragua, en 1814. La flor de los tenientes de Bolívar que alcanzó la meta gloriosa del Cuzco, salió de las escuelas y del regazo de la familia; los niños entusiastas que celebraron a Miranda, cuando este patricio, con la elocuencia de antiguas épocas, enardeció al Constituyente de 1811, se hicieron hombres en los campamentos, en las charcas de sangre de la guerra a muerte, en la dilatada pampa y en los riscos y despeñaderos de las montañas andinas.

Las escenas que vamos a narrar pertenecen a los días de la guerra a muerte, y son dignas de la pintura y de la estatuaría: tal es la admiración que inspiran. El amor, ennoblecido en medio de las borrascas sociales a orillas del sepulcro; este sublime consorcio de los padres y de los hijos, en la época luctuosa de Venezuela, trae a la memoria las más sublimes escenas de los mártires del cristianismo.

Cuando en 1813, Suazola sacia sus instintos de hiena, presenciando las carnicerías de Aragua de Maturín, entre los grupos de mártires que traen a presencia del monstruo, aparece un niño de pocos años.

—Señor, os ofrezco la vida por la de mi anciano padre que está preso y sentenciado a morir.

—Ambos morirán, contesta Suazola, con sonrisa.

—Mi excelente padre es la columna de mi querida mamá y de ocho hermanitos, muy niños todavía. Aceptad mi vida por la de mi padre: os lo suplico, señor. — Y el niño, lleno de angustia, se arrodilla a los pies de Suazola.

—Que conduzcan aquí al padre, manda Suazola a uno de sus seides. — Y aparece el padre, sereno y digno. El niño dobla sus súplicas, y Suazola, después de entretenerlo con falsas esperanzas, manda a degollar al hijo en presencia del padre. Pocos instantes después el cadáver del padre yacía al lado del cuerpo mutilado del gallardo mancebo.

La musa poética de aquellos días, dedicó a este sacrificio los siguientes versos, cuyo autor ignoramos.

Corren luctuosos tiempos
para la patria amada;
aún en su alborada
se ve la libertad.

Suazola, el león sediento
de sangre independiente,
las tierras del Oriente
devasta sin piedad.

Con fuerte cuerda atado
se ve un viejo guerrero:
su porte es altanero,
terrible su mirar.

Morir por su bandera
como valiente jura:
tres años con bravura
le han visto batallar.
Suazola le contempla
con ira y le escarnece:
su cuerpo se estremece
de bárbaro furor,
al ver ante sus ojos
al viejo combatiente
que lleva en la ancha frente
los sellos del valor.

De pronto un tierno niño
de cálida mirada,
de boca sonrosada,
de cuerpo de mujer,
ante el terrible Jefe
detiénese jadeante,
que de lugar distante
llega en fugaz correr.

“Quién eres”, indignado
 le grita el tigre ibero.
 “Señor, de aquel guerrero
 el único hijo soy.
 Perdido ya a estas horas
 le cree mi pobre madre;
 perdón para mi padre,
 y yo la vida os doy”.

Del español los ojos
 despiden llamas de ira
 y al bravo niño mira
 con su crueldad feroz.

“Maldita raza,
 grita con ruda voz tonante:
 soldados, al instante matadlos a los dos”.

Y a poco roja bala
 el débil pecho hiere,
 y el bravo niño muere
 sin exhalar un ay!
 Y el padre con los ojos
 en el cadáver fijos
 “¡Oh patria! aún más hijos
 que te defiendan hay”;
 exclama, y: “¡fuego! — ruge
 el bárbaro Suazola:
 — que ni una bala sola
 se pierda: ¡disparad!”
 Y con acento olímpico,
 al caer gritó el guerrero:
 “América, yo muero,
 mas no tu libertad.” ¹

[1]_ Debemos esta copia a la bondad de nuestro joven amigo Dn. Delfín A. Aguilera.

Otro joven se presenta a poco delante de Suazola, demanda a este el perdón, y con súplicas lastimeras le pide la vida.

—Te la concedo, —responde el asesino—, si aceptas las condiciones que te imponga.

—Acepto por la vida el castigo que queráis imponerme.

—Bien, te concedo la libertad, si no te mueves ni te quejas al cortarte las orejas.

—Lo prometo —contesta el joven con entereza.

Sufre el imberbe patriota la mutilación con estoico valor y constancia, como escribe el cronista: sostiene con Suazola larga conversación, teniendo en las manos las orejas, y cuando aquel espíritu admirable aguardaba el cumplimiento de la promesa dada, no recibe sino la muerte.²

El caso de Boves eriza los cabellos y pone de relieve la crueldad de este monstruo. Refinado en la maldad, escribe O’Leary, este malvado obligaba al padre a sacrificar a su hijo, y al hijo a servir de verdugo del autor de sus días, cuando la desdichada suerte los llevaba a su presencia. Un día le presentaron un anciano enfermo y descarnado, único habitante del pueblo de donde habían huido todos los demás, al saber su aproximación. Después de algunas preguntas, a las que el anciano respondió con dulzura y veracidad en lo que sabía, le mandó decapitar. Al instante salió de entre las filas un bello joven que rayaba en los catorce, postrándose de rodillas ante el caballo que cabalgaba el jefe español: “os ruego”, exclamó “por la santísima Virgen, perdonéis a ese pobre hombre, que es mi padre: salvadle y seré vuestro esclavo”. “Bien”, dijo el monstruo, sonriéndose al oír las súplicas fervientes del joven: “para salvar su vida, ¿dejarás que te corten la nariz y las orejas sin un quejido?” — “Sí, sí”, respondió generosamente el mancebo, “os doy mi vida; pero salvad la de mi padre”. — El desdichado sufrió con admirable serenidad la horrible prueba: visto lo cual, el inhumano Boves mandó que le matasen juntamente con el padre; por ser este

[2]_ *Mariño*. “Manifiesto” Gaceta de Caracas de 1813.

un insurgente, y aquel demasiado valiente para permitir que le sobreviviera y se convirtiera más tarde en otro tal”.³

En presencia de este acto de tan bárbara insidia, el lector creará que no puede haber más allá; pero nuevas emociones van a transparentarle nueva monstruosidad.

Cuando Rósete, aquel famoso Rósete de las carnicerías de Ocumare, en 1814, se extasiaba en presencia de centenares de cadáveres mutilados en las calles, plaza y templo de Ocumare, uno de sus compatriotas, de Canarias, Bartolomé Trujillo, se le presenta, simulando iras, y le dice:

—Aquí traigo a mi hijo para que usted lo mande a fusilar por insurgente, por patriota. Era un joven de catorce años, pálido, enfermizo, abatido, el cual escuchó la sentencia del padre con estoica impasibilidad. Sospechaba quizá cuál iba a ser su suerte, y juzgó que con la serenidad la realizaba ante la presencia de su verdugo. Rósete, al escuchar aquellas frases terribles, se sobrecoge, e indicando al joven a que entrara, evade la contestación. ¿Le sacrificó? No: el crimen tiene también su lógica inexorable. El muchacho, al hallarse como perdonado, trata de escaparse y alcanza los montes vecinos.

Cuando días más tarde el general Ribas toma a Ocumare, destruye a Rósete, quien huye dejando al vencedor sus efectos de guerra y las numerosas víctimas que llenaban las calles del pueblo. Un joven descarnado se presenta a los vencedores: era el hijo de Bartolomé Trujillo que buscaba amparo entre sus con-militones. Uno de los testigos de este hecho lo describe de la siguiente manera:

“Un joven de catorce años, pálido, macilento y descarnado, se presenta a mi vista.

—“¿Quién eres infeliz? le pregunté.

—“Yo he escapado del suplicio, me responde: he vivido de troncos de árboles, escondido en los montes. Mi padre me entregó a Rósete para que me

[3]_ Las relaciones que tenemos de este hecho no discrepan de lo que escribe O’Leary. — Según parece el suceso tuvo efecto en uno de los pueblos del alto llano.

diese muerte por ser adicto a la causa de mi Patria. El monstruo se sobrecogió de espanto a tal demanda y me dio la vida: yo la he salvado en medio de los bosques”.⁴

Cuando le presentaron al general Ribas al hijo de Trujillo, le dio colocación en el cuerpo de carabineros patriotas.

En las tempestades de la naturaleza, tan necesarias al sostenimiento de la vida, tras la noche caliginosa vienen la luz y la sonrisa de los cielos. En las tempestades sociales no siempre impera la virtud. Comprendemos a Cresó estrechando a su hijo contra su corazón, después de que este le salva la vida. Y comprendemos también al monstruo que entrega a su hijo al sacrificio, en obediencia a odios políticos. El amor filial que se había exaltado en un caso, en presencia del peligro, recibía la luz del cielo y las bendiciones de Dios: en el otro, el amor paternal era dominado por el odio y rechazado por el mismo crimen.

[4]_ Gaceta de Caracas, de 28 de febrero de 1814. Montenegro. “Historia de Venezuela”.

Un intendente escalador

Crónica popular

En el ángulo noroeste de la Plaza Bolívar figuró, hasta ahora pocos años, un cuerpo de guardia que databa de tiempo muy remoto, lo que originó que a dicha esquina se la llamara del *Principal*, nombre que conserva aún. Lindando por el Sud con la Casa Amarilla y por Naciente con la dirección general de Correos, hay una casa que perteneció a la antigua familia Ibarra y es hoy propiedad de uno de sus descendientes. Dilatábase esta casa antes del terremoto de 1812 hasta la actual del Ministerio de Obras Públicas, en la cual estuvo, a fines del último siglo, la Intendencia.

Después del terremoto, la casa de Ibarra vino casi toda al suelo, conservándose solamente el muro que mira al Sud; lo que ha motivado que el interior del edificio esté reducido, no guardando proporción con la fachada, y que aparezcan en su prolongación al norte tiendas de triste aspecto, que se extienden hasta la antigua oficina de la Intendencia; sólido edificio este que resistió al terremoto, y fue fundado a mediados del último siglo por un noble empleado de la Compañía Guipuzcoana, don Tomás de Francia, jefe de la conocida familia de este nombre.

Vivía en aquel entonces —1797 a 1799— en la casa de la señora Ibarra, doña Mercedes Ponte de Galindo, matrona de espíritu sociable, de amena conversación, madre del célebre patricio que figuró más tarde en la revolución

de 1810, don Martín Tovar Ponte. Entre los visitantes de doña Mercedes sobresalía su vecino, que era un joven de simpático talante, travieso, soltero, amigo de aventuras, don Antonio Fernández de León, Intendente, a la sazón; lo que equivalía a ser considerado como uno de los altos empleados de la colonia venezolana. Pero como en todos los vecindarios, cualquiera que sea la calle, está el diablo, siempre con ojos de lince, curiosos e investigadores, y con lengua de lanza, movable y venenosa, sucedió que en cierta mañana, al asomarse don Antonio a un balconcico de la Intendencia que miraba a uno de los patios de la casa vecina, hubo de cautivarlo una mestiza de bello rostro, color acanelado, graciosa, impresionable, y con ojos chispeantes capaces de encender una hornaza sin carbón. Al tropezar con tesoro tan valioso, don Antonio hizo lo que en tales casos aconseja la prudencia, a saber: moderar la fogosidad, hacerse entender por medio de pantomimas, hablar en monosílabos, descender del alto rango social, y tomar la escopeta del cazador para comenzar a andar por esos trigos de Dios en busca de María, que tal era el nombre de la joven mestiza.

Declararse y ser correspondido, todo fue obra de pocos días; mas imposibilitada María para salir, tuvo al fin el Intendente que aceptar el papel de escalador nocturno. A proporción que este tomaba sus posiciones en el campo de batalla y obraba con sigilo para no dejarse sorprender por celada enemiga, los criados compañeros de María, cuchicheaban, se hablaban al oído, dejaban escapar frasesitas del género común de dos, y se sonreían con esa sonrisa que llama Ripalda, el espejo en que se retrata la tristeza del bien ajeno.

En cada ocasión en que don Antonio visitaba a María dejaba tras del balconcete dos criados, los encargados de guardar la escalera colgante que con frecuencia bajaba y subía el Intendente. Vigilaban estos cual centinelas alertas, mientras que Romeo y Julieta departían. ¿Qué se decían estos jóvenes al claro de la luna? Lo que se dicen los corazones que se aman: — Hace calor, ¡qué bella está la noche! — Ya creía que no venías. — Escucha, ¿no sientes ruido? — No, es el ladrido de un perro en la calle. De repente se escucha como un

grito — Me voy, dice Romeo. — No, no hagas eso, no hay nada, esa voz es el alerta del centinela en la esquina del Principal. Todavía es temprano.

Si María era una pobre muchacha, el Intendente, como hombre de lectura, no debía ignorar aquellas frases de Shakespeare que han repetido incesantemente todos los escaladores en los angustiosos momentos que preceden a la aurora.

“¡Irte, irte ya! ¡tan pronto! Si el día tarda todavía en venir. Tu oído ha creído oír la alondra de la mañana, y es el ruiseñor el que canta. El viene todas las noches a cantar cerca de mi ventana, ocultándose bajo el ramaje de este granado. Amor mío, amor mío, créeme, estoy segura, es el ruiseñor”.

Así continuaban las cosas, cuando llegó el momento en que la felicidad de los amantes debía nublarse. A proporción que corrían los días, el cuchicheo de los criados había llegado al punto de ebullición: las lenguas se habían aguzado, los ojos se salían de las cuencas, y las espumas del odio y de la envidia llenaban las bocas del servicio de doña Mercedes. Háblase en público de una sombra que se descolgaba de la casa de la Intendencia, y la cual desaparecía, después de pasar algunas horas en el jardín. Decía una de las criadas que la tal sombra podía ser el alma del tirano Aguirre, y aseguraban otras que era un ladrón pacífico, porque apenas se sentían los pasos. Entre burla burlando todo fue conocido de doña Mercedes.

No se inmutó la matrona al saber que todo un Intendente se descolgaba con frecuencia del balconete a uno de los patios de la casa, y preparándose al efecto, tuvo listos faroles, hachones resinosos y las bujías de las arañas de la sala y corredores. En cierta noche, cuando uno de sus espías le notificó que ya la sombra se había descolgado, doña Mercedes hizo encender los faroles y hachones mencionados y con toda la astucia de una mujer resuelta a dar una lección a su atrevido visitante, se presentó de repente en la puerta del jardín, sin dar tiempo al Intendente para huir.

—¿Vos por aquí, señor Intendente? parece que habéis olvidado la puerta de esta casa, dijo doña Mercedes, con la sonrisa en los labios.

—Señora, por Dios, os suplico... contestó el Intendente, todo turbado.

—Calmaos, señor, pues no vengo en son de guerra. He hecho iluminar toda mi casa para recibirlos, y como este jardín está oscuro vengo acompañada de mi servicio para conducirlos a la sala.

—Señora, os suplico por lo más santo...

—No, Intendente, nada de extraño tiene esto. ¡Es tan fácil equivocarse y trocar el jardín por el zaguán! La juventud sufre con frecuencia estas equivocaciones voluntarias, y por eso nos pertenece a nosotras, las ancianas, guiarla en estos trances difíciles. Venid, tened la bondad de ofrecerme vuestro brazo, que yo os conduciré. El deber de una señora como yo es rendir homenaje a vuestro rango... y a vuestra respetabilidad. A ningún caballero le será permitido al entrar en mi casa salir de ella por trascorrales. ¿Qué diría el rey?

—Por Dios, señora, por vuestros hijos, no me expongáis a tanta humillación.

—No, Intendente, no temáis.

En este momento se siente un ruido. Los dos criados del Intendente, al ver lo que pasaba levantaron la escalera con precipitación y se ocultaron.

—¿Qué ruido es ese? pregunta con asombro doña Mercedes a un criado viejo que la acompañaba.

—Me parece, mi ama, que es una escalera que izan del balconete de la Intendencia.

—Ya lo veis, señor, exclama con gracia doña Mercedes: salgamos de aquí, Intendente, no sea que nos ataquen por retaguardia.

El Intendente, confuso, sin poder hablar y lleno de despecho, bajó los ojos, y ofreciendo maquinalmente el brazo a la señora, pasó por en medio de dos alas de sirvientes, quienes con sus hachones y faroles, simulaban un entierro nocturno en el interior de una casa de familia.

Cuando el Intendente llegó a la puerta del zaguán, sin perder sus modales distinguidos, inclinóse con reverencia delante de la señora, la cual, con gran serenidad y sonriéndose todavía le dijo: — “Hasta mañana, señor Intendente: buenas noches”.

Días más tarde, al relatar el Intendente lo que le había pasado, a uno de sus íntimos amigos, agregó: — “No sabía yo que en estos países tropicales pudieran encontrarse mujeres de tantos quilates”. A lo que contestó el venezolano: — “Las hay y sobre todo, para castigar sin palo y sin piedra a ciertos escaladores nocturnos”.

El Libertador y la Libertadora del Libertador

De pronto parece que el título de esta leyenda es un retruécano, y que de nada serio va a tratarse; mas al leerla se comprenderá que son hechos que se corresponden, y que si Bolívar, el Libertador, tuvo un amigo que en momentos angustiosos lo salvó de la muerte en los campos de batalla, tuvo igualmente una amiga que lo libertó de ser víctima del puñal parricida. Está por lo tanto muy bien dicho: el Libertador y la Libertadora del Libertador. Son dos episodios admirables en la vida de Bolívar: el uno en que figura bizarro adalid de la guerra magna: el otro, aquel en que descuella una mujer tan liviana como heroica.

¿Quiénes fueron el libertador y la libertadora del Libertador?

La historia nos lo dice cuando relata el incidente de Barcelona, en 1817, entre Bermúdez y Bolívar; y nos pinta a Manuelita Sáenz, la favorita del Libertador, en la fatídica noche del 25 de setiembre de 1828.

Eran los días en que la desobediencia, los celos y la desunión, factores de completa anarquía, se habían apoderado de los hombres de la revolución venezolana, tomando cada uno la vía que le sugerían sus ideas. La primera expedición de los Cayos había fracasado, y las tristes escisiones que presenció Güiría, a fines de 1816, entre Bolívar, Mariño y Bermúdez, habían contribuido a separar el ejército oriental del mando inmediato del Libertador. Aislado y casi

sin tropa obraba este en Barcelona a principios de 1817, cuando Mariño, al frente de columnas compactas, atacaba a los españoles, dueños de Cumaná.

Todo parecía llevar mal camino para la causa republicana, e irreconciliable aparecía Bermúdez con el Libertador, cuando el curso de los acontecimientos presentó al gallardo jefe oriental, el general Mariño, y a su segundo Bermúdez, la ocasión de deponer rencores del momento y aparecer generosos y grandes. La segunda expedición de las Antillas había fracasado como la primera. Bolívar y Arismendi habían sido derrotados en Barcelona, al comenzar el año de 1817, y solo quedaba al Libertador por retirada el derruido edificio de la llamada Casa Fuerte, donde atrincherados con sus pocos bisoños, no podía aguardar sino muerte segura, pues se acercaban ya numerosas fuerzas enemigas.

En tan triste situación, Bolívar apela a la generosidad y nobleza de sus compañeros disidentes y escribe un oficio al general Mariño, oficio razonado y digno, que envía con el subjefe de Estado Mayor, Soublotte, quien verbalmente debía exponer la situación del Libertador y el peligro que corría la causa republicana, si la unión de todos, y un común esfuerzo, no contrarrestaban el empuje de las huestes españolas que se acercaban a Barcelona.

Mariño, que estaba en su cuartel general de las Sabanas de Cautaro, no acaba de escuchar al comisionado de Bolívar, cuando se dispone a marchar a Barcelona para protegerle. Reúne los jefes de sus tropas y les manifiesta la situación del Libertador. No debemos permitir, les dice, que sea víctima de la ferocidad de sus enemigos, que son los nuestros: preparémonos todos para auxiliarle.¹

Los historiadores están acordes al decir que fue admitida la noble manifestación de Mariño por todos sus tenientes, menos por Bermúdez, que mal inspirado en aquel instante, por recuerdos ingratos y resentimientos no extinguidos, murmuró, apareciendo como opuesto a la opinión general. Mariño, que le escuchaba con calma, le dice entonces: “No te conozco. ¿Con que

[1]_ Larrazábal. “Vida del Libertador”.

abandonaremos a Bolívar en el peligro, y consentiremos que sobre él triunfen los godos? ¿Y perecerán también Arismendi y Freites, y los demás amigos patriotas que con él están? Eso no puede ser”.

Bermúdez, al escuchar estas frases que estimulaban en él lo que ciertos hombres tienen como dones del cielo: la dignidad, la clemencia, el valor sagrado de la patria, contestó a su jefe con la arrogancia del militar pundonoroso: *Estoy de marcha*. En aquel momento se extinguía en el valeroso atleta la llama del rencor, desaparecían de la memoria recuerdos ingratos, y aparecieron en el hombre el soldado de la patria, armado de la lanza de Aquiles, y el patricio generoso, dispuesto al sacrificio.

Hay en la vida de los hombres como en la de los pueblos multitud de circunstancias fortuitas o casuales, siempre ignoradas, que traen felicidad o desgracia. Cuando las tropas españolas al mando del brigadier Real se mueven sobre Barcelona, los españoles en esta cubren con piquetes todas las avenidas; pero dejan libre el camino de Barcelona a Cumaná, por donde debían entrar las fuerzas de Mariño y de Bermúdez, que venían por mar y por tierra. ¡Casualidad elocuente! El mismo día en que arribaban a Barcelona las fuerzas españolas, llegaban los patriotas a Pozuelos. Refiere la tradición y confirman los historiadores, que al saber Bermúdez que las avanzadas de Real atacaban a Bolívar en la Casa Fuerte, dirigió al enemigo la siguiente fanfarronada: “Digan a Real que se retire porque Bermúdez ha llegado”. Y en efecto, Real se retira al Juncal y de ahí a Clarines, donde comienza a sufrir deserciones y miserias.

Frescas entran las tropas orientales a Barcelona. En las cercanías del puente, Bolívar, que venía a encontrarlas, ve a Bermúdez, aligera el paso, tiéndele los brazos y le dice: *Vengo a abrazar al Libertador del Libertador*. En efecto se abrazan cordialmente, dice uno de los historiadores de este incidente, y sin hablarse una palabra en muchos minutos, las lágrimas que derraman ambos, representaban bien cuán sincera y útil era aquella reconciliación. Al fin rompió Bermúdez el silencio y dijo como para desahogarse: ¡Viva *la América Libre!*

¡Arcanos del destino! Bolívar se había salvado de ser víctima de los españoles. Nuevo triunfo le aguardaba, la toma de Guayana, centro de operaciones, base de gobierno de donde debían salir los rayos de la guerra y de la paz, y la creación de Colombia. Estaba escrito que los defensores de la Casa Fuerte sucumbirían, después de lucha sangrienta y de esfuerzos inauditos.

Doce años más tarde, la noche del 25 de setiembre de 1828, Manuela Sáenz, la favorita de Bolívar, salva a este del puñal asesino, y alcanza por galardón el sobrenombre de *Libertadora del Libertador*.

Refiere Garibaldi en sus “Memorias autográficas” que, cuando en 1850 navegaba por aguas del Pacífico, desembarcó en Paita. “En este puerto, dice, nos detuvimos un día y nos hospedamos en la casa de una generosa señora del país, la cual estaba en el lecho hacía algunos años, a consecuencias de un ataque de parálisis en las piernas. Parte de aquella jornada la pasé al lado de aquella señora, sentada en un sofá, pues aunque mejor de salud, tenía que estar recostada y sin hacer movimiento.

“Doña Manuela Sáenz es la más simpática matrona que he conocido. Había sido muy amiga de Bolívar, lo que la hacía recordar los más minuciosos pormenores de la vida del gran Libertador de la América, cuya existencia estuvo enteramente consagrada a la emancipación de su patria, y cuyas virtudes no fueron bastante para librarse del veneno de la envidia y del jesuitismo que amargaron sus últimas horas. ¡Es la eterna historia, la de Sócrates, de Jesucristo, de Colón! ¿Y el mundo ha de continuar siempre presa de estas miserables nulidades que lo engañan?

“Después de aquel día que llamamos delicioso, comparado con las angustias del pasado, casi todo él dedicado a acompañar a la interesante inválida, dejé a esta verdaderamente conmovida. A ambos se nos humedecieron los ojos, presintiendo sin duda que aquel día sería para los dos el último. Me embarqué de nuevo en el vapor, y llegamos a Lima, siguiendo la bellísima costa del Pacífico”.²

[2]_ Garibaldi. “Memorias autográficas”.

Al leer ahora meses estos conceptos de Garibaldi acerca de la favorita de Bolívar, y en la seguridad de que había pasado en Paita los últimos años de su vida, vino a nuestra memoria el nombre de Ricardo Palma. Solo este, nos dijimos, solo Palma que ha sabido desentrañar los archivos peruanos para regalar a los pueblos de origen español las bellísimas lucubraciones que él llama *Tradiciones*, cuadros en los cuales campean las galas literarias de tan distinguido escritor y académico; solo Palma puede suministrarnos notas acerca de Manuelita Sáenz. Y dudábamos molestar a tan caro amigo, y dudábamos todavía más al suponer que era imposible que aquel no “se hubiera ocupado en describirnos a la bella *diva* de Bolívar, durante su mansión en Paita, cuando el escritor, representado en nueva publicación, llegó a la mesa redonda de nuestro desván, y después de saludarnos con galante dedicatoria, nos dice, así lo presumimos, estas frases: “Abre la página 101 de este nuevo libro de tradiciones que quiero llamar *Ropa vieja*, y en él hallarás lo que solicitas”.

En efecto, Palma visitó en repetidas ocasiones a la *favorita*, dialogó con ella, obtuvo datos; y estudiando los caracteres de las favoritas de San Martín y de Bolívar, doña Rosa Campusano y doña Manuela Sáenz, nos acaba de trazar un estudio paralelo acerca de estas americanas, hija la una de las campiñas del Guayas, y del valle que iluminan las cimas encendidas del Cotopaxi, del Sangai y del Pichincha, la otra.³ Fueron estas dos señoras dos caracteres admirables que sintetiza Palma así: la una fue la mujer mujer: la mujer hombre la otra.

Dejemos a Rosa en la leyenda de Palma, y sigamos con Manuela, pues esta nos pertenece más de cerca. Unamos a los materiales que hace tiempo conservamos,

[3]_ En cada ocasión en que hablamos de los volcanes del Ecuador, viene a nuestra memoria el nombre del distinguido poeta español que supo hacer de América su segunda patria: Don Fernando Velarde. Una de las más elevadas inspiraciones de este sublime vate es la pieza que lleva por título: En los Andes del Ecuador. Es una composición tan llena de verdad y de belleza que, al leerla, se siente la necesidad de releerla: tal es el imperio que ejerce el poeta en las descripciones que nos ha dejado de la naturaleza americana.

los que nos suministran Palma, O'Leary en el tomo de su *Narración Histórica*, que no ha visto todavía la luz pública, y además los historiadores de Colombia, y presentemos a Manuelita en todo su conjunto de luz y de sombra, de miseria y de grandeza.

Por dos faces podemos estudiar a esta célebre favorita de Bolívar: la heroína de la patria, y la mujer; y ya que de una heroína de la libertad vamos a hablar, diremos que de estas no conocemos sino dos grupos: la mujer sufrida, abnegada, sublime en el cumplimiento del deber, que lleva por escudo la dignidad, por fuerza su fe inquebrantable, y que acepta la muerte como sacrificio que le impone la patria; y la amazona, la mujer varonil, resuelta, valerosa, que lleva en la cabeza el casco de Belona y en la mano el alfange de Judith, con el cual troncha la cabeza de Holofernes, o el puñal vengador de la libertad con que Carlota Corday traspasa el corazón de Marat.

A este último grupo perteneció la quiteña Manuelita Sáenz, que desde sus juveniles años se afilia en el bando patriota y levanta el grito contra la dominación española. Los sacrificios de sus compatriotas y las matanzas de Quito en 1809 habían templado su alma. En 1817 se casa con el doctor Thorne, y en 1822 aparece el nombre de Manuela Sáenz de Thorne entre las ciento doce caballerosas de la Orden del Sol. No ha aceptado la Orden republicana por mera vanidad, pues en el mismo año se la ve lanza en ristre y a la cabeza de un escuadrón de caballería, sofocar un motín en la plaza y calles de Quito. Y años más tarde, cuando se subleva la tercera división colombiana contra Bolívar, Manuela penetra, disfrazada de hombre, en uno de los cuarteles, con el propósito de reaccionar un batallón. Frustrado el intento es expulsada del Perú.⁴

Manuelita, nos refiere Palma, cabalgaba en Lima a manera de hombre, en brioso corcel, escoltada por dos lanceros de Colombia y vistiendo dormán rojo con brandeburgos de oro y pantalón bombacho de cotonía blanca. Mujer

[4]_ Palma. Última serie de tradiciones. Ropa Vieja.

fuerte, sabía dominar sus nervios, apareciendo serena y enérgica en medio de las balas y espadas tintas de sangre, o del afilado puñal de los asesinos.

“Manuela leía a Tácito y a Plutarco; estudiaba la historia de la península en el Padre Mariana, y la de América en Solís y Garcilaso; era apasionada de Cervantes; y para ella no había más allá de Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Se sabía de coro el *Canto a Junín* y parlamentos enteros del *Pelayo*; y sus ojos un tanto abotagados ya por el peso de los años, chispeaban de entusiasmo al declamar los versos de sus vates predilectos. En la época en que la conocí, una de sus lecturas favoritas era la hermosa traducción poética de los *Psalms* por el peruano Valdez. Doña Manuela comenzaba a tener ráfagas de ascetismo, y sus antiguos humos de racionalismo iban evaporándose”.⁵

¡Cuán cierto es que los corazones mundanos, a proporción que envejecen, solicitan la última meta en el recinto del santuario, a las horas en que las antorchas del templo chispean a la luz velada del día! ¡Aman la penumbra y se sumergen en ella, al comenzar a realizarse el eclipse total de la vida!

Antes de contemplar a Manuela, serena, imponente en la noche fatídica del 25 de setiembre de 1828, su cumbre histórica por excelencia, compadezcámosla en su papel de esposa liviana, de amante y amada de un grande hombre. Tendría la favorita veinte o veinte y cinco años de edad cuando contrajo matrimonio en Quito con el médico inglés Jaime Thorne, vecino más tarde de Lima. Era este un cumplido caballero y de buenas condiciones sociales, pero pesado y flemático para un espíritu fogoso. La mujer de la zona tórrida no se aviene bien, en la generalidad de los casos, con el carácter taciturno, reservado y ceremonioso de los hijos del norte; por lo que podemos colegir, en vista de documentos fehacientes, que el amor en Manuela fue acomodaticio, mientras que en Thorne fue apasionado. La naturaleza nos presenta estos contrastes en el gorro de nieve siempre hermanado a la cima ardiente de los volcanes andinos. Thorne era además celoso, y por lo tanto impertinente, molesto, maniático.

[5]_ Palma. Obra citada.

En los corazones jóvenes, atraídos por el amor pasión, los celos avivan la llama de los afectos, que se extingue en los caracteres antitéticos. Apenas llega el Libertador a Quito en 1822, después de Pichincha, Manuela tropieza con el hombre afortunado que de cima en cima era conducido por el genio de la guerra. Se ven, se acercan, se aman, pudiendo decirse de ambos lo que se ha dicho de César: *Vini, vidi vici*. Manuelita estaba entonces en sus días primaverales y se había dado a conocer por sus caprichos guerreros: la amazona cautiva a Marte. Bolívar carecía de los atractivos de Apolo, pero poseía imaginación oriental, talento claro, palabra fácil, que realizaban modales cultos, la práctica en fin que le daban las conquistas de amor; todo engrandecido por la gloria y por la fama. Bolívar había conquistado el corazón de Manuelita, pero la amazona había conquistado algo más: el dominio absoluto, el trono sin corona, en derredor del cual iba a figurar el séquito brillante de los tenientes de Bolívar, representado por las principales nacionalidades de Europa y de América. El corazón fervoroso de la bella quiteña había encontrado al fin su centro de atracción.

Entre tanto, Thorne, más enamorado que nunca, piensa en Manuela, después de que esta voluntariamente lo abandona. El marido había perdido sus fueros en el corazón de la esposa, no así el amigo que a su amiga escribía con frecuencia y le enviaba elocuentes regalos, que consistían en doblones de buenos quilates. El inglés se había tornado de hombre serio en niño llorón. Era por tanto más digno de babador que de corbata.

Y vaya una prueba al canto. A una de tantas cartas que Thorne escribía a su esposa, esta le contesta en los siguientes términos:

“¡No, no, no más, hombre por Dios! ¿Por qué hacerme usted escribir faltando a mi resolución? Vamos ¿qué adelanta usted, sino hacerme pasar por el dolor de decir a usted mil veces, no? Señor, usted es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted; pero mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo: dejar a otro marido sin las cualidades de usted sería nada.

“¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de este general por siete años y con la seguridad de poseer su corazón, prefiera ser la mujer del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo o de la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido usted algo mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah! yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente.

“Déjeme usted, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que era usted muy descontento. En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual, (pues como hombre usted es pesado) allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás ¿quiénes más hábiles para el comercio y marina?) El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa: estas son formalidades divinas, pero yo, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de estas seriedades inglesas, etc. ¿qué mal me iría en el cielo! tan mal como si fuera a vivir en Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fuera usted conmigo pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo: ¿no tengo buen gusto?”

“Basta de chanzas: formalmente y sin reírme, con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que *no me juntaré más con usted*. Usted anglicano y yo atea es el más fuerte impedimento religioso: el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte. ¿No ve usted con qué formalidad pienso?”

Su invariable amiga,
 “Manuela”.

Manuela dirige esta carta al Libertador con la siguiente nota:

“Hay que advertir que mi marido es católico y yo jamás atea: solo el deseo de estar separada de él me hacía hablar así”.

Manuelita se fotografía en esta carta al mismo tiempo que se condena. ¿Qué le importan las consideraciones sociales y que las damas de Lima y Bogotá le esquiven el trato, si ella está considerada por el séquito de Bolívar como esposa del grande hombre?

Manuelita envió a Bolívar copia de la carta que precede, y el Libertador le contestó con la siguiente esquila:

La Plata: 26 de noviembre

“Mi amor: ¿Sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta? Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar por tu espíritu admirable. Lo que me dices de tu marido es doloroso y gracioso a la vez. Deseo verte libre pero inocente juntamente; porque no puedo soportar la idea de ser robador de un corazón que fue virtuoso; y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya, con tu deber y el mío. No sé cortar este nudo que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable, de deber y de falta: de mi amor, en fin, con Manuela la bella.

“Bolívar”.

He aquí a Bolívar que igualmente se condena y no sabe conciliar la dicha de dos seres con los deberes de ambos. Luz y sombra, grandeza y miseria, la conciencia en tortura, es cuanto se desprende de la lectura de esta correspondencia amorosa.⁶

Saquemos ahora a Manuela de la Roca Tarpeya para conducirla al Capitolio. Hablemos de la noche del 25 de setiembre de 1828.

[6]_ Estas cartas las hemos copiado del volumen 3° de la “Narración” de O’Leary, volumen impreso hasta la página 513, en 1883, y secuestrado por el Gobierno de Venezuela por causas que ignoramos. Háblase en estas páginas de los sucesos de 1826, 1827 y 1828. Debemos al señor Dr. Alejandro F. Feo, la atención de habernos proporcionado la lectura del volumen secuestrado. Reciba este amigo nuestro agradecimiento. No creemos pasen de tres los ejemplares salvados de tan rico acopio de documentos referentes a los años de 1826, 1827 y 1828.

Por una casualidad, Manuela, que con frecuencia vivía en palacio, estaba algo indispuesta en la tarde del 25, y no había salido de la casa que habitaba. Sintiendo el Libertador enfermo manda a llamarla, al anochecer, pero ella se excusa por no hallarse bien. Instalada por aquel, y juzgando que podría serle útil, se abriga, y como había llovido se pone doble calzado, queriendo evitar la humedad. Al llegar a la mansión del Libertador se impone de que todo el mundo estaba indispuerto, comenzando por Bolívar y continuando por su sobrino Fernando, el edecán capitán Ibarra, el mayordomo Palacios, y ausente, por estar igualmente indispuerto, el edecán coronel Ferguson. Fuera de la pequeña guardia de ordenanza, nadie más estuvo de facción al cerrarse la puerta de palacio, ni temores inmediatos abrigaba el Libertador, quien después de un baño tibio durante el cual le leía Manuela, se entregó al descanso. Bolívar no había dado oído a las repetidas denuncias de una conjuración, aunque creía que iba a reventar una revolución, y contando quizá con su buena estrella no tomó precauciones.

Las doce de la noche serían cuando los perros de palacio ladran, y tras estos se sienten ruidos en la puerta del edificio. Era el momento en que los conjurados, en posesión del santo y seña y contraseña, después de engañar a los centinelas, bregaban por la entrada. Manuela despierta a Bolívar, y le instruye de lo que presiente. Bolívar se arroja del lecho, toma su espada y una pistola, y se encamina a la puerta de la sala para abrirla. Manuela le contiene y le aconseja vestirse, lo que ejecuta con denuedo y prontitud, y no encontrando de pronto las botas se calza los zapatos dobles de la favorita.

—Bravo, dice Bolívar a la favorita; vaya, pues, ya estoy vestido ¿y ahora qué hacemos? ¿Hacernos fuertes?

Diríjese por segunda vez a la puerta, hacia la cual se aproximaban los conjurados. Manuela lo detiene y le señala el balcón bajo del palacio que cae a la calle lateral.

—¿Al cuartel de Vargas! exclama Manuela.

—Dices bien, contesta Bolívar, y avanza hacia el balcón.

Pero Manuela le detiene por tercera vez, pues siente que pasa gente; y tan luego como queda la calle silenciosa, abre el balcón y sin tiempo ya para ayudarle a salvarse ni para cerrar las hojas de aquel, sale al encuentro de los conjurados que, sedientos de sangre, la agarran y la interpelan.

—¿Dónde está Bolívar? preguntan los invasores.

—En el Consejo, responde Manuela con serenidad.

Lánzase sobre el primer dormitorio, pasan al segundo y al ver el balcón abierto, exclaman “huyó, se ha salvado”.

—No, señores, no ha huido, está en el Consejo, dice Manuela con voz clara y con ademán resuelto.

—¿Y por qué está abierta esta ventana? replican los conjurados.

—La abrí, contesta Manuela, porque deseaba conocer la causa del ruido que sentía.

La heroína comprende que ha pasado ya tiempo suficiente para que Bolívar se escape y alimentando la esperanza de los conjurados, los interna, les habla de la casa nueva llamada el Consejo, donde estaba Bolívar, mito con el cual pudo entretenerlos. Chasqueados y enfurecidos los conjurados agarran a Manuela, se la llevan, cuando el grupo tropieza con el edecán Ibarra que al abrir la puerta de su dormitorio, ya armado, avanzó sobre los invasores y fue herido por uno de estos.

—¿Con que ha muerto el Libertador? preguntó el joven edecán a Manuela.

—No, no, contesta Manuela imprudentemente, el Libertador vive.

Al escuchar esto, uno de los conjurados toma por el brazo a Manuela, la interroga de nuevo y no pudiendo saber nada, la lleva a las piezas interiores; y después de situar centinelas en las puertas y ventanas, todos huyen.

Entretanto, Manuela acompaña a Ibarra y lo hace acostar en el lecho del Libertador, donde iba a ser atendido por los médicos. En esto se escuchan pasos de botas herradas por la calle: era Ferguson que, a pesar de estar enfermo, quiso venir en solicitud del Libertador. Manuela abre el balcón, y el edecán la reconoce a los rayos de espléndida luna.

—¿Dónde está el Libertador? pregunta Ferguson a Manuela.

—No sé, contestó (quizá por no informar a los centinelas). No entre, Ferguson, porque lo sacrifican, agrega la favorita.

—Moriré cumpliendo con mi deber, contestó el valeroso inglés.

A poco suena un tiro: era el pistoletazo que descargaba Carujo sobre su íntimo amigo Ferguson en los momentos en que este llegaba a las puertas del palacio. Como por encanto las guardias abandonan entonces sus puestos, y soldados y jefes huyen. Tras estos sale Manuela en solicitud del doctor Moore para que curara al edecán Ibarra. El doctor, salvando peligros, llega a la alcoba del Libertador, en tanto que Manuela llama a Fernando el sobrino de Bolívar, y acompañada de él toman el cadáver de Ferguson y lo conducen al dormitorio del mayordomo José que se hallaba gravemente enfermo.⁷

¿Dónde estaba el Libertador en aquellos instantes en que sus tenientes, unos tras otros, le buscaban por todas partes?

Escuchemos el relato que nos ha dejado el general Posada en sus *Memorias*.

“El Libertador, que al arrojar por la ventana, dejó caer su espada, tomó la dirección del monasterio de las religiosas Carmelitas, oyendo tiros por todos lados y el grito de “¡murió el tirano!”. — En tan imponderable agonía tuvo un auxilio providencial: un criado joven de su confianza se retiraba al palacio y oyendo el fuego y los gritos corría resuelto a donde su deber lo llamaba, y viendo un hombre que a paso acelerado caminaba en la dirección que he indicado, le siguió y conociéndole él, llamó, nombrándose.⁸ Bolívar con esta compañía consoladora, procuraba llegar al puente del Carmen para tomar la orilla izquierda del riachuelo llamado de San Agustín, que toca con el cuartel de

[7]_ Datos tomados de la descripción del suceso del 25 de setiembre, escrita por Manuela Sáenz para el general O’Leary.

[8]_ El nombre de este oficial, tan fiel como noble, es José María Antúnez, hijo de Maracaibo. Acompañó a Bolívar desde 1821 y le dejó al morir en Santa Marta, en 1830. Pobre y abatido tomó a Caracas, donde encontró generoso asilo y protección en la familia del señor Ramón Aspurúa. Cargado de años murió en 1868.

Vargas, a fin de incorporarse a los que por él combatían; pero al llegar al puente, el criado le hizo observar que aunque los tiros se oían en diferentes direcciones, el fuego era más activo en la plazoleta del convento por donde habrían de pasar. En efecto, Bolívar llegaba al puente en momentos en que los artilleros se replegaban y los de Vargas salían del cuartel. Una partida de artilleros en retirada, seguida por otra de Vargas y tiroteándose, se replegaba precisamente por la orilla del riachuelo que Bolívar se proponía seguir; se oían mezcladas las voces de “murió el tirano” y de “viva el Libertador”, y perseguidos y perseguidores se acercaban, sin poderse juzgar quiénes serían los primeros y quiénes los segundos. El momento era crítico, terrible: “mi general, sígame; arrójese por aquí para ocultarle debajo del puente”, dijo el fiel criado; y sin esperar la respuesta se precipitó de un salto y ayudó al Libertador a bajar, casi arrastrándolo tras sí. Un minuto después pasaron artilleros y Vargas por el puente, continuando el tiroteo, hasta que alejado, quedó todo en silencio por aquel lado”.⁹

¡Qué noche! Toda la ciudad se puso en vigilia desde el momento en que los conjurados se apoderaron del palacio. Por todas partes se escuchaban gritos y disparos. Las compañías del batallón Vargas perseguían a los artilleros sublevados, y eran las calles de la ciudad el dilatado campo de batalla. A las repetidas voces de los conjurados, *muera Bolívar, muera el tirano*, contestaban los sostenedores del orden con las de *Viva el Libertador, viva Bolívar*. Poco a poco van extinguiéndose los gritos sediciosos, y solo uno que otro tiro se oye en lontananza. La conjuración estaba vencida. Grupos de oficiales y ciudadanos a pie y a caballo recorren las calles, y aclamaciones atronadoras de *Viva el Libertador, viva Bolívar*, herían los aires. Han pasado una, dos y tres horas de angustia: la conjuración ha sido vencida, pero el Libertador no aparece. ¿Dónde está Bolívar? es la pregunta que sale de todos los labios. Solo este y el criado fiel que le acompañaba lo sabían. La angustia se apodera de nuevo de

[9]_ Posada. “Memorias históricas políticas”.

los defensores. Entonces el general Urdaneta, ministro de Guerra, dispone que partidas de infantería y de caballería saliesen en todas direcciones en solicitud del Libertador. Espléndida luna iluminaba aquel campo de desolación.

“Bolívar, entre tanto, dice Posada, agonizaba en la más grande incertidumbre bajo el puente protector: partidas de Vargas pasaban gritando: ¡viva el Libertador! y temía que fuese una aclamación alevosa para descubrirlo.

“Después de casi tres horas de ansiedad, oyendo los pasos de unos caballos que se acercaban, y los gritos que se repetían de “viva el Libertador”, mandó al criado que le acompañaba que saliese con precauciones, arrimándose a una pared, a ver quiénes eran los que venían: eran el comandante Ramón Espina, hoy general, y el teniente Antonio Fominaya, edecán del general Córdova, que conocidos por el muchacho, le anunciaron que estaba salvo. Salió, pues, con dificultad de la barranca, se informó de lo que pasaba, y en aquel momento, llegando el general Urdaneta con otros jefes y oficiales, el reconocimiento y el hallazgo hicieron derramar lágrimas a todos. En pocos instantes supo la ciudad la fausta noticia, por mil gritos repetidos en todas direcciones. El Libertador, mojado, entumecido, casi sin poder hablar, montó en el caballo del comandante Espina y todos llegaron a la plaza, donde fue recibido con tales demostraciones de alegría y de entusiasmo, abrazado, besado hasta del último soldado, que estando a punto de desmayarse les dijo con voz sepulcral: ¿queréis matarme de gozo acabando de verme próximo a morir de dolor?_

Cuando Bolívar, ya en el palacio, después de haber recibido numerosas felicitaciones de nacionales y extranjeros, quiso reposar y conciliar el sueño, como lenitivo a tantas angustias, quedó acompañado de la favorita, pero ni el uno ni la otra pudieron descansar: ambos estaban febricitantes y bajo el peso de horrible pesadilla. En estos momentos fue cuando Bolívar dijo a la favorita: *tú eres la Libertadora del Libertador*: título de gratitud con el cual ha pasado a la historia esta mujer original.

Antes de que el Gobierno de Colombia, en vista y conocimiento de cuanto acababa de suceder, tomara medidas enérgicas como lo demandaban las

circunstancias del momento, la primera inspiración de Bolívar fue noble y generosa: deseaba el perdón de los conjurados; mas tan elocuentes ideas no tuvieron el resultado que él deseara. La política tiene sus necesidades, es exigente, para lo cual apela en la mayoría de los casos al cadalso.

El proceso de la conjuración fue abierto, y víctimas y persecuciones fueron la recompensa de los principios culpables. La ley se impuso y condenó: no así la favorita que supo desplegar nobleza de alma a la altura de la obra meritoria, de la cual descollaba como heroína. Aun faltando a los fueros de la verdad, Manuela arrancó víctimas al cadalso, y devolvió la paz y el contento a muchos hogares.

En la mayoría de los infortunios humanos está el triunfo del corazón. Los odios, las rivalidades, la envidia, la venganza; todo, todo desaparece ante la noble generosidad que inspiran el dolor, la miseria, el infortunio, que siguen al desborde de las pasiones tempestuosas; y es la generosidad en estos casos como el iris después de la borrasca, nuncio de paz y de perdón. Bolívar y Bermúdez lloraron al abrazarse. Los jefes, oficiales y soldados al ver salvado a Bolívar, en la noche del 25 de setiembre de 1828, después de vitorearlo y aun besarlo desde el último soldado hasta el primero de los tenientes, lloraron también, y todavía a los veinte y más años de estar en el sepulcro las víctimas y victimarios de aquella noche terrible, Garibaldi y Manuela Sáenz se enternecen al despedirse a orillas del grande océano en 1850. El llanto tiene mucho del cielo, porque tras la lágrima está el corazón plácido y el espíritu inspirado por las grandes virtudes, don de Dios a la criatura.

¿Cómo podremos hoy juzgar a la mujer que se conoce en la historia con el título de *Libertadora del Libertador*?

Como mujer, como esposa, la justicia ha fallado y la condena. Como heroína generosa, la historia la admira.

La santa reliquia de Maracaibo

A don Emilio Mauri

Director de la Academia Nacional de Bellas Artes

El nombre árabe de Gibraltar lo llevan hoy en la superficie de la tierra dos localidades: el Gibraltar europeo, tan celebrado, y el Gibraltar venezolano, pueblo situado en el extremo Sud del lago de Maracaibo.

Para los que conocen un poco la historia y la geografía antigua del Mediterráneo, el nombre de Gibraltar trae a la memoria los de Calpe y Avila, las columnas de Hércules del mundo fenicio, la última Tule por el noroeste de los navegantes antiguos.

Todo en Gibraltar es marcial, desde su origen, grandiosidad de la naturaleza y tenacidad del hombre. Gibraltar es corrupción del nombre árabe *Djebel al Tàrik* que equivale a *Montaña de Tharik*, nombre este del primer general moro que desembarcó en aquellos lugares en 711. En cuanto a su naturaleza, Gibraltar es un peñón de cuatrocientos metros de altura, baluarte de rocas, aborto titánico, cuando en remotas épocas surgieron las montañas hespéricas que luchando con las de Atlas y de los Apeninos, formaron la cuenca del Mediterráneo, que después debían

conquistar las aguas del Atlante. Desde entonces este pasea sus olas sobre las costas, y lame los pies de las montañas, en tanto que las aguas del Mediterráneo, vergonzosas y pesadas, se escapan por debajo y van al Océano, subiendo escalas a manera de saltadores que surgieran de los tenebrosos abismos.

Cuando se dice Gibraltar, viene a la memoria no solo la obra de la naturaleza, sino también la de los hombres, la fortaleza ciclópea erizada de cañones, llena de fosos y de galerías subterráneas, armada a maravilla y custodiada por soldados invisibles. ¡Santo Dios! ¡qué monstruo tan dispuesto siempre a vomitar toneladas de metralla sobre los pobres barquichuelos que atraviesan el famoso estrecho! Hace ciento ochenta y seis años que Albión se ha incrustado en el cuerpo de la madre España, y hasta hoy no ha habido poder humano suficiente para sacar de las carnes de la señora esta garrapata, este pólipo, esta excrescencia que ha resistido a todos los cauterios y disolventes más poderosos. Inútil ha sido la diplomacia, e inútil será la sorpresa, porque Gibraltar es campo volante, avanzada donde jamás se duermen los centinelas, ni se abandona la custodia del cañón. El día en que este volcán de metralla estremezca las aguas del Mediterráneo, será el día de la *última ratio regum*, es decir la Europa victoriosa contra John Bull.

No puede al pronto comprenderse por qué se le puso el nombre de Gibraltar, que implica las ideas de roca, de montañas, de alturas, de escarpas y abismos, a una costa de Maracaibo, baja, anegadiza y cubierta de bosques. Tal contraste tiene que haber obedecido a causa desconocida. Los castellanos bautizaban las más de las regiones americanas por los recuerdos que les despertaban las provincias españolas. De ahí, que pusieran el nombre de Nueva Andalucía a las bellas regiones bañadas por el Magdalena y el Orinoco, con su cielo azul, su vegetación esplendente, sus noches pobladas de estrellas, que hacían recordar las costas andaluzas bañadas por los tibios rayos del África. Los mismos recuerdos tuvieron cuando fundaron a Nueva Cádiz, Nueva Córdoba, Mérida, Trujillo, Nueva Segovia, Valencia, etc., etc. Pero si mayormente el recuerdo de la patria fue la idea dominante, en el nombre de Gibraltar no entró como actor principal sino la guasa de la soldadesca. Es el caso, refiere la tradición, que cuando el conquistador Gonzalo de Pina Ludueña merodeaba a orillas del Lago de Maracaibo, por los años de 1599 a 1600, en persecución de los indios motilonos, hubo de pernoctar, por

acaso, en los lugares donde aquel fundó la villa de Gibraltar. Los soldados, sin esperarlo, fueron sorprendidos por un eclipse total de luna que les trajo recuerdos gratos del patrio suelo. Todos se extasiaban en la contemplación del fenómeno, cuando uno de ellos, a quien habían despertado, apareció entre sus compañeros y exclamó: — “Este lo vi yo en Gibraltar, cuando estuve de guarnición”. — “¡Cómo! — le interrogaron sus compañeros — ¿cómo es posible que hayas visto este mismo? — Sí, sí — exclamaba el palurdo— es el mismo, el mismito”.

La guasa que se apoderó de la soldadesca contra el ignorante soldado, fue tal, que Piña Ludueña, al fijar el lugar en que debían establecerse para dominar a los motilones, le bautizó con el nombre de *San Antonio de Gibraltar*, en memoria de este suceso y de Gibraltar, cuna de su nacimiento.

Posesionados los castellanos de esta localidad comenzaron a edificar casas y templos, a desmontar las costas para formar haciendas de cacao, y a traer a la villa cuantos recursos podían haberse de Maracaibo y España. Y a tal grado llegó el entusiasmo de los pobladores, que familias ricas de la nobleza de Maracaibo, juzgaron como meritorio fundar haciendas en Gibraltar, introducir esclavos y pasar en la nueva villa algunos meses del año. La competencia entre las dos llegó a su colmo, cuando hubo de concederse a la de Gibraltar más riquezas y comodidades que a la de Maracaibo, y más porvenir por la fertilidad de sus tierras, abundancia de sus cosechas, y las importaciones que hacía para su comercio en los pueblos andinos.

La Gibraltar venezolana tiene, como la Gibraltar española, su historia, en la cual no faltan episodios interesantes, aventuras que nos trasportan a la época romana del rapto de las sabinas y también rasgos sublimes de generosidad y de barbarie, dignos del drama y de la leyenda. Antes de que Piña Ludueña fundara el pueblo de Gibraltar en 1599, hacía muchos años que estas costas eran el azote de los indios Quiriquires, tribu feroz de la nación Motilona. Hábiles marinos, los indios atacaban siempre a los castellanos que aportaban sus mercancías a estas regiones del Lago de Coquibacoa, y con

tanto éxito, que regresaban siempre a sus escondites con géneros de seda, de los cuales se servían para hacerse mantas; de pasamanos de plata y de oro que empleaban en cuerdas de hamacas; de leznas que colocaban como púas en sus flechas, y de mil objetos más de los cuales sacaban provecho. Al fin, después de mil piraterías, fingieron paz con el encomendero don Rodrigo de Argüello, aparentando cierta sumisión momentánea. Después de haber partido Piña Ludueña para la gobernación de Caracas, donde murió en 1600, en la madrugada del 22 de julio de este año, el día de la Magdalena, fue Gibraltar atacado por los Quiriquires unidos a los Eneales y Aliles, quienes en ciento cuarenta canoas y en número de 500 hombres cayeron como recio vendaval sobre la indefensa población, que no los aguardaba. La mayor parte de sus habitantes es víctima de la muerte, y los pocos que, inspirados por valor heroico, tratan de contener a los invasores, desaparecen al fin en medio de espantosa carnicería. El fuego cunde al par que la matanza, y de tanta desolación y espanto solo escapan los moradores que pudieron correr y ampararse en las vecinas haciendas. Al saqueo y la matanza siguió el incendio que por todas partes destruyó las pajizas chozas. “Y queriendo los vencedores, dice el cronista castellano, que pasara por el mismo rigor la iglesia, entraron en ella, y estando unos robando sus ornamentos, otros se ocupaban en flechar con les flechas de puntas de lezna un devotísimo Crucifijo de bulto que estaba encima del altar, fijado en un tronco de nogal, de las cuales cinco quedaron clavadas en el Santo Cristo, una en una ceja, dos en los brazos, otra en el costado y en una pierna y señal de otras en muchas partes del cuerpo. Lo cual hecho, y acabado de robar lo que hallaron en ella, le pegaron fuego, que por ser también de palmiche como las demás del pueblo, con facilidad se abrasó, y cayó ardiendo gran parte de la cubierta sobre el Cristo: pero de ninguna manera se quemó ni el cuerpo ni la cruz donde estaba, ni aun una pequeña imagen de la Concepción de papel que estaba pegada en la misma Cruz bajo de los pies del Cristo con haberse quemado, hacerse carbón el tronco o cepo donde estaba fijo, de suerte que se halló casi en el aire la Cruz

con el devotísimo Cristo; solo en una espinilla tenía pequeña señal del fuego como ahumado sin penetrarle”.¹

Agrega la tradición que cuando los indios vieron al Cristo en el aire, se llenaron de pavor y huyeron, mientras que otros pidieron perdón. Sea de esto lo que se quiera, el historiador Oviedo y Baños, al hablar de Maracaibo, nos dice: “Venérase en la iglesia parroquial una devota imagen de un milagroso Crucifijo, a quien los indios Quiriquires, habiéndose levantado contra los españoles el año de 1600, y saqueado y quemado la ciudad de Gibraltar, en cuya iglesia estaba entonces esta hechura, con sacrilega impiedad hicieron blanco de sus arpones, dándole seis flechazos, cuyas señales se conservan todavía en el santísimo bulto, y es tradición asentada y muy corriente, que teniendo antes esta imagen la cara levantada (por ser de la expiración), como lo comprueba el no tener llaga en el costado, al clavarle una de las flechas que le tiraron sobre la ceja de un ojo, inclinó *la cabeza* sobre el pecho, dejándola en aquella postura hasta el día de hoy”.²

Pero lo que da a este asalto de los quiriquires a Gibraltar cierto interés novelesco es el *rapto de las sabinas*. Entre las mujeres cautivas de los indios estaba la esposa del encomendero Argüello, doña Juana de Ulloa, con sus hijas Leonor, casada, Paula, soltera, y otra hermana de cortos años a la cual llamaremos Elvira, por ocultarnos su nombre el cronista. Llenos de odio y de venganza los indios ahorcan a doña Juana, la cual expiró colgada de la rama de un árbol. Sobre el cuerpo desnudo comienzan entonces los quiriquires a lanzar numerosas flechas que fueron clavándose en las carnes de aquella desgraciada mujer; y tal fue el número de proyectiles, que cuando a poco los castellanos que regresaron al pueblo destruido, cortaron la soga de la cual pendía del árbol el cadáver de la señora, este cayó de pie, sostenido por las flechas que simulaban un erizo de aspecto repelente. Las tres cautivas fueron

[1]_ Fray Simón. “Noticias historiales de tierra firme”. Primera Parte. 1623.

[2]_ Oviedo y Baños. “Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela”. Madrid, 1724. 1 vol. en 4°.

conducidas por los vencedores a sus escondites, situados en los remansos y ciénegas del río Zulia. Despojadas de sus vestiduras castellanas hubieron de aceptar la desnudez indígena y las costumbres que les fueron impuestas. Dos de ellas, Leonor y Paula, fueron aceptadas como esposas de dos de los principales caciques, quedando Elvira para cuando tuviera la edad, según la costumbre indígena, de tener marido o dueño.

Por una y dos veces más regresan los quiriquires a Gibraltar reconstruido, y en ambas ocasiones roban a la población, llevándose nuevas cautivas, tanto castellanas como americanas. Entre los castellanos que se habían salvado de tantas desgracias, estaba el hijo del encomendero Argüello, hermano de las cautivas, quien no tenía otro pensamiento que librar a estas del poder de aquellos hombres feroces. A los seis años de triste cautiverio es salvada Leonor, la casada, la cual tenía ya una hija de cuatro años. Desnuda y no llevando por vestido sino el guayuco indígena, aparece la castellana ante sus compatriotas, quienes se apresuran a vestirla con las mantas que llevaban. Ruborízase la esposa al verse libre del yugo que le había impuesto la suerte, pero se humilla y realzase ante los decretos del Altísimo. Reconócela a poco su marido, tiéndele los brazos, compadécela, admírala, ámala de nuevo al verla desgraciada, y acepta como suya la nueva hija que le traía. A poco aparece Paula trayendo dos hijos. Años más tarde, en 1617, los castellanos, al verse saqueados por tercera vez por los indios, acometen a estos en sus mismas guaridas, y rescatan a Elvira. Frisaba esta en los veinte y un años y estaba acompañada de dos varones y de una niña preciosos. Como prisionero estaba el cacique que le había tocado de marido y al cual le esperaba la horca como a todos los prisioneros habidos. Elocuente es la escena que nos aguarda.

Van a sacrificar al cacique cuando el llanto se apodera de Elvira. Repréndela el hermano, que era uno de los vencedores, y ella contesta:

—Es el padre de mis hijos, es también mi padre, pues desde muy niña he estado en su compañía diez y siete años. Suplica, llora, pero todo es inútil; el cacique es inmolado con los demás prisioneros.

Este acto de barbarie tuvo a poco su corolario. Después de haber confinado a diversos lugares dentro y fuera de Venezuela, a los prisioneros inocentes, el hijo de Argüello toma a Elvira, a sus tres hijos y a otras personas y los conduce en una canoa a Maracaibo. En el camino cercano a la costa toma con disimulo los tres ángeles, los lleva a tierra, y con un puñal los sacrifica, alegando que no admitía el que su hermana tuviese hijos de un indio. Y la pobre viuda, la madre en su dolor, encontró lenitivo a su desgracia en el corazón de las otras hermanas que continuaron amando a sus hijos: los hijos de la desgracia, no de la deshonra. A los quince días de haber llegado el hijo de Argüello a Maracaibo, sucumbió de cruel dolencia.

¡Cuántos contrastes en estos hechos! Leonor al recuperar el amor de su esposo encuentra al protector de su hija: Paula bendice a Dios porque le conserva los suyos, en tanto que Elvira ve sacrificar a su padre adoptivo y al padre de sus bellos ángeles, por la venganza y ruindad de su hermano. La nobleza del esposo corona la desgracia de Leonor, y en Paula triunfa el amor de madre, tan desgraciado en Elvira. El grupo de las tres hermanas lo realzan el deber, la maternidad, el sentimiento que sublima el infortunio.

Preguntados los indios, por qué sus predecesores habían flechado al devotísimo Crucifijo en 1600, contestaron que todos los actores de aquel suceso habían tenido muy triste fin, y que por esta razón no habían saqueado el templo en las otras ocasiones en que habían destruido el pueblo.

Al abandonar las ruinas de Gibraltar los pocos de sus moradores que sobrevivieron a tanta desgracia, llevaron consigo el Santo Cristo que depositaron en el templo principal de Maracaibo. Pero a poco hubieron de retornar, obligados por la fuerza, con el objeto de restablecer a la segunda Gibraltar, que fue reconstruida de una manera tan sólida como duradera. De nuevo apoderose de los habitantes de esta comarca el espíritu de comercio con los pueblos de la cordillera andina, apareciendo Gibraltar rica, poblada y sin temores respecto de los indios motilonos, que no se atrevieron a sorprenderla. En posesión de nuevas riquezas y construida la ermita que iba a servirles de templo, los

gibralteños reclaman el Santo Cristo a los moradores de Maracaibo, quienes se niegan a entregarlo. Guardianes de una efigie que había resistido al fuego y a los instrumentos mortíferos de los indios, se resisten por repetidas ocasiones a la entrega del tesoro piadoso que se les había encomendado, prefiriendo que se les hiciera el reclamo por los tribunales, antes de ver salir la santa reliquia, de la cual no poseían ningún título de propiedad.

Enojosa cuestión iba a ventilarse, y, como en casos semejantes, dos partidos surgieron, reclamando iguales derechos. De un lado aparecían los moradores de Gibraltar, compactos y firmes, acompañados de muchos habitantes de Maracaibo, y del otro, gran porción del pueblo de esta ciudad. Competencia tan absurda, después de engendrar disgustos personales, hubo de atravesar el Atlántico, como todas las que se ventilaban en las diversas capitales de la América, en solicitud de una solución real. Según dice la tradición y asegura fray Juan Talamaco en la novena de la Santa Reliquia, escrita ahora años “los señores del Consejo de Indias remitieron la resolución al mismo Cristo, ordenando que la imagen fuese embarcada cuando soplase el viento hacia Gibraltar, y que el lugar de la costa del lago adonde llegara el divino pasajero, *sería el dueño* de tan deseado tesoro”.

Después de sentencia tan peregrina, los dos partidos deseando concluir cuestión tan enojosa, quisieron tomar parte en la ceremonia que iba a efectuarse, y la cual consistió en colocar la santa reliquia en una embarcación, en medio de las aguas, distante de Maracaibo, y dejarla a la ventura, desde el momento en que soplara el viento hacia Gibraltar. Pero como el resultado final no podía conocerse sino después de hechos repetidos, establecióse que debía hacerse el ensayo en tres ocasiones. Dispúsose que ambos partidos, en embarcaciones de todo género, formando alas separadas, fueran tras de la nao conductora del Santo Cristo, y a distancia. En la primera vez, después que se inflaron todas las velas de las naos en dirección a Gibraltar, condújose al lugar designado de antemano la nave misteriosa, la cual fue entregada al capricho de las olas. Con gracia surca las aguas y es saludada por los vivas de ambos partidos, cuando de

repente se detiene frente a la *Punta del chocolate*, de donde no continúa ni con el viento, ni con el remo. Al segundo día se efectúa la segunda prueba y lo mismo acontece. Cuando al tercer día, todo el mundo aguardaba igual resultado y colócase el Cristo en un cayuco, los ánimos quedan de pronto sorprendidos por un milagro. El Cristo seguía los impulsos del viento, cuando este cesa, y el cayuco retrocede al puerto de Maracaibo, saludado por los gritos de ambos partidos. De esta manera tan misteriosa como inesperada, pudo la sociedad de Maracaibo entrar en posesión completa de la Santa Reliquia de Gibraltar.

Gibraltar que había perdido su Cristo a poco de comenzar el siglo décimo séptimo, debía perder su grandeza a fines del mismo siglo. Saqueada fue por el pirata francés El Olonés, en 1666, por el pirata inglés Morgan, en 1669, y por el capitán Gramont, en 1678.

Las tres primeras Gibraltar desaparecieron bajo el fuego de los motilones; la cuarta, quinta y sexta bajo el saqueo de los filibusteros; la séptima, montón de casas pajizas, sin población, sin riquezas, es una triste reminiscencia de su pasada grandeza. Entre los viejos escombros de piedra y en medio de las espaciosas salas de la nobleza maracaibera, vegetan árboles seculares, mientras que a orillas del lago, graznan las aves acuáticas, y el boa duerme entre las raíces cenagosas de los manglares, al soplo ardiente de temperatura tropical:

Lo que va de ayer a hoy,
Ayer maravilla fui
Y hoy sombra de mí no soy.

Valencey*

A don Domingo Olavarría

De como Morales se burló de España y del general La Torre, tal pudo ser el título de la leyenda que bautizamos con el glorioso nombre de Valencey, justo título este, que cuando va a tratarse de un militar de los quilates del general español La Torre, el antagonista de Bolívar en el célebre campo de Carabobo, el historiador justiciero no se detiene en la rota inesperada, en la cual pueden haber obrado quizá intrigas, perfidias o manejos insidiosos, sino en los episodios brillantes en que figura el vencido que se retira con honra, conserva el honor de su bandera y se levanta sobre todas las miserias del humano linaje. Valencey es un nombre tan glorioso para España como para Venezuela, y sin este sublime episodio, Carabobo sería un cuadro sin horizonte. Vencedora de

[*]_ Valencey es corrupción del francés Valencai, nombre este del soberbio palacio, en el departamento del Indre, donde, por orden de Napoleón I, residió el príncipe de Asturias, después Fernando VII, desde 1808 hasta 1814.

El nombre de Valencey lo llevaron en Venezuela dos batallones. El uno, compuesto de españoles, llegó con Morillo en 1815, trayendo el nombre de “Unión” que cambió por el de “Valencey”. El segundo se compuso de criollos y militó en los días de Carabobo, bajo las órdenes del brigadier Pereira. Mientras que los restos del primero se salvaron en Puerto Cabello, después de Carabobo, las tropas del segundo, en su mayor parte, se embarcaron en La Guaira para Puerto Rico, con su jefe el brigadier Pereira, después de honrosa capitulación.

los españoles la primera división del ejército patriota, porque así lo impuso la suerte de la guerra; vencidos, dispersos y destruidos los célebres batallones españoles y en fuga la caballería de Morales; la persecución de Valencey, único cuerpo que pudo resistir a los repetidos choques del ejército patriota que no había podido conseguir las primicias del triunfo, era nueva batalla que exigían, no los ardides de la guerra, sino las necesidades de la honra y de la gloria republicanas. Valencey es el corolario histórico de un gran triunfo. Cuando en la tarde del 24 de junio de 1821, la silueta de Valencey se divisa en el horizonte de la pampa carabobeña, iluminada por los rayos de un sol de ocaso, después de haber resistido los más terribles embates de los centauros de Páez y de los batallones patriotas, el corazón republicano se llena de entusiasmo al contemplar aquel pelotón de héroes que, después de lucha admirable, siempre en retirada, durante nueve leguas, aguarda la sombra para descansar en torno a la bandera gloriosa que representaba para ellos el valor desgraciado, la honra, la gloria del patrio suelo.

El nombre de Valencey está hermanado al de Carabobo, sitio de dos batallas célebres en los fastos de nuestra historia. Y si la Carabobo de 1814 nos recuerda los nombres de Cajigal, de Ceballos, de Correa, de Calzada y otros jefes españoles que pudieron escaparse después del desastre, la Carabobo de 1821 nos habla de García, y de La Torre, jefes valerosos y dignos del ejército español, vencido en la inmortal pampa.

Al dejar Morillo a Caracas, después del armisticio de 1820, quedó como primer jefe del ejército español en Venezuela, el general La Torre, y como segundo el general Morales, que venía figurando desde 1812. La Torre y Morales eran dos tipos diametralmente opuestos, tanto en lo militar como en lo social y moral. Lo que tenía La Torre de caballeroso, de honrado, de pundonoroso y culto, de distinguido y apuesto, siempre en el camino del deber y de la patria, lo tenía Morales de ruin, de envidioso, de insubordinado, de cruel, de codicioso.

Sin educación y sin ninguna de las virtudes que distinguen al hombre de buenos quilates, Morales no carecía de algún talento militar. Oriundo de las islas Canarias había llegado joven a Venezuela, estableciéndose en Barcelona como regatón, y a poco como sirviente del comandante don Gaspar Cajigal, que murió en 1810, primo hermano del brigadier del mismo nombre que figuró en las filas españolas. Cuando un grupo de peninsulares se alzó en Barcelona contra el Gobierno patriota, en junio de 1812, el joven sirviente acompañado del padre Márquez y de otros venezolanos, dio comienzo a su carrera militar. Desde entonces apareció Morales en nuestra historia como capitán, comandante, coronel, y últimamente como general en jefe, descollando en toda ocasión como uno de los militares más activos, tácticos y temidos, entre el grupo de monstruos que representaron, en el bando español, la devastación, el terror, la *guerra a muerte*.

Vengativo, rencoroso, arbitrario y ensimismado, para Morales no había españoles ni venezolanos, si se trataba de satisfacer una venganza, de conseguir algo que llenara la copa de sus deseos. Ni patria ni rey existían para él, pues solo su persona, su gloria, su satisfacción le bastaban. Si valor y talento desplegaba, cuando de ello iba a conseguir mando o pitanza, de indiferentismo se revestía cuando, por su inacción, podía dejar en la estacada algún militar que le hiciese sombra o aquel a quien juzgase inferior a él en servicios, opinión y méritos;¹ y de seguro que al indiferentismo unía un trabajo de zapa en el cual desarrollaba el canario toda su astucia y maldad, las cuales sabía encubrir con la piel de cordero.

[1] Refieren los paisanos del general Morales, que cuando ahora cincuenta años, que Gobernador de las Canarias, dejó su nombre bien puesto, por haber contribuido al ensanche y progreso de aquella provincia. Esto nos es satisfactorio, y quiere decir que si hay hombres que figuran, durante su juventud, como hienas, en las revoluciones sangrientas, al llegar a la edad provecta se domestican, se civilizan y tratan de borrar con su buena conducta, si cabe, el recuerdo de épocas luctuosas en las cuales figuraron.

Roto el armisticio, y obligado La Torre a continuar la guerra, juzgó que era llegado el momento de reconcentrar todas sus fuerzas y oponerse al ímpetu de los patriotas, deseoso de dar remate a una guerra devastadora que se prolongaba. Bolívar, que abrigaba estas ideas, llamó a su lado las principales divisiones del ejército patriota, al mismo tiempo que ponía en jaque los cuerpos más distantes del ejército español, para evitar así que llegaran al campo de La Torre. En la mente de los beligerantes se proyectaba la pampa de Carabobo, como sitio propicio, donde podrían obrar con libertad los diversos cuerpos de infantería y caballería de ambos ejércitos.

Bolívar y La Torre obraban pues, con cordura, y solicitaban un hecho de armas que pusiera fin a tan prolongada contienda. Pero Bolívar no tenía en esta ocasión sobre sus contrarios, la ventaja de 1814, en que fue dueño de la pampa carabobeña y pudo aceptar una batalla en buen terreno, sino todo lo contrario: Bolívar tenía ahora que atacar a los españoles por los puntos más difíciles, y abrirse paso por los lugares más escabrosos, teniendo antes de entrar en batalla, que vencer la quebrada, el desfiladero y los accidentes del terreno que oponían fuerte barrera al libre paso de sus infantes y caballerías. Terrible iba a presentarse la lucha; mas un agente secreto y al mismo tiempo ostensible, iba a obrar en beneficio de los patriotas: la protección indirecta del segundo Morales, indiferente a las glorias de España y a su propia gloria.

Es el caso que Morales, juzgándose superior a La Torre, a quien Morillo encargó del mando en jefe del ejército español, comenzó, desde muy temprano, a desquiciar a su jefe, de cuantas maneras le sugería la mala voluntad y saña que contra aquel se acrecentaba cada vez más.

Cuando se acercaron los días en que todo presagiaba una batalla, ya Morales se había ganado la voluntad de muchos oficiales del ejército, y daba consejos con los cuales iba envuelta la más negra perfidia. Así, cuando llegaron los precisos momentos, viose a La Torre, por insinuaciones de Morales, fijarse en la pampa de Carabobo adonde tenía que traer, desde distancia, forraje para las caballerías y alimento para las tropas. Más tarde vese a Morales saquear las

poblaciones vecinas con el objeto de proporcionarse vituallas, lo que contribuía en descrédito de La Torre. Por consejos de Morales, desmembró La Torre parte de su ejército, para atender a Barquisimeto y resguardar el camino de Nirgua, operaciones que dieron el más triste resultado.² Por último, La Torre abandona su avanzada de Buenavista para que a esta llegara Bolívar en la mañana del 24 de junio de 1821.

Al frente de buenas caballerías, Morales había sabido sacar” partido de ellas, adiestrándolas en el manejo de las armas y haciéndose obedecer con la mayor prontitud. Infatuado con tener una hoja de servicios que databa desde 1812, vivía haciendo el elogio de su vanguardia, a la cual consideraba invencible, y ponderando la opinión con la cual le favorecían los pueblos de Venezuela, pues en todos había militado. Estas fanfarronadas eran muy naturales en un hombre que se había levantado de la nada y alcanzado alto grado en la carrera militar. Ya lo veremos en la pampa de Carabobo.

No describiremos la llanura a la cual se dirigía Bolívar por el Sud, punto difícil de atacar por lo escarpado de las colinas, veredas y quebradas. En esta dirección estaba el ejército español compuesto de los siguientes cuerpos: Batallón de Valencey, y tras este, los de Hostalrich y Barbastro; un poco a retaguardia, estaba el de Infante, teniendo de reserva al de Burgos; atrás figuraban los 1.500 lanceros a las órdenes de Morales. Llegaban estas fuerzas a 5.000 combatientes. El ejército de Bolívar constaba de 6.000 infantes y caballerías distribuidas en las siguientes divisiones: 1° batallones Bravos de Apure y Británico, con 1.500 caballos, a las órdenes del general Páez; 2° batallones Tiradores, Boyacá y Vargas, y el escuadrón sagrado del coronel Aramendi, a las órdenes del general Cedeño; 3° los batallones Rifles, Granaderos, Vencedor en Boyacá y Anzoátegui y la caballería de Rondón, al mando del coronel Plaza. Con tan espléndido contingente, era de esperarse que la Carabobo de 1821 sería hermana de la Carabobo de 1814; pero no sucedió así, porque siendo la

[2]_ Montenegro. “Historia de Venezuela”.

primera división la que conquistó la pampa, a ella cupo la gloria de desbaratar por completo todo el ejército español, no habiendo podido entrar en acción nueve cuerpos, pero sí algunos de los jefes que llenos de entusiasmo conquistaron fama y honra con muerte gloriosa.

Días antes de la batalla de Carabobo, el ejército español había recibido una triste nueva: la fuerte avanzada de La Torre en el camino de Tinaquillo había sido pulverizada por el coronel Laurencio Silva, de tal manera, que la noticia de este suceso cayó como una bomba en el ejército enemigo. Esto motivó el que La Torre retirase las fuerzas que cubrían la altura de Buenavista, adonde llegó Bolívar en la mañana del 21 y vio a su frente el ejército español. Este a su turno vio al ejército patriota que comenzó la bajada a la pampa. Llevaba Bolívar un guía tomado en Tinaquillo, joven práctico de aquellas regiones, quien consultado, indicó que había una pica por donde podía continuar el ejército sin ser visto del enemigo, al que podía atacarse por el flanco derecho. Necesitábase marchar bajo el amparo de un bosquecillo y atravesar una quebrada escabrosa para entrar en seguida a la pampa. Al dictado de Bolívar cambiose de rumbo, y el ejército patriota ocultose a las miradas del contrario.³

Todo estaba listo en el campo español cuando Bolívar se presentó en la altura de Buenavista. Entonces La Torre, viendo llegada la hora de la batalla, hace avanzar su caballo hacia el estado mayor de Morales y dice a este con voz acentuada:

[3]_ Alejandro Febres fue el nombre que tuvo el guía de Tinaquillo que dio Bolívar a Páez, cuando la primera división se internó en la pica y quebrada de la Mona, en dirección de la pampa de Carabobo. “Con una pistola sobre la sien,” dirigió este guía la marcha de la vanguardia al invicto Páez,” escribe un testigo colombiano. Este hombre a quien la naturaleza no concedió belleza alguna, tuvo la dicha de juzgarlo todo bonito, lo que le trajo el sobrenombre de *Yo bonito* o simplemente *Bonito*. El mismo adoptó el apodo por apellido, y quizá a honra lo tuvo.

Favorecido por Páez, nuestro guía se estableció en la sabana de Taguanes, al norte de la de Carabobo, donde fundó una posada rústica, circundada de árboles y la cual fue visitada por dos o más generaciones. Páez llegó a ser el tema predilecto de las conversaciones de *Bonito*, hombre bueno, de carácter chancista y servicial.

—General, esta es la oportunidad en que se necesita sacar todo el partido que se pueda de la grande opinión de que usted disfruta en los pueblos. La vanguardia de usted puede proporcionar un día de gloria a las armas españolas.

—Ya no hay opinión, General, todo ha sido perdido.—Tal fue la contestación de Morales a La Torre.

He aquí frases de desaliento, precursoras quizá de una vergonzosa derrota.

En este momento recibe el general La Torre un parte en que se le decía que por el camino del Pao se avistaban fuerzas enemigas, lo que le obligó a partir en aquella dirección, juzgando que todavía había tiempo de qué disponer. Quedaba, por lo tanto, el general Morales, como segundo del ejército, en disposición de atender a los sucesos imprevistos y de obrar en consecuencia. Pero Morales aprovechando la salida del jefe, quiso huir de cualquier incidente y se contentó con decir al coronel García, jefe del batallón Valencey, lo siguiente: *Me marcho a ponerme a la cabeza de la caballería, porque si no estoy allí, nada se hace: es necesaria mi presencia, y cuanto se ofrezca avisaré a usted, pues ya está la cosa para romper.* Y picando el caballo partió.

Había entre los oficiales españoles uno muy distinguido, espíritu observador y militar celoso de llevar un buen nombre: era el teniente coronel San Just, segundo del batallón Valencey. Habiendo observado el movimiento del ejército patriota y notando la dilación de este, sube a una de las alturas del terreno y nota que los patriotas se habían ocultado tras un montecillo, para salir al flanco derecho de las tropas españolas.

Comprende San Just que debía operarse un cambio en la disposición de la batalla, y no sabiendo cuándo llegaría La Torre, sigue en pos de Morales a quien alcanza.

—*Mi general, le dice, el enemigo se dirige a atacarnos por el flanco derecho de nuestra línea; y el comandante general de la primera división me ordena que así os lo manifieste, por si tenéis a bien cambiar la línea de batalla, puesto que la que ocupamos es expuestísima, según el movimiento de los enemigos, y en particular la*

del batallón Valencey, por ser ya inútil la situación que tiene, y el cual, al moverse, nos daría la victoria.

—*Yo no soy quien mando, busque usted al General en Jefe que es quien debe disponerlo,* contestó en tono grave el general Morales.

—*El caso urge, al general podré o no encontrarlo con tiempo y oportunidad para esta medida, pues se está batiendo con el enemigo; y cuando quiera remediarse el daño ya estaremos envueltos. Aquel cuerpo debe moverse,* replica San Just.

—*Busque usted al general que es el responsable,* contestó Morales, en tono más grave, y picando el caballo desapareció velozmente.⁴

He aquí nuevas y expresivas frases que auguraban cierta ruindad premeditada.

El teniente coronel San Just retrocede a su cuerpo, participa al coronel de Valencey lo ocurrido, y envía un oficial adicto al Estado mayor, en solicitud del general La Torre. En seguida trata de variar la línea de batalla, cuando esta cambia, en obediencia a órdenes superiores. Desde lejos, La Torre que había observado el movimiento de Bolívar, deja cubierto el camino del Pao, con cuatro compañías, del batallón Infante, retrocede con los restantes, desciende a la pampa, toma el batallón de Burgos y continúa al flanco derecho del ejército español. Llega en los momentos en que ya han pasado la quebrada de la Mona y se asoman a la pampa las primeras columnas del batallón Bravos de Apure, a las órdenes de Páez.

Lo que aquí va a efectuarse tiene algo de la fábula del combate de los hypántropos contra los dioses del Olimpo. Es un ejército libre, dueño de dilatada pampa, contra la individualidad estrechada por los riscos, sin formación ni defensa posible, que solicita la salida: es el torrente impetuoso que ruga y estremece el estrecho cauce y vence los diques de granito para expandirse por la llanura. La individualidad va a convertirse en pelotón, en columna, en batalla; el torrente va a vencer el dique erizado de bayonetas, y a continuar triunfante

[4]_ Defensa é impugnación de un panfleto del general Calzada contra el general La Torre, instruida por don Ramón Hernández de Armas, Auditor de guerra de Marina del apostadero de Puerto Cabello, etc., etc. 1 vol. de 72 págs., en Puerto Rico, 1823.

por la llanura. La hidra de Lerna, va a recibir el terrible golpe; pero de cada herida brotarán los heraldos de la victoria.

Páez ha aceptado el reto, y los dos púgiles se han ido a las manos. El batallón de Burgos se ha precipitado sobre el Bravos de Apure que ha pasado la quebrada. Terrible ha sido el choque, y ya este cede, avanza de nuevo para en seguida retroceder: ya se desorganiza, ya pierde el terreno; pero en su ayuda están las primeras compañías del batallón Británico que reciben los fuegos de las alturas erizadas de tropas. Sobre el nuevo batallón caen las fuerzas frescas de Barbastro y Hostalrich. Muere el jefe inglés y sustitúyelo el segundo: muere este y sustitúyelo el tercero. Los sajones se suceden y a las órdenes de Páez han hincado rodilla en tierra para continuar serenos, invencibles. Al grito de Páez el batallón Británico se levanta, da un ataque a la bayoneta a sus contrarios: eran los momentos en que rehecho el Bravos de Apure, con nuevos bríos apoyaba a los hijos de Albión, al mismo tiempo que entraban en batalla los tiradores de Heras y realizaban el entusiasmo de los patriotas.⁵ Al instante La Torre abandona las eminencias y retrocede hacia el centro de la pampa. Ya para este momento habían vencido la quebrada los primeros centauros de Páez, bajo las órdenes de Muñoz y de Bravo, los cuales se interponen entre la infantería española y la caballería de Morales. La Torre mueve contra ellos el escuadrón de Húsares de Fernando VII y el de Carabineros, bajo las órdenes

[5]_ Rafael Heras fue hijo de La Habana. Puede reputarse como uno de los primeros atletas de la guerra de nuestra independencia, por sus méritos y servicios prestados a la causa republicana, desde 1811 hasta 1822, pues figura en los principales sucesos de este período, y siempre en primera escala.

De manera que en nuestra magna revolución figuran dos hijos de Cuba: el doctor Francisco J. Yanes, nacido en Puerto Príncipe, que surge desde 1810 y desaparece siempre meritorio en edad octogenaria, y Heras que estuvo siempre con Bolívar, Ribas, Bermúdez, Rondón, Páez, Urdaneta, etc., hasta su fin glorioso en la campaña de Coro, en 1822.

Figuró igualmente en Carabobo, un español, hijo de Cádiz, Vicente Martínez que abrazó la revolución venezolana desde 1811 al lado de Baraya, y siguió con Bolívar, etc. Formó familia distinguida en Cali (Colombia) donde murió.

de los coroneles Calderón y Narciso López, los cuales se precipitan sobre los jinetes patriotas. Recházanlos estos y los persiguen los lanceros de Bravo. La caballería española corre en espantoso desorden. En aquel momento entraban en la pampa los batallones Granaderos y Rifles al mando de Sanders y de Uslar, los cuales se precipitan sobre el del Infante y lo envuelven.⁶

La primera división a las órdenes de Páez es dueña del campo de batalla: la victoria le pertenece. Ha llegado la hora en que La Torre, en presencia de la huida de su caballería y la destrucción de sus primeros cuerpos, después de lucha encarnizada, se reconcentra en los batallones de Barbastro y Valencey. Estos dos cuerpos no habían entrado todavía en acción: reveses y triunfos les aguardaban.

¿Qué pasaba en aquellos momentos en la pica y quebrada de la Mona, donde estaba casi todo el ejército patriota sin poder avanzar? ¿Qué en el campo español, con batallones diezmados y rendidos, con la caballería de Morales desorganizada y fugitiva? Desde el momento en que la primera división se adueñaba de la pampa, fue fácil a las divisiones patriotas entrar en la llanura. Tras estas aparece Bolívar con su lucido Estado Mayor, y al ser testigo cercano de cuanto pasaba, exclama lleno de entusiasmo: *La victoria se debe al general Páez*. Aquella frase inesperada enardece el patriotismo de los jefes de la segunda y tercera división; y al instante vese al general Cedeño, al frente de un escuadrón, que avanza sobre el cuadro de Valencey que iba en retirada. Logra llegar hasta la segunda fila del inmortal cuadro, cuando a los bayonetazos de un sargento español, cae exánime. Desaparecía este notable militar, en los instantes en que el coronel Ambrosio Plaza, jefe de la tercera división, se avanzaba

[6]_ En una de las obras inglesas referentes a la Legión Británica, y servicios de esta en Venezuela, desde 1817, publicada en Londres en 1819 y traducida en el mismo año al francés, el autor, después de ponderar el mérito de los soldados y oficiales ingleses, y hacer justicia a Páez y a Mariño, dice del coronel Uslar lo siguiente: “Debe esperarse mucho de la energía y experiencia militar del coronel Uslar, si son apreciados sus méritos y llega él a conquistar alguna confianza, etc., etc.”

acompañado de Páez, sobre el batallón Barbastro. “Rendir armas a tierra”, les grita, cuando una bala de fusil que le dispara un sargento le derriba. En estos momentos aparecen trescientos centauros por el camino real, y con ellos arremete Páez a Barbastro, que rinde las armas. En seguida sigue el vencedor sobre Valencey que estaba ya distante; pero Valencey rechaza el impetuoso ataque de Páez. En el ardor del entusiasmo, este se siente acometido del mal convulsivo de que sufría, ya circundado de jinetes enemigos. ¡Hecho providencial! Uno de los jinetes de la caballería de Morales, un tal Antonio Martínez (venezolano) se apresura a salvarlo, hace que un teniente de los patriotas, llamado Alejandro Salazar, monte en el anca del caballo de Páez y sostenga a este, y ambos se ponen en salvo.

He aquí un brillante corolario de las muertes gloriosas de Cedeño y de Plaza. Un venezolano en las filas españolas, ayudado de otro venezolano en las filas patriotas, ¡contribuyen a salvar la vida del adalid de Carabobo! ¿Para qué? Para que un nuevo episodio viniera a coronar los triunfos de aquella jornada. Bolívar, que aún no había felicitado a Páez, sigue al centro de la pampa, y llega en los momentos en que el vencedor de Carabobo, proclamado por el Libertador, volvía a su estado normal, después de breves instantes. Bolívar se avanza sobre el grupo de Páez, echa pie a tierra y abraza a su compañero de armas, diciéndole públicamente: “A nombre del Congreso de Colombia, os doy el grado más elevado de la milicia, premio de vuestro extraordinario valor y virtudes militares”. Brillante remate fue este, grito de gloria, saludo a los muertos ilustres que habían caído con noble orgullo cubiertos por el iris de Colombia.⁷

[7]_ Se ha escrito que cuando Bolívar abrazó a Páez en el campo de Carabobo, pronunció estas frases: *Tú eres el hombre fuerte de la patria, tú eres Aquiles, tu presencia en este campo es la victoria, y la victoria es la República*. Tenemos motivos para juzgar que esto no es cierto. Lo único que se asemeja a estas frases, es lo siguiente: Días antes de Carabobo, Bolívar salió de su cuartel general de Tinaco, en dirección de la vía de San Carlos, con el objeto de encontrar a Páez que con su ejército se dirigía al cuartel general. Después que ambos jefes echaron pie a tierra y se abrazaron, Bolívar dice a Páez: “Usted sabe que yo nunca he permanecido largo tiempo al frente del enemigo

¡Cuán diferente de la situación del ejército patriota, dueño por todas partes de la pampa de Carabobo, era la del ejército español, en completa anarquía! Destruídos o prisioneros los batallones Hostalrich, Burgos, Barbastro, La Reina, El Infante; dispersa y aterrorizada la caballería de Morales, todos los esfuerzos del general La Torre fueron impotentes. En vano el pundonoroso teniente coronel San Just trata de reunir los diversos grupos de jinetes y les suplica acompañen al batallón Valencey que altanero y firme se abría paso en campo enemigo, teniendo que luchar en retirada contra los centauros de Páez. Todo era desunión en el campo español, y aun los jefes más temidos permanecían inactivos e indiferentes, bajo el letargo de la derrota. Solo La Torre y García, al frente de Valencey, seguían serenos, imperturbables, activos y valerosos en torno a la bandera que simbolizaba para ellos las glorias del patrio suelo.

Repuesto Páez de su dolencia, Bolívar ordena la persecución de Valencey, y viendo que todos los esfuerzos de las caballerías llaneras se estrellaban contra aquel muro viviente, manda que sobre el anca de los caballos vayan soldados de los batallones patriotas. Páez torna de nuevo a la persecución, pero Valencey rechaza jinetes y soldados, a proporción que avanza por el camino de Valencia. Una quebrada de la pampa se interpone entre los combatientes. Valencey la ha pasado y los patriotas la aprovechan para tirotear sobre los cansados soldados de García. En esto, orden superior manda a parar los fuegos en el campo patriota: escena imponente, de alta significación, va a tener efecto.

sin combatirlo; pero en esta ocasión, no he querido librar esta batalla, que será la decisiva para la República, sin *esperar el brazo fuerte de la Patria y a sus bravos del Ejército de Apure*”.

Páez, entusiasmado al oír estas frases tan lisonjeras, pregunta. —¿A cuánto asciende el ejército español, mi General?—A seis mil combatientes, responde el Libertador.—Con mi división basta para vencerlo, replica el arrogante llanero.—La vanguardia os pertenece, replicó inmediatamente el Libertador.

Bolívar había ya dado al general Cedeño el mando de la primera división y al coronel Plaza el de la segunda; pero después de la entrevista quedaron estos dos jefes con la segunda y tercera división y Páez al frente de la primera.

En el campo patriota yace por tierra el cadáver de uno de los más esforzados adalides de Valencey. Páez le había contemplado en sus repetidas cargas, cuando de repente le ve tendido, exánime. Envía Páez un parlamentario con bandera blanca al coronel García y le exige una tregua de veinte minutos, para hacerle los honores al valiente español que ha caído en campo republicano coronado por la gloria. García accede y envía un piquete con bandera y corneta, el cual va a asistir a nombre de España, a rendir los últimos honores al valor desgraciado. El piquete atraviesa la profunda quebrada: españoles y patriotas se han mezclado, y las banderas de España y de Colombia se inclinan ante el yerto cuerpo del oficial español. Los centauros en formación, los soldados de los diversos batallones patriotas, Páez con su Estado Mayor y con estos el grupo de Valencey, acompañan a una fosa abierta sobre pequeña y solitaria eminencia de la pampa, un cadáver descubierto, conducido por españoles y americanos. Terminados los honores militares, las banderas de Colombia y de España se cruzan; Páez saluda con su espada a Valencey que presenciaba esta escena a poca distancia. El grupo español se retira, y algunos lloran, cuando de pronto se escucha la voz atronadora del coronel García que saliendo al borde de la quebrada, en el campo español, dice: *Gracias, generosos vencedores, no lo olvidaremos.*⁸

Y los contendientes, después de concluida la tregua, vuelven a la carga. Lluvia copiosa comienza a caer entonces sobre vencedores y vencidos.

Cuando llegan a Valencia, donde Valencey abandona su artillería y resiste los ataques de Páez con ardoroso denuedo, el vencedor exclama: “Basta de persecución; esos valientes son dignos de salvarse”. En efecto, la lluvia imposibilitando el ataque de los centauros, por haber humedecido un suelo arcilloso, donde no podían sostenerse los caballos, vino como socorro oportuno a los vencidos, vencedores, porque huían con honra y con gloria.

[8]_ Estas frases figuran en un interesante artículo titulado Al General Páez. (Recuerdos personales) publicado en Colombia por el conocido escritor Salvador Camacho Roldán, reproducido en “El Fonógrafo” de Maracaibo en julio y agosto de 1890.

Allá va Valencey, el batallón sagrado de Carabobo, en solicitud de la sombra y de la cuesta de Puerto Cabello, a cuyo pie encontrará grato reposo. Allá va, entre las luces indecisas del crepúsculo de la tarde. Lleva su bandera, no ya como mortaja, sino como enseña de gloria.

¿Quién está a la cabeza de esa muralla viviente, de esos héroes de la derrota, vencedores porque huyen con honra y con gloria?... “Un oscuro oficial, un simple coronel manda aquel regimiento: su nombre, que apenas lo registra la historia, no tenía precedentes gloriosos: llamábase don Tomás García: fue en Carabobo donde se dio a la fama: empinado sobre aquella derrota, nuestra victoria le prestó fulgores y lo hizo visible. Aquel desconocido de la víspera, gritó su nombre en la insigne jornada, y, todos los que asistían a ella lo escucharon y hoy lo repite la posteridad. Sus compañeros le apellidaban el *moro*, por lo bronceado de su tez, y es fama que le respetaban y temían por su carácter áspero y altivo: la tradición apenas dice poco más: empero, para brillar como brilló en medio a tanta claridad, era indispensable ser astro, y astro de luz propia. El sol de España en el ocaso, tuvo un momento, antes de desaparecer de nuestro cielo, la esplendidez del mediodía: lanzó un rayo de luz que a todos deslumbró: fue aquel rayo García, su disco, Valencey”.⁹

A la siguiente mañana Valencey estaba seguro en el Castillo de Puerto Cabello. Pocos días después, el general La Torre realizaba aquellas frases de García, el jefe del Valencey: “Gracias, generosos vencedores, no lo olvidaremos”, con la siguiente esquela a Bolívar, fechada en Puerto Cabello, a 6 de julio.

Excelentísimo señor :

Ha llegado a mi noticia que por V. E. han sido tratados con toda consideración los individuos del ejército de mi mando, que han tenido la desgracia de ser prisioneros de guerra. Doy a V. E. las debidas gracias por este rasgo de humanidad que me hace disminuir el sentimiento de la suerte de dichos individuos; esperando que continuará de este modo dando pruebas nada

[9]_ Blanco. “Venezuela Heroica”.

inequívocas de que hace renacer las virtudes sociales que habían desaparecido por el enardecimiento de las pasiones, que han desolado estos fértiles países.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Cuartel general de Puerto Cabello, 6 de julio de 1821.

Miguel de la Torre.

¿Carabobo había sellado por completo la independencia de Venezuela? No: había necesidad de que se realizaran ciertos hechos: era natural que la ola tempestuosa se desvaneciera al llegar a la lejana orilla. Estaba escrito que en los años que siguieran al triunfo de Carabobo, el famoso coronel García, digno de Jenofonte, muriera con honra en las ciénagas de Sinamaica, y que Valencey, diezmado por la guerra, por los contratiempos, desapareciera de la escena: estaba escrito que el caballeroso La Torre dejara el mando de Venezuela con honra y apareciera como jefe de una colonia española en las Antillas: estaba escrito que Morales infatuado, asumiera el mando supremo en Venezuela, no para vencer, sino para ser vencido; no para imponerse con la fuerza, sino para acogerse a la generosa capitulación del vencedor.

Todavía más: estaba escrito que Páez, después de sorprender a Puerto Cabello, tendría en 1823 que imponerse al ejército español encerrado en la fortaleza. Páez, vencedor en Carabobo, al pasar el puente del castillo de San Felipe y recibir los honores militares, en presencia de la bandera de Castilla, por el ejército español en Venezuela, después de haber desaparecido Morillo, La Torre, García y el batallón sagrado de Valencey, es el brillante corolario de la jornada de Carabobo.

De como los franceses huyeron de Caracas sin saquearla

Dice la tradición y confirman los geógrafos e historiadores de Venezuela, que Caracas fue saqueada en 1679 por piratas franceses. El jesuíta Coleti así lo asegura en su *“Dizionario Storico-Geografico dell’America Meridionale”*- 1771, y también Alcedo en su “Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América”, que fue publicado años más tarde, en 1789. A estos siguen Yanes, en su “Compendio de la Historia de Venezuela”, publicado en 1840 y Baralt en su “Resumen de la Historia de Venezuela”, que vio la luz pública en 1841. Y si los primeros citan el hecho, Baralt agrega a la aseveración de sus predecesores, “que los piratas se llevaron gran botín a bordo”.

Pues bien, nada de esto es exacto, aunque lo hayan escrito cronistas, historiadores y geógrafos de ahora cien años, y confirmado por Yanes y Baralt, y se repita en Manuales y Compendios de la Historia de Venezuela. Todo esto es un mito, pues Caracas nunca fue saqueada por filibusteros franceses.

He aquí una cuestión, al parecer embrollada, y sin embargo muy sencilla. Caracas no fue saqueada por los franceses, y, no obstante, los franceses huyeron de Caracas: Caracas no fue saqueada por filibusteros franceses, y, sin embargo, estos se llevaron a bordo un rico botín. Y lo más curioso de todo esto es, que los únicos perjudicados con motivo de la entrada de los franceses

en Caracas, fueron los miembros del venerable Cabildo eclesiástico, a quienes costó el percance la suma de seis mil pesos.

Ahora parece la noticia más intrincada, pues entra un nuevo factor, el Cabildo eclesiástico. De manera que Caracas fue y no fue saqueada en 1679; y los franceses entraron y salieron, llevándose hasta las gallinas; y, además, los capitulares de nuestra Catedral, fueron los únicos que tuvieron que pagar rescate a los invasores.

Referían nuestros antepasados y lo sabían sin duda alguna de sus padres y abuelos, que un tal don Jaime Urrieta, hombre muy acaudalado, que figuró allá por los años de 1608 a 1610, tuvo el capricho de llamar a sus hijos varones con un solo nombre y a las hembras con otro. Hubo dos hembras y estas se conocieron con los nombres de Francisca y de Paquita. Hasta aquí todo va en orden; pero como don Jaime llegó a tener seis varones, al primero le llamaron Pablo, a los dos que siguieron se les bautizó con los derivados de Pablito y Pablote. Al llegar al tercero, don Jaime, sin querer contrariar su resolución, limitose a estudiar los defectos físicos de sus nuevos hijos, antes de bautizarlos, para darles un distintivo que pudiera acentuar el nombre que todos debían llevar. Así, se le puso al cuarto el nombre de Pablo el tuerto; y al quinto, Pablo el zurdo; pero el último, por haber salido algo zote, obtuvo el nombre de *El gallo pelón*.

He aquí en que paran las manías de dar un mismo nombre a una serie de hermanos. Y esto mismo puede decirse respecto de los nombres geográficos. La Caracas saqueada por los filibusteros franceses en 1679 ¿fue la Caracas de Pablito o de Pablote, la de Pablo el zurdo, la de Pablo el tuerto, o finalmente la Caracas de *El gallo pelón*?

Caracas es el nombre que lleva no solo la capital de Venezuela, sino también un riachuelo en la costa, a barlovento de Naiguatá, que se desprende de la Cordillera y desagua en el mar. La *ensenada de los Caracas* figura en estos lugares, y los *Caracas* es el nombre que tienen, igualmente, las ricas haciendas en la misma costa. El valle en que está construida la capital de Venezuela se

llama *valle de Caracas*, y *Caracas* dicen también del grupo de islas de la costa, a sotavento de Cumaná. En los primeros años de la conquista castellana, no se conoció con el nombre de *Provincia de los Caracas* o *de Caracas*, sino la porción de costa vecina a las cimas del Ávila, y tierras interiores despobladas.

Por los años de 1678 a 1680, el conocido filibustero francés Francisco Gramont, después de haber saqueado varios lugares de la costa venezolana, se apoderó en 1680 del puerto de La Guaira, del cual tomó lo que quiso y se llevó prisioneros al jefe y a la guarnición del puerto que alcanzaba a 150 hombres. Y no se limitó a pillar este lugar, sino que arrasó con los animales y objetos que hubo en la costa de los *Caracas* y haciendas de este nombre, para las cuales fue terrible azote. Este es el hecho que confirman las frases del historiador Baralt, cuando, al repetir lo que habían dicho sus predecesores, respecto del saqueo de la capital de Venezuela por filibusteros franceses, agrega: “llevaron a sus bajeles gran botín”. Este botín no salió de la capital Caracas, ni menos fue conducido por el camino y veredas que comunican a esta con el puerto de La Guaira; sino tomado en las costas *Caracas* y haciendas de esta comarca, que fueron saqueadas en 1680 por el célebre pirata Francisco Gramont.¹

Esta es la *Caracas del gallo pelón*, teatro de las fechorías de los franceses, y no la capital de Santiago de León de Caracas, que no ha sido saqueada sino una sola vez.²

En los días de que hablamos, los moradores de Caracas eran víctimas a cada momento, de alarmas que infundían el pánico en las familias. Era la época del filibusterismo, cuando Inglaterra, Holanda y Francia, armadas contra España, trataban de arrancarle a esta su conquista de América. Y aunque Caracas, por su pobreza, no despertaba la codicia de los aventureros extranjeros, sus habitantes temblaban cuando se anunciaba en la costa alguno de tantos buitres rapaces, conocidos entonces con el nombre de filibusteros.

[1]_ Southey. “Chronological History of West Indies”, 3 vols. en 8°, 1827.

[2]_ Véase más adelante la Leyenda intitulada: El pirata Francisco *Drake* y los *historiadores de Venezuela*.

Por uno de estos sustitos pasaron los moradores de Santiago, en los días en que Gramont se llevó hasta las gallinas de las costas de los *Caracas*. Figuraba como gobernador de Venezuela en ese entonces, don Diego Meló Maldonado, hombre activo, que en presencia del peligro que podía correr la capital, hizo abrir fosos en las cuadras cercanas a la plaza mayor, donde pensó atrincherarse y defenderse. A la realización de esta idea contribuyeron los pobres con su trabajo personal y los ricos con sus caudales. En la lista de magnates de la capital se inscribió el Cabildo eclesiástico, voluntariamente y sin ninguna coacción, con la cantidad de seis mil pesos. Grande se despierta el entusiasmo en el momento del peligro, y menguado aparece cuando cesa el temor. Al partir los piratas, después de pillajes repetidos, Caracas respira, huye el pavor, y los moradores se entregan al regocijo religioso, pues la Providencia los había libertado de la miseria. Creía el Cabildo que, por no haber Gramont bajado a Caracas, se libertaba de la suma que había suscrito, cuando el gobernador, después de recoger la suscripción en totalidad, recuerda a los capitulares la obligación a que se habían comprometido. Es curiosa la correspondencia que se entabla entre el gobernador que apremia y ellos que tratan de escaparse por la tangente, como con frecuencia se dice. Después de idas y venidas, de vueltas y revueltas, el Cabildo, en fin, de buena o de mala gana, con sonrisa o con lágrimas, entrega los seis mil pesos.³

Y tan escarmentados quedaron los canónigos después de este chasco, que cuando más tarde el monarca quiso comprometerlos en caso semejante, es decir, con contribución espontánea, pero forzosa, por la manera de pedirla, el Cabildo logró irse de veras por la tangente.

Está probado que Caracas jamás fue saqueada por los franceses; pero como es cierto que los franceses tuvieron que huir de Caracas, departamos acerca de este hecho, para que así desaparezcan los mitos y triunfe por completo la verdad histórica.

[3]_ Archivo del Cabildo eclesiástico.

En los días de la segunda expedición de Miranda y del arribo de este a las costas de Coro, 1806, fue tal el espanto que este suceso infundió en el ánimo de los caraqueños, que el gobernador Guevara Vasconcellos, a pesar de haber desplegado grande actividad, juzgó que era oportuno pedir un auxilio a la isla francesa de la Guadalupe, de donde enviaron a Caracas, en el término de la distancia, doscientos soldados al mando de un oficial, cuyo nombre no hemos podido averiguar. Es lo cierto que los doscientos franceses fueron instalados en el Cuartel de San Carlos, donde permanecieron hasta fines de 1808.

Muy lejos estaba de la mente de Vasconcellos suponer que aquellas tropas iban a salir de Caracas, dos años más tarde, empujadas por un motín popular contra los franceses, y más lejos aún, prever su muerte, acaecida en 1807.

Muerto el capitán general, sucedióle en el mando el segundo designado por la ley, el coronel teniente de rey don Juan de Casas, español de buena índole aunque de carácter débil para afrontar las difíciles circunstancias que iba a atravesar su gobierno.⁴ Sabía don Juan los sucesos de Bayona, en mayo de 1808, cuando a mediados de julio fueron aquellos conocidos de la población de Caracas de una manera inesperada. En aquellos días, dos comisiones habían sido enviadas al Gobierno de Venezuela, con encargos diametralmente opuestos: la una era francesa, inglesa la otra. El Gobierno de Napoleón encargaba a su representante que entregara al gobernador y capitán general de Caracas los documentos referentes al cambio político que acababa de verificarse en España, e invitar a la Colonia a hacer parte de la nueva monarquía. El Gobierno inglés encargaba al suyo que alertara al mismo Gobierno de Caracas, para que no fuera víctima de las perfidias de Napoleón, y le ofreciera todo género de protección como aliado que era de España. Ambos delegados, que llegaron a

[4]_ Este honorable mandatario dejó en Caracas descendencia. Su hija fue la esposa del respetable comerciante francés, Mr. Cabannas, padre de nuestro amigo don Luis Cabannas, el único que ha podido sobrevivir a sus hermanos mayores, amigos nuestros y compañeros de escuela.

Caracas casi a un tiempo, fueron recibidos por el gobierno y pueblo de la capital de diferente manera, de acuerdo con las ideas que representaba cada uno.

El 15 de julio se sabe en Caracas que había llegado a La Guaira el bergantín francés *Le Serpent*, que tenía a bordo al comisario francés, el que en el término de la distancia se presentó ante el coronel Casas y le entregó los pliegos de que era portador. No habían corrido breves instantes, cuando se trasparenta en el público la comisión que traía el emisario francés, y grupos de curiosos llenan las calles principales. En esto, uno de los oficiales de la comisión, Mr. Lamoignon, que estaba alojado en la posada del Ángel, se pone a leer las noticias que acerca de los sucesos de Bayona contenían las *Gacetas* francesas. Escuchábanle algunos curiosos y entre estos el oficial ingeniero Diego Jalón, que, indignado con procedimientos tan bajos como los empleados por Napoleón contra España, prorrumpe en dicterios contra el Gobierno francés. Comienza la polémica, exáltase el patriotismo, es secundado Jalón por oficiales venezolanos, y la posada se convierte en campo de Agramante, cuando se escuchan los gritos de: —“¡Viva Fernando VII y muera Napoleón con todos sus franceses!”—Por instantes la concurrencia se hace más numerosa, más entusiasta, y, en menos de una hora, como diez mil personas, escribe un testigo presencial, se hallaban al frente del palacio de gobierno y gritaban con furia:—“Viva Fernando VII y muera Napoleón”.⁵

En esto se reúne el Ayuntamiento en la sala capitular y envía una comisión de su gremio al capitán general, con el objeto de que se reconociera a Fernando como rey, y se le jurara públicamente la obediencia debida. Por tres ocasiones el Gobierno quiere evadir el deseo popular, y por otras tres veces se presentan los diputados del Ayuntamiento, el cual triunfa por completo. Momentos después el Gobierno, acompañado de todos los cuerpos oficiales y de numeroso concurso, proclamaba a Fernando VII.

[5]_ La posada del Ángel, destruida por el terremoto de 1812, estuvo en el sitio que ocupa la actual casa de dos pisos, número 9, en la avenida Norte, cerca de la Metropolitana.

Entre tanto, los comisionados de Napoleón que almorzaban tranquilamente en la casa del comerciante don Joaquín García Jove, para quien habían traído cartas de recomendación, se alarman al conocer las proporciones que tomaba la asonada contra los franceses. Así lo participan al gobernador Casas y este le envía a su secretario, el joven don Andrés Bello, quien al ponerse al habla con el principal, oye la siguiente bravata del bonapartista:

“Sírvese usted decir a Su Excelencia que ponga a mi disposición media docena de hombres, y no tenga cuidado por lo que pueda hacerme la turba que está vociferando en la calle”. “A pesar de esta fanfarria, los comisionados franceses hubieron de salir de Caracas en aquella misma noche, protegidos por el gobernador, que les facilitó una escolta por vía de seguridad.

En la misma tarde en que se verificaba en Caracas el suceso que acabamos de narrar, llegaba a La Guaira la fragata inglesa *Acasta*, a cuyo bordo estaba el capitán Beaver, comisionado del Gobierno inglés para manifestar a los venezolanos que los pueblos de la Península se habían levantado contra los invasores. Y mientras los franceses bajaban a La Guaira, muy bien escoltados, el capitán inglés subía a Caracas, donde fue recibido con frialdad por el Gobierno y con entusiasmo por las familias, lo contrario de lo que había pasado con los franceses. Esto contribuía a que la situación se definiera y el horizonte se despejara. De todos modos, estos sucesos de 1808, fueron los precursores de la revolución de 1810.

Antes de dejar a Caracas, el capitán Beaver quiere apoderarse del bergantín francés, en aguas del puerto, pero el gobernador Casas le amenaza con hacerle fuego si intenta tal proyecto. Sin poder contar, por lo tanto, con una protección decidida de parte del Gobierno de Caracas, Beaver baja a La Guaira, se reembarca y parte. Días después, el gobernador Casas mandaba salir, en dos porciones, a los soldados franceses que desde 1806 estaban en Caracas, con

[6]_ Amunátegui. “Vida de don Andrés Bello”, Santiago de Chile, 1 vol. en 4°, 1882.

el objeto de que permanecieran en Puerto Cabello y en La Guaira, de donde debían seguir a Guadalupe en la primera ocasión. Mientras esto pasaba con los franceses de 1806, ya los comisionados de Bonaparte y el bergantín *Le Serpent* había sido buena presa del capitán inglés Beaver.

Así fue como los franceses que, en remotos tiempos, según los cronistas e historiadores de Venezuela, saquearon a Caracas, huían de esta dos siglos más tarde sin haberle causado perjuicio alguno de tal naturaleza.

Las patricias vapuleadas

Silueta de la Guerra a Muerte

Sin el uso del látigo aplicado en pasadas épocas, como correctivo y estímulo a los hijos de familia, a los escolares y aprendices de todo género, a los esclavos y ciudadanos, no hubo enseñanza posible: tal es la traducción que hacemos del extinguido adagio castellano que dice: *“la letra con sangre entra”*. De España nos vino tal procedimiento, y ante los hechos que registra nuestra historia, tenemos que confesar que el uso del látigo produjo en Venezuela admirables resultados. Tan obedientes fueron los antiguos esclavos a la férula de sus reyes, que solo los desastres de la guerra y la constancia inflexible de Bolívar lograron vencerlos. Sacrificábanse por la causa española, y tan sumisos aparecían a la más insignificante insinuación de sus mandatarios que, a proporción que los jefes patriotas concedían la libertad a sus esclavitudes, estas desertaban de las filas republicanas para morir o vencer, como nuevos esclavos, en las filas peninsulares. El látigo los había hecho sumisos, obedientes, ágiles, valerosos y hasta heroicos en pro de España, durante tres siglos.

Y por lo que toca a los magnates de la colonia, todos confesaban públicamente con orgullo y sin ningún rubor, que sus padres, al educarlos, los habían tratado con mucho rigor, es decir, que los habían vapulado cuando niños traviesos, siguiendo el impulso general. Así pasó el uso del látigo de abuelos a padres, de padres a hijos, hasta que surgieron los hombres de la revolución de

1810, ya como militares, ya como patricios y como mártires, ya como héroes, para continuar rindiendo culto a los famosos azotes que tantos bienes proporcionaban a la familia venezolana. De manera que el uso de tan oprobioso instrumento, durante trescientos años, produjo dos resultados diametralmente opuestos: por un lado el esclavo, máquina animada, ser embrutecido, que obedecía, no al deber, sino al hábito, a la fuerza, al mando; y por el otro, el ser pensante, educado, capaz de arrostrarlo todo por conquistar la libertad, antes que soportar una esclavitud tranquila.

Ya no se escucha el chasquido del látigo, ni en nuestros campos, ni en los talleres de obreros, ni en las escuelas; ni en el seno de las familias. Desde el día en que fue abolida la esclavitud, ahora treinta y cinco años, cesaron las dos fuerzas que la sostenían: la codicia favorecida por la religión y por la autoridad civil, y el látigo, agente aéreo, sonoro, ondeante, inexorable, siempre dispuesto a dejar repelente llaga en el desnudo cuerpo de la víctima.

Dos naciones, que sepamos, han aceptado en su legislación criminal el uso del látigo contra los ladrones rateros: Inglaterra y Chile; y si debemos creer en la estadística de estos pueblos, el famoso flagelo ha producido y produce admirables resultados. En muchos lugares de la América española, el látigo fustiga a los rateros de profesión y también a los revolucionarios políticos; y cuando en ciertas cárceles se quiere conocer la trama de un complot, de algún robo misterioso, con aplicar la vapulación, las víctimas de esta revelan cuanto saben. El látigo tiene en estos casos carácter inquisitorial, y obra a manera de instrumento de tortura.

Al fin el látigo casi ha perdido su antiguo prestigio en los pueblos americanos. Pasó la moda, y al desaparecer el antiguo error elevado a la categoría de necesidad social, vino al suelo aquel temido.

Pedro Moreno,
Que quita lo malo
Y pone lo bueno.

Y aquella correa de cuero, siempre colgada, cuando en reposo estaba, y siempre sonora cuando fuerte mano la ponía en movimiento, pasó para no volver más. No se comprende cómo sociedades enteras, desprovistas de toda razón ilustrada y de todo sentimiento noble, hayan podido patrocinar y aun envanecerse de poseer el más infamante de los castigos inventados por la humana naturaleza.

La revolución de 1810 que encontró el uso del látigo en todo su esplendor, no se atrevió a abolirlo: tal es el imperio que ejerce sobre el criterio de la sociedad el uso continuado de un error; y así fue como ambos beligerantes, al comenzar la lucha armada, se vapulaban sin compasión. Conocidos son los hechos del oficial Zerveris, en La Guaira, en los días de Monteverde. Amarraba de un cañón a sus víctimas y las hacía sucumbir a latigazos, como nos lo asegura un historiador español.¹ En las campañas de 1813 y 1814 el uso del látigo fue general en las cárceles, en los poblados y campamentos. Cítanse todavía los nombres de aquellas familias notables (godas y patriotas) que al tropezar en las calles de Caracas se lanzaban latigazos, o se valían de las criadas que las acompañaban para vapularse mutuamente, obedeciendo a los impulsos de la causa política que cada una representaba.

Pero si el látigo llegó a embrutecer y degradar a muchos seres durante el periodo colonial y los años que siguieron al triunfo de la revolución, el látigo llegó también a electrizar ciertos caracteres en todas las condiciones sociales. ¡Cuántas muertes lentas, cuántas desgracias misteriosas, incomprensibles, se verificaron en el seno de muchas familias; sucesos cuyos orígenes tuvieron por punto de partida el infamante azote infligido al esclavo, al prisionero, al oficial pundonoroso, al hombre libre! Y para no citar sino un ejemplo, entre las variadas historias que se conocen, recordemos lo que pasó a aquel célebre adalid de la independencia sudamericana, a Hermógenes Maza, “terrible

[1]_ *Urquinaona*. Relación documentada del origen y progresos del trastorno de las provincias de Venezuela, etc., etc. 1812.

vengador de los mártires colombianos”, como lo apellidan sus biógrafos. Maza formó parte de aquella interesante pléyade de jóvenes arrogantes y valerosos que acompañaron a Bolívar, desde Cúcuta, en 1813. En este grupo de gallardos guerreros estaban con Maza, Santander, Jiraldot, Delúyar, Vélez, Ortega, Ricaurte y otros que surgieron más tarde. Maza sobresalía por su carácter admirable, siempre dispuesto a las acciones rectas y generosas, por su arrojo, impavidez, espíritu aventurero, y hasta por sus calaveradas, hijas de sus cortos años. Maza pertenecía a esos centros juveniles, para quienes las revoluciones sociales son una gran necesidad moral y social. Sin estas sucumbirían por inanición, por anemia, a semejanza de ciertos árboles que necesitan para poder desarrollarse, de condiciones especiales. Así, al escuchar por la primera vez el sonido estridente de las cornetas, se lanzan a la aventura, porque tienen necesidad de abrirse paso por entre el torbellino de las pasiones, para satisfacer necesidades del pensamiento y del corazón. La plétora de vida exige en ellos la plétora del movimiento, la lucha y también trabajos, desgracias, martirio, heroísmo, y hasta la muerte, si la victoria no los saca de entre charcas de sangre para presentarlos ilesos a los genios alados de la Fama.

Durante los primeros meses de 1814, Maza llegó a ser, en días muy acia-gos, gobernador de Caracas, apareciendo en tan elevado puesto como hombre probo y justo. Tuvo la virtud de no perseguir a las familias españolas en época tan desastrosa; pero a poco, cuando el huracán deshecho de la guerra a muerte dio victorias al bando español que triunfó en Urica, Maza tuvo la desgracia de caer prisionero. Bajo duro cepo pasó el distinguido mancebo meses tras meses, siempre con la mirada fija en el cadalso. En repetidas ocasiones es puesto en capilla y en otras tantas salvado por la intercesión de familias españolas que, agradecidas, querían premiar la buena conducta del joven cuando se encargó de la Gobernación de Caracas. En tan crítica situación Maza es flagelado en el rostro por el oficial español Brito, y a tanto ultraje el prisionero llegó a ambicionar la muerte como necesaria recompensa, cuando por la última vez es definitivamente sentenciado a morir.

Era uno de los días de 1816. Desempeñaba en Caracas el cargo de verdugo un patriota llamado José Luis Moreno, a quien habían conmutado la pena de muerte por aquel empleo. En la víspera del día fijado para la ejecución, Maza logra que Moreno entre a la capilla, y al verle le habla con entusiasmo, enaltece en el compañero los sentimientos del honor y de la humanidad, le hace tornar al ideal de la patria, quizá ya amortiguado en él, y le convence. A poco, torna el verdugo y ayuda a Maza a romper sus prisiones: ármase el uno con el palote de los grillos, mientras el otro empuña vieja bayoneta.² Caer sobre los centinelas principales a quienes derriban, armarse con sus fusiles, atropellar el cuerpo de guardia, abrirse paso y salvarse, obra fue de cortos instantes.

A poco Moreno es aprehendido y decapitado, en tanto que Maza estaba ya oculto en la casa de una señora caraqueña de apellido Cúrvolo, viuda del patriota Manuel Antonio Rachadel.

En este asilo hospitalario, Maza ve transcurrir meses tras meses hasta que, resuelto a afrontar nuevas desgracias, lo abandona, y siempre disfrazado, emprende viaje por entre campos enemigos hasta que llega a la tierra de sus afectos. Cuando suena la hora de Boyacá, Maza vuelve de nuevo a la vida militar. Multitud de notables incidentes le acompañan en sus correrías por los campos y pueblos, únese a los vencedores, abrázase con Bolívar y sigue a Bogotá. El 10 de agosto, al entrar el ejército patriota por las calles de la capital de Colombia, de improviso Maza se separa de la comitiva: ha alcanzado a distinguir en una puerta de tienda, en la plaza de San Francisco, al español Brito, al oficial que en la prisión de Caracas en 1816, quiso en repetidas ocasiones infamarle, vapulándole el rostro. Ambos parece que se reconocen: Brito trata de huir, cuando Maza, al cerciorarse de que tiene a su frente al infame carcelero, le traspasa de un lanzazo. El oficial pundonoroso había vengado de una manera elocuente los ultrajes inferidos a la altivez del hombre digno.

[2]_ Baraya. "Biografías militares e Historia militar del país en medio siglo". Bogotá, 1874, 1 vol.

Entre muchos de los militares españoles el látigo no fue escogido como instrumento de muerte sino de corrección. Moxó, gobernador de Caracas en 1816, Morales, Aldama, Real y otros jefes más, lo emplearon siempre, en obediencia a propósitos políticos. Todos ellos eran partidarios del antiguo adagio que dice, *la letra con sangre entra*, y todos alardeaban de haber recibido de sus padres y maestros muchos azotes.

—Es cosa que hasta hoy no he podido comprender, decía en cierta ocasión Morales a su compañero Aldama. Todas las esclavitudes de Venezuela están por la causa del Rey, y los amos nos hacen la guerra. Los miserables insurgentes libertan sus esclavos, los hacen soldados, y estos desertan para tornar a nuestras filas. ¿Cómo se explica esto?

—Esto consiste, compañero, respondió Aldama, en que los jefes insurgentes no estuvieron en las escuelas, y en que sus esclavos tienen más inteligencia que ellos. *La letra con sangre entra*, agregaba Aldama.

Admirable y variado es el grupo de las heroínas venezolanas que figuraron en la época terrible de nuestra guerra magna. En unas descuellla la frase elevada, inspiración del carácter altivo: en otras, la constancia en el sufrimiento, la fe inquebrantable en la lucha. Para unas la fuerza física: fueron las espartanas al pie del cañón, dispuestas a lanzar la onda mortal sobre los ejércitos enemigos: para otras el deber de esposas, que les hacía aceptar la muerte junto con sus maridos en el mismo cadalso. *No hay que comparecer en mi presencia si no volvéis victoriosos*, así les dice a sus hijos, en el momento del peligro, la altiva matrona doña Juana Antonia Padrón de Montilla. *Vencedores o vencidos, pero siempre con honra*, dice a los suyos aquella otra distinguida señora doña Ana Teresa Toro de Ibarra. Y cuando el jefe español Morillo, por insinuaciones de Bolívar, después del armisticio de 1819, envía uno de sus edecanes a doña Josefa Palacios, viuda del general Ribas, para que saliera del encierro voluntario que se había impuesto, esta no tiene en repetidas ocasiones, sino la siguiente frase: *Digan ustedes a su General que Josefa Palacios no abandonará este lugar mientras que su Patria sea esclava:*

*no lo abandonará sino cuando los suyos vengan a anunciarle que es libre, y la saquen de él.*³

Sobre todas estas frases y desgracias, sobre todas las mujeres mutiladas y sacrificadas por la soldadesca, en los días de la guerra a muerte, se cierne aquella noble figura de doña Luisa Cáceres de Arismendi, este ángel plácido de las prisiones. Y cuando el ánimo, sublimado al recuerdo de tanto heroísmo, se levanta a las regiones ideales de la historia, el corazón justiciero llora y se humilla ante las patricias vapuladas, en pleno día y en pública expectativa.

Durante la gobernación de Moxó, doña Bárbara Blanco, de lo más respetable de la sociedad caraqueña, estuvo a punto de ser azotada públicamente, por haberse alegrado de los triunfos de MacGregor en 1816. Un venezolano muy meritorio, el coronel Feliciano Montenegro y Colón, al servicio de los españoles, pudo salvar a tan digna señora de semejante oprobio, y dándole oportuno aviso pudo arrancarla de tan triste situación.⁴

El mismo Moxó tenía igualmente destinadas a recibir azotes en las calles de Caracas a dos matronas célebres: doña Josefa Antonia Tovar de Buroz y doña Manuela Aresteiguieta de Zárrega. Era la una madre de aquellos paladines de la revolución, Lorenzo Venancio y Pedro Buroz, víctimas ilustres de la guerra a muerte: era la otra, madre de los generales Zárrega, uno de los cuales había comenzado su carrera desde 1814. A los esfuerzos de un noble español, entroncado con esta última familia, don José Francisco Heredia, Oidor de la Audiencia y factor, por lo tanto, del Gobierno español de Caracas, debiose el que no fueran azotadas aquellas nobles señoras, a las cuales encerró Moxó en una de las bóvedas de La Guaira, para en seguida expatriarías. El Heredia salvador de estas matronas, fue el padre de aquel célebre poeta cubano que pasó años de su juventud en Caracas, y a quien la América conoce con el nombre de “El Cantor del Niágara”.

[3]_ García del Río. “Biblioteca americana. De la influencia de las mujeres en la sociedad; y acciones ilustres de varias americanas”.

[4]_ Montenegro. “Historia de Venezuela. Geografía general”. Tomo 4º, página 248.

Aún no ha desaparecido de la memoria del pueblo cumanés el nombre de aquella distinguida doña Leonor Guerra, joven heroína de la guerra magna, tipo admirable en la historia de los fastos venezolanos. Si hay algo que sobreviva a los cataclismos de la naturaleza y de la sociedad, es el sacrificio, la mujer que se inmola en aras de la familia o de la Patria. La corta y elocuente historia de Leonor Guerra es el honroso legado que se van dejando las generaciones cumanesas. Esta heroína admirable, tan noble de sentimientos como de familia, había abrazado desde sus primeros tiempos la causa de la independencia, sin prever que ella simbolizaría en cierto día una de las coronas de ciprés que se unirían a las coronas de laureles, para sintetizar el dolor y la dicha, el martirio y la victoria en sus conquistas ideales, en el constante combate de la vida.

Estaba el coronel Aldama de gobernador de Cumaná cuando los triunfos de MacGregor en 1816. En aquellos días los patriotas habían adoptado por divisa política la cinta azul. Las señoras patriotas acostumbraban llevarlas en sus peinados, aunque con estudiada precaución. En las colonias, donde tenían las emigradas más libertad, ostentábase con alegría la azul divisa. Así, al visitarse en los días de Navidad, se saludaban las familias con los siguientes versos:

Las cintas azules
Son el estribillo:
Que viva la Patria,
Que muera Morillo.

Doña Leonor se asomó a la ventana en cierto día en que Aldama estaba de mal humor. Sea que Leonor ostentase en su peinado un lazo de cinta azul, o que la ojeriza del gobernador necesitase, para estallar, de alguna víctima, una delación fue hecha y una condena fue pronunciada. Ordenábase que Leonor Guerra, sentada sobre un burro enjalmado, recibiese públicamente doscientos azotes, por insurgente y revolucionaria; que se la amonestase en cada esquina por donde debía pasar y se la excitase a revelar los nombres de sus cómplices, y de no hacerlo así, se cumplierse con lo dispuesto por la autoridad, teniendo que acompañar a la acusada sus compañeras las insurgentes de Cumaná.

Colocada la heroína sobre un jumento enjalmado, con la espalda casi desnuda, comienza aquella procesión, infame aborto del corazón de Aldama. *Confiesa tus cómplices*, la dicen los verdugos, antes de cada descarga: *Viva la patria, mueran sus tiranos*, contesta Leonor. Al instante caen sobre la espalda de la admirable víctima repetidos latigazos y así va repitiéndose el castigo hasta que Leonor, casi exánime, es conducida a su hogar. Un testigo presencial de este horrible suplicio, el capitán inglés Hardy, del buque *Mermaid*, escribe en su diario las siguientes frases:

“Cumaná, 12 de junio de 1816.

“He aquí el hecho bárbaro de que acabo de ser testigo. Una señora perteneciente a lo más respetable de las familias de Cumaná, por haber hablado contra el Gobierno español y en pro del partido patriota, fue colocada sobre un asno y paseada por las calles, seguida de una guardia de diez soldados. En la esquina de cada cuadra, y frente a las casas de los parientes más cercanos de la víctima, recibía esta cierto número de azotes sobre la espalda desnuda, disponiendo el mandato que debía llegar a doscientos el número de aquellos. La pobre víctima que llevaba los ojos vendados, soportaba tan inhumano tratamiento con admirable valor. Sus gritos me parecieron débiles, pero a pesar del pañuelo con el cual se cubría el rostro, pude ver las abundantes lágrimas que corrían de sus ojos. No presencié sino los primeros doce latigazos... Algunos de mis soldados que estaban a la orilla del mar, vieron ejecutar la sentencia por completo: mi sensibilidad había sido muy herida para que yo pudiera dejarme vencer por la curiosidad. Por informes particulares que tuve, dos días después, acerca de la suerte de la desgraciada, supe que esta había rehusado toda especie de alimento y de asistencia médica, y más tarde se me dijo que había muerto, y que su modestia y gran delicadeza le habían impedido sobrevivir al castigo con que habían querido humillarla”.⁵

[5]_ Palacio Fajardo. (Bajo el nombre de un Americano del Sur), *Outline of the revolution in Spanish America: etc., etc.* 1 vol. en 8°, Londres, 1817. La misma edición 1 vol. en 12°, New York, 1817. *Revolutions de l’Amerique Espagnole, etc.*

¡Adverso hado! En su agonía, aquel corazón virgen y entusiasta, lacerado, transido de dolor, se siente como despojado de los atributos celestes de la mujer: la dignidad, el pudor, el sentimiento; y entregada a su infortunio sueña con las claridades de la tumba. La muerte, solo la muerte podía devolver a aquella alma juvenil los ideales del amor.

En la región opuesta a la de Cumaná, a orillas del lago de Maracaibo, nos aguarda el compañero de Aldama, aquel famoso general Morales cuyo nombre tiene que ser eterno en Venezuela, como es eterno en la humanidad el de Caín. En Maracaibo se había refugiado Morales vencedor, en 1823, cuando por todas partes la causa española tocaba a su fin. Estaba escrito que en las aguas de dilatado Coquibacoa, debía librarse el combate que pondría término a la encarnizada lucha; y que con Morales, el último de los capitanes generales, iban a salir del territorio venezolano los restos mutilados y vencidos de las cansadas legiones españolas.

Morales, que en Gibraltar había hecho azotar en aquellos días, montada sobre un asno, a la señora Matos, supo en Maracaibo que la señora doña Ana María Campos se había expresado fuertemente contra los españoles, vencedores en aquel entonces. Fue el caso que doña Ana, mujer fuerte y resuelta, patriota a toda prueba, había dicho públicamente de Morales, entre otras cosas, la siguiente frase: *si no capitula monda*, queriendo significar con ello, que si no capitulaba tendría que soportar las consecuencias. Sabedor Morales del dicho, ordena que sea la Campos traída a su presencia.

- ¿Es cierto que usted habla contra mí? pregunta Morales con grosería.
- He dicho y repito que si usted *no capitula monda*.
- ¿Y por qué afirma usted semejante dicho? preguntó Morales.

traducción francesa de la misma obra. 1 vol. en 8°, París, 1817. Segunda edición 1819. Palacio Fajardo, hijo de Venezuela, orador, escritor, diplomático, hombre de estado, etc. es uno de los caracteres más conspicuos, una de las más puras celebridades de la Revolución de la América Española.

—Porque los patriotas son ya vencedores en toda Venezuela, y dentro de muy poco lo serán en Maracaibo, por agua y por tierra.

—Retráctese usted, mujer insolente, de haber dicho tal expresión, pues de lo contrario la haré castigar.

—No me retracto, contestó la maracaibera con aire jaquetón. No me retracto, y repito que *si usted no capitula monda*.

Morales enfurecido, ordena que sea azotada la Campos y paseada sobre un burro por las calles de Maracaibo. Y los verdugos descubriéndole la espalda a la señora, la montan sobre el jumento, y dase comienzo a la procesión.

—Retráctate insurgente, de lo que has dicho, profiere el verdugo.

—No me retracto y repito que *si Morales no capitula monda*.

Entonces comienzan los azotes y de esquina en esquina, va la víctima recibiendo hasta que se cumple por entero la sentencia. A poco de haber comenzado el suplicio, llena de dolor y agobiada de sed, la víctima pide y suplica a los verdugos que le concedan un vaso de agua; pero estos, en repetidas ocasiones, se niegan a ello. Lentamente la señora fue enmudeciendo, y cuando la apearon del jumento, estaba casi exánime. A los cuidados de su familia y de los médicos pudo en breve aquel carácter varonil restablecerse, para asistir con júbilo a la salida de Morales y sus tropas del lago de Maracaibo, después de honrosa capitulación que les concedieron los vencedores patriotas Padilla y Manrique.

Al instante la musa popular, deseosa de celebrar las glorias de la heroína maracaibera, lanzó al público las siguientes coplas que se cantaron en los corrillos, con acompañamiento de guitarra, durante muchos años:

Morales con su escuadrilla
a Maracaibo tomó;
pero luego al Diablo vio
en el general Padilla,
que a Laborde hizo tortilla,
y a sus marinos osados,

la mayor parte ahogados,
y muertos más de ochocientos,
que de tiburones hambrientos
fueron sabrosos bocados.

Tomó la barra Padilla
¡maravilla!
y quizá nuestra escuadrilla
si en su poder estará.
¡Ajá!

El año de veinte y cuatro
comimos coco y patilla,
y nos hubiéramos muerto
si no nos llega Padilla.

Morales capituló
con el agua a la garganta:
si no capitula monda,
como lo dijo la Campos.

Morales capituló
con el agua a la rodilla:
si no capitula monda,
como lo dijo Padilla.

Diga Zulia a boca llena
quién lo libertó de males,
cuando el general Morales
lo apresó con sus cadenas.

Santa Marta, Cartagena,
Río Hacha y el Mampós,
digan respiren por Dios
por quien gozan libertad.

Por él, como lo dirá
toda Colombia a una voz,
está Padilla llorando

y su muerte está clamando
ante los ojos de Dios.

A doña Ana María Campos,
señora muy distinguida
la azotaron en un burro
porque victorió a Padilla.

Ya el pueblo Maracaibero no canta estas coplas, pero sí conserva, como refrán, la frase de la Campos: *Si no capitula monda*; queriendo significar con ella que en todo litigio humano *vale más una regular transacción que el triunfo de un ruidoso pleito*.

¡Cuántos contrastes admirables! La Campos, mujer fuerte, sobrevive a las vejaciones de la soldadesca: triunfan en aquella la voluntad, la fuerza, su naturaleza, en armonía con sus sentimientos republicanos; mientras que Leonor, al sentir heridos los grandes atributos de la mujer, sucumbía en ella la parte material, en tanto que el espíritu se remontaba a regiones superiores sin darse cuenta de la envoltura corpórea, percedera. El espíritu inmortal aspira siempre a regiones luminosas, porque en ellas es donde existe la recompensa, única aspiración de los corazones nobles que sucumben por la familia, por la patria.

Más malo que Guardajumo*

Crónica popular

¡Sepase quién es Calleja!” y “¡Es más malo que Calleja!” son dos refranes que pertenecen el uno a Méjico y el otro a Lima. Si estos dos Callejas fueron hermanos, a lo menos por el nombre, hay otro refrán que fraterniza con ellos, y es venezolano, a saber: “¡más malo que Guardajumo!” Aceptemos que si Guardajumo no fue de la parentela de los Callejas, pertenece a los bastardos de la familia, y sigamos con el refrán.

Abrimos a Palma, en su célebre libro de *Tradiciones peruanas*, y leemos:

“En Méjico es popularísima esta frase: ¡Sépase quién es Calleja!

“En la guerra de independencia hubo en el ejército realista un general don Félix María Calleja, al cual dieron un día aviso de que los *guachinangos* o patriotas habían fusilado con poca o mucha ceremonia, que para el caso da lo mismo, cuatro o cinco docenas de pirineos.

“El General español montó a caballo y se puso a la cabeza de sus tropas diciendo: ¡ahora van a saber esos pipiólos quién es Calleja!

[*]_ Los llaneros no dicen Guarda humo, como debe escribirse, sino que aspirando la h, pronuncian Guardajumo, uniendo las dos voces. Hoy Guardajumo es el apodo del famoso salteador, tema de esta crónica.

Veremos de los dos cuál es más bruto
Si Roldán eres tú, soy Farraguto.

“Y sorprendiendo a los insurgentes, cogió algunos centenares de ellos, los enterró vivos en una pampa, dejándolos en descubierto la cabeza y mandó que un regimiento de caballería evolucionara al galope. Cuando ya no quedaron bajo los cascos de los caballos, cráneos que destrozaron, aquel bárbaro se dio en el pecho una palmada de satisfacción exclamando: Sépase quién es Calleja. Y en seguida, para quedar más fresco, se bebió un canjilón de horchata con nieve”.¹

He aquí el origen del refrán mejicano ¡Sépase quién es Calleja! Respecto del peruano, ¡Es más malo que Calleja!, Palma nos hace un historial de aquellos célebres *talaverinos*, del batallón “Talavera”, compuesto de ochocientos angelitos “escogidos entre lo más granado de los presidios de Ceuta, Melilla y la Carraca en 1814. Uno de los oficiales de esta pandilla de presidiarios, el capitán don Martín Calleja, vestido de gala, tropezó, en cierto domingo, al doblar una esquina, con un pobre negro que cabalgaba en un burro. Que el capitán no supiera sacarle la suerte al animal o que el jinete, por torpe en el manejo del asno, no pudiera evadir el percance, es lo cierto que el talaverino metió el pie en un charco, y el lodo le puso el pantalón en condiciones de inmediato reemplazo, como nos dice Palma.

Ya supondrá el lector lo que sucedió y debía suceder: el Capitán desenvainando la espada se fue sobre el burro y lo atravesó. En seguida acometió al infeliz jinete, quien lloró, suplicó, imploró, a cuyas plegarias fue sordo el capitán, pues le clavó el arma en el pecho, acompañando el lance con sapos y culebras que salían de la boca de tan valeroso militar.

¡Qué nos importa la suerte del jumento y la del pobre esclavo! La justicia humana es elástica, y a ella debemos someternos. Pero si no hubo justicia, por lo menos surgió el refrán que dice: ¡Es más malo que Calleja!

[1]_ Palma. “Tradiciones peruanas”. Tercera serie.

Pues señor, estos dos Callejas no valen un bledo al lado del famoso Guardajumo, cuyo nombre es conocido en la dilatada pampa del Guárico, desde fines del último siglo. Guardajumo es uno de los pocos hombres que han sabido poner por obra los siete pecados capitales: amó a Dios y al prójimo sobre todas las cosas: codició lo ajeno, y todo fue suyo; sacrificó hombres, mujeres, y niños: satisfizo todos los apetitos, infundió pavor, y desapareció, alcanzando lo que tantos hombres ambicionan: un nombre ruidoso, la gloria.

En el pueblito de los Ángeles, antiguo lugar de misión al sud de Calabozo, nació por los años de 1780 a 1782 el indio Nicolás, descendiente de aquellos feroces *guamos*, que en remotas épocas asolaron las comarcas del Guárico. Desde muy niño, Nicolás había dado indicios de rapacidad, pues robaba a la madre cuanto objeto podía para venderlo al primer muchacho con quien tropezara. Mal acompañado siempre, Nicolás continuaba dando pruebas de lo que sería algún día, cuando sufre el primer encarcelamiento, al cual siguieron otros más; pero como mozo astuto y ágil, hubo de sustraerse a poco andar, de las persecuciones de la autoridad, burlando toda vigilancia. Adulto al comenzar el siglo, Nicolás da comienzo a su carrera de crímenes atroces: ya atrae a los viajeros y los sacrifica, ya azota los hatos cuyos animales destruye. Ya roba a los arrieros conductores de mercancías. Si desaparece por algún tiempo es para hacerse olvidar, volver resuelto a la carga con nuevas fuerzas y cometer todo género de atentados. Siempre estaba acompañado de hombres perdidos que obedecían a sus órdenes y siempre se presentaba con su infernal gavilla de manera tan inesperada, que no dejaba tiempo para la defensa. Su ligereza, su agilidad y su manera de aparecer y desaparecer, motivaron que los pueblos le tomaran por brujo, y por esto huían de él como del espíritu maligno. Llamábase el vulgo Guardajumo y con este nombre era conocido en muchas leguas a la redonda de la zona de los llanos de Barcelona, del Guárico, de Aragua, etc. Nombrábanle así porque cometía un crimen, y tras este otros, sin que las autoridades pudieran apresarle. Se creía, y él lo aseguraba, que sabía transformarse en tronco de árbol cubierto de humo por todas partes, para reírse de cuantos

le buscaban. Decían otros, que debía tal nombre al no formar una sola fogata en el lugar de la pampa donde almorzaba, sino varias muy limitadas, para que así no pudiera la columna de humo verse desde lejos. Tal fue la opinión del vulgo, respecto del temido bandolero.

En los días en que Guardajumo, acompañado de su gente, talaba los llanos y era el espanto de los viajeros y pobladores de hatos, comerciaban con la vecina isla inglesa de Trinidad dos jóvenes, español el uno y venezolano el otro. Las mercancías entraban por el puerto de Güiría, y en recuas eran conducidas a los diversos pueblos del Guárico. Para salvar el producto de su trabajo de la codicia de la turba de asesinos a cuya cabeza sobresalía Guardajumo, los dos comerciantes se pusieron al frente de su caravana, acompañados de peones valerosos. En cierta noche, al pasar del abra de los llanos barceloneses a la pampa del Guárico, la caravana fue acometida por los salteadores. El choque fue muy rápido porque los jóvenes se lanzaron sobre los bandidos, derribaron a cuatro de ellos e hicieron poner en fuga a los restantes, entre los cuales iba herido el famoso Nicolás.

¿Quiénes eran estos esforzados mancebos que con tanto brío habían vencido a tan temida pandilla de salteadores? Ya lo diremos más adelante.

Después de repetidas aventuras, siempre sangrientas, en las cuales el célebre Nicolás satisfacía sus pasiones insaciables, fue delatado por uno de sus compañeros, su tío Chepe Gime, tan malo como el sobrino. Sentenciado a muerte, no hubo en Calabozo verdugo que lo llevara al patíbulo, teniendo que pedirse uno a Caracas. El vulgo, que se hace siempre eco de todas las patrañas imaginables, asistió a presenciar la ejecución de Guardajumo, creyendo que iban a efectuarse las promesas del criminal, cuando aseguraba que de la horca iba a escaparse, porque conocía los medios que debía poner en juego para que el cordón no le tocara el cuello. Mil y más mentiras fueron creídas, y no faltaron personas que se encerraron en sus casas el día de la ejecución, temiendo que se realizaran los vaticinios de Guardajumo.

Vuelta la paz a los llanos del Guárico y con ella la confianza y el contento, los llaneros tornaron a sus bailes y recreaciones favoritas. Un poeta calaboceno, Gil Parpacén, perteneciente a un grupo de hermanos que más tarde figuró con brillo en la guerra de independencia, compuso el siguiente *corrido*, canto popular, para celebrar la memoria del célebre bandolero descendiente de los *guamos*.² Aceptaron la poesía los cantores llaneros, y durante muchos años fue la canción más celebrada de la pampa. A proporción que nos alejamos de aquella época, 1800-1806, los versos van desapareciendo, porque nuevos cantores suceden a los que mueren: no así el refrán, pues en muchos pueblos y ciudades para fotografiar a ciertos tipos se dice todavía:

Más malo que Guardajumo.

He aquí un fragmento del *corrido* de Parpacén:

En nombre de Dios, comienzo,

autor de todo lo creado,

y su patrocinio invoco

para morir arreglado.

Sepa el mundo y sepan todos

que esto que voy declarando

es mi final voluntad:

que se guarde y cumpla mando

Yo, Nicolás Guardajumo,

cuyo apellido me han dado

mis ruidosos proceder:

descendiente de Los Guamos.

En la misión de los Ángeles

[2]_ Este apellido nos recuerda los cuatro distinguidos hermanos Parpacén, hijos del Guárico, los cuales figuraron en la época de independencia. Gil Parpacén fue el poeta de la familia y de la patria: Nicolás militó desde un principio con los republicanos, y fue una de las víctimas de Mosquitero en 1813; y Dionisio y Diego figuraron en primera línea en las campañas de Páez. El último, como teniente, fue uno de los ciento cincuenta centauros de las Queseras del Medio.

*casado y avecindado,
viéndome, como me veo,
a la muerte muy cercano.
No por achaque ni mal
que mi Dios me haya mandado,
sino porque mis delitos
me han reducido a este estado;
Y, por muy justa sentencia,
a muerte estoy condenado,
y a que en manos de un verdugo
públicamente sea ahorcado.
Y mi cabeza se ponga
en un eminente palo,
donde sirva de escarmiento
y de freno a los malvados.
No pidan misericordia
ni hagan ningún alegado,
pues yo, que soy el paciente,
con todo me he conformado.
Luego que yo, con mi vida
haya mi culpa pagado,
a Dios remito mi alma
y a su tribunal sagrado.
De mi cuerpo no dispongo
ni después de ajusticiado.
¡Que la justicia disponga
y obre según he mandado!
A una enamorada mía
le di un fuerte machetazo,
del que pienso que murió
según noticias me han dado.*

¡No me contuvo la unión
ni el parentesco inmediato!
¡Dios perdone tantas culpas
y tan atroces pecados!

La muerte que yo más siento
y la que más he llorado
fue la que yo mismo di
en el caño del Caballo
a uno nombrado Loreto,
con quien estaba cenando;

Pues con su propio cuchillo
(que él me lo había prestado)
le di varias puñaladas
solamente por robarlo.

Y supuesto que del mundo
la justicia me ha juzgado,
falta ahora la del cielo
que es caso más apretado.

¡Sufre Dios al pecador
hasta el tiempo prefinido,
y luego que le ha servido
de tiernísimo amador
se vuelve Dios juzgador!

De la nada, polvo y humo
se ha formado aquel Dios Sumo.

La última hora ya presumo
que ha llegado a Guardajumo.

Y ya el Todopoderoso
quiere que de aquesta suerte
pague tanta y tanta muerte
el infame Guardajumo.

Ya determinó el Dios Sumo,
omnipotente e inmenso,
que de tres palos suspenso
satisfaga Guardajumo.

Tornemos ahora a la noche en que el bandido fue herido. ¿Quiénes fueron aquellos mozos comerciantes, resueltos, valerosos, hombres de pecho al agua, que pusieron en fuga a los asaltadores? Ambos frisaban en los veinte y cinco años, y ambos ignoraban que iban a desempeñar importantísimo papel en el drama sangriento que a poco iba a conmover la América española. Para ambos había llegado el momento de separarse para seguir rumbos opuestos: el venezolano se quedaba a la sombra del hogar paterno, en tanto que el español iba a desplegar en el comercio nuevos instintos y a sufrir justas persecuciones. ¿Quiénes eran? La historia los conoce con los nombres de Jacinto Lara el uno, y el otro con el de José Tomás Rodríguez, que se cambia por el de José Tomás Boves. ¡Qué dos tipos! No tenían de común sino el arrojo, el valor, la resolución inquebrantable, que por lo demás no admiten paralelo. El uno, Boves, iba a aparecer como el azote de los campos y de las ciudades, el monstruo de la guerra a muerte, el hombre feroz, implacable, en el caballo de Atila; la hidra de mil cabezas, retorciéndose en charcas de sangre. El otro, es el tipo del militar apuesto y distinguido, del patricio que, después de conquistar laureles desde las orillas del mar hasta las nevadas cimas del Cuzco, alcanza victorias, grados, honores y recompensas, y acompaña a Bolívar en su caída, para después ir como Cincinato a reposar de largas fatigas y por largo tiempo, bajo la sombra de los árboles amigos del hogar, al lado de la esposa y de los hijos.

Cuando llegan los días de 1810 a 1811, Lara se había ya afiliado en el bando patriota. A poco aparece Boves en la pampa venezolana, como el trueno que en lontananza anuncia la tempestad. Había llegado la época tenebrosa. ¿Quiénes serán los vencedores, quiénes los vencidos? Lara comienza con Miranda, y cuando estalla la catástrofe de 1812, busca a Bolívar y le acompaña con éxito feliz al comenzar por Occidente la campaña de 1813; pero a poco el joven

guerrero, después de mil peripecias desgraciadas, logra salvarse, para aparecer en la región opuesta, a las órdenes del jefe oriental, general Mariño. La guerra a muerte estaba en todo su esplendor. El esforzado mancebo de los años de 1804 a 1806, va a tropezar con su antiguo compañero de la pampa del Guárico: van a chocarse frente a frente y quizá sin reconocerse. En Bocachica está Lara afortunado, desgraciado en el Arador; y tras de victorias y derrotas, llega a Carabobo, al lado de Bolívar y Mariño. Carabobo fue un gran triunfo al borde de un abismo. De repente reaparece Boves y frente a él Lara en la Puerta, en Aragua, en Maturín y en Urica, sepulcro de aquel. La derrota ha perseguido por todas partes a los patriotas; pero el vencedor había sido vencido. Atila, en las convulsiones de la muerte, se había asido de la misma yerba tostada por el casco de su caballo.

A poco reaparece Lara en la pampa venezolana a orillas del Orinoco y del Apure, con Piar y con Páez. Desde esta época, 1816-1817, el esforzado campeón no sufre interrupciones, que prolongada serie de victorias le acompaña. Con Bolívar trasmonta en 1819 los Andes de Cundinamarca para participar de los triunfos de Bonza, Gámeza, Vargas y Boyacá. Aparece en seguida al frente de los batallones Rifles, Pamplona y Flaqueadores, y en tierra neogranadina se corona acá y allá de inmarcesible gloria: continúa con Bolívar en la campaña del Ecuador y entra después en el Perú al frente de los batallones Rifles, Vargas y Vencedores. Las legiones de Colombia, los jinetes venezolanos dominan los Andes y siguen en solicitud de las ciudades indígenas y de la cuna de Manco-Cápac.

*Con su MILLER los "Usares" recuerdan
el nombre de Junín: Vargas su nombre,
y "Vencedor" el suyo con su LARA
en cien hazañas cada cual más clara.³*

[3]_ Olmedo. Canto a Bolívar.

Adelante, que en Ayacucho está Lara mandando la retaguardia y contribuyendo al brillante éxito de esta gran jornada. Había llegado a la elevada meta de su carrera, después de haber militado por todas partes y dejado nombre preclaro en los anales de tantos pueblos americanos.

Resolución de un mito bibliográfico*

La existencia de un libro impreso, ahora ciento sesenta y siete años, continuación de la obra cuya primera parte, con el título de *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*, dio a la estampa en Madrid, en 1723, don José de Oviedo y Baños, vecino ilustre que fue de Caracas; volumen en el cual se da el origen de las antiguas familias que fundaron esta capital y otras ciudades venezolanas, haciendo aparecer muchas de aquellas como descendientes de presidiarios y galeotes que durante la época de la conquista de América se establecieron en Caracas; tal es el tema de la tradición que, desde tiempo atrás, viene repitiéndose y comentándose por cada generación.

¿Quién no conoce el nombre de don José de Oviedo y Baños, historiógrafo de la antigua Provincia de Venezuela? Si muchos habrán sido los lectores del I volumen de la obra cuyo título dejamos escrito, publicado primeramente en Madrid en 1723, reimpresso en Caracas en 1824, y últimamente en Madrid en 1885, muchos serán también los que hayan repetido inconscientemente el tema de la tradición, y adicionándolo con frases y conceptos ofensivos a la honra ajena.

[*]_ El II Volumen de Venezuela por Oviedo y Baños.

La crítica de esta tradición, que nos es conocida desde temprana edad, y el estudio de las tendencias del autor y de la época que se propuso escribir, nos servirán de argumento para estas páginas.

Como en todas las cuestiones de interés histórico que aparecen veladas por el misterio y hermoseadas por la fábula, opiniones encontradas se chocaron desde el momento en que surgió la tradición en el campo de la sociedad caraqueña. Aseguraban unos que el II volumen había sido recogido por las autoridades españolas, a poco de haber visto la luz pública, mientras que otros decían que las personas aludidas por el autor fueron las que, a precio de oro, lograron agotar la edición, de tal manera, que era ya imposible haber a la mano un ejemplar. Para unos y otros, lo que daba grande interés al volumen eran las genealogías de cada familia y los conceptos picantes o infamatorios con los cuales las aderezaba el historiador. Pero, en contra de tales opiniones aseguraban otros, y estos eran los más, que el volumen II de la obra de Oviedo y Baños nunca fue publicado y que los materiales, a la muerte del autor, quedaron manuscritos. Agregaban que la tal fábula había nacido de la ojeriza secreta que se guardaban ciertas familias del último siglo, la cual se había despertado con la creación de la República de Colombia, que reconocía nuevos títulos: los adquiridos en los campos de batalla, en las asambleas, en la prensa y en el ostracismo, por servicios hechos a la causa de la independencia americana. Por remate de cuentas, se hablaba de una monja que había sido azotada por el Obispo Mauro de Tovar, durante el pontificado de este prelado, lo que daba a la tradición aspecto sombrío y repugnante.

Es de advertirse que en cada oportunidad en que hemos tropezado con algunos de tantos que se ufanaban de haber tenido en sus manos el referido volumen, nunca pudimos recabar de ninguno siquiera que se nos enunciaran los títulos de los capítulos y se nos diese, en síntesis, una idea general del plan seguido por el autor. Este hecho repetido, y el no haberse publicado, hasta hoy, noticia alguna referente a los diversos materiales de interés histórico que debieron figurar en la obra, nos confirman con otras razones que expondre-

mos más adelante, de que la publicación del II volumen de la “Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela por Oviedo y Baños”, es una de tantas fábulas que han ocupado la expectativa pública durante cierto lapso de tiempo.

Pero si el volumen en cuestión jamás llegó a las prensas tipográficas de Madrid, no por esto dejó de conservarse manuscrito, como ya verán nuestros lectores. Nos cumple desde luego demostrar: primero, que el II volumen de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños no fue impreso; y segundo, que conservase manuscrito durante ciento y más años en Caracas, en poder de uno de los descendientes del historiador, siendo al fin devorado por las llamas.

Entremos en materia.

En remotos tiempos la averiguación de un hecho era empresa algo difícil, pues el espíritu investigador no había alcanzado los medios de que hoy dispone para la resolución de los más intrincados problemas, ora en el orden de la naturaleza, ora en el de la historia y desarrollo de la sociedad humana. El ensanche de las conquistas científicas por una parte, y el comercio y comunicación de los pueblos por la otra, han cambiado por completo la faz del mundo actual. Después que la tradición referente al II volumen de la obra de Oviedo y Baños pasó los mares y se hizo conocer de ambos mundos, el interés de los bibliófilos americanos entró en acción, dando nuevo interés a la fábula caraqueña. Cuarenta años de diligencias, tanto en Europa como en América, han dado un resultado negativo respecto de la existencia del mencionado volumen. Americanistas tan acomodados como activos, después de haber solicitado la obra con singular constancia en las bibliotecas públicas y privadas de España, de Alemania, de Francia, de Inglaterra, de las Antillas españolas y de las Repúblicas hispanoamericanas; es decir, de los principales centros de la bibliografía española, han llegado a convencerse de que la publicación del referido volumen pertenece a las fábulas bibliográficas, y que es por lo tanto inútil continuar en este género de investigaciones. Por lo que diremos más adelante se verá confirmada esta opinión.

El patronímico Oviedo y Baños data en Caracas desde fines del siglo décimo séptimo. Del ilustre Oidor de Santa Fe de Bogotá, don Juan Antonio de Oviedo y Rivas, descendiente de noble estirpe y de doña Josefa de Baños y Sotomayor, de igual linaje en Bogotá, vinieron al mundo los hermanos Diego Antonio, Juan Antonio, y José Oviedo y Baños que han dejado en varios países de la América española nombres célebres por haber sido espíritus tan rectos como doctos y escritores de ilustración y nombradía.

Por muerte, en 1672, del ilustrísimo obispo de Caracas y Venezuela, fray Antonio González de Acuña, de grata memoria, el monarca español nombró para sucederle al obispo de Santa Marta, don Diego de Baños y Sotomayor, tío de Oviedo y Baños. Al instalarse el nuevo prelado en Caracas, en 1684, trajo consigo al menor de los sobrinos, a José, joven ilustrado, quien al lado suyo continuó la educación que desde Nueva Granada había comenzado a recibir. Muerto el Obispo en 1706, don José quiso permanecer en su nueva patria, donde ya figuraba no solo por sus talentos sino también por sus excelentes condiciones sociales y morales. Desde 1700 sobresalía don José como regidor del Ayuntamiento, y más tarde, de 1710 a 1715, como teniente general de la provincia de Venezuela. Casado años antes con la señora doña Francisca Manuela de Tovar y Mijares y Solórzano, viuda del provincial y alcalde mayor de la Santa Hermandad, don Juan Jacinto Pacheco

y Mesa, dio origen a una de las principales familias del siglo décimo octavo. De este enlace nacieron Juan Antonio, Francisco Javier, Rosalía, María Isabel y Rosa de Oviedo y Tovar, de donde entroncan las actuales familias de Escalona, Monasterios, Blanco Ponte, etc., etc., etc. y Clavijo y Mora en el Perú. El patrimonio Oviedo y Baños está extinguido en Venezuela.

Inclinado desde muy joven al estudio de la historia americana, don José quiso registrar desde su llegada a Caracas, los archivos, comenzando así, a reunir los materiales que debían servirle de base para alguna obra de interés histórico. En efecto, después de haber estudiado las diversas épocas de la historia de Venezuela y los cronistas que le habían precedido; después de establecer la

cronología de los sucesos, tanto en el orden civil como en el eclesiástico, y redactado dos libros que le sirvieron de pauta y de consulta, escribió la primera parte de la conquista y población de Venezuela, la cual vio la luz pública en Madrid, en 1723, con el siguiente título: *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela, escrita por don José Oviedo y Baños, vecino de la ciudad de Santiago de León de Caracas, etc., etc.* 1 vol. en 4°, impreso por don Gregorio Hermosilla. De esta edición se encuentra con dificultad uno que otro ejemplar, tanto en Venezuela como en el extranjero.

Creada la República de Colombia en 1821, era natural que la imprenta se ocupara en propagar cuantas obras se conexas con la historia de Venezuela, pues que había comenzado la enseñanza sin restricciones, y la más completa libertad del pensamiento daba vuelo a la juventud de aquella época y trabajo a los establecimientos tipográficos. En 1824 las prensas editoriales de Navas Spínola dieron una segunda edición de la primera parte de la historia de Venezuela por Oviedo y Baños, 1 vol. grueso en 4° menor, de 630 páginas, la cual tuvo brillante aceptación. Con dificultad se encuentra en el comercio alguno que otro ejemplar de esta edición.

Últimamente, en 1885, el capitán de navío don Cesáreo Fernández Duro, de la Real Academia de la Historia, acaba de dar a la estampa en Madrid, en la casa editorial de Navarro, una nueva e importante edición de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños. Consta de dos gruesos volúmenes en 4° menor, de más de 400 páginas cada uno, precedida de notable introducción. El ilustre académico, después de enaltecer los méritos del patronímico Oviedo, tanto en España como en América, nos habla en primer término de las fuentes que dieron al autor rica copia de materiales, y después de los nuevos documentos con los cuales enriquece su edición; explyándose en frases conceptuosas, respecto de España y América, de la conquista castellana y de la fraternidad que debe unir a pueblos de un mismo origen ligados por vínculos indisolubles. Las justas apreciaciones que hace el docto académico, respecto de las fuentes en las cuales se inspiró Oviedo y Baños, concuerdan con las que

ahora años dimos a la luz pública, en Caracas, cuando disertamos acerca de los primitivos historiadores de Venezuela, y fijamos el lugar que corresponde a Oviedo y Baños. Satisfactoria es para nosotros semejante coincidencia, porque da interés palpitante a lo que escribimos en época no remota. El trabajo del señor Fernández Duro nos parece por otra parte digno de los mejores elogios; y es de esperarse que todos los amantes de Venezuela posean un ejemplar de tan ilustrada como nítida edición de una obra ya extinguida.

Es de extrañarse que Navas Spínola no hubiera precedido su reimpresión de un prefacio, en el cual nos diera noticias de lo que entonces se decía respecto del II volumen de la obra y de su paradero. El silencio del editor caraqueño nos confirma en la opinión de que los materiales de la segunda parte de la obra de Oviedo y Baños, nunca llegaron a las prensas de Madrid. En apoyo nuestro léase lo que Fernández Duro nos dice: “Es posible que para la segunda parte, que Oviedo destinaba a las ocurrencias del siglo XVII, reservara capítulo especial en que tratar con buen desempeño, de las naciones bárbaras sometidas por los españoles: desgraciadamente esta parte, la de mayor interés, la que con vista de los documentos anteriores había de redactar, su revelación de sucesos ignorados, *no se dio a la estampa, sin que se conozca el paradero del manuscrito, muy adelantado ya a juzgar por sus propias indicaciones. Únicamente se imprimió la parte primera en Madrid*”.

Por cuanto dejamos escrito queda probado que el II volumen de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños nunca fue publicado, y que cuanto se ha dicho, acerca de su existencia en Caracas o fuera, no pasa de ser una fábula que se ha estado repitiendo inconscientemente por las generaciones que nos han precedido.

Investiguemos ahora cuál fue la suerte que corrieron los manuscritos del historiador.

Es un hecho que Oviedo y Baños asentó en dos gruesos volúmenes manuscritos, los principales sucesos de la historia de Caracas, así como las reales determinaciones y cosas notables, desde la fundación de esta capital hasta el año

de 1702. Este fue el trabajo preparatorio, resultado de prolongadas investigaciones en los archivos públicos y privados, trabajo que le sirvió para redactar los dos volúmenes de la Historia de Venezuela. Publicada la primera parte en Madrid, en 1723, llegó a concluir la segunda, y en víspera de salir para Madrid estaba aquella, cuando el autor tropezó con inconvenientes de familia. Opinó esta por dar el trabajo a la publicidad más tarde, pues el historiador, sin darse cuenta de que estaba emparentado con la familia Tovar, escribió con espíritu recto y con pluma serena los principales acontecimientos del apostolado de Mauro de Tovar, 1640-1653. Así fue retardándose la publicación del II volumen, cuando el historiador, de edad avanzada y achacoso, murió por los años de 1732 a 1735, dejando a sus hijos, como rico legado, sus lucubraciones históricas.

Muerto Oviedo y Baños, la familia comenzó a enaltecer su memoria, mucho se habló de sus manuscritos, y aunque fue muy limitado el número de personas que los leyeron, en el público llegó a transparentarse la opinión del autor sobre los principales sucesos del siglo décimo séptimo. Aunque con sigilo, desde entonces comenzó a hablarse de esta materia, haciendo cada uno los comentarios que sugiera la fantasía, cuando la malicia interviene en cuestiones enigmáticas.

¿Dónde están los libros manuscritos, importante resumen cronológico de los materiales que sirvieron a Oviedo y Baños para redactar las dos partes de la Historia de la conquista y población de la antigua provincia de Venezuela? ¿Dónde están los manuscritos originales del II volumen que nunca llegó a publicarse? El hijo mayor de Oviedo y Baños, Francisco Javier, nos va a resolver la primera pregunta.

En el libro de actas capitulares del Ayuntamiento de Caracas, correspondiente al año de 1765, en acta de 22 de abril, leemos: “Es este Cabildo, el señor Conde de San Javier hizo presentes dos libros que dijo haber adquirido del señor Regidor don Francisco Javier de Oviedo que se los franqueó para el uso del Ayuntamiento, el cual habiéndolos reconocido y hallado utilísimos

para su archivo, y como una clave de él, en la que se conserva la memoria de las reales determinaciones y cosas notables desde la fundación de la ciudad; y teniendo presente que el primero con facultad para el registro de sus papeles, dio este mismo Ayuntamiento al señor Regidor don José de Oviedo y Baños, formó este sabio vecino y benemérito historiador de la provincia, digno de la memoria de ella por sus grandes y conocidas prendas y por sus acreditados talentos de sabiduría y virtud, corriéndolo hasta el año de mil setecientos dos. Y que el otro, hasta el de mil setecientos veinte y dos, lo siguió con el celo e inteligencia que le asiste el señor Regidor don Juan Luis de Escalona, y que sería cosa lastimosa que no se conservasen y continuasen los índices que contiene; mandaron que así se haga y que para este efecto se copien y *reservadamente* se guarden en el archivo capitular y que se procure su perfección e integridad hasta el tiempo presente, y para ello se forme un índice alfabético, para que en los casos ocurientes se busquen y encuentren con facilidad los antecedentes de cualquier asunto; todo lo que se puso al cuidado del señor Regidor don Francisco de Ponte que de ello se encargó”.¹

He aquí un documento comprobatorio de que estuvieron en el archivo del Ayuntamiento los apuntes cronológicos de la Historia de Caracas y de Venezuela, que sirvieron de base a la obra de Oviedo y Baños. Empresa de romanos sería proponernos averiguar en cuál época, documentos tan importantes fueron sustraídos de este archivo; y más difícil aún, saber quién los guarda.

Respecto del paradero del II volumen manuscrito de la Historia de Venezuela, que a la muerte de Oviedo y Baños quedó en poder de su familia, por muerte de los varones pasó al señor Regidor don Juan Luis de Escalona, casado con una nieta del historiador. Finalmente, vino a manos del señor Deán don Rafael de Escalona, quien lo conservó hasta ahora cincuenta o sesenta años. El precioso manuscrito, artísticamente copiado por uno de tantos pendolistas que existieron en Caracas durante el último siglo, y empastado con

[1]_ Actas del Ayuntamiento de Caracas, correspondientes al año de 1765.

solidez, después de haber sido leído por muy pocas personas, de las cuales aún existe una muy respetable, lo obtuvo el historiador Yanes.² No sabemos si el volumen desapareció antes o después de la muerte del doctor Yanes; pero es lo cierto que fue quemado por un personaje de la familia Tovar. Censurable nos parece este hecho, pues despojó a Venezuela de un trabajo histórico escrito con conciencia recta, obra de un patricio cuyo nombre es timbre de América y de Venezuela. Por otra parte, los sucesos escandalosos del pontificado de Mauro de Tovar, debidos a un abuso de autoridad y al carácter intransigente del prelado, en nada, absolutamente en nada, han tildado el buen nombre de la familia Tovar. Los hombres públicos pertenecen a la historia.

Reconstruyamos ahora el volumen perdido de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños, pues que conocemos los sucesos verificados desde 1600 a 1703. Atrevimiento parecerá para alguno, el que osemos acometer empresa semejante; pero como abundantes en datos de todo género han sido para nosotros los archivos públicos y privados de Caracas, estamos en un campo que nos es familiar. Daremos, en síntesis, una idea general de la época que abarcó el autor, de los diversos capítulos de la obra, y sin detenernos en pormenores, llegaremos a resultado satisfactorio.

La sociedad caraqueña, al comenzar el siglo décimo séptimo, se hallaba en estado rudimentario. Treinta y tres años antes se había fundado a Caracas y esta no pasaba de ser una miserable aldea, cuyos moradores, que apenas llegaban a 1.500, carecían de las cosas más indispensables. Cinco años hacía que el gobernador Osorio había dado vida política y social a este caserío cuyos principales habitantes vendían carne, curtían cueros, fabricaban jabón o cultivaban el trigo que daba a la ciudad el pan cotidiano.

[2]_ Después de la muerte del doctor Yanes, en repetidas ocasiones, comisionados especiales se han acercado a la familia de este, ofreciendo dar por el volumen manuscrito lo que se exigiera; pero inútiles han sido los ofrecimientos, porque el volumen no existe.

Desde tiempo atrás, Carlos V, con el objeto de que la población de Venezuela se desarrollara, había creado la aristocracia venezolana, haciendo nobles a las hijas de los caciques. De esta manera los soldados castellanos que habían entrado en la conquista, sin títulos, sin antecedentes de familia, al contraer matrimonio con las indias, comenzaban a participar de ciertos fueros y privilegios. Esta alianza de los castellanos con las indígenas fue lo que constituyó desde remotos tiempos el *mantuanismo*³. Mas al lado de la nueva aristocracia figuraron también las familias españolas que con antecedentes nobiliarios más antiguos y bienes de fortuna, vinieron del Tocuyo, de Valencia o de alguna provincia de España a fijarse en Caracas.

Desde luego se comprende, que se crearon en la sociedad caraqueña dos círculos: el de los mantuanos americanos y el de los nobles de más allá del Atlántico que se juzgaban superiores, aunque ambos figuraban, desde un principio, al frente de la administración pública, adquirieron las tierras que quisieron, tuvieron encomiendas, se hicieron dueños de la riqueza territorial, ensancharon el culto religioso, coadyuvaron a la creación de templos, y defendieron la patria americana contra el extranjero, contribuyendo así al ensanche y prosperidad de la colonia venezolana.

Durante el siglo décimo séptimo, el desarrollo de cada círculo, dio motivo a multitud de ridiculeces, puesto que cada familia creía valer más que la vecina, no obstante que la miseria cundía por todas partes, que el comercio con la madre patria no existía, ni la agricultura tomaba vuelo, ni se asomaban

[3]_ El vocablo *mantuano* (y de este *mantuanismo*), podía derivarse de los mantos que acostumbraban llevar los caciques indígenas y las hijas de estos. Sábese que una de las cosas que más llamó la atención de Hernán Cortés, fueron los mantos que llevaban los embajadores de Montezuma. Hay otro origen, que viene de que las señoras de Caracas que pertenecían al mantuanismo, se cubrían la cabeza con la noble falda del camisón trayéndola de atrás hacia adelante: privilegio que solo gozaban ciertas familias. Este uso venía de España, pero tenía en Venezuela sus restricciones donde era considerado como signo de nobleza. Hasta ahora cuarenta o cincuenta años se veía en las calles de Caracas una que otra señora así cubierta.

vislumbres de instrucción pública. Era una sociedad que se alimentaba de mentiras y de preocupaciones. De aquí nacieron las competencias escandalosas, cuestión de vanidades, que durante ciento cuarenta años, existieron entre las autoridades civil y eclesiástica.

Tal materia debió ser el tema de uno de los capítulos del II volumen de Oviedo y Baños, y en él debió darse noticia de la genealogía de los principales conquistadores, así como de la de las familias españolas que se establecieron en Caracas, desde comienzos del siglo décimo séptimo.

Dos órdenes de ideas deben haber abrazado los capítulos del autor: las que se refieren al progreso material de la provincia, durante un siglo, y las que se relacionan con la lucha que existió entre dos círculos sociales y entre las autoridades que se disputaron derechos de jurisdicción.

Al primer orden de ideas pertenece el ensanche de la población, conquista y pacificación de las tribus indígenas, fundación de pueblos y desarrollo del culto católico. La obra de los misioneros que sometieron las tribus indígenas de las dehesas del Cojedes, Portuguesa, Guárico, Apure, Meta, etc. contribuyendo a la fundación de tantos pueblos que aún existen, debió mover la pluma del historiador. La cronología de los obispos y gobernadores, la narración de los ataques a las costas de Caracas por filibusteros extranjeros, así como la de aquellos que saquearon a Trujillo, Maracaibo y otros lugares, durante el mismo siglo, ocuparían sin duda páginas del volumen mencionado. El terremoto de 1641, y la influencia que tuvo sobre la construcción de los nuevos templos y edificios; el estado rudimentario del comercio que trajo la necesidad del contrabando; y el de la agricultura que ensanchó el detestable comercio de esclavos; el laboreo de minas, entre las cuales, figuraban en aquel entonces las ricas de Cocorote cedidas por el monarca español a la familia Marín Narváez; las primeras bases, en fin, de la instrucción pública, con la creación del Seminario Tridentino, son otros tantos asuntos que no pudieron escaparse a la sagacidad del historiador Oviedo y Baños.

Pero la lectura de ninguno de estos temas relacionados con el progreso de la provincia venezolana tuvo aliciente para los pocos o muchos que hojearon el volumen manuscrito. El capítulo de las competencias y de las disputas entre los cabildos civil y eclesiástico, que estuvieron a punto de venirse a las manos en repetidas ocasiones; la narración de los escándalos que llenaron el pontificado de Mauro de Tovar, y sobre todo, el castigo de azote infligido a una señora de notable familia, suceso que trajo un pleito ruidoso, en el cual intervino el monarca, sacando al prelado de Caracas para Chiapa y obligándole a que un miembro de su familia se casase con la señora ofendida; estos y otros hechos parecidos era lo que solicitaba la mirada curiosa de los lectores, y esto lo que por muchos años, fue comentado por los diversos círculos de la capital. Oviedo y Baños debió haber narrado tales sucesos con todos los pormenores que le fueron conocidos, aunque estaba emparentado con la familia del obispo: pero escritor justiciero y fiel no quiso dejar en la sombra casos que fueron públicos y que concluyeron por el entroncamiento de dos de las más distinguidas familias de Caracas, ambas establecidas en esta ciudad desde principios del siglo décimo séptimo.

Cierto cronista refiere que algunos miembros de la familia Tovar pudieron arrancar de los libros del Ayuntamiento y del cabildo eclesiástico gran parte de las actas, en las cuales quedaron consignados los hechos principales del apostolado de Mauro, despojando así a la posteridad de la historia de tan borrascosa época; pero por mucho que se haya perdido, mucho queda todavía.⁴

Nosotras hemos tropezado con documentos que nos hablan de aquellos días, de las competencias, cuando Ruiz Fernández y Marcos Gedler y Calatayud, gobernadores de Caracas por una parte y el Obispo Mauro por la otra, se endilgaron todo género de insultos; lo que nos presenta la capital para entonces, como un pueblo sin elementos de civilización.

[4]_ Véanse las “Crónicas Manuscritas” del P. Ferreros.

Por cuanto dejamos asentado se comprende que sobran materiales para reconstruir el volumen de la Historia de Venezuela por Oviedo y Baños, ya que el precioso trabajo del autor fue devorado por las llamas.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-440-044-5

Depósito Legal

DC2021001884

CARACAS, VENEZUELA, DICIEMBRE DE 2021

La presente edición de
LEYENDAS HISTÓRICAS DE VENEZUELA
se realizó
durante el mes
de diciembre de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

La edición
consta de
10.000 ejemplares

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Leyendas históricas de Venezuela Que la humanidad se salvó de la extinción porque un hombre y una mujer del pueblo tamanaco que sobrevivieron al tsunami que cubrió al planeta entero arrojaron a las aguas el fruto de la palma de moriche y de sus semillas "salieron los hombres y mujeres que actualmente pueblan la tierra". Que, un arriero llamado Hipólito Blanco, llevó a Caracas "una estaca prendida del cé-lebre Samán de Güere" como contribución a la construcción del templo de la Santísima Trinidad. Que la práctica favorita de Suazola era ¡el desorejamiento de los pacíficos moradores de un pueblo: sen-tar en el banquillo víctima tras víctima, hasta que des-apareciera la última". Que a Páez le daban convulsiones antes de entrar en batalla y cuando se le pasaban "hacían apa-recer al guerrero con tales bríos y con tal coraje sobre las fuerzas enemigas, que la presencia de aquel hombre portentoso era siempre indicio de la victoria". Que es mucho el asombro que la historia puede causar queda en evidencia en este libro, que explora detalles y anécdotas relegados por los grandes tratados y que ayudan a armar una visión más humana y global de ese relato. Como lo afirmó en su momento el propio Aristides Rojas: "Nuestra historia no ha sido todavía escrita, porque así lo han exigido el tiempo y los acontecimientos; pero hemos llegado ya a la época en que deben aglomerarse to-dos los datos, aclararse los puntos dudosos, rechazarse las fábulas, estudiarse los pormenores a la luz de la filosofía, cotejarse, restablecerse las épocas y descubrir el verdade-ro carácter, tendencias, influjo de cada uno".

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

